



**UNIVERSIDAD MICHOACANA de
SAN NICOLÁS de HIDALGO**

**Facultad de Economía “Vasco de Quiroga”
División de Estudios de Posgrado**

*El Mercado de Cambio de Pátzcuaro, Nodo Articulador de
un Subsistema Territorial de Economía Popular*

T E S I S

*Para obtener el grado de
Doctor en Ciencias en Desarrollo Sustentable*

Presenta:
Juan Carlos Hidalgo Sanjurjo

Directora de Tesis:
Doctora Josefina María Cendejas Guízar

Morelia, Michoacán, diciembre de 2020





**UNIVERSIDAD MICHOACANA de
SAN NICOLÁS de HIDALGO**

**Facultad de Economía “Vasco de Quiroga”
División de Estudios de Posgrado**

*El Mercado de Cambio de Pátzcuaro, Nodo Articulador de
un Subsistema Territorial de Economía Popular*

TESIS realizada por Juan Carlos Hidalgo Sanjurjo, bajo la asesoría del Comité
Tutoral indicado, aprobada por el Jurado Sinodal y aceptada como requisito parcial
para la obtención del grado de:

Doctor en Ciencias en Desarrollo Sustentable

COMITÉ TUTORAL	JURADO SINODAL	NOMBRE	FIRMA
Tutor 1 (Directora de tesis)	Presidente	Dra. Josefina Cendejas Guizar	_____
Tutor 2	Vocal 1	Dr. Eduardo Nava Hernández	_____
Tutor 3	Vocal 2	Dra. Yaayé Arellanes Cancino	_____
Tutor 4	Vocal 3	Dr. Boris Wolfgang Marañón Pimentel	_____
Tutor 5	Vocal 4	Dra. Rosalía López Paniagua	_____

Morelia, Michoacán, diciembre de 2020

Dedicatoria:

A María Teresa Carmona, mi amada compañera de vida,

A Miguel y Yuritzi mis bellos hijos,

A Magali, Novaly, Amelie y Ariadna, mis pequeñas y brillantes lucecitas,

A mi madre, María Luisa Sanjurjo,

A mis hermanas Guadalupe y Blanca,

A mi hermano Ramón, dondequiera que estés.

Agradecimientos:

A la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, a la Facultad de Economía Vasco de Quiroga, a la División de Estudios de Posgrado y al Doctorado en Desarrollo y Sustentabilidad.

A la Doctora Josefina Cendejas Guizar, directora de tesis y a los integrantes del Comité Tutorial, Dr. Eduardo Nava Hernández, Dra. Yaayé Arellanes Cancino, Dr. Boris Wolfgang Marañón Pimentel y Dra. Rosalía López Paniagua.

A todos los profesores de la Facultad de Economía y del Doctorado en Desarrollo y Sustentabilidad.

A mis compañeros de doctorado, Gaby Arias, Anitzel Ramos, Gaby Andrade, Maricruz Barajas, Laura Godínez, Viri Martínez, Viri Ocaña, Mari Zavala, Moisés Becerra, César Chávez, Humberto Hernández, Lenin Villanueva y Arturo Zepeda.

Resumen

Esta investigación tiene como objetivo principal describir y analizar la conformación y articulación de un subsistema territorial de economía popular a partir de las características operativas y normativas del Mercado de Cambio de Pátzcuaro como nodo articulador, así como el origen de sus participantes y la configuración socioterritorial rural-campesina-indígena de su entorno.

Se destacan una serie de características constitutivas, operativas y normativas. En primer lugar, el perfil social de sus participantes, predominantemente mujeres de ascendencia indígena, quienes bajo una racionalidad reproductiva de la vida, operan como prosumidoras, en el sentido de que ellas mismas conjuntamente con sus familias producen lo que ofrecen y consumen directamente lo que reciben a través de un mecanismo de intercambio directo sin intermediación ni uso de dinero, es decir, mediante la modalidad de trueque.

Aun cuando no existe un referente de organización formal, las participantes del Mercado de Cambio de Pátzcuaro revelan en sus prácticas la adopción de una serie de valores y normas colectivamente apropiadas, transmitidas de manera generacional, y que denotan relaciones de cooperación y de solidaridad.

Con la descripción y análisis de este subsistema de economía popular, se pretende aportar evidencias empíricas y argumentos que contribuyan a dar sustento al postulado de que otra economía más allá de la racionalidad explotadora y acumulativa del capital es posible, una economía popular y solidaria acorde con la reproducción y sustentabilidad de la vida en todas sus dimensiones.

Palabras clave: Mercado, trueque, economía feminista, economía popular solidaria.

Abstract

The main objective of this research is to describe and analyze the formation and articulation of a territorial subsystem of popular economy based on the operational and normative characteristics of the Pátzcuaro Exchange Market as an articulating node, as well as the origin of its participants and the rural socio-territorial configuration -peasant-indigenous of her environment.

A series of constitutive, operational and normative characteristics are highlighted. In the first place, the social profile of its participants, predominantly women of indigenous descent who, under a reproductive rationality of life, operate as prosumers, in the sense that they themselves together with their families produce what they offer and directly consume what they offer. They receive through a direct exchange mechanism without intermediation or use of money, that is, through the barter modality.

Even when there is no formal organization reference, the participants of the Pátzcuaro Exchange Market reveal in their practices the adoption of a series of values and norms that are collectively carried out, transmitted in a generational manner, and that denote relations of cooperation and solidarity.

With the description and analysis of this subsystem of popular economy, it is intended to provide empirical evidence and arguments that contribute to support the postulate that another economy beyond the exploitative and cumulative rationality of capital is possible, a popular and solidarity economy in accordance with the reproduction and sustainability of life in all its dimensions.

Key words: Market, barter, feminist economy, popular solidarity economy.

Índice

Introducción	1
Capítulo 1. Mercados populares y trueque. Origen y estado de la cuestión	16
1.1 Mercados populares en México y Michoacán. Antecedentes históricos	19
1.2 Algunos estudios sobre mercados populares/campesinos/indígenas	27
1.3 Mercados populares y/o alternativos en la actualidad	42
1.3.1 El trueque	46
1.4 El MCP en el contexto de los estudios de mercados	56
Capítulo 2. Marco teórico. Otra economía y alternativas al desarrollo	59
2.1 El pensamiento crítico latinoamericano	60
2.2 El proyecto decolonial	63
2.3 Buen vivir y comunalidad	65
2.4 El Buen vivir y la cultura purépecha	71
2.5 Ecología y sustentabilidad	74
2.6 Una revisión crítica de los conceptos de economía, trabajo, mercado y dinero	85
2.7 Economía Popular Solidaria	116
2.8 Economía Feminista	121
2.9 Enfoque y perspectiva de análisis del Mercado de Cambio de Pátzcuaro	127
Capítulo 3. Aspectos epistémicos y metodológicos	130
3.1 Perspectiva epistémica	131
3.2 Los métodos cualitativos	139
3.3 Estrategia metodológica	145
Capítulo 4. Contexto histórico y socio-ecosistémico. Michoacán y Pátzcuaro	150
4.1 Antecedentes históricos del señorío tarasco a la época actual	150
4.2 Contexto territorial y problemática socio-ambiental	158
4.3 Organizaciones y proyectos alternativos	162
Capítulo 5. El Mercado de Cambio de Pátzcuaro	166
5.1. El Mercado de Cambio	168
5.2 Mujeres prosumidoras, circulación simple y circuitos cortos	174
5.3 La dimensión institucional	178
5.3.1 El trueque y los términos y criterios de intercambio como normas	188
5.4 El mercado como nodo articulador de un subsistema territorial de economía popular	192
5.4.1 La economía popular	193
5.4.2 Dimensión territorial del subsistema	195
5.4.3 Unidad doméstica, economía popular y economía feminista	200
5.4.4 La Unidad Doméstica en el ámbito rural-indígena y el Mercado de Cambio	202
5.5 Perspectivas de autonomía	207
5.6 Elementos para una caracterización preliminar del MCP	212

Índice

Capítulo 6. Discusión y análisis	217
6.1. Los mercados en la economía popular	217
6.2. El Mercado de Cambio de Pátzcuaro	219
6.2.1 Características relevantes	222
6.2.2 El carácter indígena comunitario	224
6.2.3 El trueque	225
6.3. Limitaciones y amenazas	226
6.4. Otra economía es posible	228
6.5. Potencial alternativo	231
6.6. Perspectivas	234
6.6.1 Institucionalizar la economía y los mercados	234
6.6.2 Articulación de redes de intercambio y cooperación solidaria	237
6.6.3 Una perspectiva feminista	238
Conclusiones	241
Bibliografía	247
Anexo	273

Índice de tablas y figuras

Tabla	Figura	Descripción	Cap.	Pg.
1		Clasificación de mercados campesinos y tradicionales	1	38
2		Tianguis Populares Alternativos por Entidad Federativa	1	43
	1	Evolución del salario mínimo en México	2	90
3		Contrastes entre mercado capitalista y mercado precapitalista	2	102 a 104
	2	Momentos metodológicos	3	132
	3	Michoacán y Pátzcuaro, localización	5	168
	4	Mapa de localización Mercado de Cambio de Pátzcuaro	5	169
	5	Croquis de distribución del Mercado de Cambio de Pátzcuaro	5	170
4		Productos de mayor circulación en el Mercado de Cambio	5	173
5		Producción de algunas de las participantes en el MCP	5	176
6		Tipos de bienes	5	179
7		Componente objetivo de cada tipo de regla	5	180
8		Ejemplos de tipos de intercambio	5	190
9		Análisis institucional MCP	5	192
10		Municipios y localidades participantes en el MCP	5	196
	6	Dimensión territorial del subsistema	5	197

Introducción

En esta tesis se pretende destacar la dimensión social de la economía, y aportar evidencia empírica y argumentos de que otras formas de economía diferentes y al margen del capital no sólo son posibles, sino más acordes con una perspectiva de sustentabilidad. Se reivindica la racionalidad reproductiva de la vida como norma rectora de la economía popular, a partir de un estudio de caso y se muestra la viabilidad del trueque como mecanismo articulador de todo un circuito de economía local, y componente armónicamente integrado a un sistema de vida tradicional.

Para un mejor análisis del caso se recurre a una serie de instrumentos teóricos y conceptuales, a partir de los cuales se procede a seleccionar, agrupar, ordenar y dar sentido a un determinado segmento de la realidad. Se asume que es mediante ese proceso que se dota de contenido al objeto de estudio y se le da cuerpo como referente empírico. Bajo esa premisa, la presente investigación se enfoca en el *Mercado de Cambio de Pátzcuaro* (MCP).

En este sentido el MCP se constituye como referente empírico en la medida que es concebido como constructo y producto del pensamiento en el proceso de conocimiento. Se trata de darle sentido y unidad lógica a un conjunto de objetos y prácticas de un grupo específico de personas en un contexto espacial y temporal determinado.

La reivindicación de formas y prácticas reproductivas de la vida, cooperativas y solidarias crece y se generaliza como respuesta a la contundencia de la catástrofe socio-ambiental hacia la cual nos lleva el actual modelo socio-económico capitalista, en cuyas pautas básicas, (la competencia productivista, destructiva y excluyente, la exacerbada concentración de riqueza y poder y sus contrapartes, la exclusión, el desempleo, la pobreza, la violencia social), radica su sentido caótico y destructivo.

Pero también se reconoce que, en las mismas entrañas del caos capitalista, de manera marginal y subalterna subyacen, emergen y proliferan infinidad de reservorios de prácticas y valores solidarios, que dan aliento a la expectativa de que otra economía es posible. El MCP y el trueque son ejemplo de ello.

Para sustentar este estudio se requiere de un análisis complejo, del uso y aclaración de conceptos. Implica, entre muchas otras cosas, aclarar qué es un mercado y qué es el trueque.

En su sentido más básico y preliminar el mercado es visto como un espacio instituido de relaciones de intercambio y el trueque como una relación social de intercambio directo de productos del trabajo, sin intermediación monetaria. Pero en la medida en que se amplía y profundiza la observación y análisis de estos fenómenos, mercado y trueque, se percibe su creciente complejidad, cuyo estudio y comprensión requiere de orden, sistematicidad y método.

A través de la historia los mercados han evolucionado, llegando a convertirse en la actualidad en una especie de *Leviatán*, aparentemente omnipresente y onnipotente ante la indefensión de los individuos, a los cuales devora y expulsa según su estado anímico.

Como parte del entramado capitalista el mercado se transforma en el ámbito predilecto de la competencia. En su apariencia, el mercado es el espacio en el que concurren los productos del trabajo en forma de cosas, y es a través de éstas que los agentes económicos contraen las relaciones de competencia. Pero detrás de esas cosas se ocultan relaciones económicas y formas productivas, que no se ven a simple vista.

La competencia productivista y eficientista, que subyace en el mercado, marca la pauta de las relaciones económicas. Esta eficiencia productivista se expresa en la calidad y precio comparativos entre unos productos y otros, que en esa medida obtienen la preferencia del consumidor y, simultáneamente, permiten al productor más eficiente tomar ventaja en la competencia por la apropiación privada del excedente económico producido socialmente.

De esa manera, dirían Adam Smith (1958) y David Ricardo (1959) , el mercado se constituye como el asignador más racional de los recursos, pues premia al más eficiente y castiga al menos, redundando en beneficio general para el conjunto de la sociedad. En contraste, Marx y Polanyi dirían que el mercado excluye y concentra,

en una dinámica competitiva contradictoria que por un lado fortalece las capacidades de producción de riqueza material, pero por otro, concentra las condiciones de acceso a esa riqueza, excluyendo constantemente de ella a un creciente número de personas y generando una paradójica pero destructiva convivencia entre una riqueza mayor, pero cada vez más concentrada, y una profunda pobreza cada vez más generalizada.

La competencia productivista del mercado y sus efectos no pueden percibirse a simple vista, existe un importante bagaje teórico explicativo para ello, el cual se retoma en el cuerpo del presente trabajo, como componente del análisis. Por ahora baste señalar que la propia dinámica operativa del mercado conlleva características deshumanizantes, puestas en evidencia en lo que Marx denominó como el fetichismo de la mercancía, concepto por medio del cual se visibiliza la creciente cosificación de las relaciones sociales.

Esta cosificación es sustentada y recreada en los términos de operación del mercado capitalista y en sus instituciones, entre las cuales un papel preponderante lo tiene el dinero, cuya evolución histórica se constituye como correlato del mercado y la economía capitalistas. De esta manera, el dinero transita de ser un simple medio práctico para facilitar los procesos de intercambio, hasta llegar a conformarse como el más preclaro símbolo e instrumento de riqueza y poder.

La deshumanización bajo las formas de cosificación, fetichización, mercantilización y monetarización de las relaciones sociales, es un componente intrínseco a la dinámica operativa del mercado capitalista. Todo ello como consecuencia de la deshumanización capitalista: la explotación del trabajo humano, concomitante al sistema de trabajo asalariado.

Por ello, la reivindicación de una economía para la vida no debe limitarse a garantizar las condiciones materiales de subsistencia de las personas. En su dimensión humana, la reivindicación de la vida trasciende ampliamente lo económico y lo material. Implica, diría Max Neef (et al., 2010), la protección, el cuidado, el entendimiento, la participación, el ocio, la creación, la identidad y la

libertad todo lo cual sólo se obtiene en un contexto de sociabilidad, de colectividad, de complementariedad, de cooperación y de solidaridad, justo los valores contrarios al capital.

Otra economía, otro mercado, son posibles, es lo que parecen decirnos una gran cantidad de pequeños grupos que conservan y recrean prácticas sustentadas en valores solidarios. Pero para captar el mensaje se requiere leer detenidamente estas experiencias.

Es el caso del Mercado de Cambio de Pátzcuaro (MCP), en el que confluyen una cantidad variable y rotativa de aproximadamente 250 mujeres, provenientes de más de 40 comunidades indígenas ribereñas de la cuenca del Lago de Pátzcuaro.

La gran mayoría de las participantes son mujeres, lo que de entrada nos habla de una múltiple y acumulativa condición de explotación, dominio, opresión y marginalidad. Pero también de capacidades, valores y roles específicos; actoras preponderantes comprometidas con las dinámicas reproductivas de la vida.

Son indígenas, ligadas al ámbito rural, campesino, fuertemente afectado por las estrategias desarrollistas y por la dinámica globalizadora del capital. Indígena y campesina, figuras socio-económicas que se resisten a desaparecer, a pesar de la tremenda adversidad histórica. Pero también, portadoras de saberes productivos, prácticas y valores culturales comunitarios y colectivistas.

Son prosumidoras, integrantes de unidades domésticas populares cuyo principal recurso es su propio trabajo y algunos medios básicos de producción que, ante condiciones de limitado acceso a recursos monetarios, producen bienes de consumo, principalmente agroalimentarios, y los ofrecen directamente a cambio de otros bienes que complementan la dotación de insumos para la reproducción cotidiana de sus familias. Es decir, producen lo que ofrecen y consumen lo que reciben a cambio.

En esa dinámica se conforma el mercado de cambio como un espacio económico que, como ya se ha dicho, tiene su punto de partida en la necesidad de apoyar las condiciones materiales de existencia de sus participantes, pero que con mucho

trasciende el ámbito de lo económico. El mercado es visto también como un sistema de recurso en el que se gesta y recrea un entramado institucional de valores y normas que sirven de marco regulatorio y guía para sus relaciones de intercambio.

Las relaciones de intercambio se dan de manera directa, personal, cara a cara, entre semejantes. Semejanzas de género, de etnia y cultura, de condición socio-económica. En ese contexto se propicia el reconocimiento y el autoconocimiento, la empatía y la cooperación. Es ahí donde se gestan, se recrean y se fortalecen la identidad, la autoestima, la confianza, las capacidades y el tejido social.

En el MCP los términos del intercambio operan con una autonomía relativa respecto a los patrones convencionales de precios, que suelen ser impuestos a los pequeños productores y comerciantes, desde fuera. El sistema de precios participa sólo como un referente entre muchos otros, tanto de tipo cuantitativo como cualitativo. Bajo la dinámica de trueque se reformula la relación entre valor de cambio y valor de uso, cada intercambio se rige por una variada gama de criterios que juegan no de una manera mecánica y generalizada, sino mediante una fina y sutil ponderación de cada situación particular.

Si bien el mercado se asume como la unidad primaria de análisis, el propósito de esta investigación rebasa dichos límites, indagando en las dinámicas reproductivas y relacionales de las unidades domésticas que en él participan, para descubrir y describir la función del mercado como parte integrante y nodo articulador de un *subsistema territorial de economía popular*.

Ello implica una identificación preliminar del origen socio-territorial de las personas y unidades participantes en el mercado, pero también destacar su condición socioeconómica como parte de los sectores populares y la racionalidad reproductiva de la vida que rige su dinámica, que la configura como subsistema de economía popular.

Complementariamente se muestra cómo el mercado, en tanto subsistema territorial, propicia la circulación de productos provenientes de diversos socio-ecosistemas, así como una dinámica de intercambio de información y saberes, que propicia un ambiente relacional que trasciende lo económico.

En este mismo proceso, también se observa la forma en que el MCP fortalece una relativa autonomía alimentaria en la medida en que, de manera autogestiva, cada una de participantes en el intercambio contribuye a la diversificación de la oferta de bienes, los cuales, además, son obtenidos mediante sistemas productivos tradicionales de baja escala y rotativa, más armónicos con el medio ambiente y los ecosistemas, ya que generalmente no utilizan insumos químicos y fósiles.

El uso del término de subsistema se sustenta en una doble intención: por un lado, se trata de adoptar la perspectiva sistémica, que nos permite identificar al mercado como un conjunto articulado y estructurado con un sentido definido, compuesto por las fases de producción, circulación y consumo; por otro lado, reconocer que en tanto subsistema de economía popular, se desenvuelve en el contexto dinámico de un sistema superior, que es la economía capitalista, que le impone al mercado de cambio, una condición de marginalidad y subalternidad.

Este estudio, entonces, implica un doble enfoque: por un lado, se observan con cierta profundidad los detalles de la dinámica operativa interna del mercado; y por otro lado, se pone atención en los términos de su articulación como parte del conjunto, denominado subsistema territorial de economía popular.

En tanto nodo articulador de este subsistema, el mercado contribuye a dar viabilidad a un conjunto de recursos y formas económicas y productivas que, si bien se muestran completamente capaces de aportar satisfactores y sustentar la vida de sus gestores, son excluidos e inviabilizados por la economía y el mercado convencionales, capitalistas, por no cumplir con los estándares de competitividad productivista que rigen a estas entidades.

El MCP muestra algunos atributos particulares, entre los cuales se destacan:

- Una serie de condiciones objetivas, como un limitado acceso a recursos monetarios, servicios y equipamiento urbanos, insumos utensilios, domésticos y alimenticios relacionadas con los procesos reproductivos de las unidades domésticas populares.
- Un entramado de valores que se traducen en normas y prácticas que rigen su dinámica.
- Un particular perfil socioeconómico y cultural de sus actores.
- Formas y métodos productivos más armónicos con el medio ambiente.
- Cierta grado de articulación con las formas de vida tradicional-comunitarias, entre las que destacan la dinámica de transmisión generacional de la práctica de participación en este mercado.
- Un espacio de despliegue y fortalecimiento de capacidades y atributos socio-culturales para las mujeres participantes.

En estos atributos se podría encontrar la explicación de la prolongada permanencia de este espacio económico-institucional durante más de medio siglo, y augurar una larga duración a futuro. Más aún, podrían constituir, al menos potencialmente, el germen para construir o al menos imaginar y visualizar un proyecto de economía alternativa a la del capital. No obstante, también se reconocen algunas limitaciones y se observan ciertos fenómenos que ponen en riesgo su continuidad.

En síntesis, este estudio se plantea descubrir y describir cómo se conforma un *subsistema territorial de economía popular*, identificando como su principal nodo articulador al Mercado de Cambio de Pátzcuaro.

En la ruta a analítica, se profundiza en las características operativas y normativas subyacentes en el MCP, así como en la racionalidad económica con la que operan el conjunto unidades domésticas como entidades orgánicas que forman parte orgánica del subsistema.

Con base en el análisis de la evidencia empírica, se realizan algunas inferencias sobre el perfil sustentable del subsistema, su potencial como proyección de una economía alternativa, así como sus limitaciones y las amenazas a las que se enfrenta.

Diseño de la investigación

La compleja mezcla de dimensiones del objeto de estudio requiere el análisis de aspectos de tipo cualitativo y cuantitativo, económico, social, político y cultural, lo que requiere del diseño de una estrategia particular de investigación. Enfoques y herramientas como los sistemas complejos, la multidisciplina, la etnografía, la investigación acción y la observación participante, adquieren pertinencia en este caso.

En este esfuerzo se incorporan diversos enfoques teóricos, entre los que destacan la crítica de la economía política, la economía popular y sustantivista, el marco de análisis institucional y la economía feminista, desde los cuales se derivan una serie de categorías de análisis.

Tipo de investigación

Se trata de una investigación de tipo exploratorio-descriptiva, desde una perspectiva emic-ideográfica, que toma en cuenta la dinámica interna del objeto de estudio y no pretende sino analizarlo y explicarlo, sin hacer generalizaciones necesariamente aplicables a otros procesos.

El estudio se realiza desde un enfoque cualitativo bajo la modalidad de estudio de caso, implementado mediante métodos etnográficos, como la observación participante, la entrevista semiestructurada a profundidad y la implementación de grupos focales. Se pretende establecer una relación de tipo intersubjetiva entre el sujeto/objeto de estudio, para captar e incorporar el punto de vista de los propios actores.

Desde manera transversal se toma como caso de estudio a un *subsistema territorial de economía popular*, a partir del análisis del Mercado de Cambio de Pátzcuaro concebido como referente empírico y nodo articulador del subsistema. Se asume una postura epistemológica intersubjetiva y crítica, contrastando la unidad de estudio con la racionalidad imperante en el sistema socio-económico capitalista predominante, que se constituye como contexto sistémico dentro del cual se encuentra inserto el subsistema de economía popular que se estudia.

Preguntas y objetivos de investigación

Esta investigación se guio por las siguientes preguntas y sus correspondientes objetivos:

Pregunta general	Objetivo general
¿Cómo se conforma y articula un subsistema territorial de economía popular en torno al Mercado de Cambio de Pátzcuaro?	Describir y analizar la conformación, articulación y racionalidad de un subsistema territorial de economía popular a partir del análisis de las características operativas y normativas del Mercado de Cambio de Pátzcuaro como nodo articulador, así como el origen de sus participantes y la configuración socioterritorial rural-campesina-indígena de su entorno.
Preguntas particulares	Objetivos particulares
¿Cuáles son las características operativas del MCP como nodo articulador de un subsistema territorial de economía popular?	Describir y analizar las características institucionales, operativas y socio-económicas del MCP a partir del perfil de las participantes, el tipo de productos que circulan, las modalidades de intercambio (trueque), las formas productivas subyacentes y la estructura orgánico-territorial que conforman al MCP.
¿Cuál es el rol, la importancia y los efectos de la predominante participación de mujeres en el Mercado de Cambio de Pátzcuaro?	2. Describir y analizar desde las perspectivas teóricas de la economía popular y la economía feminista las condiciones y modalidades de participación predominante de mujeres en el MCP, su articulación con los procesos reproductivos domésticos principalmente alimentarios y los efectos de ello en la identidad colectiva, autovaloración y posicionamiento de las mujeres al interior de sus unidades domésticas familiares y en sus ámbitos comunitarios de origen.
¿Cuáles son los potenciales y las limitaciones del subsistema socio-económico articulado en torno al MCP para contribuir al desarrollo de un proyecto de economía popular solidaria compatible con una visión de sustentabilidad socioecosistémica?	3. Analizar las formas productivas, las normas de intercambio, la racionalidad socio-económica y los valores culturales del subsistema articulado en torno al Mercado de Cambio, para detectar su nivel de contraste crítico respecto a la economía del capital y la forma de vida moderna y sus potenciales y limitaciones como elementos prototípicos de una economía socio-ambientalmente más sustentable.

Supuestos de investigación y observaciones preliminares

El *trueque* como modalidad de intercambio facilita la viabilidad económica de formas y medios de producción tradicionales para sustentar la vida, aun cuando estos han sido excluidos por la dinámica competitiva productivista del capital. Ello ofrece una alternativa de integración económica y apoyo a las dinámicas reproductivas de una

serie de familias localizadas en las comunidades ribereñas al lago de Pátzcuaro, cuyo acceso a la economía del capital es marginal.

La diseminación geográfica de las participantes en el Mercado de Cambio y de los productos que se intercambian, propicia la formación de una estructura económica territorial, inserta en el contexto del sistema capitalista, en cierta condición de marginalidad, pero también con un perfil socio-cultural que denota la persistencia de formas de vida tradicionales con cierto grado de contraste y autonomía.

Las condiciones socioeconómicas, la implementación predominante de trabajo propio, la nula o mínima disposición de capital y la racionalidad operativa de las unidades domésticas involucradas en el Mercado de Cambio, sugieren la configuración de un subsistema de *economía popular*.

La gran mayoría de las participantes en el Mercado de Cambio son mujeres integrantes de unidades domésticas populares localizadas en varias comunidades indígenas ribereñas del lago de Pátzcuaro. Ello habla de la necesidad de las mujeres de trascender los límites de su ámbito doméstico para participar en la generación de recursos económicos para sus familias, al tiempo que revela las potencialidades y capacidades socioeconómicas de las mujeres, permitiéndoles desarrollar, a partir de la convivencia y la cooperación recíproca cotidiana, lazos de identidad colectiva entre ellas, fortaleciendo su autovaloración.

Estas unidades son productoras directas de bienes primarios, predominantemente agroalimentarios, que al interactuar generan una dinámica de complementariedad entre ellas. Las mujeres además de participar en su producción, se encargan de promover su circulación a través del sistema de trueque en el Mercado de Cambio.

Las participantes ofrecen el producto de su propio trabajo y los bienes que reciben a cambio los incorporan de manera directa al consumo familiar, por lo que se constituyen como prosumidoras, evitando el intermediarismo.

Tomando la perspectiva de análisis de Ostrom (2009, 2012 y 2015) el mercado se percibe como un recurso institucional, económico y físico que constituye un bien común ya que presenta bajo nivel de sustracción y alto nivel de rivalidad, sujeto a

derechos de uso y acceso que se regulan mediante un sistema complejo de normas subyacentes, recreadas en su dinámica cotidiana.

Existe una compleja gama de criterios y términos tanto cuantitativos como cualitativos de intercambio que constituyen un conjunto de pautas generales que se aplican de manera diferenciada en cada acto de intercambio. El conjunto de normas actuantes en la dinámica del mercado, reflejan y favorecen un ambiente de armonía, cooperación y solidaridad, que fortalece el tejido social, el sentido comunitario y la identidad de género.

Si bien el MCP tiene como función principal contribuir a satisfacer necesidades básicas de un importante número de familias de la región, no se trata de un fenómeno coyuntural, pues además de sus antecedentes históricos, en su etapa más reciente acusa una continuidad de más de medio siglo.

Aunque aparentemente no representa claramente un proyecto de transformación social, se rige por una dinámica reproductiva de la vida, distinta a la dinámica explotadora-acumulativa del capital. Reproduce prácticas de complementariedad, de cooperación, de reciprocidad, así como relaciones cara a cara que propician la empatía, la corresponsabilidad y la solidaridad, fortaleciendo el tejido social, la identidad étnico-cultural y de género, como elementos potencialmente prototípicos de una economía socialmente más sustentable, al menos en forma germinal y embrionaria.

Predominan entre las participantes las técnicas y métodos productivos de cultivos diversos y rotativos de baja escala, sin uso de maquinaria, fertilizantes o insecticidas. Los términos de relación con el ecosistema ambiental son más armónicos y menos invasivos y destructivos que la dinámica de competencia productivista del capital.

A través de la observación directa de las formas y escalas de producción e intercambio de las participantes en el MCP, y mediante una serie de entrevistas a ellas mismas se observaron los siguientes aspectos, propios del mercado.

- El impacto económico y territorial del MCP es limitado.
- Se desenvuelve en un contexto económico-político-institucional adverso, en condiciones de marginalidad y subalternidad.
- Mantiene cierto aislamiento respecto a otros procesos reivindicativos, alternativos y organizaciones populares e indígenas.
- Enfrenta una creciente invasión espacial, operativa e institucional por parte del comercio convencional.

En enfoques teóricos y categorías de análisis:

Enfoque	Categorías	
Economía popular y economía feminista	• Racionalidad reproductiva • División sexual del trabajo	• Unidad doméstica • Prosumidoras • Trueque
Economía política	• Mercado • Mercancía • Valor de uso	• Valor de cambio • Dinero y precio
Marco de análisis institucional	• Sistema de recursos • Bienes comunes • Formas de propiedad y derechos de uso	• Atributos de la comunidad • Reglas y normas
Otras categorías:	• Economía solidaria • Sustentabilidad socio-ecosistémica • Identidad socio-cultural	• Autonomía • Marginalidad y subalternidad

Desarrollo de la investigación

En el transcurso de esta investigación se realizaron múltiples visitas al Mercado, participando en las actividades de cambio, durante los días de emplazamiento, que son los martes y viernes, durante alrededor de un año a partir de julio de 2017 y mediados de 2018 y se promovieron actividades complementarias como la realización de tres eventos de trueque en la Facultad de Economía Vasco de Quiroga de la Universidad Michoacana.

Se realizaron una serie de sondeos para identificar el lugar de origen de las participantes y su identificación como prosumidoras y/o intermediarias, y algunas características de las participantes como edad y escolaridad.

Posteriormente se realizaron una serie de entrevistas cuyo diseño se basó en la información preliminar obtenida en las numerosas observaciones en campo previamente realizadas.

Se realizaron cuatro ejercicios de grupos focales en 2018, en las comunidades de Cuanajo, Opopeo, Ihuatzio y Ajuno; en cada uno de los casos participaron entre 10 y 20 mujeres, la mayoría de las cuales se conocían entre ellas, pues además de coincidir en el mercado, son vecinas de la misma comunidad, lo que generaba un ambiente de menor inhibición y mayor confianza para participar. Las sesiones se programaron para durar dos horas, pero en todos los casos se prolongaron un poco más, 30 a 40 minutos, dado el interés y la disposición de las propias participantes.

Estructura y contenidos de la tesis

La tesis se compone de seis capítulos. En el primero se emprende una sucinta revisión histórica del origen de los mercados en México y Michoacán, sobre todo los de tipo popular y campesino, así como un breve análisis y una preliminar clasificación de los principales mercados de trueque que operan en la actualidad en distintas entidades de la república.

Este capítulo comprende también la revisión de una determinada selección de trabajos relacionados con el tema de los mercados populares y el trueque, con la intención de identificar los principales enfoques y perspectivas de análisis desde los cuales el tema ha sido abordado, una especie de *estado de la cuestión*.

En el capítulo 2 se desarrolla la exposición del marco teórico del cual se desprenden las categorías de análisis desde las cuales se pretende penetrar, entender y describir el mercado de cambio, sus componentes socioeconómicos, operativos y normativos y su papel como nodo articulador de un subsistema económico territorial.

Se incluye el desarrollo del enfoque de la economía popular desde el cual se analiza la configuración de las unidades domésticas populares y su racionalidad económica orientada a la reproducción de la vida de sus integrantes, con la implementación del trabajo propio como principal recurso y con mínima o nula disposición de capital y trabajo asalariado.

Este capítulo comprende el análisis teórico de los mercados, de los sistemas de intercambio, trueque, dinero y precio, la economía popular, la economía feminista y el marco de análisis institucional.

El capítulo 3 contiene algunas reflexiones de carácter epistemológico y el sustento metodológico desde el cual se diseña y desarrolla la investigación.

Comprende una reflexión básica sobre el enfoque de sistemas y la perspectiva crítica, y se abunda un poco en los llamados métodos cualitativos, particularmente aquellos que se consideran apropiados para el tipo de investigación que aquí se desarrolla. Se adopta la perspectiva de las *epistemologías del sur* planteada por Boaventura de Sousa, según la cual se trata de dar la palabra a los excluidos de la modernidad, a los “otros”.

En el capítulo 4 se presenta una exposición del contexto histórico, físico y socioambiental de la región de la cuenca del lago de Pátzcuaro. Incluye una breve exposición de los antecedentes históricos la región purépecha y particularmente de algunos de los 22 municipios que actualmente la comprenden.

Se destacan las problemáticas socio-ambientales, así como algunos proyectos organizaciones e iniciativas de solución y desarrollo emprendidas algunas desde instancias gubernamentales, y otras desde iniciativas académicas, sociales y comunitarias en la región, y particularmente las relacionadas con la problemática socio-ecosistémica latente en torno al lago de Pátzcuaro.

En el capítulo 5 se aborda la descripción y análisis del mercado y el subsistema económico a partir de los resultados y datos obtenidos de la investigación, contrastándolos con el contexto socio-ecosistémico, con el apoyo de los enfoques teóricos y las categorías de análisis previamente establecidos.

En el capítulo 6 se retoma el conjunto de manera sintética en torno a lo cual se realiza un análisis y discusión final, previa y preparativa a las conclusiones.

Además de los referentes básicos de localización y la descripción física y práctica del mercado, se analizan los perfiles socio-económicos de sus participantes, los

tipos de productos que circulan, los criterios, términos y modalidades de los intercambios sus condiciones operativas y normativas y su racionalidad económica. Adicionalmente se describe y analiza en este capítulo el origen y operatividad de las unidades domésticas que participan y las funciones del mercado como nodo articulador del subsistema.

En el apartado final se desarrollan una serie de conclusiones en las que se destacan los principales elementos, aportes y hallazgos de la investigación, así como la identificación de las limitaciones y los aspectos que quedarían como área de oportunidad para subsecuentes investigaciones.

Capítulo 1

Mercados populares y trueque. Origen y estado de la cuestión

En la primera parte de este capítulo se presenta una sucinta semblanza histórica de los mercados en México y en Michoacán. En la segunda parte se refieren algunos de los estudios más representativos sobre mercados populares/indígenas/campesinos realizados en México. En el anexo se presenta una muestra no exhaustiva de algunos mercados alternativos que operan actualmente en México y en Michoacán, destacando sus particularidades y contrastes y una breve sistematización analítica del trueque como práctica económica. Al final se realiza una recapitulación de los aspectos más relevantes en los estudios de mercados, para identificar las formas específicas en las que se inserta la contribución de esta investigación en dicho contexto.

En el capítulo 2 de esta tesis se abordará de manera sucinta el análisis del mercado como concepto abstracto, como entidad regulatoria de la vida social y particularmente de la economía, mientras que en este capítulo se da un tratamiento a los mercados en tanto entidades concretas, empíricas. Se hace referencia particularmente a los *mercados populares*, considerados como locus operativos de la circulación de mercancías, que si bien están más o menos vinculados al circuito de la economía global y regidos por leyes generales como el uso del dinero, los precios, la oferta y la demanda, la competencia, etcétera, también revelan peculiaridades que los colocan en contraste con respecto al patrón convencional del mercado capitalista y, en algunos casos, incluso dan indicios para imaginar economías alternativas.

Se asume que los mercados, vistos en su concreción empírica, constituyen entidades cuya dinámica trasciende con mucho la dimensión económica, ya que en ellos se reproducen y recrean relaciones de tipo social y cultural, como el intercambio de saberes, el fortalecimiento de lazos sociales y nexos de identidad y se establecen tácitamente vínculos de reciprocidad, corresponsabilidad y solidaridad (Villela, 2013; Long y Atollini, 2009; Escalona, 2009; Barreto, 2014;

Malinowski y de la Fuente, 1957; Licona, 2014; Bellucci, 2002, Contreras, 2007; Mintz, 1982; Diskin, 1979; Durston, 1976; Marroquín, 1957; Arizpe y Alonso, 2001; Arellanes y Casas, 2011; Sánchez, 2012).

Para establecer de manera más específica a los mercados populares como objeto de estudio se destacan a continuación algunos aspectos que se consideran característicos de este tipo de entidades:

- a) Su *carácter popular*, que significa que son operados por unidades familiares cuyo principal recurso es la propia fuerza de trabajo de sus integrantes, no cuentan con acervos de capital como para vivir de la explotación de trabajo ajeno o de sus rentas, por lo que tienen que trabajar cotidianamente para sustentarse. Su racionalidad operativa está orientada fundamentalmente a la reproducción de la vida de las familias, más que a la acumulación de capital. Aunque pueden estar ligados a los circuitos económicos del capital, su vínculo principal es con pequeños productores y consumidores, formando parte de un circuito local de economía popular (Villela, 2013; Long y Atollini, 2009; Escalona, 2009; Barreto, 2014; Malinowski y de la Fuente, 1957; Licona, 2014; Bellucci, 2002, Contreras, 2007; Mintz, 1982; Diskin, 1979; Durston, 1976; Marroquín, 1957; Arizpe y Alonso, 2001; Arellanes y Casas, 2011; Sánchez, 2012).
- b) Su *carácter tradicional*, que se sustenta en su existencia previa a la imposición de la economía capitalista en nuestro país y/o a su continuidad a través de largos periodos, pero sobre todo a la preservación de ciertas características morfológicas, operativas y culturales. Se asume que, si bien algunas de sus características han variado ligeramente a través del tiempo, mantienen y preservan en buena medida sus formas, funcionamiento y racionalidad económica. Revelan también la continuidad de algunos rasgos culturales generales, como la propensión a acción colectiva, el sentido de comunidad, y algunas expresiones propias de las formas de vida de las

localidades en las que se encuentran insertos. (Mayer, 1982; Beals, 2013; Arellanes y Casas 2011).

- c) Su *carácter alternativo*, que se expresa no necesariamente como un propósito de transformación social integral y profunda explícitamente asumida por sus participantes, sino como una forma de respuesta a condiciones de exclusión o de resistencia a integrarse totalmente a la economía “formal”. Si bien estas entidades operan en condiciones subalternas, develan cierto margen de autonomía (Fernández, 2009; Schwentesius, 2010 y 2015; Santana, 2011; Vázquez et al., 2012; Rueda, et al, 2016; Andrade, 2008; Roldán et al., 2016; Pérez, 2016 y 2018; Vera, 2018).
- d) Aunque no se excluye la dimensión urbana, se destaca el carácter rural/campesino y/o indígena presente de manera más o menos visible y predominante en los mercados populares, aún en aquellos establecidos en las ciudades (Malinowski y De La Fuente, 1957; Durston y López 2006; Villela, 2013; Licona, 2014; Santiago, 2017;).

Algunas formas de expresión del carácter alternativo de este tipo de mercados pueden ser la exclusión del dinero en sus transacciones mediante la práctica del trueque y/o del don, la organización autónoma y la auto-regulación (mediante un entramado institucional propio más o menos formal), la restricción a la entrada de productos no orgánicos o no locales, o incluso la emisión y uso de dinero propio, entre otras. Es importante aclarar que no todos los mercados populares cumplen necesariamente y en la misma medida con todas estas características, ya sea porque algunos han surgido recientemente o porque no implementan claramente prácticas y racionalidades alternativas.

1.1 Mercados populares en México y Michoacán. Antecedentes históricos

Las primeras referencias históricas sobre mercados populares en México aparecen bajo la forma de reseñas descriptivas de los mercados indígenas realizadas por los colonizadores y evangelizadores españoles a principios del siglo XVI. Aunque el concepto de lo indígena ha cambiado considerablemente desde esa época a la actualidad, lo cierto es que este tipo de mercados (indígenas y/o campesinos) han seguido operando y renovándose a través del tiempo. De esa época datan los relatos de Bernal Díaz del Castillo, quien comentaba asombrado “y desde que llegamos a la gran plaza, que se dice el Tatelulco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían” (Díaz, 1968: 190).

En sus relatos Díaz del Castillo denota una serie de atributos propios de los mercados de aquella época, entre los que se identifican los siguientes:

- a) La existencia de comerciantes ocasionales y también de una clase social especializada en la actividad comercial (*pochtecas*¹).
- b) Una enorme variedad de artículos y productos disponibles para la adquisición y el consumo humano.
- c) La organización y disposición física de los diversos productos por género.
- d) Una amplísima división social del trabajo.
- e) Un alto grado de especialización en un gran número de actividades productivas.
- f) La existencia de una compleja estratificación social.
- g) Un alto nivel de organización social.
- h) Un complejo entramado institucional de reglas, normas y funcionarios, que regulan y marcan las pautas de conducta y los términos de las transacciones de los participantes en esos mercados (Díaz, 1968).

¹ Autores como Johansson (1999), León Portilla (2005) y Ross Hassig (1990 y 2013) aclaran que no todos los *Pochtecas* eran comerciantes, ya que el vocablo en realidad designa a los originarios del barrio de *Pochtlán*, en donde muchos de sus pobladores, pero no todos, se dedicaban al comercio. Pero tampoco todos los comerciantes eran *pochtecas*, ya que éstos se dedicaban a cierto tipo de comercio especializado, y existían gran cantidad de pequeños productores que comercializaban directamente sus productos y también pequeños intermediarios que no pertenecían a la élite comercial de los *pochteca* (Hassig, 2013: 37).

Fray Bernardino de Sahagún también enfocó su atención en los mercados, que ya desde entonces eran identificados como *tianguis*². El monje franciscano destacó la dimensión institucional del mercado: *“También los señores que regían los mercaderes tenían cuidado de regir el tiánquez, y todos los que en él compraban y vendían para que ninguno agraviase a otro ni injuriase a otro, y a los que delinquían en el tiánquez ellos los castigaban; y ponían los precios a todas las cosas”* (Sahagún, 1985: 500).

Como informa Hirth (2013: 31), ya en la Mesoamérica prehispánica existía una numerosa, variada y territorialmente extensa gama de mercados. Pero independientemente de su tipo, ubicación o rango, estos mercados cumplían con ciertas funciones económicas:

- Eran el medio principal para que las familias se abastecieran de los recursos necesarios que ellas no producían.
- Estimulaban una gran cantidad de actividades económicas y propiciaban la formación de excedentes que podían ser intercambiados.
- Se retroalimentaban a sí mismos, diversificando sus funciones de intercambio con las de acopio y almacenamiento.
- Funcionaban como un punto de canje de recursos entre los segmentos político y social de la economía.
- Constituían un nodo articulador de las economías y los territorios.

De acuerdo con Hirt, el surgimiento y dinamismo de todos estos mercados estaba asociado a la formación de asentamientos urbanos en todo el territorio mesoamericano. No es claro cuándo aparecieron los primeros mercados en Mesoamérica, pero el mercado de Xochicalco, por ejemplo, operaba ya desde 600 años antes que sus contrapartes aztecas (Hirt, 2013).

La presencia de mercados se observa particularmente en las grandes aglomeraciones urbanas de los periodos epiclásico y sobre todo posclásico³, como

² Vocablo derivado del náhuatl *tianquiztli*, ocasionalmente utilizado por los cronistas españoles del siglo XVI, que refiere a los plazas o mercados en el altiplano central de Mesoamérica prehispánica. (<http://www.gdn.unam.mx/diccionario/consultar/palabra/tianquiztli>).

³ El periodo epiclásico suele establecerse entre los años 650 a 1000 de nuestra era. (Vera, 1998; Nalda, 2007). Respecto al periodo clásico, algunos estudiosos suelen subdividirlo en tres fases; clásico temprano, medio y tardío (Berdam y Smith, 2004; Rovira, 2010), pero en conjunto se considera que abarca desde los años 900 a 1520 d.C. Se observa una intersección de un siglo entre

México-Tenochtitlan, Texcoco, Tlaxcala y Cholula, que se entrelazan a partir de los mercados, que funcionaban como espacios donde se concentraban las redes económicas de circulación comercial, erigiéndose como instituciones cruciales en los mecanismos de integración de la sociedad mesoamericana prehispánica. Si bien existían redes de intercambio, incluso de larga distancia, particularmente para artículos suntuarios como pieles, plumas, piedras y metales preciosos, las limitaciones del transporte de carga humana imponían restricciones al despliegue de un comercio de mayor escala a larga distancia. (Rovira, 2009 y 2010).

Aunque ya en la última fase del periodo posclásico, se observa un incremento considerable en el volumen y en la distancia de la actividad comercial, gracias a la presencia de grandes piraguas, lo que se denota con el incremento en la diversificación de bienes de intercambio, el dinero, los mercados y los comerciantes, lo que muestra que las economías mesoamericanas, y sobre todo el altiplano central, se encontraban en un acelerado proceso de mercantilización. (Berdan y Smith, 2004).

Como efecto de la conquista española se experimenta un acelerado proceso de desarticulación de los sistemas urbanos y económicos prehispánicos, así como una radical alteración en los mercados. “El resultado inevitable fue el regreso a la vida agraria más primitiva. Mecanismos económicos y prohibiciones directas compellían al indígena a permanecer en la agricultura, mientras que la artesanía, el comercio y la manufactura pasaban a manos de los españoles” (Semo, 1991: 26-27).

Dentro de la avalancha de cambios propiciados por el dominio español destaca la inserción generalizada y predominante del dinero. Si bien, de acuerdo con Berdan y Smith (2004), antes de la conquista, en el posclásico tardío, ya operaba un sistema desarrollado de precios, aún no existía el dinero como tal; en cambio algunas mercancías como cacao, mantas de algodón, hachas de cobre, cascabeles de cobre, cuentas de piedras preciosas, conchas rojas, sal y plumas, entre otras, eran

ambos periodos que en algunos casos se explica por diferencias de criterio en la delimitación temporal, y en otros se asume como margen de transición.

utilizadas como equivalentes y medios de circulación, pero también seguían utilizándose para otros fines prácticos, por lo que no adquirían todavía un alto grado de especialización monetaria y no alcanzaban aún el nivel de estandarización y especialización del dinero moderno, el cual fue introducido al comercio a partir de la conquista. Pero la sustitución monetaria no fue inmediata ni automática, la moneda moderna española convivió por largo tiempo con las monedas y formas de intercambio prehispánico, en una especie de sistema monetario dual (Berdan, 2013: 63).

Paulatinamente la economía de la Nueva España se fue transformando y diversificando, surgieron nuevos sectores, como la minería, que se impuso como la actividad más dinámica y hegemónica. Surgieron nuevas ciudades y con ellas una paulatina recuperación y crecimiento poblacional. Lo anterior junto con una acelerada incorporación de la economía novohispana al mercado mundial y a la dinámica económica capitalista, propició una radical transformación en la economía y el comercio en las colonias españolas (Quiroz, 2013).

A pesar de la transformación y crecimiento de la economía durante la época colonial, se observó un enorme contraste entre el comercio y el mercado internos, completamente limitados y deprimidos, con el dinámico comercio exterior, dominado por la minería. A pesar de ello en los ámbitos locales seguían circulando con cierto dinamismo productos como el cacao, azúcar, vainilla y algodón. “La economía de la Nueva España estaba constituida no por un mercado nacional, sino por una serie de economías locales y regionales deficientemente conectadas entre sí” (Semo, 1991: 170).

Desde entonces se empezaron a establecer los términos de integración de la economía novohispana; crecientemente dominada por la lógica y dinámica del capital internacional y nacional, pero con perennes reminiscencias de formas prehispánicas y pre-capitalistas de producción, circulación e intercambio. Es el caso de “los tianguis, que siguieron desarrollándose en el contexto colonial como parte del engranaje social que permitió la inserción de los núcleos étnicos a una economía

mercantil en continua expansión” (Villela, 2013: 76). Es bajo el sistema colonial que los tianguis indígenas adquirieron una condición de marginalidad y subalternidad, quedando más ligados a la dinámica y racionalidad de la economía popular, reproductiva de la vida, que a la de acumulación del capital.

Otra transformación importante generada por el sistema colonial fue la creciente proliferación de mercados populares urbanos mestizos. Según Luis González Obregón, ya para principios de 1524 en la Ciudad de México existía un lugar destinado para el abasto público, en el sitio donde actualmente se encuentra el Palacio de Bellas Artes, y era conocido como *Tianguis Juan Velásquez*. De acuerdo con el testimonio de este autor, para 1790 eran tantos los puestos comerciales que ya ocupaban toda la plaza mayor, la plaza menor, el atrio de la Catedral y muchas de las calles colindantes (González Obregón, 1947: 178).

La saturación de espacios en el centro de la ciudad por parte de los comerciantes constituyó un problema creciente, al grado que orilló al Virrey Revillagigedo (1789-1794), a que, en el contexto de las reformas borbónicas, iniciara la construcción de un espacio específico y exclusivo para la actividad comercial en el predio conocido como *El Volador*, cuyo nombre se debe a que, según este mismo autor, existían indicios de que incluso todavía hasta el siglo XVII en este lugar se seguía practicando el deporte o juego ritual de origen prehispánico de los voladores. El 11 de noviembre de 1791 se inauguró en este lugar el *Mercado del Volador*, denominado como mercado municipal con carácter de centro de abasto, emitiéndose simultáneamente un reglamento para los mercados de México (González Obregón, 1947).

Para el caso de Michoacán, durante la época prehispánica “Las fuentes históricas no mencionan redes de comercio propiamente pero sí hacen referencia a grandes mercados en Pareo y en Zaueto por lo que debemos pensar que a ellos iba a parar parte de la producción y que estos sitios, al igual que otros que debieron existir, servían como centros de distribución y de intercambio formando parte de un sistema de comercio organizado” (Castro Leal, et al., 1989: 223).

Más específicamente, en lo que respecta a la cuenca del Lago de Pátzcuaro, Claudia Rodríguez (2007: 42) menciona que en el periodo prehispánico se identifican tres grandes centros de intercambio comercial: el mercado de Asajo, que atendía a una población aproximada de 13 mil 655 habitantes; el de Tzintzuntzan, al servicio de 55 mil 320 habitantes, y el de Pareo, para el uso de 32 mil 820 habitantes.

Esta autora identifica una dicotomía respecto al tipo de productos que circulaban en esos circuitos comerciales, distinguiendo entre los productos destinados al consumo de la gente común y los destinados a las élites gubernamentales; los primeros provenían de la agricultura y se intercambiaban por medio de trueque, y los segundos eran recaudados por los agentes de los caciques bajo la modalidad de tributo (Rodríguez, 2007).

Por indicios encontrados y de acuerdo a diversas fuentes, se deduce que a esta región llegaban productos del exterior, particularmente alimentos. Se calcula que el 44% del maíz y el 9% del frijol eran importados, tomando en cuenta que en el momento de máxima expansión del reino tarasco su población rondaba entre 60 mil y 105 mil habitantes, de lo que puede deducirse que la cantidad de productos alimenticios para su consumo no eran producidos en su totalidad en las tierras dedicadas a la agricultura (Rodríguez, 2007: 43).

Para la fundación y trazo urbano de Morelia, según comenta Carlos Herrejón, se siguió la pauta establecida por las ordenanzas que al respecto emitió Carlos V en 1526, estableciendo la plaza mayor central como eje en torno al cual habrían de perfilarse las calles y predios que alojarían viviendas y huertas.

“Simultáneamente se definen las funciones de la plaza mayor: En su perímetro establecerían paulatinamente las casas reales, sede del gobierno citadino; la iglesia catedral y cabildo eclesiástico; el seminario tridentino (hoy palacio de gobierno) casas particulares y los portales (...) donde se verificaban transacciones mercantiles con productos del mercado regional y ultramarino. Mientras que en el área de la plaza se desarrollaba el tianguis, mismo que era llevado a cabo desde 1543 por disposición virreinal por los indígenas cercanos a la población y que provenían de Tarímbaro, Capula, Charo y Chiquimitío entre otros lugares” (Herrejón, 1991: 46).

Desde la época colonial existía en la periferia de Morelia una serie de plazuelas como las de San Juan y de San José en las que se instalaban fuentes para el abasto público de agua y en algunos casos se realizaban actividades comerciales periódicas para la gente de bajos recursos; o el caso de la plazuela de La Soterraña, en donde los jueves por la mañana llegaban carretas cargadas de vigas, viguetas, morillos, cintas, tejamanil, tablas y tablones para su venta (Pérez, 1995: 31).

Ya en el siglo XIX, bajo el influjo de las Leyes de Reforma y especialmente tras la desamortización de los bienes eclesiásticos, se construyeron en Morelia nuevas plazuelas como las de San Francisco, San Diego y San Agustín, las que se habilitaron como mercados. Tejabanes de tejamanil y sombras de petate albergaban puestos en los que se vendían artículos de primera necesidad, loza corriente, alimentos preparados, también había tortillerías y vendimia de chicharrón y carnitas. La mayor concurrencia a la plaza se verificaba los días de tianguis que se instalaba los miércoles y jueves. El 5 de mayo de 1873 se trasladó a la plaza de San Francisco el mercado que se hacía en la plaza de San Juan de Dios (hoy plaza Melchor Ocampo). Durante la prolongada administración de Porfirio Díaz, que enarbolaba el orden como una de sus consignas principales, se implementó un nuevo reordenamiento urbano en Morelia dentro del cual se incluyó la construcción de nuevos mercados (Pérez, 1995).

En la región de Pátzcuaro, Garibay y Bocco consideran que la mortandad indígena provocada por la Conquista no fue tan grave como en otras regiones del altiplano central, lo que junto con la acción de personajes como Vasco de Quiroga, contribuyó a una rápida recuperación demográfica y social, de modo que “las comunidades congregadas de la región pudieron construir organizaciones comunitarias estables basadas en el nuevo sistema agrícola, en la propiedad de amplias extensiones territoriales en mancomunidad de tierras y en un cierto sistema de autosuficiencia regional, mediante el desarrollo de un mercado campesino regional que se mantuvo fuerte hasta la décadas de los años 40 y 50 del siglo XX (Garibay y Bocco, 2011: 27).

Estos mismos autores señalan que desde antes de los años 40 se encuentra establecido (en la región del Lago de Pátzcuaro) un intenso mercado campesino de alcance regional que vincula a las economías domésticas de las familias y de los pueblos entre sí. Es éste, sin embargo, un proceso ambivalente, ya que la dinamización de los mercados de la región de Pátzcuaro se encuentra relacionada con la construcción de la Carretera Panamericana México-Morelia-Guadalajara en la década de los años 40, que propició también una aceleración en el flujo de mercancías manufacturadas hacia la región, que desplazaron aceleradamente a una serie de productos artesanales y agrícolas. “En las décadas subsiguientes, con la pavimentación de las carreteras, inicia un lento desplazamiento mercantil de los productos artesanales por los productos industriales y la implantación de nuevos patrones de consumo que requerían ingresos monetarios” (Garibay y Bocco, 2011: 30 y 31).

Existe una amplia documentación que ilustra sobre la existencia y transformación de los mercados populares/campesinos/indígenas y particularmente de aquellos que operan bajo la modalidad de tianguis en México y Michoacán, desde la cual se pueden identificar una serie de rasgos morfológicos y operativos que tienen continuidad a través del tiempo y que, en última instancia, muestran también la persistencia y solidez de formas de vida tradicionales constitutivas de una serie de circuitos y subsistemas de economía popular, que se transforma, se adapta y prevalece.

La continuidad y expansión de los mercados populares/campesinos/indígenas en México, ha despertado el interés de estudiosos de diversas disciplinas científicas como la antropología, la economía, la sociología, la biología y la historia, que han contribuido a un mayor conocimiento y mejor comprensión de las diferentes dimensiones asociadas a la operación de este tipo de unidades socio-económicas. Se destacan a continuación algunos de los aportes más relevantes de estos estudios.

1.2 Algunos estudios sobre mercados populares/campesinos/indígenas

Algunos de los primeros estudios sobre mercados populares e indígenas en México datan del periodo posrevolucionario. Al respecto Licona señala que “Los estudios antropológicos sobre tianguis en México inician en los años cincuenta del siglo XX (...) entre los que se encuentran los de Malinowski, Julio de la Fuente, Alejandro Marroquín y John Durston, entre otros, publicados originalmente en 1957, los cuales abordan el análisis de los sistemas de intercambio campesino e indígena en México” (Licona, 2014: 140-141).

El trabajo de Malinowski y De La Fuente (1957) sobre un sistema de mercados del Valle de Oaxaca es uno de los primeros y más representativos estudios que toman este tipo de unidades económicas como objeto central de estudio. Desde un enfoque funcionalista, este autor toma al mercado no como una entidad aislada, sino a partir de sus vínculos con un sistema económico y cultural territorial, destacando sus articulaciones como partes de un todo integrado para analizar ciertas formas de vida, de conducta y de pensamiento.

Este autor muestra un sistema heterogéneo de siete mercados, de los cuales destaca la complejidad y diversidad de sus transacciones, que reflejan la heterogeneidad socio-económica y cultural de los participantes, desde caciques locales hasta intermediarios o comerciantes profesionales y pequeños productores rurales e indígenas empobrecidos.

A cada estrato corresponde un origen geográfico y una modalidad de intercambio, en un extremo socioeconómico están los caciques, que comúnmente radican en la misma localidad donde se ubican los mercados y realizan sus transacciones a mayor escala y con intermediación monetaria bajo la modalidad convencional de compra-venta. En el otro extremo están los indígenas empobrecidos que provienen de localidades lejanas al mercado, realizan transacciones de baja escala y recurren frecuentemente al trueque. En medio de estos dos extremos existe una gama de variantes.

En varios de los mercados estudiados por este autor se comercian incluso productos provenientes de grandes ciudades como Guadalajara, Puebla y México. Se puede advertir que estos mercados están más abiertos y vinculados a la economía convencional, por el tipo de participantes, de productos y por el uso predominante de dinero en las transacciones.

En contraste, en el Mercado de Cambio de Pátzcuaro la heterogeneidad socioeconómica y cultural es menor; la gran mayoría de las participantes son mujeres indígenas y de estratos socioeconómicos bajos. El tipo y origen de los productos que circulan revelan que son producidos por las mismas mujeres, en pequeña escala y con métodos rudimentarios y artesanales. Los volúmenes y valor de las mercancías, así como las formas de emplazamiento, dimensiones del área ocupada, tipos de materiales utilizados, y términos de intercambio son más o menos homogéneos y predomina el trueque como forma de intercambio.

Como conjunto el MCP mantiene pocos vínculos con otros mercados, debido en parte a la pequeña magnitud de las transacciones y la limitada capacidad económica, particularmente monetaria de sus participantes, cuyos vínculos con otras unidades económicas están regidas predominantemente por los criterios de las dinámicas reproductivas de sus unidades domésticas.

Observando las transacciones de los mercados que estudia “bajo microscopio”, Malinowski descubre que prácticamente todas las transacciones son precedidas por largas sesiones de regateo, que además de entenderse como un hábito, responde a las frecuentes variaciones de los precios, principalmente de algunos productos como el maíz (Malinowski et al., 1957: 114).

Los participantes suelen estar al tanto de los precios de los productos, habilidad que adquieren con la experiencia y aunque las unidades de medida pueden ser poco convencionales, generalmente se logran los acuerdos entre compradores y vendedores. Las transacciones inequitativas son más bien impuestas y obedecen generalmente a las asimetrías de poder entre ciertos participantes (Malinowski et al., 1957).

Se asume que la posibilidad de acuerdos en un contexto de equivalencias tan fluctuantes se debe en buena medida a que los negociantes son productores y/o consumidores directos que pueden tomar decisiones instantáneas sobre la conveniencia de cada trato, mientras que en transacciones de gran escala realizadas por intermediarios se hace más necesaria la existencia de sistemas equivalenciales estandarizados, es decir precios más o menos fijos y generalizados.

El autor observa algunas variantes de trueque, como el mendigante, en el que se ofrecen servicios personales a cambio de cualquier cantidad y variedad de producto, o el trueque intermediario, cuando confluyen dos participantes uno de los cuales desea el producto del otro, pero no es correspondido de igual manera y ello propicia la participación de un tercero (Malinowski et al., 1957).

Mediante la aplicación de entrevistas Malinowski pudo constatar que los practicantes del trueque perciben obtener mayor utilidad mediante esta modalidad que con la compra-venta monetaria (Malinowski et al, 1957), lo cual es coincidente con las declaraciones de las entrevistadas en el caso del MCP.

Sobre las ventajas del trueque en contraste con las transacciones monetarias de compra-venta, se presentan aquí algunas tesis explicativas, sustentadas en la observación, en la deducción teórica y en la percepción expresada por las participantes en el MCP:

- En el contexto de mercados pequeños y relativamente autónomos como el MCP, la correlación entre oferta y demanda es más estable, porque el número de participantes es pequeño y porque comparten un horizonte cultural común, lo que hace más factible el conocimiento de aspectos como hábitos de consumo, y poder adquisitivo de las participantes.
- No hay de intermediarismo, lo que contribuye a reducir costos de producción y de circulación, particularmente el costo del dinero.
- Se trata con producción predominantemente local a baja escala, lo que también permite ahorrar costos de transporte, almacenamiento, refrigeración, etc.
- No hay acaparamiento ni especulación, los bienes que se adquieren entran directamente al consumo de las familias de las participantes.
- La ausencia de dinero reduce la afectación por fenómenos como la especulación, la inflación o la devaluación.

En esta perspectiva, Malinowski menciona algunas de las razones por las cuales los participantes prefieren el mercado sobre otras opciones comerciales, entre las que destaca la diversidad de variantes para realizar las transacciones y no sólo la compra-venta monetaria; los artículos están más expuestos para su observación, por lo que se pueden examinar tocar, oler y hasta probar. Generalmente los productos están más baratos en el mercado y se obtiene un trato directo que permite regatear, todo lo cual no es posible en las tiendas convencionales.

Además del análisis detallado y a profundidad de las modalidades y términos de los intercambios y otros aspectos, este autor aborda la dimensión institucional de los mercados, de la cual destaca dos conceptos, que son *carácter* y *función*, estipulando que “Por carácter debemos entender el sistema de valores que se derivan de la ley, de la costumbre, de la tradición o de las asociaciones sentimentales que rodean a una institución, en la mente de sus miembros. (...) Por otro lado, función es el papel integral que desempeña el mercado en nuestra cultura” (Malinowski et al., 1957).

Bajo el concepto de *carácter*, Malinowski analiza los derechos de uso, de propiedad, costumbres y prácticas, así como los términos de las transacciones, los usos monetarios y su clasificación respecto a los tipos de actores que las realizan. Mientras que, en lo referente a las funciones del sistema de mercados, reconoce que éstas son múltiples y asociadas a los diversos sectores socio-económicos y culturales que en él participan. Pero en general los mercados constituyen un elemento articulador de la economía regional, que vincula producción y consumo. En sentido similar, Smith afirma que los mercados constituyen mecanismos para la articulación de las sociedades campesinas (Smith, 1982: 29).

Para el caso del MCP, también se aborda de manera importante la dimensión institucional, tomando como base metodológico-conceptual el *Marco de Análisis Institucional* desarrollado por Elinor Ostrom (2009, 2012, 2015), ya que consideramos que permite un abordaje más amplio, detallado y estructurado de esta dimensión.

Respecto al concepto de *función*, al que refiere el autor, coincide ampliamente con el enfoque utilizado en esta tesis, aunque si bien Malinowski aborda el estudio de un grupo de mercados como parte de un sistema económico regional que conforma un circuito de producción-circulación-consumo, su abordaje no incluye el enfoque teórico de la economía popular. Mientras que el MCP es aquí considerado no sólo como un eslabón vinculante de las fases de producción y consumo, sino como un nodo articulador de un subsistema territorial de economía popular.

En los años 70 John Durston (1976) realizó un estudio sobre los mercados campesinos en el centro de Michoacán, en el que analizó las estrategias de comercialización implementadas tanto por productores como por comerciantes intermediarios, como parte de la dinámica económica local. En este trabajo, el autor muestra el origen prehispánico del tianguis de Pátzcuaro y su continuidad hasta la época contemporánea, destacando la división social del trabajo imperante en la región desde aquella época, lo que propició la existencia de variados oficios y de poblados especializados en algunos de ellos, condición que favorecía una intensa dinámica de intercambios comerciales (Durston, 1976).

Este autor sostiene que durante el periodo de expansión y predominio del Imperio Tarasco se gestó una especialización productiva en cada una de las regiones, la cual se fortaleció con el sistema regional de mercados. Posteriormente, durante el periodo colonial, esta especialización regional se modificó y expandió en función de las necesidades económicas y productivas de la metrópoli española. Finalmente, desde inicios del siglo XIX muchas de las actividades artesanales como el hilado, el telar de cintura, la forja de metales, la elaboración de sillas de montar, los metates de piedra (sustituidos por los molinos mecánicos) entre otras en las que las regiones se especializaron, fueron paulatinamente sustituidas por la producción industrial que empezó a proliferar en el subcontinente a partir de dos fenómenos históricos:

- a) La revolución industrial que propició una acelerada y extensa sustitución de métodos de trabajo y productos artesanales en todo el mundo.
- b) Una mayor apertura del subcontinente al comercio mundial como resultado de la Independencia.

Durston comenta que, para conservar la estructura colonial, era necesario impedir que los indígenas se dedicaran solamente a la producción de subsistencia, por lo que se implementaron medidas impositivas sobre la producción de alimentos, propiciando con ello una mayor dinámica de circulación de bienes de consumo. En esa forma “el mercado periódico urbano era un instrumento eficaz para controlar el movimiento de bienes de consumo vitales dentro de una región, obligando a canalizar esos bienes hacia el centro, donde habían de concentrarse en un lugar y en un momento prescrito.” (Kaplan, 1965: 83). Junto con ello, se observa un incremento en las políticas de control debido a las cuales no podían abrirse nuevas plazas sin licencia del Virrey y el gobierno colonial procuró suprimir el comercio fuera de los mercados legalmente establecidos (Durston, 1976: 34).

Michoacán pasó a formar parte integrante esencial de una economía nacional e internacional compleja y dinámica. Desde los primeros años de la Colonia, Michoacán enviaba grandes cantidades de artículos de primera necesidad a las minas de plata recién descubiertas en Zacatecas (1549), muy lejos hacia el norte, y en Guanajuato (1554). “Después de 1549... se abrieron caminos comunicando Zacatecas con las ricas tierras agrícolas de Michoacán, Guanajuato y Querétaro, y con las ganaderías de esa región” (Powell, 1952: 17).

Los tarascos tuvieron que cultivar trigo para pagar el tributo de la corona y cubrir las exigencias de los encomenderos, pero ellos mismos sólo lo comían cuando no había maíz. Todavía en 1789 en algunos pueblos de la sierra no se cultivaba el trigo. El maíz sigue siendo el principal producto de la región en conjunto, y el elemento principal de la dieta campesina, tanto tarasca como mestiza. Pero el trigo, igual que a principios de la Colonia, es la principal cosecha comercial, cultivada para su venta y no para el consumo del campesino (Durston, 1976: 29). Se presume que la imposición del trigo como cultivo principal para el tributo y para el comercio, subordinando la producción de maíz, debió constituir un fuerte golpe a la autonomía alimentaria de los pueblos indígenas y mestizos campesinos.

En su ensayo escrito en 1803 el Barón de Humboldt relataba que los trigales y los maizales de Michoacán eran famosos por su alto rendimiento (Humboldt, 1966: 257). La importante ciudad minera de Guanajuato dependía en parte de Michoacán para la alimentación de millares de hombres y de unas 14 000 mulas que laboraban en las minas (Wolf 1955: 86; Humboldt 1966: 25). Otros productos como el azúcar, algodón y lana se producían en Michoacán para abastecer a las manufacturas de Querétaro y otros mercados (Durstón, 1976).

Los indígenas y campesinos tenían una posición y roles sumamente marginales y subordinados en la dinámica económica y comercial colonial, su participación se concentraba principalmente en actividades como trabajos forzados y aportación de tributos, entre ellos no podían hacer contratos y transacciones por sumas mayores de tres pesos (Humboldt 1966: 69).

La mayor parte del tributo recibido en especie era vendida para convertirlo en forma monetaria, por lo que los mercados adquirían mayor importancia. Los reglamentos para garantizar el abasto urbano a través de los mercados buscaban integrar a la población indígena al sistema de mercado. En el tianguis, como el de los viernes en Pátzcuaro, los campesinos de la región vecina estaban obligados por ley a vender sus productos únicamente por dinero en las mañanas, pudiendo hacer truque entre ellos mismos sólo por las tardes, si les sobraban mercancías (Romero, 1946: 242).

Aunque el desarrollo general promovido por el porfiriato no benefició gran cosa a los campesinos, la creciente prosperidad de centros comerciales como Pátzcuaro, contribuyó también a que el sistema de mercados campesinos creciera como una economía casi independiente. El comercio campesino en pequeño se extendió en toda la región. A la fiesta de Parangaricutiro asistían unas 14 000 personas, sobre todo indígenas de la región. Los hortelanos de las riberas del Lago de Pátzcuaro llevaban grandes cargamentos de legumbres a la feria de Cherán (Durstón, 1976: 45 y 46).

Durante la revolución mexicana de 1910-1917, una buena parte del territorio nacional fue cometido a una fuerte devastación, a ello se sumaron, en el caso de

Michoacán, el bandidaje de personajes como Inés Chávez y los enfrentamientos entre agraristas, hacendados y cristeros, por lo que la economía y los mercados campesinos se vieron considerablemente menguados en ese periodo (Durstón, 1976: 47).

Ya para la segunda mitad del siglo XX Durstón encuentra una configuración regional de mercados en Michoacán que le permite identificar una estructura compuesta por tres categorías:

- a) Centro Regional de Mercado, en cuyo caso se encuentra solamente Morelia.
- b) Centro Intermedio de Mercado, dentro del cual se encuentran cinco casos, en orden de mayor a menor rango; Zacapu, Apatzingán, Uruapan, Zamora y Pátzcuaro.
- c) Centro Local de Mercado, en donde ubica 12 casos: Ario, Tacámbaro, Paracho, Quiroga, La Huacana, Santa Clara, Nuevo Urecho, Taretan, Erongarícuaro, Acuitzeo, Ziracuaretiro y Tingambato.

En la región de Pátzcuaro predominan los frutos de la tierra: agricultura, ganadería, aserraderos, pesca y algo de minería y en varias comunidades de las riberas y de las islas del lago se dedican a la pesca de pescado blanco, carpa, charales y *thiru* que venden en los pueblos de toda la región y que las mujeres llevan a vender al mercado semanal de Pátzcuaro. En el mercado dominical de Erongarícuaro hay trueque de leña de la sierra, por pescado de lago (Durstón, 1976: 66).

Durstón da constancia de la existencia del *Mercado de Cambio de Pátzcuaro* (MCP), objeto de esta tesis, y presenta un estimado de vendedores en la plaza de los viernes, basado en un recuento de 15 viernes distribuidos entre 1968 y 1969, calculando números que fluctúan entre los 730 y 1,130 participantes, considerando que los periodos de más afluencia de compradores son en noviembre-diciembre (época de cosechas de los principales cultivos, maíz y frijol) y en julio-septiembre (temporada de lluvias, en las que maduran los frutos). El 8 de diciembre de 1968, día de la fiesta principal de Pátzcuaro en honor a la Virgen de la Salud, el número de vendedores llegó a 1,300 (Durstón, 1976: 87-88).

Este autor da cuenta también de una sistemática dinámica de desplazamiento del comercio campesino e indígena desde la plaza central hacia calles y sitios periféricos. En 1957 se ordenó retirar los puestos adosados al edificio del mercado porque daban “feo aspecto”. En 1960 se removió a los vendedores de fruta y alfarería. En 1960, los vendedores de ropa y de prendas de lana, así como los alfareros, se situaban en un portal donde hay tiendas, hoteles, etc., a todos ellos fueron trasladados a otro sitio porque impedían que esos comercios se vieran desde la calle. Eventualmente, la preocupación de la élite de Pátzcuaro era el aspecto de la plaza principal (Durstón, 1976: 93-94).

En febrero de 1966 se propuso cambiar a los comerciantes de la plaza en que se celebraba el mercado desde tiempo inmemorial, y colocarlos en una calle lateral. El gobernador del estado propuso que no se hiciera cambio alguno sino hasta que se terminara el gran mercado nuevo, entonces en construcción, pero en 1967 se desalojó la plaza principal y todos los vendedores fueron enviados a otra placita cercana donde estuvo el mercado antiguo. Los pequeños comerciantes creyeron que era una medida temporal y que en días de plaza podrían regresar a sus antiguos lugares cuando se terminaran las reparaciones del pavimento y la plaza principal. Unos dos años después quedó terminada la plaza, recobrando su añejo color colonial, con sus viejos árboles, prados cuidados y fuentes de paz monástica, para deleite de los turistas. El mercado campesino quedó definitivamente desterrado para conservar la atracción turística. “Parece que a nadie se le ocurrió que el tianguis de los viernes, que algunas guías turísticas identifican como ‘uno de los más grandes mercados indígenas del mundo’ (el otro es el de Oaxaca) podría también ser un atractivo para el turista” (Durstón, 1976: 94).

Durstón señala el contraste entre el pujante comercio y los mercados emergentes en Pátzcuaro y el tianguis campesino de los viernes, ya que hay una gran diferencia entre los que exhiben su mercancía en montones en el suelo (generalmente comestibles o artesanías), y los que se encuentran ubicados en los interiores de los mercados, que tienen puestos elevados de madera o de concreto y por lo general exhiben mucha más mercancía. También hay otras diferencias: los petates en el

suelo son generalmente de mujeres y los puestos fijos son de hombres o de parejas. En las ropas y la manera de ser de las primeras predomina la cultura tarasca, mientras que los comerciantes con puestos permanentes se acercan más al modelo general de la cultura mestiza urbana (Durston, 1976: 100).

El uso del dinero como único medio de intercambio en los puestos y mercados establecidos, y solamente excepcional en las transacciones del MCP, junto con la predominancia de presencia masculina en los primeros y femenina en los segundos, aportan elementos que muestran la correlación entre la división sexual del trabajo y la valoración social aplicada a los diferentes tipos de actividad económica.

Es decir que las unidades económicas en las que se maneja dinero son más valoradas socialmente y en ellas predomina la participación masculina, mientras que las unidades en las que no hay presencia de dinero son menos valoradas y son asignadas predominantemente a mujeres.

Durston destaca la ausencia de básculas y otros instrumentos mecánicos de pesaje o medición y la presencia del petate como base para la exhibición de pequeños volúmenes de mercancías. También destaca su carácter indígena y tradicional. En esto, el mercado de Pátzcuaro es más tradicionalista y más indígena que cualquier otro mercado de los centros intermedios de la región. La proporción de puestos en el suelo es mayor que en muchos mercados estándar más pequeños. El mercado de Pátzcuaro, más tradicional que los otros, sigue el tipo de plazas periódicas que predominó en la región en el siglo pasado, con un gran número de vendedores eventuales de pequeñas cantidades de mercancías (Durston, 1976: 101).

Otra de las dimensiones que Durston destaca como parte de la dinámica del MCP es su carácter comunitario, que de acuerdo con las observaciones realizadas como parte de esta tesis se siguen reproduciendo. Esto se refleja por un lado en la recreación de patrones culturales y normativos propios de la cultura purépecha, así como en el desarrollo de lazos propiciados tanto por la frecuente convivencia, como por la empatía sustentada en las simetrías y similitudes socioeconómicas y culturales de las participantes.

La descripción realizada por Durston de la estructura y patrones productivos locales de la región lacustre de Pátzcuaro, sigue siendo válida actualmente ya que no se han verificado cambios sustanciales en la región. Este autor identificó que la actividad predominante era la agricultura y el principal cultivo el maíz, algunas localidades, sobre todo las más cercanas al lago y las islas no son autosuficientes en la producción del grano y lo obtienen mediante el comercio, ofreciendo a cambio pescado, y enseres domésticos artesanales (Durston, 1976: 152).

Otros productos que se cultivan a pequeña escala son la calabaza, que se siembra entre la milpa, en parcelas a orillas del lago o en los solares, chayote, chile, tuna, col y habas, así como alfalfa y otros forrajes. La fruta es un importante complemento alimenticio, así como fuente de ingreso adicional. En los solares y a orillas del pueblo hay durazno, zapote blanco, chirimoyas, higos, aguacates, limones, chabacanos y capulines. Entre los frutos silvestres comestibles se cuentan los nopales y las tunas (Durston, 1976: 152-153).

Como se puede observar en los distintos estudios, los mercados constituyen un conjunto diverso y heterogéneo, aún en el segmento de los mercados populares encontramos una amplia variedad de modalidades morfológicas y operativas. Concomitante con esta diversidad también existe una gama de denominaciones que intentan dar cuenta de las distintas formas en las que se presentan, establecen y operan los mercados. En un trabajo sobre los mercados de Oaxaca, Diskin y Cook distinguen entre *mercado*, *plaza* y *área de mercado*. El primero se refiere a las transacciones, la segunda, al lugar donde se realizan éstas, y el área de mercado, a las rutas de distribución de productos que ingresan a través de la plaza con destino a la casa del consumidor (Diskin y Cook, 1975: 293-294).

En su trabajo sobre mercados campesinos en la región central de Colombia, Rabayo, et al. (2014), proponen una clasificación de cuatro tipos de mercados con base en dos criterios, el primero es el del canal de comercialización, con base en el cual establecen dos tipos de mercados: los mercados campesinos y los mercados tradicionales. Dentro de estas dos clases, distinguen cuatro tipos de mercados de

acuerdo a la vía de comercialización, de modo que entre los mercados campesinos se encuentran dos variantes: mercados presenciales y mercados mayoristas, mientras que entre los mercados tradicionales se encuentran también dos variantes; mercados intermediarios y mercados de autogestión. A esta clasificación agregan una descripción de cada variante, la cual se reproduce en la siguiente tabla.

Tabla 1.
Clasificación de mercados campesinos y tradicionales

Canal de comercialización	Vía de comercialización	Descripción
Mercados campesinos (MC)	Mercados Presenciales (MP)	Hace referencia a los parques establecidos en la ciudad de Bogotá por el programa de Mercados Campesinos, estableciendo la comercialización directa entre productor y consumidor. La frecuencia a este mercado es cada 15 días.
	Mercados Mayoristas (MM)	El productor en compañía del comité de comercialización del programa mercados campesinos, realiza ventas a Fruver, plazas de mercado, tiendas de barrio, mercados institucionales. Es importante mencionar que en la mayoría de los casos es el mismo productor quien hace la negociación.
Mercados Tradicionales (MT)	Mercados Intermediario (MI)	Esta vía se conoce cuando el productor realiza la venta de sus productos en la puerta de su predio al intermediario de la municipalidad.
	Mercados Autogestión (MA)	Esta vía es por la cual el productor por acción propia, realiza las ventas en pueblos aledaños sin el apoyo del programa Mercados Campesinos.

Fuente: Robayo et al., 2014.

Esta referencia indica que uno de los criterios de clasificación de los mercados populares puede ser el número de eslabones que integra el circuito de comercialización, lo más común es la participación de tres componentes: el *productor* que produce el bien objeto de comercialización, el *intermediario* que le compra al productor para luego vender el producto, y el consumidor que le compra al intermediario. A esta variante la podemos denominar como comercialización larga o indirecta. Otra variante es en la que el productor le vende directamente al consumidor, de modo que el circuito contiene solamente dos eslabones, claramente diferenciados. Esta se puede denominar como comercialización corta o directa.

El MCP corresponde a esta segunda variante, directa o corta, pero aporta un elemento adicional en términos del comportamiento del circuito, ya que en este caso las productoras son a la vez consumidoras no de su propio producto, sino del que obtienen a cambio de él. De esta forma se establece un circuito prácticamente cerrado en el que los productos que se intercambian se producen y se consumen al interior del mismo, es decir por las propias unidades participantes en el proceso.

Desde estos parámetros el MCP se identifica como un mercado-tianguis popular-campesino-alimentario presencial de circuito directo o corto (no hay intermediarios, las participantes son prosumidoras) y de trueque (intercambios sin intermediación monetaria).

Correspondiendo a su diversidad socio-cultural, morfológica y operativa de los mercados existen varios términos que suelen utilizarse de manera indistinta para referirse a los mercados, entre ellos podemos distinguir el propio vocablo de mercado, plaza y tianguis sólo por mencionar algunos, pero en términos estrictos cada uno de estos términos hace referencia a aspectos diferentes.

Mercado, plaza y tianguis

A partir de sus estudios sobre los mercados de Oaxaca Beals (1975) plantea una distinción interesante entre las modalidades de mercado y plaza. Según este autor, los mercados son aquellos que cuentan con edificios y locales permanentes que operan de manera diaria y en la que los locatarios generalmente son habitantes de la propia localidad en la que se encuentra el mercado. Mientras que la plaza o tianguis se instalan solamente ciertos días a la semana, no cuenta con establecimientos fijos, y los participantes regularmente provienen de poblaciones circunvecinas.

Desde esta perspectiva, se puede afirmar que el MCP en tanto espacio institucional de los procesos de intercambio (circulación de bienes), puede ser considerado como un mercado, mientras que, en su modalidad operativa, no fija ni diaria, encaja en la modalidad de tianguis.

Para Luisa Paré el tianguis es un puente que vincula a las comunidades no capitalistas con el mercado nacional y que desempeña una doble función: extraer los excedentes regionales para su redistribución en el mercado nacional e incorporar al mercado interno al campesinado mediante la distribución de productos de origen industrial (Paré, 1975: 85-86).

En el caso del MCP, se observa un circuito más cerrado y autónomo en el que predomina el intercambio de productos locales propios de tipo agroalimentario y doméstico, que generalmente entran de manera directa al consumo de las participantes y sus familias, pero no se descarta que de manera marginal y fuera del contexto institucional y físico de este mercado se realicen transacciones que vinculan a las prosumidoras indígenas con otros mercados más ligados a la economía capitalista.

Con respecto al carácter tradicional de los mercados, Arellanes y Casas (2011) establecen seis elementos característicos de los mercados tradicionales:

- a) Su origen prehispánico;
- b) La combinación de las modalidades de compra-venta monetaria y de trueque como mecanismos de intercambio;
- c) Operan una o dos veces por semana;
- d) El origen local-rural de sus participantes,
- e) En su mayoría mujeres que recolectan o producen lo que ofrecen bajo sistemas de baja escala; y
- f) Su entrelazamiento con mercados más grandes y globalizados.

Dado que el MCP cumple con la mayoría o todas estas características puede ser considerarlo un mercado tradicional, según se describe a continuación:

- Aunque se identifican algunas irrupciones y discontinuidades espaciales y temporales, existen referencias que muestran los antecedentes prehispánicos del MCP;
- Predomina el trueque, pero también se pueden observar esporádicas transacciones monetarias;
- Se instala dos veces por semana (martes y viernes);
- Cerca del 90% de sus participantes son mujeres provenientes de comunidades indígenas locales que ofrecen productos recolectados y cultivados por ellas mismas con métodos rudimentarios y a baja escala;
- En el contexto del propio mercado los contactos con actores y mercancías

industriales es mínimo, pero existe, ya que algunas mujeres llevan a cambiar utensilios domésticos de plástico y participa también un vendedor de bolsas de plástico, que son de uso común como unidad de medida y contención. Muchas de ellas también contratan o consumen servicios de transporte, particular o colectivo, que funciona por fuera del propio MCP.

Una característica adicional, relacionada con el origen prehispánico, pero no estrictamente ligada a él; se trata de la presencia de alguna lengua indígena. En el caso del MCP muchas de las participantes hablan y entienden el purépecha, aunque en la dinámica de las transacciones del mercado predomina el uso del español.

De las diversas características que varios autores identifican en los mercados estudiados, destaca el carácter triplemente complementario de las relaciones de intercambio:

- a) Ofrece una alternativa ante el limitado acceso a recursos monetarios;
- b) Contribuye a complementar y diversificar la dotación cotidiana de bienes de consumo para el hogar;
- c) La complementariedad entre los diversos productos que circulan contribuye a mantener la viabilidad productiva de los recursos que no encuentran cabida en la dinámica de competencia productivista del mercado convencional.

Se destaca también la dimensión cultural de los mercados. El mercado no es únicamente un sitio de compra y venta de mercancías, sino un microcosmos de las sociedades de la región (Arizpe 2009). Estos estudios enfatizan al tianguis como algo más que un espacio estrictamente económico; es también punto de reunión y de establecimiento de relaciones sociales.

Se coincide con Licona quien, sobre la base de una revisión de estudios sobre mercados y tianguis, menciona que los estudios antropológicos han privilegiado la dimensión económica sobre la sociocultural. Estos enfoques destacan el rol y la importancia de los mercados como un microcosmos que permiten estudiar la economía local y regional (Licona, 2014: 144).

Este autor pone particular atención en las prácticas de intercambio y se pregunta ¿qué es un sistema de intercambio? Para responder esta pregunta recurre a la visión sustantivista clásica de la antropología económica que dice que

“toda sociedad posee economía y que ésta es un complejo sistema de producción, distribución y consumo de bienes y servicios (...) la producción, la distribución y el consumo adquieren los rasgos culturales de los sujetos que participan en todo acto económico. De esta manera, la lengua, el parentesco, el origen étnico, el entorno natural, el orden administrativo, la preferencia política y diversos factores intervienen en toda transacción económica, en el intercambio de bienes y servicios” (Licona, 2014: 144).

En el contexto de las relaciones de intercambio, en el MCP se observa una intensa convivencia prolongada en el tiempo, mediante la cual las participantes se conocen, se reconocen, se identifican, construyen lazos, intercambian información de diversa índole, recrean y enriquecen sus patrones culturales en diversos ámbitos como el alimentario, el espiritual, familiar, de género, comunitario, comparten necesidades, intereses y problemáticas y discurren sobre posibles soluciones.

Dentro de la gama de mercados populares, existe un segmento específico que, aunque denota un carácter emergente, reproduce prácticas tradicionales, pero además propicia de manera más explícita la construcción de alternativas, entendidas en términos de contraste con las prácticas y valores de los mercados convencionales.

1.3 Mercados populares y/o alternativos en la actualidad

Actualmente en México existen una gran cantidad de mercados y organizaciones que practican el trueque, en el Anexo 1 de esta tesis se proporciona un listado de más de 30 casos ubicados en 18 entidades de la república, los cuales se pueden clasificar bajo diferentes criterios. Estos casos constituyen una pequeña muestra, ya que la operación y emergencia de mercados en México es bastante prolífica y dinámica; así como surgen constantemente nuevas iniciativas, otras decaen. El listado aporta una descripción clasificatoria de estos mercados de acuerdo a criterios como: Tipo de promotor, organizador y/o participantes; antigüedad y periodicidad, moderno o tradicional, uso de dinero y otras particularidades. De los casos enlistados, poco más de 20 pueden ser clasificados como modernos con base en los siguientes criterios: su reciente creación; su operación en ámbitos urbanos;

y por el tipo de productos que circulan (objetos de manufactura industrial). Otros dos son considerados como mixtos y nueve más como tradicionales. Estos últimos se distinguen porque sus participantes son principalmente indígenas y/o campesinos, operan desde hace al menos varias décadas y predomina la circulación de productos rurales y agroalimentarios, que ellos mismos producen.

Tabla 2
Tianguis Populares Alternativos por Entidad Federativa

Entidad	Tianguis/localidad				
CDMX	Itinerante	Azcapotzalco	Sta. María la Ribera		
Puebla	Cholula	Tepeaca	Plaza del Carmen		
Edomex	Metepec	Santiago Tianguistenco			
Tlaxcala	Itinerante	Chiautempan			
Veracruz	Chocamán	Coscomatepec, Orizaba			
Morelos	Zacualpan de Amilpas				
Querétaro	Casa del obrero				
El buen trueque, en 14 estados	Aguascalientes, Baja california, Chihuahua, Guadalajara, Monterrey, CDMX, Oaxaca, Puebla, Querétaro, Cancún Tlaxcala Mazatlán, Veracruz, Yucatán				
Guadalajara	Parque El Refugio				
Guerrero	Taxco	Chilpancingo			
Michoacán	La Gotita, Morelia	Mercado de Cambio de Pátzcuaro	Tianguis Purépecha	Feria Alternativa de Urandén	
Oaxaca	2 Zaachila	Xoxocotlán	Tlacolula	Tlaxiaco	Oaxaca
Sinaloa	Mazatlán				

Fuente: elaboración propia.

A partir del tipo de entidad promotora y organizadora, encontramos que cuatro de esos mercados son promovidos por instancias gubernamentales, sobre todo municipales, dos de ellos en Oaxaca y otros dos en la ciudad de México, ya sea desde las áreas de promoción económica o las de medio ambiente. Los restantes son promovidos por grupos sociales o funcionan sin que exista un grupo promotor o coordinador claramente definido, como es el caso del MCP.

La mayoría de los proyectos que denominamos modernos son de reciente creación y se distinguen por una reivindicación expresa de ciertos valores económicos, ambientales y culturales, como la economía solidaria, el reciclaje, la convivencia personal, el rechazo al consumismo y a la sobrevaloración del dinero como símbolo de estatus y medio de poder.

En la Ciudad de México se registraron tres casos de este tipo, uno promovido por un grupo de ciudadanos, y dos organizados por instancias de gobierno, la alcaldía de Azcapotzalco y el gobierno central de la ciudad. En este último, aunque se reivindican explícitamente los valores de la economía solidaria, destaca más su carácter orientado en un sentido medio-ambientalista, ya que además al ser promovido desde la Secretaría de Medio Ambiente, su objetivo principal es generar una cultura de separación y reciclaje de residuos sólidos.

En el tianguis de trueque promovido por el gobierno de la Ciudad de México, se habilita un módulo de recepción de desechos reciclables como cartón, metal, plástico, etc., y se les asigna un valor que luego se representa en una especie de billetes o vales (puntos verdes), que funcionan como moneda de cambio, con la cual el usuario compra productos agroalimentarios a los productores presentes que provienen de las zonas rurales de la ciudad como Milpa Alta, Tláhuac y Xochimilco. Posteriormente estos productores acuden al módulo de gobierno a cambiar los vales recibidos por dinero común. Los materiales reciclables recolectados son recogidos por empresas que los reciclan y ahí culmina el proceso.

En este caso es interesante la forma en la que se resuelve la determinación de los precios de los materiales reciclables, ya que, además de considerar sus precios en el mercado convencional, se agrega un valor por servicios ambientales y se toman en cuenta los tiempos de degradación de cada tipo de material, de manera que los materiales que tardan más en degradarse tienen un sobreprecio mayor.

Otra entidad con varios mercados de este tipo es Oaxaca, en la que se detectaron cinco casos en diferentes localidades: Oaxaca capital, Zaachila, Xoxocotlán, Tlacolula y Tlaxiaco.

También se detectaron tianguis de trueque en Tlaxcala, Puebla, Morelos, Guadalajara, Querétaro, Guerrero, Mazatlán y el Estado de México. En esta última entidad particularmente destaca el *Tianguis de Santiago Tianguistenco*, que es uno de los más grandes y tradicionales pues cuenta con antecedentes prehispánicos. En su actual etapa opera desde hace más de un siglo y convoca la participación de

una gran cantidad de productores y recolectores indígenas y comunitarios de localidades cercanas a Santiago. Se realiza cada martes y congrega varios miles de participantes, muchos de ellos pertenecientes a las etnias nahua y tlahuica, quienes mediante trueque intercambian sus productos, predominantemente agroalimentarios y de uso doméstico. En este caso la leña constituye uno de los bienes de más circulación y en algunas transacciones puede llegar a usarse como moneda de cambio.

Este caso ha llamado la atención nacional por ser objeto de un fuerte acoso por parte de los gobiernos estatal y municipal, que utilizan a organizaciones de comerciantes progobiernistas para acosar y agredir a los participantes del trueque, ante lo cual éstos decidieron formar el *Consejo Indígena del Tianguis de Santiago Tianguistenco*. Esto les ha permitido realizar actividades colaterales como la siembra anual de más de 170 mil árboles y faenas periódicas para el cuidado de los bosques. No obstante, el acoso y agresiones han continuado, al grado que el pasado 25 de marzo de 2019 fue asesinada Eulodia Lilia Díaz Ortiz, una de las dirigentes del Consejo (Muñoz, La jornada, 2019).

En Michoacán se conocen al menos cuatro casos de tianguis de trueque, tres de origen reciente: el tianguis *La Gotita*, en Morelia; la *Feria Alternativa de Urandén*; el *Tianguis Purépecha*, y uno de origen ancestral, el *Mercado de Cambio de Pátzcuaro*, que es el objeto de estudio de esta tesis.

Uno de los rasgos operativos que se considera más significativo en el caso de los tianguis alternativos y particularmente en el MCP es el trueque, que constituye una modalidad extremadamente poco utilizada y que además de implicar cierta complejidad, enfrenta una enorme y abrumadora inercia contraria ante la predominancia casi absoluta del dinero. Para entender mejor su fenomenología y sus circunstancias se procede a continuación a desarrollar un detenido análisis de esta modalidad económica.

1.3.1 El trueque

El trueque como forma de intercambio de bienes y servicios constituye un fenómeno altamente diverso y complejo, cuyo análisis debe ser abordado partiendo de la identificación del contexto socio-histórico en el que se desenvuelve. Karl Polanyi aporta un marco de análisis teórico e histórico a partir de tres formas de integración de la economía, el comercio y los mercados: la *reciprocidad*, la *redistribución* y el *intercambio*. En respuesta a la pregunta sobre cómo se asegura el orden de una sociedad en los campos de la producción y la distribución, responde; “Esencialmente la respuesta la proporcionan dos principios de comportamiento que a primera vista no suelen ser asociados con la economía: la *reciprocidad* y la *redistribución*” (Polanyi, 2007: 90), para este autor la primera se encuentra orientada por la simetría social, mientras que la segunda es gestionada desde la centralidad de una autoridad colectivamente reconocida que concentra, almacena y redistribuye y la tercera hace referencia a los intercambios con intermediación monetaria.

Para que resultaran efectivas como mecanismos integrativos, la reciprocidad requiere de los movimientos entre agrupaciones, simétricamente designados como relaciones fraternales; la redistribución de bienes dentro y fuera de un centro requiere centralidad, la cual, generalmente, está acompañada de un régimen de jerarquía; y el intercambio demanda un sistema de construcción de precios de mercado (Polanyi-Levitt, 2014).

Estos patrones integrativos no representan etapas del desarrollo, ni implican una secuencia temporal, pero los “sistemas económicos” pueden ser clasificados de acuerdo con la forma predominante de integración y pueden estar presentes en todas las sociedades. En las sociedades comunales las relaciones fraternales de reciprocidad predominan. Un signo claramente indicativo del desarrollo del mercado como fuerza dominante de la economía es la transformación del trabajo en mercancía libre para ser vendida y comprada en el mercado (Polanyi, 1957).

Se asume entonces la existencia de comercio, dinero y mercados en las economías preindustriales, pero estos no constituían antecedentes de la sociedad de mercado

propiamente dicha, sino que tenían significados radicalmente distintos (Colombo, 2009)

En este marco y de acuerdo con autores como Rabey, et al., (1986), Humprey y Hugh-Jones (1998), Tocancipa (2002), Ferraro (2002), más que buscar una definición universal, se debe observar al trueque a la luz de los contextos socio-históricos en los que se desenvuelve, tomando en cuenta que este fenómeno implica una constelación de particularidades, por lo que en lugar de intentar definirlo optamos por considerarlo *una categoría política*.

La noción de trueque de la que partimos se deslinda de la tesis de la economía convencional, según la cual el trueque representa una suerte de línea evolutiva del intercambio monetario, o el antecedente directo y embrionario del dinero y menos aún un prototipo arcaico del capitalismo, según los cuales el dinero viene a corregir las imperfecciones del trueque, o, dicho de otra manera, el dinero se origina como una solución a los problemas del trueque (González y Berguesio, 2016; Humprey y Hugh-Jones, 1998; Anderlini y Sabourian, 1998).

El trueque no se reduce a una reminiscencia de una institución histórica propia de las economías arcaicas o primitivas, sino que es un fenómeno contemporáneo que se presenta en una gran diversidad de escalas y contextos económicos y culturales. Se trata de una forma, entre otras posibles, en que las personas pueden intercambiar sin la intermediación de la moneda, una forma de intercambio no-monetario por propio derecho (Anderlini y Sabourian, 1998; González y Berguesio, 2016).

Pero no se pretende simplemente establecer una diferencia tajante entre el intercambio comercial y la reciprocidad indígena como sistemas ideales, pues se puede observar cierta correspondencia o "acomodamiento" entre las instituciones capitalistas y las prácticas indígenas de intercambio, por lo menos a nivel local (Stephen Huhg-Jones, 1988)

En nuestro caso de estudio podemos ver que representa una práctica con origen ancestral y que mantiene continuidad, pero también muestra una renovada funcionalidad ante la falta o la reducción de alternativas de inclusión de ciertos sectores y actores a los circuitos de la economía formal, característica propia del capitalismo, que deriva de su intrínseca racionalidad competitiva y que se ve acentuada en su actual etapa depresiva-monopólica. “El trueque no es un prototipo arcaico del capitalismo, sino un modo de intercambio por su propio derecho” (Hugh-Jones 1998: 15).

Una vez que se ha precisado que el trueque es caracterizado aquí como un modo de intercambio, cabe aclarar que, de manera coloquial-convencional, las participantes del trueque en Pátzcuaro, refieren al mercado como “*el cambio*”, de ahí la denominación de este espacio-objeto de estudio como *Mercado de Cambio de Pátzcuaro*. No obstante, de manera formal en esta investigación se asume que el trueque representa una de las formas de intercambio, caracterizado por la no utilización o intermediación de dinero. Se reconoce que el trueque y el dinero conctituyen dos formas de intercambio distintos pero que no son necesariamente excluyentes; por el contrario, es frecuente que coexistan⁴ “pacíficamente”. (Rabey, et al., 1986; Anderlini y Sabourian, 1998; Hugh-Jones, 1998; Primavera, 2002; Tocancipa, 2002; Ferraro, 2002; Abramovich y Vázquez, 2003; Sigales, 2003; Krause, 2006; Colombo, 2009; Gatti, 2010; González y Berguesio, 2016)

El trueque y el intercambio monetario contienen una serie de diferencias, entre ellas se destaca que mientras que el primero está regido por criterios de valoración particulares de sujetos individuales acordes con un campo cultural específico, lo que les permite un cierto margen de autonomía relativa, mientras que el intercambio monetario implica la intervención del dinero como figura socialmente

⁴ En el caso del MCP esto se observa tanto de manera nominal como práctica, ya que algunas transacciones pueden apoyarse en la referencia de los precios generales de los productos como uno de los parámetros para determinar los términos cuantitativos del intercambio, pero también en algunos casos se observa la intermediación dineraria.

institucionalizada que se impone de manera externa a los contratantes⁵. “En otras palabras, (en el trueque) los objetos no son medidos uno con otro por algún criterio externo⁶, sino sustituidos uno por otro mediante un balance interno”⁷ (Hugh-Jones 1998: 15), en el trueque la valoración de los objetos que se intercambian constituye una estricta potestad de quienes participan en la transacción y puede implicar algunas discrepancias que suelen resolverse mediante la negociación y las normas y parámetros compartidos en el ámbito en el que se realiza (Simmel, 1976).

De acuerdo con la noción de “regímenes de valor” que propone Appadurai (1991), no todo acto de intercambio presupone una completa comunión cultural, sino que el grado de coherencia del valor puede variar considerablemente de situación en situación y de mercadería en mercadería (este caso se da, por ejemplo, cuando el intercambio se concreta entre personas de distintas clases sociales y grupos étnicos).

“En las relaciones de trueque, las equivalencias entre productos de origen campesino las establecen ellos mismos, por ejemplo en algunos mercados andinos una libra de coca es equivalente a una arroba de maíz. Las tasas son variables de región en región y de época, aunque cambian en forma más lenta que los precios del sector nacional” (Alberti y Mayer 1974: 27).

En otras palabras, los objetos no son medidos uno con otro, por algún criterio externo, sino sustituidos uno por otro mediante un balance interno realizado - únicamente- por los sujetos que intervienen en el intercambio específico. Esto no significa que el trueque implique una ausencia de relaciones sociales. En este sentido es válida la argumentación de Simmel (1976) cuando sostiene que no es

⁵ Se trata de la ley del valor, que establece la cantidad de *trabajo socialmente necesario* como parámetro estandarizado en torno al cual fluctúan los precios como referencia de última instancia para fijar los términos y las magnitudes de los intercambios.

⁶ Criterios externos a los actores de un intercambio particular, como la ley del valor, el dinero y el sistema de precios.

⁷ Sin embargo este balance si bien se resuelve de manera particular con un mayor margen de autonomía, no es totalmente fortuito, sino que los criterios de las participantes se ven orientados por el horizonte socio-cultural en el que se desenvuelven.

que la sociedad, como una “entidad absoluta”, existe y crea intercambio, sino que el intercambio en sí mismo crea los vínculos de la sociedad.

De este modo el trueque expresa un nivel de autonomía que el intercambio monetario no tiene. Constituye una relación que ofrece a las participantes un mayor margen de acción orientada tanto al beneficio propio como para el despliegue de la reciprocidad.

Otra diferencia de sentido entre el trueque y el intercambio monetario, reivindica un supuesto *equilibrio* que se expresa como *intercambio de equivalentes*, el trueque trasciende esta pretensión formal, sobre todo cuando se despliega en relaciones cara a cara en ambientes de comunidades pequeñas que comparten un horizonte cultural, con fuertes lazos de identidad, en los más que el equilibrio formal se busca y promueve la reciprocidad, entendida como beneficio mutuo, medido en términos de satisfacción no sólo material y puramente utilitaria, sino social y cultural, en la medida en que cada acto de trueque contribuye al beneficio colectivo y con ello a la continuidad y consolidación del entorno físico e institucional que lo sustenta, es decir del propio mercado.

De este modo, aunque a primera vista el trueque parece adolecer de un vacío o déficit institucional o regulatorio, ya que no refleja un suficiente apego a la búsqueda del equilibrio formal y cuantitativo propio del *intercambio equivalencial*, en realidad contiene una mayor fortaleza institucional sustentada en el valor de la reciprocidad y en la convicción más o menos tácita de que el beneficio individual se encuentra intrínsecamente articulado al beneficio colectivo.

El hecho de compartir un territorio, un horizonte cultural, sistemas de valores, patrones de consumo, formas y tradiciones productivas compartidas a la vez que complementarias constituyen la base que da sustento objetivo y subjetivo a la existencia y funcionamiento del Mercado de Cambio de Pátzcuaro.

El trueque y más concretamente el MCP se sustenta en la existencia de una división del trabajo existente en la región de la ribera de Lago de Pátzcuaro, en la que algunas comunidades se especializan en la agricultura, en la que predomina el

cultivo de maíz, pero que también incluye otros productos como granos, hortalizas, tubérculos, así como cultivo de frutos en huertos familiares, recolección de semillas, plantas y frutos silvestres, la pesca, la producción de artesanías de madera, de fibras vegetales, de textiles y barro, que también incluye productos elaborados como tortillas, gorditas, tamales, y que en conjunto expresan un patrón complementario de producción y consumo tradicional que aporta viabilidad a este sistema comercial.

En el horizonte cultural indígena comunitario, de las participantes en el MCP no parece encontrarse arraigada la noción esencialmente capitalista de que las necesidades humanas son ilimitadas, por lo que tampoco se observa una obsesiva propensión por el incremento de la productividad, la cual, dicho sea de paso, constituye el soporte principal de la competencia capitalista por la apropiación de la ganancia. Por el contrario, en el contexto del MCP, las relaciones que se establecen en torno al trueque están más bien orientadas en primer lugar a obtener un complemento económico para la reproducción básica de sus vidas, pero también en la perspectiva de una reproducción ampliada, que no refiere a la noción simplista de obtener más cantidad de bienes materiales, que corresponde a una cultura consumista y acumulativa, sino a construir comunidad, a construir sociedad.

Desde esta perspectiva, el trueque no debe ser visto como un producto creado por un ámbito social determinado, sino que el trueque como práctica colectiva e instituida crea por sí mismo relaciones sociales que complementan y enriquecen el ámbito socio-cultural en el que se desenvuelven.

Visto el trueque desde una óptica no exclusivamente económica, se distingue que, si bien constituye una forma de intercambio, su lógica no se reduce al establecimiento de precios y la búsqueda de equilibrio meramente económico-cuantitativo, sino que implica un alto contenido de reciprocidad que se desenvuelve con un relativo margen de autonomía. Al menos en el caso del MCP esto es válido para cada acto específico y particular de intercambio, pero sobre todo en la comprensión de la importancia del beneficio mutuo y colectivo como condición para la continuidad de este espacio, como acto que se trasciende a sí mismo como

condición para prevalecer, de donde emana uno de los pilares que soportan su condición sustentable.

En términos históricos, el trueque constituye una práctica con amplios antecedentes, para el caso de Europa han sido documentados por autores como Fernando Braudel (1979), quien menciona que en el siglo XV esta práctica era habitual en Alemania, Holanda, Inglaterra y Francia. Para el caso de Mesoamérica, Castillo (1984) menciona que el trueque era frecuente, sobre todo, pero no únicamente, entre los estratos más bajos de la sociedad.

Es importante aclarar que no toda relación económica de intercambio no monetario de bienes entra en este análisis sobre el trueque. Coincidiendo con Heloísa Primavera (2007), identificamos una serie de casos de índole completamente distinta, entre ellos se pueden mencionar los intercambios que realizan internamente filiales de empresas transnacionales en diferentes países o también intercambios entre estados nacionales, incluso algunas iniciativas sociales en países desarrollados de América del norte y Europa. A partir de esa premisa, esta autora plantea sustituir la expresión de “redes de trueque” por la de “sistemas de monedas complementarias”; no obstante, si bien esta última expresión tal vez podría definir de manera abarcativa el fenómeno generalizado en la Argentina de la segunda mitad de la década de los años 90, podría resultar insuficiente para explicar otros muchos casos en América Latina.

Existen una serie de puntos básicos de descripción de las prácticas de trueque en América Latina y México en los que prácticamente todos los autores revisados coinciden. Uno de estos puntos refiere a la función de los tianguis de trueque como *estrategia de sobrevivencia*, mediante la cual los participantes logran complementar su dotación de bienes de consumo básico cotidiano (Mayer, 1982; Coraggio, 1998; Razeto 2000; Hintze, Cassano, Coraggio, Cortesi, González Bombal, Ilari, Krause, Laporte, La Serna, Mance, Marino, Pérez, Reese, Sampayo y Silva, 2003; Gatti, 2009; Fernández, 2009; Fabré y Yeste, 2012; Arellanes, Hidalgo y Ayala, 2014; Argueta, 2016; Pérez, 2016; Primavera, 2001, 2003, 2003b, 2007; Santiago, 2017; Pérez, 2018; Vera 2018).

Algunos puntos en los que la mayoría de estos autores coinciden respecto al trueque y que serían aplicables a muchos de los casos observados son:

- Es una alternativa ante el limitado e insuficiente acceso a recursos monetarios.
- Las formas y medios asociados a la economía en la que se encuentra articulado el trueque, muestran su eficacia y viabilidad para resolver, o al menos complementar los procesos de reproducción de la vida de los integrantes de las unidades económicas domésticas que participan en el trueque y en el subsistema económico subyacente.
- Implica relaciones interpersonales cara a cara y la progresiva formación de un sentido de corresponsabilidad y de comunidad. El sistema intermediado por el comerciante es sustituido por el trato directo entre productor y consumidor.
- Favorece la acción colectiva, la formación de actores locales y la organización, no necesariamente formal o formalizada.
- Se sustenta en la diversidad de recursos y capacidades productivas y culturales, a la vez que las fortalece.
- Es una expresión predominantemente propia de los sectores de la economía popular.
- Se sustenta en y favorece la complementariedad económico-productiva.
- Se circunscribe predominantemente en contextos micro y locales.
- Propicia cierto grado de autonomía productiva y económica, particularmente respecto a la dinámica competitiva del mercado y del sistema de precios capitalistas.
- El valor de cambio ya no se encuentra exclusivamente delimitado por el sistema convencional de precios, ni por equivalencias cuantitativas que, si bien pueden proporcionar una referencia, no es la única ni necesariamente la determinante.
- Fortalece la convivencia, la identidad y el tejido social.
- Favorece la emergencia y proliferación de valores económicos y sociales alternativos.
- Reviabiliza y fortalece recursos, medios, formas y capacidades económicas descartados y excluidos por el mercado convencional y la competencia productivista.
- Predomina la racionalidad reproductiva de la vida sobre la acumulación de valor-riqueza.
- Implica una serie de intercambios y flujos que trascienden lo puramente económico.
- En diferentes formas y medidas las economías de trueque conviven con la dinámica económica y comercial capitalista.
- En el caso de mercados tradicionales de trueque, se favorece la preservación de formas de vida no modernas.

- Favorece la formación y consolidación de dinámicas de prosumisión, que implican poder producir para tener algo para intercambiar por otro bien necesario y reducir la dependencia respecto a la cultura asistencialista y la exclusión por la competencia mercantilista.
- Los objetos de intercambio no son sólo vistos como cosas o bienes cuyo origen es irrelevante, sino que son presentados y percibidos directamente como el producto del trabajo concreto, específico de una persona o una familia determinada y frecuentemente también asociados a rituales y representaciones culturales más amplias, con toda la subjetividad que esto conlleva.
- La relación directa y personal entre productor y consumidor inhibe la cosificación de las relaciones sociales y la fetichización de las mercancías.
- Implica un replanteamiento en los términos de la relación entre valor de uso y valor de cambio como componentes del intercambio.
- Predomina el carácter artesanal y de pequeña escala de los procesos productivos de donde emanan los productos que se intercambian.
- Los mercados de trueque sustentan relaciones con mayor grado de simetría socioeconómica y cultural, pues los participantes generalmente tienen adscripción local y comunitaria y son pequeños o micro productores que operan bajo sistemas domésticos.
- Frecuentemente predomina la participación de las mujeres, ello en virtud de circunstancias como el fundamental compromiso y mayor vínculo de ellas respecto a las dinámicas reproductivas domésticas, así como con habilidades culturales particularmente características en las mujeres como la solidaridad y la comunicación.
- La economía en torno a la cual se articula el trueque es una economía sustentada principalmente en el trabajo propio de sus participantes y no en la explotación de trabajo ajeno.

Algunas otras reflexiones comunes asociadas con el trueque ponen atención en la importancia de generar un sistema de reglas y normas que marquen pautas de conducta y regulen la participación para evitar la gestación y generalización de prácticas nocivas como la especulación y la acumulación de riqueza o de poder.

Particularmente se debe aprender de la experiencia argentina cuyo crecimiento acelerado de nodos y participantes junto con la introducción y el manejo inadecuado del dinero alternativo, propició la generalización de prácticas acumulativas y especulativas que minaron los valores solidarios y reprodujeron las condiciones de asimetría propias de las relaciones de la economía convencional (Hintze, et al. 2003). Por lo que se debe poner atención en la introducción de cualquier forma de

dinero y evitar una dinámica de crecimiento acelerado de los mercados que rebase las capacidades de regulación, organización, coordinación y control autogestivo de la colectividad, que induzcan un desvío respecto a su sentido original.

Existen muchos aspectos que pueden ser regidos por reglas o por normas: los términos cuantitativos de intercambio; el uso de los espacios; el uso de dinero, quién entra y quién no, ámbito en el que la metodología desarrollada por Elinor Ostrom podría resultar de gran utilidad.

También se deben regular los procesos externos pero relacionados con el mercado, particularmente las formas y normas productivas orgánicas y sustentables. En este sentido habría mucho que retomar de los mercados orgánicos, que constituyen otro fenómeno alternativo distinto, pero no opuesto a los mercados de trueque. En sentido similar debe cuidarse que los procesos productivos de las prosumidoras participantes en el trueque, no estén sustentados en la explotación de trabajo ajeno.

Es importante no reducir al trueque como alternativa y sus perspectivas de crecimiento en un sentido simplemente funcional y paliativo de los efectos excluyentes y destructivos de la economía del capital.

En este sentido, una de las estrategias de crecimiento del trueque como subsistema económico tiene que ver con la posibilidad de vincularse y articularse con otros procesos y proyectos como las empresas cooperativas, comunitarias y sociales en general, con otros tipos de mercados alternativos, orgánicos, de intercambio justo, e incluso con movimientos y organizaciones políticas que busque democratizar el gobierno e influir en la implementación de políticas públicas compatibles y favorables a la economía popular.

En el caso del MCP la existencia, apropiación y práctica colectiva de valores y normas tiene mucho que ver con el origen étnico cultural y de género compartido por las participantes, pero cierto es que existen en este mercado cada vez más participantes ajenos a este núcleo. Algunos pueden convivir armónicamente con el sistema de mercado tradicional de trueque, pero otros constituyen claramente una amenaza, por lo que la imposición de reglas y el establecimiento de algunas

alianzas y procesos de organización interna parece necesaria para garantizar su continuidad y fortalecimiento.

1.4. El MCP en el contexto de los estudios de mercados

Esta revisión muestra la gran cantidad de aspectos y enfoques asociados a los estudios sobre mercados, congruente con la complejidad y diversidad propia de estas entidades económico-culturales. Esta panorámica pone en evidencia la gran cantidad de elementos desde los cuales se puede ensayar una caracterización del objeto de esta tesis, y permite identificar los principales aspectos en los que puede centrarse el análisis. A partir de estas pautas se presentan a continuación algunos rasgos que caracterizan al Mercado de Cambio de Pátzcuaro:

- Es un mercado que opera bajo la modalidad de plaza o *tianguis*, ya que no cuenta con instalaciones fijas y no funciona de manera permanente, sino itinerante, en este caso dos días a la semana.
- Se trata además de un mercado *popular*, por el sector social que lo sustenta, así como por la racionalidad económica que lo rige (reproductiva de la vida y no acumulativa de capital), y porque se articula con la dinámica reproductiva de múltiples unidades domésticas familiares, conformando un circuito económico territorial de economía popular.
- Es un mercado *campesino*, ya que predominan los productos agroalimentarios y de fibras vegetales, que son generalmente producidos por las propias mujeres y sus familias bajo el sistema campesino.
- Es un mercado *indígena*, pues la mayoría de sus participantes provienen de las comunidades indígenas ribereñas del Lago de Pátzcuaro.
- Es un mercado *tradicional* dada su antigüedad, y que preserva formas como el trueque, la vestimenta y las formas productivas tradicionales y artesanales.
- Es un mercado *local de circuito corto*, ya que la mayoría de productos que circulan y personas que participan son de origen local y la mayoría de las participantes son productoras de los bienes que ofrecen y consumidoras de los que reciben a cambio, no hay intermediarios por lo que la cadena se

reduce a dos eslabones, ambos con el doble propósito de productoras-ofertantes y demandantes-consumidoras.

- Es un mercado *alternativo* tanto en el sentido de que ofrece opciones extras a quienes tienen un acceso limitado a la economía convencional, como por la reivindicación y reproducción de prácticas y valores de complementariedad, cooperación, solidaridad y equidad. También mantiene cierta autonomía institucional, pues la mayoría de las participantes siguen pautas comunes de comportamiento que no provienen del exterior y que no requieren ser impuestas mediante métodos coercitivos.
- Es un mercado en el que predomina la presencia y participación de mujeres, lo que se asocia con su carácter marginal y subalterno, como parte de la esfera reproductiva de la economía, pero que también induce al desarrollo de potencialidades y posicionamiento socio-cultural y económico de sus participantes. Se asume que existe una relación no fortuita entre la predominante participación femenina y la precariedad logística y la ausencia de dinero. Éstas expresan la baja valoración social y económica que se asigna a este tipo de actividades y entidades económicas y la falta de interés por parte de los hombres, las autoridades gubernamentales y otras entidades económicas de carácter capitalista por hacerse de su control.

Los principales ejes conceptuales desde los que se aborda el análisis del Mercado de Cambio de Pátzcuaro son:

La economía popular solidaria.

- La conformación de un circuito económico territorial de economía popular (prosumidoras de comunidades indígenas ribereñas al lago de Pátzcuaro que se rigen por una racionalidad reproductiva de la vida).
- El trueque como modalidad de circulación de mercancías que implica la exclusión del dinero y la implementación de una serie de criterios de intercambio.

- La implementación de relaciones simétricas y de equidad, así como de prácticas de cooperación, corresponsabilidad y solidaridad.

La economía feminista.

- La predominancia de las mujeres como protagonistas en un ámbito económico asociado a las dinámicas reproductivas de la vida de los sectores populares y que, como tal, es situado en condiciones de marginalidad y subalternidad, objeto de menosprecio económico y normativo por el conjunto de la sociedad. Pero que propician el despliegue y fortalecimiento de capacidades y posicionamiento socio-cultural y económico.

El enfoque neoinstitucional de Elinor Ostrom.

- Que permite identificar al MCP como un bien común gestionado colectivamente mediante el reconocimiento tácito y común de un entramado básico de normas autónomas que rigen su operación y le dotan de un cierto carácter y grado de autogestión.
- Particularmente el mecanismo de trueque que lleva intrínseco todo un sistema complejo de criterios y términos objetivos y subjetivos de intercambio, que aun siendo de aplicación general hace de cada transacción un caso único.

Desde esta óptica se pretende aportar elementos empíricos y de análisis que den cuenta de la complejidad y trascendencia del Mercado de Cambio de Pátzcuaro como entidad económica peculiar, no convencional, con carácter tradicional y con potencial alternativo.

Capítulo 2

Marco Teórico. Otra economía y alternativas al desarrollo

Esta tesis se inscribe en la perspectiva intelectual del pensamiento crítico, ello en buena medida responde a las circunstancias socio-culturales del caso de estudio. En un primer acercamiento se percibe al Mercado de Cambio de Pátzcuaro (MCP) como un ámbito en el que se desarrollan actividades económicas, no obstante, en un análisis más detenido se puede apreciar como un espacio en el cual se recrean elementos de toda una forma de vida y un horizonte sociocultural complejo.

Por ello, y dadas las particularidades de sus prácticas (trueque), como de los actores que en él participan (predominantemente mujeres prosumidoras de adscripción popular, rural e indígena) y del contexto sociocultural en el que se desarrolla (una zona con importante presencia de la ancestral cultura purépecha), no resultaría del todo idóneo circunscribir su análisis exclusivamente a su dimensión económica y menos aún abordarlo desde la perspectiva de las teorías económicas convencionales. Alternativamente se consideran pertinentes los aportes de la economía crítica y de lo que podría llamarse el pensamiento crítico latinoamericano que, si bien es diverso y heterogéneo, contiene elementos básicos comunes conformando una línea con secuencia histórica constructiva e incremental.

En primer lugar, se retoman algunos aportes orientados a generar y fortalecer la reconstrucción y recreación de un proceso epistémico decolonial y anticapitalista ante la descalificación y destrucción de formas de pensar, de ser y de vivir propias, y la imposición de nociones como la *modernidad* y el *desarrollo*, que conllevan valores, normas e instituciones como el individualismo, la propiedad privada, la acumulación de riqueza y la competencia, que han mostrado ser incompatibles con la sostenibilidad de la vida misma. A partir de nociones y valores alternativos como la decolonialidad epistémica, el buen vivir y la comunalidad, se busca develar los términos en los que se establecen las relaciones entre las participantes en el MCP y con su entorno socioecosistémico, que permiten entrever la recreación de valores

colectivos, comunitarios, una racionalidad reproductiva de la vida y no acumulativa de riqueza, en un ambiente cooperativo y solidario.

Respecto a la dimensión económica del MCP, se adopta una perspectiva crítica, tomando algunos conceptos y enfoques de autores como Marx, Polanyi, Hinkelammert y Max Neef, con la intención de hacer una sucinta revisión crítica de las nociones de *economía, trabajo, mercado y dinero*, así como el análisis de los términos en los que se establecen las relaciones económicas entre las participantes en este espacio. La economía política nos permite analizar la dimensión propiamente económica del caso de estudio, los términos de la relación entre la economía del capital y la de la economía popular, y aspectos más específicos como los procesos de trabajo y la racionalidad y fenomenología de los intercambios. Se incorporan también los enfoques de la economía popular solidaria y de la economía feminista que permiten identificar aspectos más específicos del caso, tomando en cuenta la adscripción socioeconómica de las participantes, así como su condición de género. Finalmente, se toman elementos de la economía neoinstitucional, y particularmente el enfoque de Elinor Ostrom, pues resulta de utilidad para analizar el entramado institucional con base en el cual se desarrollan las relaciones y el manejo colectivo del MCP, considerado desde esta perspectiva teórica como un bien común.

2.1 El pensamiento crítico latinoamericano

Se adopta en esta tesis de manera amplia la noción de *pensamiento crítico latinoamericano*, para referirnos con ella al pensamiento concebido y desarrollado en estas latitudes durante el periodo que va de los años 50 a la actualidad, concebido como conjunto diverso y heterogéneo, que busca proporcionar una caracterización propia y crítica de la condición socio-económica latinoamericana a partir de su integración al sistema-mundo capitalista, y una búsqueda de alternativas tendientes a superar las condiciones desventajosas propiciadas por esta forma de integración.

Si bien la gestación de un pensamiento crítico propiamente latinoamericano tiene ya larga data, en su proceso se observan algunos momentos culminantes. Destaca la oleada desarrollada en las décadas de 1950 a 1980, en la que participaron autores como Raúl Prebisch, Osvaldo Sunkel, Celso Furtado, Anibal Pinto, Aldo Ferrer y otros de tendencia marxista (dependentistas) como Ruy Mauro Marini, André Gunder Frank, Vania Bambirra y Theotonio dos Santos. Estos autores reconocen, analizan y revelan el carácter y origen histórico de la condición colonial y dependiente en la que se encuentra América Latina desde su integración al circuito económico del sistema mundo capitalista en el siglo XVI.

Autores como Paul Singer (1976) y Samir Amin⁸ (1979), realizan una crítica temprana a las teorías convencionales del desarrollo y polemizan sobre las causas y el concepto de *subdesarrollo*. Complementando esta perspectiva, otros autores identifican el subdesarrollo como “la estructura de un tipo de sistema económico, con predominio del sector primario, fuerte concentración de la renta, poca diversificación del sistema productivo y, sobre todo, predominio del mercado externo sobre el interno” (Cardoso y Faletto, 1969: 23).

Para Guillén Romo (2006) uno de los aportes más importantes de Prebisch “fue haber efectuado su análisis del subdesarrollo latinoamericano a partir del concepto centro-periferia”. La identificación de la desigualdad en los términos del intercambio le permitió a Prebisch sustentar su crítica hacia las teorías tradicionales de las ventajas comparativas y de la división internacional del trabajo entre los países industrializados y los primario-exportadores o “subdesarrollados”. En contra de las orientaciones del FMI, Prebisch (1948) se opuso a la apertura y liberalización de la economía y el comercio en los países de América Latina, planteando en cambio una estrategia de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), que protegiera

⁸ Si bien este autor no es de origen latinoamericano, confluyó con los pensadores de estas latitudes en algunos temas como el desarrollo-subdesarrollo y también en su perspectiva crítica.

a la industria nacional de manera temporal para permitir su consolidación, después de lo cual podría abrirse y competir en mejores condiciones.

No obstante, ya de manera temprana Celso Furtado (1971) da cuenta del carácter dependiente, subordinado y limitado del modelo ISI, al encontrarse sujeto a la estrategia de reorganización productiva de la economía norteamericana, que ante la contundente pérdida de competitividad respecto a la reconstruida industria europea y asiática de posguerra, especialmente alemana y japonesa, relocaliza y/o vende sus empresas y activos más obsoletos hacia América Latina, reconcentrando las unidades de alta tecnología, de modo que la industrialización latinoamericana estaba condenada al fracaso desde su inicio al sustentarse en buena medida en la entrada de la obsoleta tecnología desechada por Estados Unidos.

Como parte de la vertiente dependentista, André Gunder Frank (1967) identifica la desigualdad como efecto concomitante e intrínseco del vínculo económico de los países de América Latina con los desarrollados, especialmente con los Estados Unidos. En su teoría de *centro-periferia*, describe una red de relaciones entre centros y satélites que a su vez funcionan como centros de otras economías periféricas, conformando una correa de transmisión, de saqueo y de transferencia de riqueza del sur hacia el norte, desde las más pequeñas localidades hacia las de mayor tamaño hasta llegar a su destino final, las grandes metrópolis industriales del mundo.

Ante ello, autores como Ruy Mauro Marini (1991), Vania Bambirra (1978) y Theotonio dos Santos (1980), plantean como única alternativa viable la transformación de las relaciones de producción capitalistas, mediante una revolución que conlleve a una transformación profunda en sus estructuras. En síntesis, se trata de mostrar la doble condición histórica de incorporación al circuito y la dinámica de la economía-mundo capitalista y de imposición del sistema colonial dependiente y subsidiario que constituyen dos ejes explicativos comunes en esta corriente de pensamiento crítico latinoamericano desarrollado durante las décadas de los 50 a los 80. Una crítica más profunda e integral al concepto de desarrollo, sin

embargo, vendría posteriormente, con la emergencia de una nueva oleada de pensamiento crítico de origen latinoamericano.

2.2 El proyecto decolonial

Consecutivamente otras vertientes de pensamiento se han venido desarrollando, con explícitas pretensiones descolonizadoras, destacando en este sentido el *Programa de Investigación Modernidad/Colonialidad (M/C)*, bajo la coordinación de Héctor Alimonda (2011) y con la participación de Enrique Dussel, Arturo Escobar, Enrique Leff, Gustavo Esteva, entre otros autores. Se trata de un colectivo de trabajo intelectual no institucionalizado, que presenta una perspectiva reciente del pensamiento latinoamericano y sobre América Latina, a partir de una crítica de base histórico-cultural y epistemológica de la modernidad, cuestionando las grandes narrativas interpretativas de la misma, a lo largo de cinco siglos (Alimonda, 2011).

Estos autores identifican el hecho colonial como fenómeno fundacional de toda la experiencia histórica de la modernidad, constituida como un paradigma lineal de evolución histórica, instituyendo nociones de “procesos civilizatorios”, “progreso” o “desarrollo” que, como experiencia única y patrimonio de algunos pueblos europeos, pretendía imponerse sobre el conjunto global de naciones. Se rechaza el carácter simplificador del concepto de desarrollo y su contraparte, el subdesarrollo, que pretende clasificar bajo un mismo molde a una gran diversidad de países a partir de lo que no son o de lo que no tienen, y que implica una renovación del esquema colonizador, ahora desde el centro hegemónico norteamericano, buscando dar un sentido positivo a los renovados protectorados de las grandes potencias (Esteva, 1996).

En este sentido la experiencia histórica latinoamericana de los últimos 500 años conlleva una condición endémica y crónica de doble violencia, que se expresa en la combinación de la dinámica mundial de acumulación de capital con la imposición de un régimen colonial. Si en el balance de este proceso histórico se consideran además los fenómenos de erosión, pérdida de fertilidad de la tierra y de la biodiversidad, así como la desestructuración de economías y formas de vida locales

tradicionales, el resultado es catastrófico. En esta línea de ideas, para Enrique Leff “Una de las transformaciones de mayor trascendencia consistió en eliminar las prácticas agrícolas tradicionales, fundadas en una diversidad de cultivos y adaptadas a las estructuras ecológicas del trópico, para inducir prácticas de monocultivo destinadas a satisfacer la demanda del mercado externo” (Leff, 1986: 155).

Ante ello los participantes en el programa *M/C* se plantean la construcción de una perspectiva epistémica y cultural alternativa, que recupere los “discursos silenciados de la resistencia”, los conocimientos indígenas, basados en siglos de convivencia, observación y experimentación empírica en el marco de ecosistemas locales” (Alimonda, 2011: 43). Estos autores reivindican la idoneidad de la ecología política concebida no como una teoría, sino como un espacio común de reflexión y análisis que tiene como su objeto de estudio los conflictos ecológicos distributivos, que se complementa y entrelaza con la economía política cuyo objeto de estudio son los conflictos de distribución económica.

Lo significativo de la perspectiva de la ecología política (EP) es la comprensión de las dimensiones social y ambiental en torno a una problemática y un objeto de estudio. De acuerdo con Arturo Escobar la EP aborda el estudio de las múltiples articulaciones de la historia y de la biología y propone una noción de la ecología política que incorpore sistemáticamente lo económico, lo ecológico y lo cultural (Escobar, 2005). En una perspectiva similar Enrique Leff postula a la EP como una epistemología política (Leff, 1986).

El llamado de estos autores podría sintetizarse en que “en este momento en que la crisis de los modelos dominantes aparece incuestionablemente, resulta cada vez más necesario avanzar en la construcción de alternativas, para lo cual es necesario movilizar todas nuestras identidades y poner en acción todas nuestras herencias y capacidades, en cualquier lugar de América Latina” (Alimonda, 2011: 54). En esta perspectiva, emergen nuevos conceptos como el *Buen Vivir* y la *Comunalidad*, con

pretensiones no sustitutivas pero sí críticas frente a las nociones convencionales del desarrollo.

2.3 Buen vivir y Comunalidad

De origen indígena andino, un pensamiento emerge después de largo tiempo de tratar de desaparecerlo o al menos marginarlo mediante las prácticas y mensajes de la modernidad occidental y como efecto de la colonialidad del poder; se trata del *Buen Vivir*, *sumak kawsay*, en aymara, o *suma qamaña*, en guaraní. El Buen Vivir forma parte de una larga búsqueda de alternativas de vida fraguadas al calor de las luchas populares, particularmente indígenas, que rompe con la concepción clásica de los derechos, que priorizaba a unos derechos sobre otros. Muy por el contrario, enfatiza el carácter integral de los mismos, al reconocerlos como interdependientes y de igual jerarquía (Acosta, 2010, Torosa 2009 y Gudynas, 2011).

Uno de los aspectos que ha acompañado el surgimiento y expansión del *Buen Vivir* es la dificultad para definir a qué se refiere con precisión (Bretón, 2013), incluso hay quien sostiene que “no se puede elaborar una definición que sea aplicable a todos los casos” (Gudynas, 2011). Sin embargo, el mayor potencial de los conceptos de *Sumak Kawsay* y *Suma Qamaña* no proviene principalmente de su originalidad, sino de su origen, emanado del vocabulario de los pueblos originarios históricamente marginados. “La idea del *sumak kawsay* o *suma qamaña* nace en la periferia social de la periferia mundial y no contiene los elementos engañosos del desarrollo convencional. (...) la idea proviene del vocabulario de pueblos otrora totalmente marginados, excluidos de la respetabilidad y cuya lengua era considerada inferior, inculta, incapaz del pensamiento abstracto, primitiva. Ahora su vocabulario entra en dos constituciones”⁹ (Tortosa, 2009).

⁹ Se hace referencia a las constituciones del Ecuador (2008) y de Bolivia (2009), que incorporan y desarrollan el concepto de Buen Vivir, a partir del cual buscan, entre otras cosas, propiciar el establecimiento de nuevos términos en las relaciones de los pueblos originarios con la sociedad y el estado nacionales.

Se percibe, entonces, un proceso histórico, social-político, intelectual de identificación, reconocimiento, reivindicación y recuperación de formas de vida y de pensamiento existentes desde antes de la conquista europeo-capitalista. Formas de vida y pensamiento que con su permanencia durante periodos prolongados mostraron su viabilidad y pertinencia para la convivencia socioecosistémica en los territorios americanos.

Más aún “estas prácticas las están haciendo aquellos a quienes la izquierda nunca prestó atención. Las están haciendo los indígenas, que han sido invisibles para toda la teoría, inclusive para la marxista; pese a que uno de los grandes renovadores del pensamiento marxista, como fue Mariátegui, introdujo la cuestión indígena, pero fue inmediatamente acusado por el Comintern de América Latina cómo populista y romántico” (De Souza, 2014).

De alguna manera se empieza a reconocer a los pueblos indígenas como los principales depositarios y preservadores de estas formas de vida y de pensamiento, que hoy saltan nuevamente a la palestra histórica ante la crisis civilizatoria y socioecosistémica en la que se encuentra el sistema-mundo capitalista.

El concepto del *Buen Vivir* se construye al menos en tres planos: las ideas, los discursos y las prácticas (Gudynas, 2011). Tal vez los desarrollos más cristalizados en la conceptualización y operacionalización del buen vivir se encuentran en las constituciones de 2008 del Ecuador y 2009 de Bolivia, en las que se parte del principio de reconocimiento de un Estado plurinacional y multicultural. Más allá de consideraciones meramente burocráticas, exige asumir y procesar los códigos culturales de los pueblos y las nacionalidades indígenas, lo que implica ciudadanizar el Estado, especialmente desde espacios comunitarios como formas activas de organización social (Acosta, 2010).

En contraste con las nociones predominantes de *desarrollo*, el *Buen Vivir* no se asume como un proceso lineal que establezca un estado anterior o posterior. Menos aún como una meta a la que hay que llegar aun forzando la destrucción de relaciones sociales y la armonía con la naturaleza. Se trata más bien de una

categoría en constante construcción y reproducción, en la que el progreso material no es la única vía a la que debería darse prioridad, asumiendo al crecimiento económico apenas como un medio y no como un fin en sí mismo (Acosta, 2010; Larrea, 2010; Gudynas, 2011).

El *Buen Vivir* se aparta claramente de la noción convencional, moderna, occidental, de vivir mejor, que supone una ética de progreso ilimitado y nos incita a una competencia con los otros para crear más condiciones para «vivir mejor». Sin embargo, para que algunos puedan «vivir mejor» millones y millones tienen y han tenido que «vivir mal». Es la contradicción capitalista. En contraste “El «Buen Vivir» apunta a una ética de lo suficiente para toda la comunidad, y no solamente para el individuo. El «buen vivir» supone una visión holística e integradora del ser humano, inmerso en la gran comunidad terrenal, que incluye además de al ser humano, al aire, el agua, los suelos, las montañas, los árboles y los animales; es estar en profunda comunión con la Pachamama (Tierra), con las energías del Universo, y con Dios” (Boff, 2009).

Este enfoque aborda otro aspecto fundamental relacionado con la concepción de la naturaleza como sujeto de derechos y no como simple reservorio de recursos totalmente creado y disponible para el uso humano. Esta concepción requiere transitar de un antropocentrismo a un biocentrismo o, mejor todavía, a un socio-biocentrismo, no olvidando que los seres humanos también somos parte de la naturaleza (Acosta, 2010 y Gudynas, 2011). “Para los pueblos indígenas la naturaleza es la Pachamama, la madre tierra” (De Souza, 2014).

Además del contraste respecto a las ideas de crecimiento económico, el productivismo y la acumulación de bienes materiales como referentes de desarrollo, el buen vivir adopta una postura crítica respecto a la clasificación convencional de la alteridad cultural como una barrera para la modernidad y para el progreso. Por el contrario, para el *Buen Vivir* la alteridad y la diversidad cultural constituyen una riqueza y una fortaleza para la construcción de un ambiente intercultural. En este enfoque lo tradicional no representa un indicador de atraso, sino una fuente de

conocimientos y saberes colectivos acumulados (Bretón, 2013). El *Buen Vivir* se aleja también del multiculturalismo neoliberal que reconoce algunos derechos culturales de los pueblos indígenas, pero socaba su profundo carácter anticapitalista y se enfoca en políticas asistencialistas clientelares (Bretón, 2013).

Comunalidad

Otro concepto que se viene desarrollando en el contexto de las organizaciones, las luchas y la vida cotidiana de los pueblos indígenas, así como en el ámbito de la academia, particularmente por antropólogos indígenas de Oaxaca, es el de *comunalidad*. Esta noción se puede inscribir en lo que Boaventura denomina como las *Epistemologías del Sur*, ya que ofrece instrumentos analíticos y conceptuales para comprender la situación de opresión de los pueblos y para cuestionar los discursos hegemónicos (Aquino, 2013). Autores como Floriberto Díaz (2004), Gunter Dietz (2010), Jaime Martínez Luna (2013, 2017 y 2018), Cortés (2014), Aquino, Maldonado, Briseño, Guerrero, Nava, Aguilar, Zacarías y Vásquez (2013), Gutiérrez y Gutiérrez (2016), Esteva (2015 y 2017) Stahler-Sholk y Baronnet (2015), han aportado a la construcción y sistematización de estos conceptos.

Al hablar de *comunalidad* se considera como referente básico el concepto de *comunidad*, el cual en principio es pertinente y necesario aclarar. De acuerdo con Floriberto Díaz, este término, que no es de origen lingüístico indígena, tiene diversos y diferentes significados; pero desde una perspectiva indígena hablar de comunidad implica los siguientes elementos:

- Un espacio territorial, demarcado y definido por la posesión.
- Una historia común, que circula de boca en boca y de una generación a otra.
- Una variante de la lengua del pueblo, a partir de la cual identificamos nuestro idioma común.
- Una organización que define lo político, cultural, social, civil, económico y religioso.
- Un sistema comunitario de procuración y administración de justicia.

Desde este marco, se afirma que “cuando hablamos de organización, de reglas, de principios comunitarios, no nos referimos sólo al espacio físico y a la existencia

material de los seres humanos, sino a su existencia espiritual, a su código ético e ideológico y por consiguiente a su conducta política, social, jurídica, cultural, económica y civil” (Díaz, 2004: 367).

Una vez establecido lo anterior se plantea que los elementos que definen la *comunalidad* son:

- La Tierra como madre y como territorio.
- El consenso en asamblea para la toma de decisiones.
- El servicio gratuito como ejercicio de autoridad.
- El trabajo colectivo como un acto de recreación.
- Los ritos y ceremonias como expresión del don comunal.

Elementos que de alguna manera quedan comprendidos en lo que Jaime Martínez Luna identifica como los cuatro momentos y campos de conocimiento que integran la comunalidad como forma de existencia:

- La naturaleza (que corresponde al dónde),
- La organización social (que corresponde al quién),
- La producción y reproducción (que corresponde al cómo) y
- El goce y el intercambio (que corresponde al para qué) (Martínez, 2017:12)

La percepción y la relación con el ambiente se sintetizan en la forma en que se visualiza a la tierra, como la madre tierra, “que nos pare, nos alimenta y nos recoge en sus entrañas. Nosotros pertenecemos a ella, por eso no somos los propietarios de tierra alguna. Entre una madre e hijos la relación no es un término de propiedad, sino de pertenencia mutua. Nuestra madre es sagrada, por ella somos sagrados nosotros” (Díaz, 2004: 368).

Esta forma de ver al entorno natural como la *madre tierra* y de verse como ser humano dentro y como parte de ella, va más allá de la noción convencional de *desarrollo sustentable* planteada por la UNESCO¹⁰, y ampliamente polemizada

¹⁰ La noción más generalmente reconocida y adoptada por la UNESCO, tiene su origen en el llamado *Informe Brundlant*, emitido en 1987, en el cual el concepto de desarrollo sostenible se define en los siguientes términos: “Está en manos de la humanidad asegurar que el desarrollo sea sostenible, es decir, asegurar que satisfaga las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de futuras generaciones para satisfacer las propias”.

<http://www.unesco.org/new/fileadmin/MULTIMEDIA/FIELD/Havana/pdf/Cap3.pdf>

(Gorz, 1993; Leff, 1994; Constanza, 1997; Altieri, 1999; O'Connors, 2001; Foladori y Pierri, 2005; Toledo, 2015). Ya que se trata de un planteamiento que, si bien recomienda un uso moderado de los recursos en pos de su mejor aprovechamiento transgeneracional, reproduce una visión reduccionista, utilitaria y antropocéntrica de la naturaleza como medio al servicio del hombre.

La noción de comunalidad pretende contribuir a encontrar el “ser nosotros” a partir de la decolonización de nuestra razón y nuestro lenguaje y la recuperación de la historia propia y, sobre todo, la construcción de otras perspectivas epistémicas (Martínez (2017), reconociendo con Boaventura de Souza (2009) que la forma de *injusticia cognitiva* funda y contamina a todas las demás formas de injusticia.

La emancipación debe empezar por aceptar que el mundo no es producto de nuestra existencia, sino que nuestra existencia es resultado de la vida del mundo, pues el hombre que se cree creador del mundo se considera con derecho a apropiárselo como un ejercicio pleno de poder, desde el cual se crean valores, normas e instituciones y se retroalimenta con un tipo de conocimiento, conductas y acciones orientadas hacia la competencia por la apropiación y usufructo de los “recursos” como acciones legítimas (Martínez, 2018).

Vernos y sentirnos dentro, como parte y no como centro y propietarios del mundo con el que convivimos y al que debemos la existencia, sustituye la noción de propiedad y la aprehensión competitiva por otros valores y normas, como el respeto, el trabajo y la reciprocidad, que son compatibles con esta otra visión del mundo (Martínez, 2018).

Mediante la observación profunda de la dinámica de vida de una de las participantes en el MCP, se captó el amplio sentido de esta forma de relacionarse con el entorno natural. Se trata de Doña Petra, una mujer con más de 80 años de edad, indígena y agricultora a micro escala quien, durante décadas, cada día se sienta debajo de su árbol preferido y pasa varias horas reposando, observando y reflexionando,

actividad que intercala con breves jornadas de trabajo en las que limpia, endereza y cubre de tierra su milpa. No revela aprehensión productivista, ni prisa por terminar la labor y marcharse, no sólo trabaja, sino que convive y pareciera que dialoga con su entorno (diario de campo).

2.4 El buen vivir y la cultura purépecha

En México se puede reconocer al levantamiento del EZLN en 1994 como punto de inflexión a partir del cual toma impulso un replanteamiento de los términos de la relación entre el Estado nacional y las comunidades indígenas, mismo que va acompañado de un proceso que Dietz (2010) caracteriza como “etnogénesis y ciudadanización indígena”. Esto a su vez ha conllevado diversos procesos de recuperación y resignificación de lo indígena, no tanto a partir de caracteres individuales como en términos de adscripción comunitaria denotando un énfasis en la recuperación de lo propio (incluido el uso, resignificación y refuncionalización de las lenguas originarias), la resistencia a la imposición de universos de pensamiento y estilos de gestión social ajenos, pero también en la autodefinición de un horizonte cultural alternativo.

Si bien el *Buen Vivir* como concepto es de origen andino, en el horizonte territorial mesoamericano se conformó también un enorme acervo cultural en el que se podrían encontrar expresiones y conceptos alternativos al *desarrollo*, que tienen raíz legendaria pero que se mantienen vigentes y enriquecidos, como el postulado de *mandar obedeciendo* reivindicado por el movimiento zapatista en el sureste mexicano. Otros ejemplos se encuentran entre los tojolabales con la expresión *Jlekilaltik*, en la cultura tzeltal con *Lekil kuxlejal ent*, en la mixteca con *Banjá*; y en la cultura p'urhepecha con *Kuxumpekua*, que denotan nociones similares a las del *Buen Vivir* (Miranda y Santana, 2014).

Estas expresiones, al igual que la ya examinada de *comunalidad*, expresan procesos de reconstrucción de las cosmovisiones y conceptos, planteando perspectivas alternativas al modelo occidental de desarrollo. Varios de estos conceptos se acercan a la noción del *Buen Vivir*. Entre otras cosas, estas nociones

denotan formas de vida, que reivindican lo colectivo, lo común-comunitario, la cooperación, la solidaridad, la reciprocidad, la equidad, la resolución más restaurativa que punitiva de los conflictos, el respeto a las personas y a la naturaleza como sujeto (Miranda y Santana, 2014).

En el ámbito de la cultura purépecha se empieza a identificar el concepto de “*Kaxumpekwa*”, como saber vivir en comunidad (Peña, 2017), que pone de relieve dos aspectos fundamentales: la colectividad y la comunidad, que en la ideología de la modernidad capitalista son valoradas de manera negativa o marginal, de frente a los criterios individualistas, consumistas y de competencia.

De acuerdo con Ivonne Peña (2014: 70), existen pocas investigaciones en torno a los “*winhapekwa*”, o bien los valores comunitarios purépecha, y menos aún en torno al concepto de “*Kaxumpekwa*”, el cual autores como Pedro Márquez, Arturo Argueta, Néstor Dimas, entre otros, conceptualizan como lo más cercano a valores comunitarios. A partir de un análisis empírico de sus usos en diversos escenarios de la vivencia comunitaria y de la reflexión compartida con algunos *Kaxumpeti wantari* (narradores clave) de diversas comunidades de las regiones purépecha, esta autora percibe el concepto de “*kaxumpekwa*” como forma de vida comunitaria que se conforma de un conjunto de fenómenos de la vida social que permiten saber vivir en comunidad (Peña, 2014: 88).

De esta noción se derivan las expresiones de “*kaxumpeni*” (respetar) y “*kaxumpeti*” (ideal del hombre p’urhepecha), aquel que se comporta de acuerdo con las normas de convivencia emanadas de la cultura p’urhepecha. Witehead (1957), citado por Peña (2017: 71), afirma que “*Kaxumpekwa*” refiere al modelo o prototipo de la perfección que se significa en el ideal de ser p’urhepecha; cuya finalidad educativa es infundir sabiduría, la cual consiste en “usar bien nuestros conocimientos y habilidades. Tener sabiduría es tener cultura y la cultura es la actividad del pensamiento que nos permite estar abiertos a la belleza y a los sentimientos humanitarios”.

Esta autora analiza el concepto de “*Kaxumpekwa*” desde lo que considera como sus cuatro dimensiones básicas: “*eratseni*” (pensar), “*jinteni*” (ser purépecha), “*jarani*” (estar aquí), y “*uni*” (saber hacer) (Peña, 2014: 77).

Cada una de estas dimensiones es establecida desde una noción específica:

- a) “*eratseni*” (pensar) como un acto de manejar una amplia variedad de representaciones simbólicas manifiestas en la forma de vida comunitaria. Ésta radica en que mediante el acto pedagógico se transmita conocimiento de una generación a otra y fortalecer así la cultura purépecha.
- b) “*jinteni*” (ser purépecha) como acto de apropiarse de una historia de vida individual y profundamente marcada por una historia de vida en colectivo.
- c) “*jarani*” (estar aquí) acto de instalarse en una forma de vida, en la cultura purépecha, en una relación auténtica con el mundo, con el hombre y consigo mismo.
- d) “*uni*” (saber hacer) como un acto reflexivo de adquirir habilidades y capacidades, prácticas o teóricas, que contribuyan al estar bien (Peña, 2014).

De esta manera, Peña destaca que los conceptos de *Juchari eratseni* (nuestro pensar), *Juchari jinteni* (nuestro ser purépecha), *Juchari jarani* (nuestro estar aquí) y *Juchari uni* (nuestro saber hacer) constituyen un programa alternativo sistematizado por sus Patamuti (intelectuales) y planteado por sus T’erunchetiecha (consejos de sabios ancianos), para una práctica comunal.

Se puede identificar la presencia de estas nociones, valores, conocimientos y habilidades propias de la cultura purépecha, en las actividades y prácticas de las participantes en el MCP, en el que predominan las prácticas comunitarias que se transmiten generacionalmente de manera vivencial, como veremos en los capítulos correspondientes.

En esta perspectiva el MCP no debe ser visto solamente como una forma de economía marginal, sino como una semilla o germen desde el cual se puede gestar o extraer enseñanzas para la construcción de otra economía y otra forma de vida, retomando una serie de prácticas productivas, económicas, sociales y culturales comunitarias, regidas por el respeto, la empatía, la cooperación y la solidaridad,

fincada en condiciones objetivas de vida, pero también en valores tradicionales, heredados y compartidos, que han podido preservarse en el contexto de la vida comunitaria.

2.5 Ecología y sustentabilidad

*... todo progreso de la agricultura capitalista
no es sólo un progreso en el arte
de esquilmar al obrero sino también
en el arte de esquilmar la tierra
(Marx, El capital, Libro I, Tomo II, p. 251.)*

Uno de los propósitos epistemológicos que consideramos pertinente en el contexto de la investigación contemporánea y particularmente en la perspectiva de la sustentabilidad consiste en incorporar de manera articulada tanto el sistema social como el natural en la construcción de todo objeto de estudio (García, 2006). Ciertamente las posibilidades de lograr este propósito desde una investigación individual son limitadas, aun así, adoptar esta perspectiva constituye una guía importante.

Así como existe un amplio bagaje teórico y empírico que pone en evidencia el enorme perjuicio que la racionalidad capitalista ejerce sobre la sociedad humana, el medio ambiente, los ecosistemas y la biodiversidad.

En este sentido, si bien es cierto que lo social no puede verse dissociado del contexto ambiental natural, sino comprendido en él, igual de cierto es que cada una de estas dos dimensiones (la natural y la social) tienen lógicas distintas que se articulan pero sin perder su particularidad.

Para Enrique Leff la articulación entre lo natural y lo histórico no puede fundarse en una categoría ontológica de *naturaleza* que englobara ambos niveles de materialidad. “*La materialidad de lo social no puede reducirse a las leyes fisicobiológicas de lo real, ni siquiera como un nivel epigenético superior de la evolución orgánica*” (Leff, 1986:127).

Se reconoce que si bien la acción humana se da y sólo es posible en el contexto del sistema natural y bajo la sujeción de sus leyes, éstas por sí mismas no agotan la explicación de lo social, en virtud de ello Leff aborda la relación entre el ser histórico-social y la naturaleza desde la perspectiva del materialismo histórico incorporando a su análisis la categoría de *praxis*, la cual a su vez se ve enriquecida como resultado de este ejercicio analítico.

De esta manera, apoyándose en Marx, Leff destaca la diferencia entre las condiciones naturales y las relaciones sociales; se asume que el acto de ver constituye una relación física entre cosas físicas, que dependen de condiciones naturales preestablecidas y se explican por ellas.

La relación humana con la naturaleza no se reduce a la observación de una por el otro, sino a una relación de transformación, pero esta relación constituye el resultado de prácticas sociales concretas, es decir, históricamente determinadas, la producción de mercancías, por ejemplo, no puede ser completamente explicada a partir de las leyes naturales, su comprensión depende del análisis de un proceso histórico de construcción de relaciones sociales (Leff, 1986: 128).

Se trata de una dinámica de intercambios (input-output), que propician un doble proceso integrativo; “por un lado se socializan fracciones o partes de la naturaleza, y por otro lado naturalizan a la sociedad al producir y reproducir sus vínculos con el mundo natural” (Toledo, 2013).

Si bien esta relación de intercambio, interacción y determinación recíproca entre sociedad humana y naturaleza, se origina con el propio surgimiento de la especie humana, los términos y condiciones de esta relación se transforman con el devenir de la historia.

James O'Connor aborda el análisis de la relación entre la sociedad y la naturaleza con un acotamiento histórico al referirse específicamente a la sociedad capitalista y la explotación a la que somete a la naturaleza asignándole una doble condición de grifo y sumidero,

“La naturaleza es un grifo en el sentido de que los medios y los objetos de producción y reproducción (es decir todos los productos materiales humanos) son apropiados de diversa forma de la tierra. Y es un sumidero porque, en última instancia, todos los productos humanos, incluidos los subproductos no deseados del proceso inmediato de producción, se devuelven a la tierra en diferentes formas, entre ellas la energía, sujetas a la ley de entropía.” (O’Connor, 2001: 9)

Lo característico de la relación social con la naturaleza en el contexto histórico capitalista es que la producción de conocimiento y su aplicación técnica orienta el sometimiento de la materia y de la naturaleza no a los fines humanos sino a la lógica del capital “el modo de producción capitalista se articula con el ambiente en el que se producen sus relaciones sociales de producción, mediante el proceso mismo de apropiación de la naturaleza, en el consumo productivo de los recursos naturales para valorizar el capital.” (Leff. 1986: 136)

De esta manera, los ritmos de extracción de materias primas, las formas de utilización de los recursos y los procesos de transformación del medio natural, adquieren una dinámica particularmente intensiva a partir de la constitución del modo de producción capitalista y sus condiciones de reproducción ampliada a escala mundial, lo que ha causado acelerados procesos de erosión de los suelos, pérdida de fertilidad de las tierras, destrucción de la capacidad de producción de los ecosistemas, agotamiento de los recursos naturales, pérdida de biodiversidad, transformaciones en los ciclos climáticos, alteraciones en la temperatura del planeta, contaminación del aire, del agua y del subsuelo, deforestación, pérdida de mantos acuíferos, entre otros efectos, destruyendo con ello las condiciones de soporte del sistema productivo pero también y sobre todo, de la vida.

La expansión de la producción capitalista y el avance tecnológico traducido en incremento de la productividad redunda en una aceleración del metabolismo económico que se ve estimulado por la racionalidad competitiva-productivista-acumulativa, sin embargo las dinámicas del metabolismo natural no siempre pueden ser aceleradas al ritmo de la economía, por lo que la depredación y la degradación

se aceleran; el mantenimiento de este proceso expansivo requiere de una dotación creciente de recursos así como de la capacidad de regeneración de los ecosistemas naturales acorde con los ritmos y formas de explotación propios de la racionalidad capitalista de producción.

Autores como Hinkelammert y Mora (2013), Enrique Leff (1986) y O'Connors (2001), estudian la inminente predominancia de una creciente contradicción entre el capital vs la naturaleza, o el capital vs la vida, llegando a denominarla como la *segunda contradicción del capitalismo*, con referencia a la primera contradicción entre capital y trabajo.

De manera más específica, O'Connor (2001) destaca tres grandes cambios ocurridos en la historia reciente de la sociedad capitalista mundial;

- a) La declinación de los tres modelos clásicos de regulación: a1) declinación del Estado benefactor de inspiración keynesiana; a2) Autodestrucción asistida del llamado "socialismo real", y a3) declive de los modelos semiautárquicos de desarrollo nacional-nacionalista.
- b) La globalización del capital y la expansión de su gemelo político-ideológico, el neoliberalismo.
- c) Desarrollo de nuevos movimientos sociales con mayor corte ambientalista.

Ello concuerda con la afirmación de que *"La expansión del capital a escala planetaria, al incorporar el modo de producción capitalista a las formaciones sociales de los países tropicales, ha extendido e intensificado los procesos de degradación ambiental, transfiriendo sus mayores costos ecológicos y sociales hacia los países del sur"*. (Leff, 1986: 154)

El sistema colonial como otra la cara de la moneda del proceso histórico de configuración de la acumulación capitalista (expansión mercantil) implicó un enorme saqueo y transferencia de riqueza hacia los centros capitalistas en Europa y una profunda y amplia degradación social y devastación ambiental. Como resultado de ello América Latina se convirtió en *"un **espacio subalterno**, que puede ser **explotado, arrasado, reconfigurado**, según las necesidades de los regímenes de*

acumulación vigentes. A lo largo de cinco siglos, ecosistemas enteros fueron arrasados por la implantación de monocultivos de exportación.” (Alimonda. 2011: 22)

“Los conquistadores europeos obtuvieron ganancias considerables (...) gracias a la abundancia de los recursos naturales y a la sobreexplotación del trabajo. (...) Una de las transformaciones de mayor trascendencia consistió en eliminar las prácticas agrícolas tradicionales, fundadas en una diversidad de cultivos y adaptadas a las estructuras ecológicas del trópico, para inducir prácticas de monocultivo destinadas a satisfacer la demanda del mercado externo”. (Leff, 1986: 159)

Ya en el siglo XX la llamada revolución verde introdujo nuevo impulso a los monocultivos así como al uso desplegado de maquinaria y productos agroquímicos, que implicaban una utilización intensiva de insumos, energía y combustibles fósiles, más recientemente se observa la expansión de una especie de neocolonialismo con el impulso grandes plantaciones de monocultivos orientados a producir materias base para la obtención de biocombustibles (maíz, soya y palma de coco) y un enorme despliegue de la minería a cielo abierto, generando lo que autores como Armando Bartra (2006) y Altieri y Nicholls (2012) han denominado como *neoextractivismo*.

La destrucción del patrimonio cultural y ambiental de los pueblos y comunidades latinoamericanos no sólo ha degradado su potencial productivo y sus ecosistemas naturales, sino ha generado severos procesos de deformación en la visión sobre su propio desarrollo y, lo que tal vez sea lo más dañino, la atrofia de sus paradigmas, cosmovisiones y estilos de vida tradicionales, dando a la dependencia económica y política también un importante contenido cultural y mental.

No obstante, en este contexto cobra particular vigencia reconocer que

“Si Occidente gestó formas de comprensión y de articulación de y con la naturaleza, cuyo origen se remonta apenas al inicio de la revolución industrial, en la mayor parte del mundo existen, de manera paralela, otras modalidades de relación con la naturaleza que, originadas hace varios miles de años, se

encuentran aún presentes en el mundo contemporáneo. Estas modalidades de articulación con la naturaleza de estirpe pre-moderna, o si se prefiere pre-industrial, se encuentran embebidas en las más de 6,000 culturas no-occidentales (los pueblos indígenas), que todavía existen al inicio del nuevo milenio” (Toledo y Barrera-Bassols, 2008: 65)

De manera despectiva y simplista se ha generalizado la identificación de estas formas precapitalistas como no modernas o premodernas, asociando este término con lo atrasado, la superstición, la irracionalidad y la ineficiencia, cuando en realidad han representado formas de organización social, económica y productiva perfectamente funcional para la reproducción de la vida armónica y saludable de individuos, familias y comunidades por miles de años, sustentadas en una cosmovisión no antropocéntrica en la que la naturaleza y sus elementos son valorados como entidades vivientes y acreedoras de una relación horizontal de respeto y agradecimiento.

De ahí el interés y la trascendencia de emprender procesos de descolonización o decolonialidad, mediante la recuperación y reconstrucción prácticas y de una epistemología propia, latinoamericana, una epistemología del sur diría Boaventura de Sousa.

En este sentido cobra nueva relevancia y vigencia la filosofía de la praxis que apunta a la superación de las visiones pragmático-utilitarias y antropocéntricas de la realidad objetiva, particularmente de la materia y energía subyacentes en la naturaleza vistas como meros recursos y/o satisfactores, para construir una visión crítica como componente de una praxis transformadora.

En contra del uso de insumos y combustibles fósiles, de los sistemas de monocultivos en grandes plantaciones y del argumento de que es el incremento poblacional lo que genera la presión sobre los ecosistemas, se configura y erige vigorosamente el nuevo enfoque interdisciplinar de la *economía ecológica*, que bien podría esgrimirse como soporte teórico conceptual de una praxis transformadora.

Podemos identificar una de las vetas antecedentes de la economía ecológica desde la segunda mitad del siglo XIX, con los primeros aportes de Serguei Podolinsky (1850 – 1891), quien en su artículo *El trabajo humano y su relación con la distribución de la energía* (1883) y otros estudios, observó la economía como un sistema de conversión de energía, enfoque desde el cual comparó la productividad energética de distintos ecosistemas rurales, evaluando su eficiencia en términos de la relación de insumo producto energético.

Desde entonces ya se empieza a cuestionar la pretendida eficiencia productiva del sistema capitalista, hoy más que nunca sustentada en fuentes de energía fósil y uso de agroquímicos, ambos altamente contaminantes y cuyos costos y efectos son total o parcialmente externalizados.

Mientras que la economía convencional centra su atención en la producción de valor y la finalidad de obtención de ganancia, operando bajo “patrones tecnológicos que tienden a uniformar los cultivos y a reducir la biodiversidad” (Leff, 1986: 103), alternativamente la economía ecológica trasciende esta visión y pone de relieve el flujo de energías, y de frente a la noción de eficiencia productiva guiada por la ganancia capitalista, plantea la noción de *productividad ecotecnológica*.

Se trata en parte de replantear los términos de la relación entre la sociedad y la naturaleza, la cual en el contexto histórico actual ha sido sometida no a los fines humanos en abstracto, sino a los fines del capital, es decir, no se trata solamente del sometimiento del potencial natural a la producción de valores de uso, sino sobre todo a la producción de valor y plusvalor, en última instancia a la valorización y reproducción del capital, la cual implica no solamente la continua disposición de factores y relaciones económicas, sino la generación continua y renovada de todo un sistema de vida social, político, y cultural.

Trascender esta condición implica entonces una transformación en los términos de la relación entre sociedad y naturaleza, pero esa transformación necesariamente pasa entonces por una transformación social, no como premisa o como requisito previo, sino como proceso concomitante.

De acuerdo con Leff (1986) una estrategia productiva basada en el criterio de *productividad ecotecnológica* implica una racionalidad ambiental, un manejo integrado de recursos, así como la revalorización, rescate y mejora de un conjunto de técnicas tradicionales, saberes prácticos y conocimientos científicos, incorporando el potencial ecológico y cultural de diferentes formaciones sociales.

La visión de la economía ecológica contenida en el concepto de productividad ecotecnológica, representa potencialmente la posibilidad de trascender hacia una praxis social transformadora, partiendo de *“la posibilidad de organizar un proceso económico a partir del desarrollo de las fuerzas ecológicas, tecnológicas y sociales de producción, que no esté sujeto a la lógica de economías concentradoras, de poderes centralizado y de la maximización de ganancias de corto plazo, abriendo la vía para un desarrollo igualitario, sustentable y sostenido”*. (Leff, 1986:106)

Se trata entonces de una proyecto transformador cuyas estrategias implican la articulación de tres niveles de productividad social; cultural, ecológico y tecnológico, como *“fuente generadora de recursos potenciales para un desarrollo sustentable y sostenible”* (Leff, 1986: 107)

Esta praxis transformadora comprendería no solamente nuevas técnicas y procedimientos productivos, sino también la construcción de nuevos conceptos o la transformación de algunos ya existentes.

El concepto de *productividad ecotecnológica*, por ejemplo, al imbricar las dimensiones de ecología, economía y tecnología, implica un proceso de reformulación conceptual, comprendiendo la producción de valores de uso, pero también la formación de biomasa, transformación de cadenas tróficas, procesos biotecnológicos y ecosistémicos, considerando no sólo la eficiencia económica (producción de valores de uso y sobre todo la valorización del capital), sino también la termodinámica.

Adicionalmente este concepto pretende contribuir a la construcción de una noción de productividad cultural, no en términos de la mercantilización de los bienes y procesos culturales, sino en la perspectiva de potenciar las prácticas tradicionales

en las que se desarrollan capacidades productivas asociadas con visiones, valores y principios que rigen la relación de una comunidad con su entorno ecosistémico y estrechamente vinculado con las necesidades y prácticas alimentarias de la población.

Agroecología una alternativa alimentaria ecológica.

Aún en su etapa de rendimientos crecientes la llamada *revolución verde* arrojó un saldo de más de mil millones de personas viviendo en condiciones de hambre e insuficiencia alimentaria en todo el mundo. Actualmente, este modelo agroproductivo muestra una inminente tendencia hacia tasas de rendimientos decrecientes y de incremento de sus costos económicos y ambientales, por lo que “no hay duda de que la humanidad necesita un paradigma alternativo de desarrollo agrícola, uno que fomente una agricultura biodiversa, resiliente, sostenible y socialmente justa” orientada a garantizar la seguridad y la soberanía alimentarias. En esta perspectiva la agroecología viene ganando terreno de manera paulatina a escala global. (Altieri y Nicholls, 2012: 69)

La agroecología se sustenta en gran variedad de estilos agrícolas ecológicos desarrollados por al menos el 75% de los 1,5 millones de pequeños propietarios, agricultores familiares e indígenas en 350 millones de pequeñas explotaciones que representan no menos del 50% de la producción agrícola para el consumo interno global y que cuenta con un largo antecedente histórico. Es producto del milenario conocimiento campesino acumulado y transferido de manera transgeneracional. Se caracteriza por la predominancia del trabajo vivo, mejoramiento progresivo y auto abasto de semillas, uso de fertilizantes orgánicos, articulación con circuitos económicos locales y diversificación de cultivos a pequeña escala que propician la retroalimentación complementaria de nutrientes entre sí y de éstos con la tierra agrícola (González de Molina, 1992; Gliessman et al., 2007; Guzmán y Mielgo, 2007; Sevilla, et al., 2010; Machín et al., 2010; Sánchez y Castro, 2011; Altieri y Nicholls, 2012; Calle et al., 2013; Sarandón y Flores, 2014)

La considerable contribución de esta agricultura campesina ha estimulado el interés de un sector importante de la comunidad científica internacional, interesada en impulsar formas agro-productivas orientadas a fortalecer la seguridad y soberanía alimentaria de la población mundial reduciendo o eliminando las consecuencias ambientales y el deterioro de ecosistemas, biodiversidad y el potencial productivo de la tierra agrícola. En esta perspectiva la agroecología como ciencia aplicada plantea los siguientes principios:

- Aumentar el reciclaje de biomasa, con miras a optimizar la descomposición de materia orgánica y el ciclo de nutrientes a través del tiempo.
- Proveer las condiciones de suelo más favorables para el crecimiento vegetal, en particular mediante el manejo de la materia orgánica y el mejoramiento de la actividad biológica del suelo.
- Fortalecer el "sistema inmunológico" de los sistemas agrícolas, mejorando la biodiversidad funcional (los enemigos naturales, antagonistas, etc.)
- Minimizar las pérdidas de energía, agua, nutrientes y recursos genéticos mejorando la conservación y regeneración de suelos, recursos hídricos y la diversidad biológica agrícola .
- Diversificar las especies y los recursos genéticos en el agroecosistema en el tiempo y el espacio a nivel de campo y del paisaje.
- Aumentar las interacciones biológicas y las sinergias entre los componentes de la biodiversidad agrícola, promoviendo procesos y servicios ecológicos claves. (González de Molina, 1992; Gliessman et al., 2007; Guzmán y Mielgo, 2007; Sevilla, et al., 2010; Machín et al., 2010; Sánchez y Castro, 2011; Altieri y Nicholls, 2012; Calle et al., 2013; Sarandón y Flores, 2014)

La perspectiva sustentable de la agroecología es compatible y complementaria con la cosmovisión de los pueblos americanos y particularmente con la perspectiva femenina de la naturaleza como madre tierra.

La naturaleza como madre tierra, una perspectiva feminista.

Los primeros postulados del ecofeminismo surgen a partir de los trabajos de las feministas francesa Françoise d'Eaubonne (1974) y Chiah Heller (1988) quienes planteaban que el control masculino de la producción y de la sexualidad femenina conlleva la doble crisis de la sobreproducción y la sobrepoblación, llamando a eliminar el poder masculino-patriarcal para sustituirlo no por un poder femenino-matriarcal, sino por una administración igualitaria tendiente a la construcción de un planeta en género femenino. (Mellor, 2000)

En el ámbito comunitario las mujeres indígenas mexicanas han quedado históricamente excluidas de los órganos de gobierno tanto formal-municipal como consuetudinario-comunitarios, relegándolas a la participación en órganos e instancias comunitarias relacionados con la educación, y la religiosidad, consideradas convencionalmente como secundarios. Esta situación empieza a revertirse en el contexto de algunas luchas como las de los zapatistas en Chiapas y en Cherán, por sólo mencionar algunas de las más difundidas (Araiza, 2004; Millán, 2006; Padilla, 2018; V. Patiño, 2012; Calveiro, 2014; Gasparello, 2018; Romero, et al., 2019)

Desde los movimientos indígenas latinoamericanos se ha venido revalorando los fundamentos de una perspectiva feminista comunitaria que vincula la ecología con el feminismo que comprende la reivindicación y la defensa del cuerpo-territorio y la tierra territorio. Desde esta perspectiva las mujeres indígenas conciben y se conectan con su territorio desde profundas relaciones culturales, sociales y espirituales, asumiendo los valores y responsabilidades que las conectan con sus territorios ancestrales (Busconi, 2018).

El ecofeminismo comunitario se plantea la recuperación y defensa histórica del territorio-cuerpo-tierra que ha sido enajenado mediante la imposición de la dominación y sometimiento de la vida a la lógica de la acumulación de capital-riqueza-poder (Busconi, 2018; Tapia, 2013).

En este sentido la noción andina de *Pachamama* podría interpretarse como un cosmos espacio-temporal complejamente interrelacionado que muestra cómo en estas cosmogonías indígenas la “naturaleza interconectada” es el todo de la realidad, que en términos más o menos simplificados y universalmente codificables podría expresarse como la Madre Tierra “que evoca dicha metáfora no es la de un objeto aprovechable, sino la de un organismo vivo, una madre nutriente que pare, cría y ampara a todos sus hijos, quienes indisolublemente se encuentran hermanados en el lecho de su seno (...) a la cual se le respeta dado el hecho de que provenimos de su cuerpo” (Giraldo, 2012).

Desde esta perspectiva la universal expresión de recursos naturales debería cambiarse por la de *sujetos naturales*, a los que no se les puede aprehender desde una simple cuantificación y a los que, por el contrario, se debe aproximar en tanto sujetos de derechos (Giraldo, 2012; Boff, 2012)

Los discursos y las prácticas guiadas por la noción del progreso han llevado a las modernas sociedades industriales mercantilizadas a atentar contra la vida misma, ante lo que vienen recobrando vigencia y urgencia las cosmovisiones alternativas como el ecofeminismo comunitario, que en la defensa del territorio-cuerpo y el territorio tierra conllevan la defensa de la vida (Velázquez et al., 2019).

En este mismo contexto resulta pertinente y necesario un replanteamiento del sentido mismo de la vida, o de lo que algunos autores denominan como la reproducción ampliada de la vida (Coraggio, 2011; Hinkelammert y Mora, 2013)

2.6 Una revisión crítica de los conceptos de economía, trabajo, mercado y dinero

El valor básico de la economía, en un régimen de *Buen Vivir*, es la solidaridad. Por lo tanto, se busca una economía distinta a la actual, que se caracteriza por la competencia individual, que anima a un canibalismo económico entre seres humanos y que alimenta la especulación financiera (Acosta, 2010).

La posibilidad de pensar en otra sociedad pasa también por pensar otra economía, en un proceso constructivo que implica simultáneamente la deconstrucción crítica de la teoría convencional, clásica, liberal, neoclásica o neoliberal, como quiera que se le identifique. Este proceso deconstructivo tiene sus primeros referentes importantes desde finales del siglo XIX y ha cobrado fuerza con el transcurrir del tiempo; autores como Marx con su obra *El Capital* (1867), Polanyi con *La Gran Transformación* (1944), Godelier con sus aportaciones a la antropología económica y más recientemente Hinkelammert y Mora, Max Neef, Coraggio, Razeto y muchos más, dan cuenta de ello.

Igual que sus antecesores, estudiosos de la economía política, Marx se pregunta sobre la naturaleza y origen de la riqueza social, particularmente del excedente y las condiciones de su producción y distribución. En respuesta a ello desarrolla la *teoría del valor* y la categoría de *plusvalía*, según las cuales la riqueza se presenta en primer lugar como un cúmulo de mercancías, portadoras de valor de uso y valor, cuya sustancia y origen es el trabajo humano, único capaz de producir excedente de valor susceptible de ser enajenado (plusvalía) (Marx, 2007: TI, VI. Cap. I. y Cap. V).

En el contexto capitalista y como resultado de la apropiación privada de los medios de producción social y la mercantilización de la economía, el trabajo se coloca en condición de ser enajenado y explotado, por lo que el sujeto del trabajo pierde el control sobre su actividad, su tiempo de vida, su cuerpo y sobre el producto de su trabajo (Marx, 2007, Cap. VI). Con ello, además de la pérdida de un grado considerable de libertad en el trabajo, se pierde el nexo directo entre éste y la satisfacción de las necesidades del sujeto trabajador, ahora este nexo es intermediado y pasa primero por la condición de generar plusvalor (que habrá de convertirse en ganancia del capitalista) y por la obtención de un salario tentativamente equivalente al valor de su fuerza de trabajo, como único medio para adquirir por vías mercantiles los bienes de subsistencia (Marx, 2007, TI. Sección sexta, Cap. XVII).

Bajo el sistema asalariado el trabajo como actividad orientada a crear valores de uso queda subsumido a la producción de valor-riqueza, susceptible de ser enajenado y acumulado. Con ello el trabajo pasa de ser una expresión de la creatividad, la libertad y la obtención de satisfacción integral del sujeto trabajador, a convertirse en mecanismo de enajenación y explotación.

Por otro lado, la categoría de *plusvalor* hace referencia a las relaciones de explotación a las que es sometido el trabajador asalariado por parte del capitalista. Esta categoría corresponde al ámbito de la producción, mientras que la *ganancia* hace referencia a relaciones de competencia entre capitalistas. La conversión de la plusvalía en ganancia pasa necesariamente por la esfera de la circulación, en la cual rigen las leyes del mercado, principalmente el principio de competencia (Marx, 2007: L. III, Secc. I. La transformación del plusvalor en ganancia). En el mercado los productores capitalistas se enfrentan en una dinámica de competencia por la apropiación del excedente producido socialmente (plusvalor), el principal sustento de esta competitividad es la productividad, que significa producir más y/o mejor producto con menos insumos y costos, o con la externalización de estos.

Bajo esta lógica la economía y la producción social en su conjunto quedan también sujetas ya no a la satisfacción de las necesidades de todas las personas, las cuales tienen límites claramente establecidos, sino a la condición de obtención de ganancia privada y la acumulación de riqueza sin límites por parte del capital. La frenética aprehensión por la acumulación/producción/explotación/competencia-productividad/reducción y externalización de costos sin límites, impone a la economía y a la sociedad en su conjunto una racionalidad completamente irracional, que se expresa en el saqueo, degradación y destrucción de sistemas y formas de vida sociales y naturales.

La ley del valor, desarrollada por Marx, muestra cómo la producción de riqueza (valor como producto del trabajo social expropiado y acumulado) se convierte en el elemento rector de la dinámica económica, marginando el sentido original de la satisfacción de las necesidades de todos. Desde esta perspectiva la eficiencia

económica se orienta hacia la productividad que favorezca la extracción y acumulación privada de valor (riqueza), y no a garantizar las condiciones de la vida (Hinkelammert y Mora, 2013: 25).

La dinámica de la competencia, como principal ley del mercado capitalista, además de resolver la apropiación de la ganancia, provoca la expulsión de los productores “menos eficientes” del circuito económico capitalista, generando una tendencia hacia la concentración de la economía y la producción social en pocas manos. Esta concentración no se circunscribe solamente a la distribución de la riqueza, sino que se hace extensiva al poder y control sobre la toma de decisiones económicas, pero también políticas y hasta culturales. Este eficientismo racionalista ha desatado un estado de guerra que conduce no solamente a la destructividad cada vez mayor de los ámbitos de la vida social y de la naturaleza, sino a una autodestructividad también creciente que socava las propias condiciones de posibilidad de la vida humana, natural y social (Hinkelammert y Mora, 2013: 12).

Alternativamente se trata de reformular radicalmente la economía, como una ciencia de la reproducción o sustentabilidad de las condiciones materiales (biofísicas y socio-institucionales) que hacen posible la vida personal, social y espiritual; esto es, como una economía orientada hacia la reproducción de la vida o, resumidamente, como una *Economía para la vida* (Hinkelammert y Mora, 2013: 13). Se trata, de acuerdo con Hinkelammert y Mora, de trascender la racionalidad medio/fin sujetándola a una racionalidad de integración en el circuito natural de la vida humana a la que llaman, *racionalidad reproductiva*, que va más allá de la racionalidad medio fin supeditándola a la relación posibilidad/necesidad.

La concepción de una nueva economía implica también replantear los conceptos y funcionalidad del trabajo, del mercado y del dinero, poniéndolos en concordancia y correspondencia con una racionalidad reproductiva de la vida. El trabajo debe retomar su sentido natural como forma de desenvolvimiento creativo del ser humano, orientado y delimitado por el propósito de satisfacer sus necesidades. En este sentido el trabajo humano choca con el sentido del trabajo productivo

(mercantil) elaborado por la economía política clásica (trabajo asalariado, trabajo productivo, trabajo productor de valor y plusvalor) (Hinkelammert y Mora, 2013: 45).

A la racionalidad acumulativa, depredadora de la economía capitalista la *economía para la vida* antepone la reproducción (sustentabilidad) y el desarrollo (emancipador) de la vida humana en sociedad a partir de la reproducción de las condiciones materiales de la vida (ser humano y naturaleza) (Hinkelammert y Mora, 2013: 49), “nunca antes en la historia de la humanidad el principio de la ganancia ha sido elevado a principio de organización de la vida económica” (Polanyi, 2007: 84).

La posibilidad de generación de excedentes en un sistema económico depende en buena medida del desarrollo histórico de sus fuerzas productivas que redundan en un incremento tendencial de la productividad, este es un proceso más o menos concomitante a la evolución histórica de la sociedad humana. No obstante, bajo la racionalidad y contexto histórico del sistema mundo capitalista se observa una intensificación del diferencial desarrollo productivo entre naciones y dentro de ellas entre clases y estratos sociales, junto con ello la propiedad privada de los medios de producción social, propician que las ventajas derivadas de la productividad (excedente) se distribuyan de manera desigual, tendiendo a la concentración de riqueza y poder, transformándolas en un instrumento predominante de explotación, especulación y saqueo.

Nos enfrentamos a la paradoja en la que la mayor productividad económica, combinada con la premisa normativa de la propiedad privada de los medios de producción social, características del capitalismo, lejos de representar un beneficio para la humanidad se torna en su contra, como instrumento de apropiación-concentración del excedente derivado de la creciente productividad, pero que además redundan en la progresiva expulsión de actores del circuito económico, contribuyendo al incremento de la pobreza.

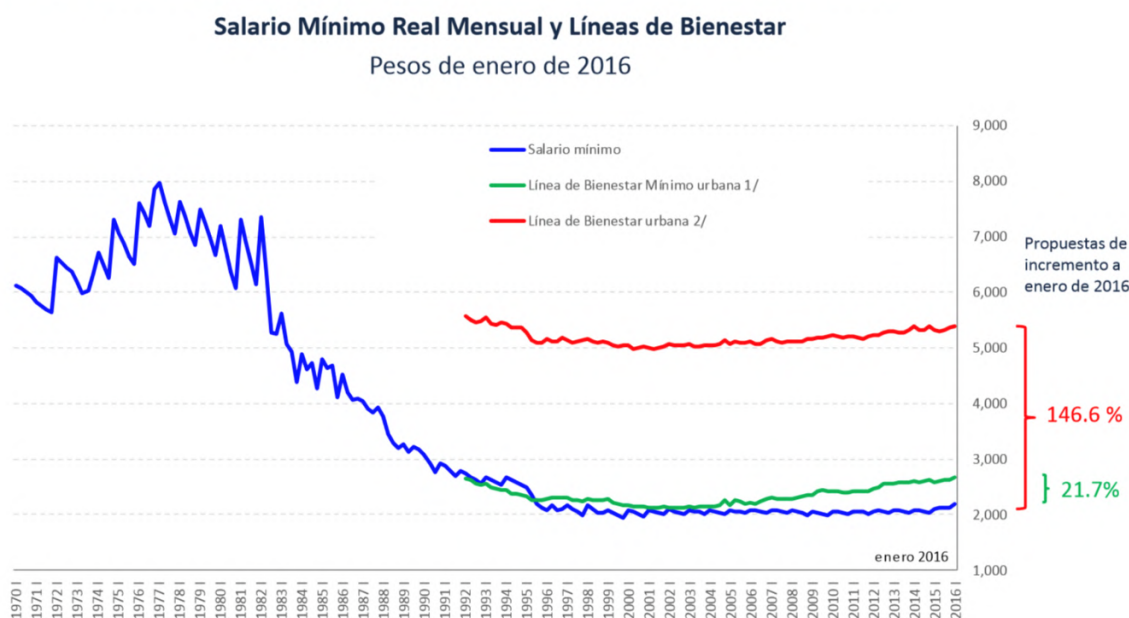
Los esfuerzos de fortalecer las capacidades del Estado para implementar una mayor regulación de la economía y una más equitativa distribución de la riqueza, el llamado

Estado benefactor, que cobraron fuerza particularmente durante la segunda posguerra, si bien lograron atenuar ligeramente las tendencias de concentración de la riqueza y extensión de la pobreza provocadas por la racionalidad capitalista, fueron finalmente anulados con el advenimiento de una nueva investida neoliberal a inicios de los años 1980.

En términos generales, como lo muestra Thomas Piketty (2014) en su magnífica obra, aunque las formas e intensidad de concentración de la riqueza varían en diferentes etapas históricas del capitalismo, la tendencia a largo plazo se mantiene. En el caso particular de México esta tendencia se observa claramente en la regresiva evolución histórica del salario durante el periodo de 1970 a 2016, como puede verse en la figura 1.

Figura 1
Evolución del salario mínimo en México (1970 – 2016)

4. Escenarios de incrementos al salario mínimo



1/ La línea de bienestar mínimo urbana es calculada por el CONEVAL. La línea presentada equivale al valor de la canasta alimentaria para dos personas al mes. Para enero de 2016 esta cantidad es de 2,667 pesos, lo que equivale a un salario diario de $2 \times 1334 / 30 = 89$ pesos.

2/ La línea de bienestar urbana es calculada por el CONEVAL. La línea presentada equivale al valor de la canasta alimentaria y no alimentaria para dos personas al mes. Para enero de 2015 esta cantidad es de 5,404 pesos, lo que equivale a un salario diario de $2 \times 2702 / 30 = 180$ pesos.

Fuente: Elaborado por Banco de México con información de la CONASAMI, del INEGI y del CONEVAL.

Fuente: Banco de México con datos de CONASAMI, INEGI y CONEVAL.

Esta situación revela el alto y creciente índice de desempleo y la también creciente

precarización del trabajo, que en mucho obedecen a la estrategia de desarrollo y las correspondientes políticas económicas que se implementan en México desde los años 1980, en sintonía con la corriente neoliberal que desde entonces se impone a escala global bajo el comando de las grandes y poderosas empresas y consorcios transnacionales y sus centros de poder.

Redistribución de la riqueza y reproducción ampliada de la vida.

Una estrategia alternativa y sustentable de distribución y redistribución de la riqueza, implica cambios profundos y cualitativos en los convencionales paradigmas del desarrollo, ya que se ha demostrado la falsedad de que éste puede emanar como resultado automático de la operación y las leyes del mercado y menos bajo la noción de “goteo” (trickle down) que sostiene que se debe priorizar a los empresarios para que inviertan y dinamicen la economía propiciando un beneficio generalizado (Guillén, 2010).

Desde el Estado se debe incrementar significativamente la asignación de recursos para la dotación de servicios básicos, subsidios y transferencias, mediante el fortalecimiento de las finanzas públicas, implementando políticas fiscales progresivas y buscando reducir los honerosos pagos por servicio de deuda externa y otros gastos regresivos.

Pero no se trata sólo de redistribuir mediante asignación de fondos públicos para los pobres, sino, sobre todo de fortalecer las capacidades productivas y económicas de la economía popular, reorientándola en un sentido social-solidario centrado en la reproducción ampliada de la vida. Se trata de reincorporar y rehabilitar de una gran cantidad de actores y recursos socio-productivos que han sido excluidos por no ostentar el nivel de competitividad exigido por el mercado convencional.

Un proceso interesante se gesta en América Latina ante los efectos socioambientales debastadores de las últimas más de tres décadas de estrategias neoliberales que han incrementado y profundizado la pobreza y propiciado una debstación y degradación ambiental extrema (Guillén, 2010 y Barkin 1998)

Se trata de invertir los supuestos implícitos en el concepto de capital humano, según los cuales se debe invertir en el bienestar y las capacidades de las personas para apuntalar la productividad en la economía, por el contrario la finalidad de ésta última debe estar orientada al bienestar humano.

Tampoco se trata de esperar a la fortuita restauración del llamado Estado benefactor, se trata que desde el interior de las naciones los sectores populares se fortalezcan mediante la participación y la organización para cambiar la correlación de fuerzas políticas y reorientar las políticas y estrategias sociales y económicas, mientras que en la escala internacional propiciar un alianza de las economías periféricas bajo criterios progresistas y solidarios de cooperación estratégica para enfrentar el dominio y saqueo por parte de las grandes potencias y empresas transnacionales.

Esto podía lograrse impulsando una serie de medidas entre las que se destacan las siguientes a modo de ejemplo:

- El fortalecimiento de las micro y pequeñas unidades económicas.
- La conformación de circuitos económicos cooperativos y solidarios a escala local.
- La protección y regulación del aprovechamiento sustentable de los recursos naturales y estratégicos nacionales.
- Una reforma fiscal orientada a la redistribución progresiva de la riqueza.
- La dotación de mayores márgenes de autogestión a las comunidades y gobiernos locales para una mayor protección y mejor aprovechamiento de sus recursos.
- Impulso de sistemas de diseño institucional comunitario para el manejo colectivo y sustentable de sus recursos comunes.
- La implementación de un sistema efectivo de contraloría social para el manejo transparente y eficaz de los recursos públicos.
- La reestructuración de la administración pública para hacerla menos onerosa y más eficiente.

- El incremento en la dotación de recursos para mejorar en cantidad y calidad los servicios públicos como salud y educación.

Estas constituyen algunas de las muchas medidas que podrían orientar la distribución de la riqueza y los excedentes sociales de manera más racional y equitativa.

Hacia una reproducción ampliada de la vida.

A final de cuentas se trataría de fortalecer las condiciones para apoyar la realización de una *reproducción ampliada de la vida*, noción que ha surgido a partir del estudio y análisis de los emergentes movimientos de economía solidaria, particularmente en América Latina en los que la participación de las mujeres ha sido relevante, a pesar de lo cual no se han incorporado de manera clara y suficiente los aportes y enfoques de la economía feminista (Cendejas, 2017).

Se trataría de revertir la tradicional y nociva separación entre el trabajo productivo y el trabajo reproductivo al momento de abordar el análisis económico, que suele dar por hecho o, peor aún, legitimar que el trabajo productivo corresponde a la economía remunerada y al ámbito masculino, mientras que el trabajo reproductivo es visto como algo colateral, propio de las mujeres, perteneciente al ámbito de lo privado y, por tanto, no acreditado para ser directamente remunerado.

Una perspectiva alternativa no tendría que limitarse a asignar una remuneración al trabajo reproductivo, no basta tampoco con reconocerlo e integrarlo cabalmente al circuito de la economía formal, sino que en el fondo un cambio de paradigma debe partir empezar por el reconocimiento de la trascendencia del trabajo reproductivo no como simple trabajo doméstico ni sólo como reproducción de la fuerza de trabajo, sino aceptar que el trabajo reproductivo es la base de la existencia tanto individual como social, ya que implica la reproducción no sólo biológica y vital, sino cultural y social y constituye la base de todo el entramado social.

La reproducción ampliada de la vida implica en primer instancia la posibilidad de llevar a cabo un proyecto de vida a largo plazo, pasando por la formación de una familia que incluye la crianza y formación de los hijos para que estos a su vez

puedan realizar su propio proyecto de vida. En segunda instancia la reproducción ampliada de la vida implica la formación de comunidad, de vida en común de identidad de sentido de pertenencia, de cooperación y solidaridad. En tercera instancia, implica la construcción de sociedad como proyecto histórico sustentado en una visión civilizatoria alternativa, libre de explotación y dominio político, económico, cultural, de género y de cualquier tipo.

Se trata de propiciar una sociedad en la que el trabajo recupere su condición de aporte y libre expresión de la creatividad de las personas y no un medio de explotación y enajenación. En términos socioeco-sistémicos estaríamos hablando también del replanteamiento de la visión de la naturaleza y la relación de la sociedad con ella, rompiendo con las nociones antropocentristas y utilitarias según las cuales la especie humana es superior y todo lo que existe en su entorno es para su usufructo y satisfacción, retomando cosmovisiones como la andina y las mesoamericanas en las que se reconoce una dimensión espiritual a toda forma de vida con derechos y las que se les debe respeto y gratitud (Leff, 1986 y 1994; Martínez Alier, 1992 y 2004; Corasggio, 1995 y 1997; Barkin, 1998; Sarria y Tiriba, 2003; Federici, 2004; Hinkelammert y Mora, 2013; Martínez Luna, 2013, 2015 y 2017; Gutiérrez, 2015; Cendejas, 2017; Gago, Cielo y Gachet, 2018, Suárez, 2019).

El mercado en el marco capitalista.

Asumiendo el trabajo y la economía como actividades humanas intrínsecamente sociales, su estudio ineludiblemente debe incorporar aspectos como la coordinación de los trabajos de los diferentes integrantes de la sociedad, la división social del trabajo, la distribución del producto y el intercambio, lo que nos lleva directamente al mercado.

En la búsqueda que el pensamiento económico emprende desde el siglo XVIII por encontrar el mecanismo que permite mantener un orden y coordinación adecuada del trabajo de todos los miembros de la sociedad, Adam Smith (1958) considera que este orden es la “mano invisible”, que opera a través del mercado. El Mercado es

concebido por este pensador como síntesis y producto supremo de la evolución social, cuya acción supuestamente eximiría al ser humano de toda responsabilidad ya que puede garantizar que todos sus actos basados en cálculos egoístas al final de cuentas terminarán desembocando en el bienestar común (Hinkelammert y Mora, 2013: 236).

Adam Smith asocia el surgimiento y evolución del mercado con el crecimiento en tamaño y complejidad de la producción y la economía que propicia el surgimiento y crecimiento de la división social del trabajo y de las dinámicas de intercambio. En los primeros seis capítulos de su *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, publicado en 1776, Adam Smith expresa la relevancia que desde su punto de vista tiene el mercado dentro de la dinámica de la economía. En síntesis, este autor asocia al mercado con las siguientes propiedades y funciones:

- Los mercados son vistos como factor a la vez que como producto de la división del trabajo, la especialización, la productividad, el progreso económico y la riqueza.
- El mercado funciona como regulador de la dinámica económica (mano invisible), manteniendo las fluctuaciones productivas dentro de un cierto margen, propendiendo constantemente al equilibrio.
- Como eficiente asignador de recursos que premia la productividad y castiga la improductividad.
- Como promotor del desarrollo y bienestar general, permitiendo a la población acceder a bienes más baratos y de mejor calidad.

En contraste con la visión apologética de Adam Smith sobre el mercado capitalista, Marx (2007) y Polanyi (2007) aportan una visión crítica, en la medida en que además de evidenciar una asimetría estructural en las relaciones de intercambio, la racionalidad del mercado propicia una dinámica de competencia productivista que genera una creciente concentración de la riqueza, del control sobre las fuerzas productivas y con ello de poder económico, político y cultural, que desemboca en una creciente desigualdad social.

Estos autores identifican las siguientes funciones y propiedades del mercado capitalista:

- El mercado se impone como medio predominante para acceder a los bienes de subsistencia.
- El mercado se erige como principal medio de suministro de mercancías para la producción capitalista, incluidos el dinero, la tierra y la fuerza de trabajo.
- El mercado es el medio a través del cual se realiza la conversión del producto de valor y plusvalor de su forma mercantil (mercancías), generado en la unidad productiva capitalista, a su forma pura o autónoma de valor (dinero), que permite llevar a su culminación el proceso de valorización y apropiación del excedente social.
- El mercado se constituye como arena de la competencia productivista inter-capitalista por la apropiación del excedente social, mediante el cual las unidades capitalistas menos productivas son eliminadas del circuito económico, y con ellas quedan obsoletos grandes acervos de medios productivos y trabajadores, propiciando una creciente concentración de la riqueza y del control sobre los medios de producción social y sobre la economía en su conjunto.

El mercado en el contexto capitalista se constituye como el monopolio de la distribución de los recursos económicos, lo que significa que el conjunto de actores económicos debe recurrir necesariamente a esta instancia para acceder a los bienes que necesiten. Esta exclusividad de la vía mercantil para acceder a bienes de subsistencia, propicia que aquellos que no tienen dinero como compradores, o cierto nivel de competitividad como productores, queden excluidos y marginados del circuito económico “formal”.

Aunque Marx recurre aleatoriamente al análisis del mercado, a lo largo de su obra, particularmente el abordaje que realiza en el tercer tomo como ámbito clave en el que se verifica la competencia capitalista por la apropiación de la ganancia es revelador de la esencia de este sistema económico, pero sobre todo del importante papel que juega el mercado en el funcionamiento y comprensión de la lógica destructiva y excluyente intrínseca a la economía capitalista. (Polanyi, 2007)

Además, la competencia productivista que rige al mercado propicia la obsolescencia tecnológica de gran cantidad de medios productivos que bajo una lógica de reproducción de la vida siguen siendo perfectamente viables. Esta misma dinámica tecnológica productivista alentada por el principio de competencia mercantil explica también los crecientes fenómenos de desempleo.

Este creciente posicionamiento del mercado propicia que las relaciones sociales quienes se vean encasilladas en el interior del sistema económico. La importancia vital del factor económico para la existencia de la sociedad excluye cualquier otro tipo de relación, pues, una vez que el sistema económico se organiza en instituciones separadas, fundadas sobre móviles determinados y dotadas de un estatuto especial, la sociedad se ve obligada a adoptar una determinada forma que permita funcionar a ese sistema siguiendo sus propias leyes. (Polanyi, 2007)

Más allá de lo puramente económico, el mercado en la actualidad amenaza con gobernar el conjunto de la dinámica social, no vivimos sólo en una economía de mercado o en una economía mercantilizada, sino en una sociedad de mercado o sociedad mercantilizada “Una economía de mercado supone todos los elementos de la industria —trabajo, tierra y dinero— aglutinados. Considerando que incluir al trabajo y a la tierra entre los mecanismos del mercado supone subordinar a las leyes del mercado la sustancia misma de la sociedad” (Polanyi, 2007: 126).

De esta manera actividades como la educación y la salud públicas, los cuidados personales, entre otras, muestran crecientes procesos de mercantilización (con la consecuente dinámica de exclusión) que propiciaría que el acceso a estos bienes y servicios sea posible para todos, siempre y cuando tengan suficiente dinero para pagarlos.

Los mercados en las sociedades precapitalistas

La creciente mercantilización de la economía constituye una de las bases históricas que propicia y permite el surgimiento del capitalismo, que al establecerse como sistema predominante, eleva al mercado a una condición de entidad autorregulada y, más aún, en el regulador preponderante de la vida económica y social. Pero esto no siempre fue así, en las sociedades anteriores al siglo XIX la economía se hallaba subordinada a relaciones sociales más amplias, lo que revela que el sistema económico no tiene una existencia autónoma, sino que se encuentra determinado por estructuras, comportamientos y motivaciones no económicos. “Las formas de integración social que dominan en estas circunstancias (dominantes en tanto son

las que rigen la asignación de los factores de producción, en especial la tierra y el trabajo) no son el mercado autorregulado, sino la reciprocidad o la redistribución”. (Colombo 2009)

El comercio y los mercados tienen un origen histórico de larga data, en la que destacan las grandes expediciones marítimas realizadas por fenicios y griegos, y su desarrollo al amparo de las crecientes incursiones militares y la consecuente expansión territorial. Durante los primeros 1500 años de nuestra era la actividad comercial y la expansión de los mercados muestran una dinámica aleatoria de altibajos, esto último en particular en la llamada edad media europea en la que las formas de vida muestran un relativo enclaustramiento territorial y económico.

Suele aceptarse que desde el año 500 hasta el 1150 de nuestra era buena parte del mundo estaba inmerso en economías de consumo agrícola directo o autosuficiencia, en la que la mayor parte de la gente producía su propia comida, pero también se ofrecía suministro por medio del trueque a la población no agrícola, pero aproximadamente desde principios del siglo XII buena parte de la economía mundial transita a una etapa de consumo agrícola indirecto, como una expresión de múltiples cambios que alentaron en paulatino incremento de las economías mercantiles (Wallerstein, 1979)

No obstante los mercados y el comercio nunca desaparecieron del todo, pero sí se transforman y se diversifican, de modo que ya para el siglo XII se pueden diferenciar claramente al menos dos grandes tendencias; por un lado el comercio a larga distancia que se establecía sobre todo entre ciudades en el que predominaba el intercambio de productos de alto valor accesibles a las clases privilegiadas y cuyo transporte era predominantemente marino; por otro lado estaba el comercio local de productos principalmente agroalimentarios y en general de consumo básico, transportados a corta distancia por tierra y en el que la participación de campesinos es predominante pero no exclusiva (Wallerstein, 1979).

Contrario a lo que pudiera creerse, las economías campesinas no estaban orientadas exclusivamente hacia su propia subsistencia sino también de manera

importante hacia el mercado, lo que no significa que deban considerarse como formas económicas capitalistas. (Wallerstein, 1979)

A partir del siglo XVI, los mercados fueron a la vez numerosos e importantes. Se convirtieron en una de las principales preocupaciones del Estado en el ámbito mercantil, por lo que no existía el menor signo que anunciase entonces la ingerencia creciente y dominante de los mercados sobre la sociedad humana. Más bien, al contrario, la reglamentación y el ordenancismo eran más estrictos que nunca, por lo que no existía ni tan siquiera la idea de un mercado autorregulador. (Polanyi, 2007: 101).

Esta distinción entre el comercio y los mercados de larga distancia de artículos de alto costo accesibles sólo a las clases medias altas y altas urbanas y los mercados locales de corta distancia, resulta importante para entender el importante vínculo recíproco que existe entre la producción, el comercio, los mercados y el transporte. Ya que solamente en la medida en la tecnología permitió abaratar el transporte terrestre a gran escala (mediante el ferrocarril, por ejemplo) se pudo verificar el crecimiento explosivo del comercio y los mercados de productos de consumo masivo a larga distancia y con ello una paulatina integración y sincronización de los mercados a mayor escala territorial. Un mayor acceso a productos básicos propició un enorme incremento en su consumo, alentando con ello al desarrollo de los sistemas de producción masiva.

Pero los mercados locales campesinos que operan desde muchos siglos antes de la emergencia del capitalismo, muestran una clara diferencia en la racionalidad operativa respecto a lo que es propiamente el mercado capitalista.

Los mercados aldeanos tardomedievales considerablemente desarrollados presentan ya una fuerte incidencia de elementos políticos e institucionales que determinan su dinámica global. El alto grado de monetización que muestran los intercambios corrobora su relativo nivel de desarrollo. La importancia que tienen los impuestos a la circulación complementa esta imagen de un mercado relativamente desarrollado (Colombo, 2005 y 2010).

En este contexto los mecanismos mercantiles tienen una gran importancia en la reproducción de la economía campesina sujeta al dominio feudal, ya que, no sólo la gran mayde los tributos feudales, sino también la casi totalidad de los derechos y multas concejiles se cobraban en dinero.

Actualmente existen dos perspectivas de análisis más o menos diferenciadas sobre los mercados precapitalistas, por un lado se ubica un enfoque que puede calificarse como *antropológico*, desde el cual los intercambios son interpretados en términos de los conceptos de reciprocidad y redistribución. Esta concepción retoma los planteos de Polanyi y Malinowski, para quienes “la única finalidad del intercambio es estrechar la red de relaciones al reforzarse los lazos de reciprocidad (Colombo, 2005 y 2010).

La reciprocidad propia de las comunidades campesinas de base, moldeó profundamente la lógica de los intercambios. En este marco, las transacciones, aunque se realicen con dinero, "no comportan ni una centralización ni una mercantilización creciente de las relaciones sociales", es decir, no expresan el avance de los mecanismos de mercado sino que encubren una racionalidad comunitaria no mercantil, lo que no significa que el intercambio y los mercados fueran un fenómeno ajeno a la vida comunitaria,¹¹ El acceso a valores de uso por medio del intercambio parece parte constitutiva de la economía doméstica de la comunidad.

Por otro lado se encuentran los enfoques que dan prioridad al contenido específicamente económico de los intercambios y los mercados, destacando que ya desde entonces contribuían de manera importante en la conformación de un sistema de precios a escalas regionales.

¹¹ Se sugiere entender la expresión de una realidad comunitaria no mercantil no como el hecho de que no existieran intercambios regulares y un mercado comunitario o intercomunitario, sino que éste no funcionaba como entidad reguladora de la vida comunitaria en su conjunto, sino por el contrario, se encontraba regulado por la comunidad.

Esta dicotomía a veces contrapuesta entre la perspectiva antropológica (reciprocidad y redistribución) y la dimensión económica (sistema de precios, oferta, demanda, dinero) muestra la complejidad del análisis del fenómeno de los intercambios y los mercados precapitalistas.

Si bien se puede abordar el análisis del mercado en la economía feudal desde los conceptos que brinda la antropología, otras perspectivas parecen mostrar que los mercados medievales presentan ya algunas características estructurales y dinámicas de funcionamiento similares a las del mercado moderno.

Sin desconocer que la reciprocidad y la redistribución existan como mecanismos de circulación de bienes, el problema radica en analizar las características específicas de las relaciones mercantiles en su contexto, antes que negarles tal carácter por el hecho innegable de que no responden al modelo de mercado “puro”.

Uno de los criterios que suele tomarse para identificar y diferenciar a los mercados antiguos respecto a los mercados modernos es la incidencia y apego de estos a un contexto en donde el equilibrio de la oferta y la demanda sirven como primera y última explicación de la lógica de las transacciones.

En esta investigación el tema se aborda desde una perspectiva relativamente distinta, acorde con los enfoques de Marx y Polanyi, que hacen referencia más específica al mercado propiamente capitalista como punto de inflexión o línea de diferenciación entre los mercados antiguos y los actuales. Desde esta perspectiva si bien no se desestima la importancia de la formación de un sistema de precios como rasgo distintivo del mercado capitalista, el enfoque central se pone en otros aspectos que serían considerados como los más característicos y esenciales del mercado y del modo de producción capitalista, estos rasgos son:

- El mercado y los intercambios mercantiles se impone como mecanismo predominante para la distribución y adquisición de bienes, incluidos el dinero, la fuerza de trabajo y la tierra.

- El mercado funciona se coloca como ámbito de la competencia capitalista por la apropiación privada de la ganancia, como forma específica del excedente producido socialmente.
- El mercado se “autonomiza” de la institucionalidad social, es decir se autorregula, y más aún, tiende a imponerse como regulador de la dinámica económica e incluso social en su conjunto.

De forma ilustrativa se presenta a continuación un cuadro comparativo de las principales diferencias entre los mercados capitalistas y los precapitalistas:

Tabla 3
Contrastes entre mercado capitalista y mercado precapitalista¹²

Mercado capitalista	Mercado precapitalista
Es un producto exclusivamente capitalista, subordinado y coadyuvante de la racionalidad económica de este sistema.	Son producto de una gradual y prolongada evolución histórica.
El mercado se erige como entidad omnipresente y omnipotente, autorregulada y reguladora de la dinámica económica y progresivamente de más expresiones de la vida social.	El mercado se incerta como un ámbito más de la dinámica y la estructura socio-cultural y se encuentra regulado por ésta.
Mecanismo generalizado predominante para acceder a bienes y servicios.	Mecanismo complementario para obtener bienes y servicios.
Predominan los productos industrializados.	Predominan los productos agroalimentarios y artesanales para consumo doméstico.
La mercantilización de la tierra, el dinero y la fuerza de trabajo constituyen una base indispensable para el funcionamiento del sistema.	La mercantilización de la tierra, el dinero y el trabajo son marginales.
La norma suprema del mercado es la competencia entre productores orientada a la mayor apropiación privada posible de la riqueza y el excedente socialmente producido.	El propósito básico del mercado es la complementariedad entre productores.

¹² Es importante aclarar que se presentan aquí extremos de contraste, no siempre excluyentes y que en la realidad la mayoría de los mercados no se presentan de manera pura en uno de los dos extremos, sino que revelan una combinación de ambos, tendiendo más hacia uno o a otro.

La escala del mercado tiende hacia la globalidad.	Predominan los mercados locales y regionales.
Los actores son diversos pero opera bajo una asimetría extrema, en la que predominan los consorcios monopólicos globales.	Existe un margen de asimetría relativamente bajo.
Su racionalidad competitiva provoca una intrínseca dinámica de continua y creciente exclusión de actores económicos y de concentración de poder económico, político y cultural.	Su racionalidad complementaria favorece las dinámicas de reproducción de la vida y la corresponsabilidad entre productores y consumidores.
Se observa un mayor control y manipulación especulativa por parte de los grandes consorcios. Que suelen distorcionar la “libre” formación y funcionamiento de los sistemas de precios.	Existe un peso relativamente simétrico de los actores en el mercado.
Predomina la tendencia a la concentración de los roles de producción en un sector cada vez más reducido y la creciente socialización del rol de consumidores.	Se observa una mayor presencia de actores con el doble rol de productores y consumidores (prosumidores).
Predominan las unidades productivas y económicas industriales capitalistas, con alta composición orgánica de capital.	Predominan las unidades productivas domésticas-artesanales, populares y campesinas, cuyo principal recurso es el trabajo propio.
Se asumen como criterios reguladores estandarizados, la ley del valor y la existencia de un sistema de precios que garantice la equivalencia en los intercambios	Los términos del intercambio pueden tomar como referencia la cantidad de trabajo y un sistema de precios existente, pero no como criterio único ni predominante. Más que el apego una “equivalencia estandarizada”, los intercambios se rigen por la mutua satisfacción de los participantes y la adopción de valores culturales comunitarios compartidos.
Se observa una regulación más estricta y estandarizada respecto a los términos, mecanismos y unidades de medición de cantidades y volúmenes de los productos de intercambio.	Se observa una relativa flexibilidad y variación respecto a las medidas de cantidades y volúmenes de los productos de intercambio.
Ante el establecimiento de parámetros fijos se reduce el margen de negociación y regateo.	Se observa una mayor incidencia y peso de las prácticas de regateo en los actos y términos del intercambio.

Predomina el carácter netamente económico del mercado.	El mercado con ámbito relacional trasciende lo puramente económico, incluyendo procesos de intercambio cultural y formación de lazos sociales y de identidades..
Predominan las transacciones de tipo monetario.	Se observa una mayor diversidad de transacciones no monetarias.
Predomina la presencia y cultura masculina.	Se observa una mayor participación y peso relativos de mujeres.

Una perspectiva crítica adicional a los enfoques convencionales del mercado y algunos elementos para pensar en una economía y mercados alternativos los aporta Franz Hinkelammert, quien identifica que en discursos convencionales más contemporáneos se asume que el mercado surge como resultado del crecimiento y la mayor complejidad de la economía y de la división social del trabajo, que hacen imposible un conocimiento preciso del conjunto de las acciones que le dan vida. Asimismo, no permiten una coordinación directa, única y centralizada, por lo que alternativa y paulatinamente, el mercado va asumiendo de manera indirecta las funciones de coordinación (Hinkelammert y Mora, 2013: 417).

Pero no por ser una alternativa a las limitaciones de conocimiento, el mercado constituye un proveedor o generador de información o conocimiento, ciertamente el mercado indica cuando se cierran ciertas “oportunidades de negocios” y, por consiguiente, el mercado es un sistema de relaciones *ex post*. Para que fuese un *sistema de información*, como lo afirma Hayek, tendría que dar indicaciones *ex ante*, lo que ningún mercado es capaz de hacer y ningún “estudio de mercado” puede asegurar, de ahí la imposibilidad del equilibrio (Hinkelammert y Mora, 2013: 418).

Mientras que la regulación *a posteriori* de la acción económica individual se reconoce como una limitación de origen del capitalismo, tanto el socialismo mediante la planificación central como el actual capitalismo mediante el mercado total, pretenden proporcionar una regulación y una coordinación *a priori*, pero el mercado total tanto como el plan único central, constituyen una ilusión (Hinkelammert y Mora, 2013: 256).

Por ello, la alternativa no consiste en buscar una libertad *a priori*, que permita abolir las leyes impuestas por el mercado, sino en disolver, en el contexto de una tensión constante, sus fuerzas compulsivas mediante la acción asociativa y solidaria. Se trata no de abolir, sino de ordenar las relaciones mercantiles y al mercado, de una forma tal que el ser humano y la naturaleza puedan vivir con ellas (Hinkelammert y Mora, 2013: 257).

El abordaje del tema de la coordinación social de la economía debe tomar en cuenta que la relación fundamental en este análisis no es la que se da entre Estado/mercado, o Planificación/autonomía empresarial, sino, básicamente, una relación entre el Sujeto y las institucionalidades del mercado y del Estado (Hinkelammert y Mora, 2013: 427).

En esta perspectiva adquiere relevancia la existencia de una serie de mercados tanto tradicionales como alternativos o emergentes que funcionan bajo reglas y normas operativas distintas a las del mercado capitalista, en muchos casos retomando o manteniendo una línea de continuidad con los mercados precapitalistas. El MCP representa un ejemplo de ello. De la forma en que funcionan estos mercados se pueden extraer una serie de claves sobre lo que es factible y conveniente y lo que no lo es, esto desde la perspectiva de una economía basada en principios solidarios y orientada por una racionalidad reproductiva de la vida.

El dinero

El análisis del mercado como entidad económica ineludiblemente nos remite a otro componente de la economía mercantil capitalista, el *dinero*. En principio se asume que el dinero es importante en una economía altamente mercantilizada, pues proporciona funciones como medida de valor y medio de circulación, facilitando y agilizando el enorme flujo de intercambios propios de una economía compleja.

Pero el dinero no constituye una entidad automática, superpuesta sobre la sociedad, ni tiene vida propia, solo funciona en tanto forma parte de una institucionalidad socio-histórica específica, por lo que el análisis de sus ventajas y desventajas no se

resuelve a partir de sí mismo, sino como expresión del contexto socio-institucional del que emana y en el que opera.

Por principio de cuentas cabe aclarar que la existencia y uso del dinero es históricamente muy anterior a la aparición del capitalismo y más aún a su devenir como sistema mundialmente predominante. Desde la época antigua los fenicios, los griegos y los romanos contaban con sistemas monetarios altamente desarrollados, en contraste con numerosas regiones de Europa y el mundo en las que no existían o eran incipientes (Vilar, 1974). De ello se desprende lógicamente que el dinero no es por sí mismo capital, no lo fue por un largo periodo histórico, pero incluso en la actualidad no todo el dinero que circula funciona como capital.

Con respecto al origen del dinero, Marx aporta un análisis profundo de las formas de valor (2007, Tomo I, Vol. I, Libro primero, sección primera, capítulo I. 3-D) del cual deriva la forma dinero, pero la secuencia presentada en este contexto no hace referencia a un proceso histórico concreto, sino a una secuencia lógica en un plano teórico, posteriormente lo retoma como parte del análisis de la circulación de mercancías en el que destaca sus funciones principales en cuanto dinero, en el contexto de una economía mercantil.

En este primer análisis el autor muestra las funciones del dinero como equivalente general, como medio de circulación y de pago, como medida y expresión de valor, de ahí su potencial como instrumento de atesoramiento y acumulación (Marx, 2007, T.I. Vol. I Libro primero capítulo III).

Para esclarecer cómo es que el dinero se transforma en capital, en el capítulo IV, segunda sección del Libro primero de *El Capital*, Marx expone un primer indicio de los factores que intervienen en la transformación del dinero en capital, identificando que la clave consiste en la forma en que se da su circulación, dentro de la cual el elemento decisivo radica en la compra-venta-explotación de la fuerza de trabajo, orientada a la obtención de plusvalía, dinámica que se erige como eje rector de la producción, de la economía y de la sociedad capitalista.

Para mostrar de manera más detallada el proceso de transformación del dinero en capital, Marx analiza *la circulación del capital* en el segundo tomo de su obra, estableciendo con mayor claridad y precisión lo que esencialmente convierte al dinero en capital, esto es su participación directa o indirecta en los procesos de valorización-acumulación, los cuales están sustentados en la propiedad privada de los medios de producción social y en el sistema de trabajo asalariado.

De acuerdo con este autor, el dinero al participar de manera directa en los procesos de valorización adopta la forma social de capital industrial representado en la clásica fórmula marxista $D - M \dots p \dots M' - D'$, en la que el dinero aparece primero como capital que habrá de valorizarse (D), en la medida en que continúa en la secuencia indicada por la fórmula, para reaparecer posteriormente como capital que ya ha sido valorizado (D') (Marx, 2007, Tomo II, Libro segundo, sección primera, capítulo I, El ciclo del capital dinerario). Pero también el dinero se transforma en capital al participar de manera indirecta en el proceso de valorización bajo la forma de capital de crédito (Marx, 2007, Tomo III, Libro tercero, sección quinta, El capital que devenga interés).

De esta manera, el dinero circulante que se no encuentra incerto en un proceso de valorización en sentido estricto no debe considerarse como capital, no obstante, el dinero en tanto fenómeno no únicamente económico, sino socio-cultural contiene un carácter simbólico dando la apariencia de tener vida propia y colocarse por encima de la voluntad humana y de la institucionalidad social, erigiéndose como símbolo de poder no sólo económico, sino político y cultural.

El dinero aparece entonces como un fetiche que, en tanto símbolo e instrumento de poder, todos quieren o deben poseer, y su apropiación se convierte en un objeto de competencia, tensión y disputa. Esto es así porque se suele atribuir al dinero una doble propiedad; por un lado como elemento de riqueza en la medida en que posibilita la adquisición de cualquier bien mercantil y, por otro lado, como poseedor de una mágica fertilidad que le permite “hacer más dinero”.

En la economía capitalista, altamente mercantilizada, los agentes económicos que no son capaces de convertir sus medios, capacidades y productos de trabajo en dinero, pierden la posibilidad de acceder a otros bienes de consumo, que son necesarios para la reproducción de sus vidas, por lo que el dinero es impuesto como recurso indispensable y omnipotente para la economía y para la vida.

Sin embargo, así como los efectos negativos del mercado capitalista no llevan automáticamente a considerar su eliminación como alternativa única e ineludible, de la misma forma la nociva evolución histórica del dinero como símbolo y mecanismo de poder destructivo, no debe llevar tampoco a la conclusión de su necesaria eliminación como instrumento económico. Se trataría entonces de recuperar sus funciones básicas y regular su uso para evitar su conversión en instrumento de poder, de especulación y de explotación.

Existen una importante acervo de experiencia del uso del dinero en contextos históticos precapitalistas, así como una gran cantidad de experiencias de subsistemas económicos alternativos, en los que se ha intentado utilizarlo bajo esquemas regulados con base en principios de equidad, complementariedad, reciprocidad y solidaridad.

El dinero en contextos precapitalistas

Tanto Marx (2007, Tomo I, Vol. I, Libro primero, sección primera, capítulo I. 3-D) como Adam Smith (1958, capítulo IV) aportan un análisis similar al realizado por Marx (aunque con resultados claramente distintos) acerca de la secuencia lógica de la evolución del dinero, pero ninguno de los dos pretende aportar un relato sobre el origen y secuencia histórica concreta del dinero. De manera similar, autores como Ferguson (2009), Caligaris (2017) Weatherford (1997) Vilar (1974) Weber (1942) identifican el origen del dinero a partir de la selección convencional de ciertas mercancías dotadas de equivalencia general, como bajo la forma de promesas de pago, que no necesariamente se expresan en mercancías reales y comunes.

Según Weber (1942) el dinero tiene dos funciones básicas, como medio general decambio y como medio legal de pago, siendo esta última la forma original y más

antigua, “incluso en una ciudad como Cártago y en el imperio persa, la acuñación de moneda se hacía exclusivamente como medio de pago de carácter militar y no como medio de intercambio. Otra función que actualmente es menos característica del dinero, pero que perduró durante largos períodos de la historia, es la de medio de atesoramiento, por razones de prestigio y basado en su capacidad de conservación.

Pero más que pretender un rastreo empírico sobre la aparición y primeras etapas de evolución del dinero, lo que resulta preponderante analizar son los contextos socio-históricos en el que surge, bajo el supuesto de que el dinero y su forma monetaria constituyen un fenómeno social-cultural y no sólo económico y que en las etapas precapitalistas cuando la economía aún no llegaba a un nivel de articulación como el sistema mundial integrado que es actualmente, en las distintas entidades socio-territoriales podían existir diferentes concepciones del dinero, la moneda, el valor y la riqueza, de modo que la evolución hacia las formas monetarias clásicas es lenta y desigual y la masa, el uso y la circulación de moneda dependen a la vez del estado de cada economía y de cada estructura social. (Vilar 1974).

Este mismo autor reconoce incluso la existencia de expresiones de resistencia a la circulación monetaria en diferentes épocas de la historia, por parte de grupos que conscientemente la rechazan considerando que puede ser destructiva de ciertos fundamentos de su sistema social (Vilar 1974: 33).

El oro suele estar estrechamente asociado a la historia del dinero, y aunque fue conocido y trabajado desde la prehistoria, no fue la única base material de las primeras formas monetarias, en mesopotamia se utilizaba la cebada, en algunos sistemas estatales anteriores a nuestra era como Egipto, Asiria y China, la moneda circulante casi no existía, los metales preciosos, antes de convertirse en moneda, jugaban un papel de prestigio y de atesoramiento, lo que revela una cierta separación entre los usos prácticos de estos materiales, o incluso su utilidad como medio de intercambio y las nociones de riqueza. Un momento decisivo en el proceso histórico en la conformación de los sistemas monetarios viene con la aparición de

la garantía del soberano plasmada en las monedas acuñadas, que eximía a los actores económicos de la necesidad de comprobar la calidad y cantidad de las monedas en cada transacción, reduciendo drásticamente la alta conflictividad provocada por frecuentes desacuerdos entre los actores al momento de verificar la calidad y cantidad de las unidades monetarias (Vilar, 1974).

En sus primeras etapas la acuñación fue limitada ya que se realizaba de manera artesanal a altos costos, en la medida en que las técnicas de acuñación se perfeccionaron y sus costos bajaron, fue cobrando importancia su certificación legal. La primera moneda relativamente exacta, que se acuñó con una constancia relativa, fue el famoso florín de oro de Florencia (desde 1252). Pero una acuñación que ofreciera verdaderas garantías técnicas no la hubo hasta fines del siglo xvii, a pesar de ser ya anterior el empleo de máquinas de batir moneda (Weber, 1942).

En la sociedad romana del siglo IV de nuestra era, bajo el gobierno de Constantino ya existía un sistema monetario casi moderno con unidades monetarias de oro, el cual entró en acelerado deterioro como efecto de las invasiones bárbaras. Durante el periodo subsecuente de dominio bárbaro en Europa el uso del dinero se restringió casi exclusivamente a transacciones de alto monto, con uso predominante de unidades de plata, esto se explica en parte por el constante flujo de oro desde Europa hacia oriente por la compra de seda, especias y otros productos.

Un nuevo influjo de moneda de oro sucede como parte de la expansión musulmana, en el año 694 el califa Abd-el-Malik, emite una serie monetaria de oro denominada *dinar* o *mancus*, siguiendo el modelo precedente del *solidus* griego y compitiendo con el *besante* o sueldo bizantino y el *maravedí* de los almorávides. La introducción del oro monetizado musulmán pasó a formar parte de un circuito mundial en el que los musulmanes pagan a los reyes bárbaros por la compra de estaño, armas y pieles, y estos a su vez pagan con esta moneda las compras de artículos de lujo provenientes de oriente, en donde quedaba atesorado ante la inexistente demanda de productos occidentales, de ahí la crónica escasez de oro en Europa que perjudicaba su actividad económica, fue relativamente atenuada por el auge

económico y comercial de las ciudades-estado del norte de Italia en donde surgieron el *florin* de Florencia y el *ducado* de Venecia, entre los años 1250 y 1300, lo que no fue suficiente para desalentar la posterior frenética búsqueda de estos metales en los territorios de América y África, queda claro que ya para el siglo XV quienes disponían de oro eran quienes podían comprar más mercancías, “es natural que se busque oro. Esta situación no era exclusiva de la península ibérica. Los trabajos realizados en Alemania, Países Bajos, Inglaterra e Italia, demuestran que era general” (Vilar, 1974)

En el siglo XVI, tras el “descubrimiento” y conquista de América y el hallazgo y explotación de sus riquezas minerales, la economía mundo capitalista obtiene un gran impulso comercial y monetario, propiciando colateralmente una acelerada y catastrófica transformación de las sociedades mesoamericanas, las cuales aún mostraban sistemas monetarios incipientes y no basados en monedas metálicas, por lo que sus pobladores se mostraron sorprendidos por la obsesión de los europeos por los metales preciosos y por los usos a los que se les incorporaba.

De acuerdo con los relatos de los primeros colonizadores como Bernal Díaz del Castillo (1968) y Bernardino de Sahagún (1985), en los mercados prehispánicos se utilizaban aún mercancías como cacao, pescados, maíz y conchas como equivalentes generales y medios de circulación, mientras que los metales preciosos y otros artículos poseían más bien un carácter simbólico como ostentación estatus y poder que revelaban la existencia de una estructura social jerárquica despótica.

Estas diferencias se van diluyendo parcialmente en la medida que el capitalismo se expande e incorpora a las diversas entidades económico-territoriales al circuito y a la lógica del sistema mundial, particularmente durante el siglo XIX en la fase industrial del capitalismo gana terreno el sistema monetario fundado en el patrón oro, que se vería afectado por el periodo entreguerras, para volver a imponerse con más fuerza desde la segunda mitad de los años 40 hasta 1971, en que Estados Unidos anuncia el fin del sistema oro-dólar.

Asociado al surgimiento y generalización de los sistemas monetarios y particularmente vinculado a la conformación del capitalismo como economía mundial, se va configurando un sistema de precios mediante un proceso histórico estrechamente vinculado con la intensificación del comercio exterior que planteo la necesidad de establecer sistemas de equivalencias entre diferentes patrones monetarios, como el *patrón* paralelo implementado en Roma para establecer márgenes de paridad entre la plata y el cobre, o la *Unión Monetaria Latina* creada en 1865 para establecer una paridad entre el oro y la plata (García, 1992).

Pero el proceso de conformación de sistemas monetarios y de precios a escala mundial nunca llega a ser total, siempre quedan reminiscencias de sistemas económicos y transacciones no monetarias y de visiones y usos tradicionales del dinero, a lo que se debe agregar la emergencia de nuevas alternativas económicas, que además de aprender, retomar y reivindicar formas tradicionales, crean otras nuevas.

Particularmente en el MCP y en muchas otras experiencias de trueque los participantes y sus transacciones descartan el uso del dinero, rompiendo es condición de dependencia respecto a las pautas de la economía del capital, según la cual sin dinero no hay posibilidades de incorporarse y participar en los circuitos económicos. En estas experiencias de trueque el trabajo que se ofrece plasmado en bienes no tiene que pasar por el tamiz monetario o de precios, sino que es valorado directamente por el potencial consumidor, con base en su valor de uso, mientras que su cuantificación depende no sólo de la referencia formal y externa del sistema oficial de precios, sino que se resuelve y negocia de manera más autónoma, con base en criterios más diversos y frecuentemente compartidos como parte de un sistema cultural local, comunitario, étnico socio-territorial.

Pero existen otras experiencias que sin romper completamente con el uso del dinero, buscan implementar sistemas monetarios bajo criterios alternativos, solidarios y cooperativos.

Tal vez el caso de los mercados solidarios en Argentina sea uno de los más ilustrativos por dos razones; en primer lugar, por la magnitud que alcanzó dada la participación de varias decenas de miles de personas en varias regiones de ese país y, en segundo lugar, por el importante esfuerzo de análisis que tanto participantes como académicos han realizado al respecto.

En Argentina El movimiento de economía alternativa experimentó un explosivo crecimiento, a partir de la conformación del primer club de trueque en mayo de 1995, pasando a la incorporación de más de un millón de participantes en poco más de seis años (Primavera, 2003: 124).

No obstante la incorporación de dinero a los mercados alternativos, no debe implicar necesariamente la adopción del patrón monetario de la economía capitalista, se puede implementar la generación de un sistema monetario propio y alternativo. Pero ello implica observar una serie de condiciones:

- Las fluctuaciones inflacionarias o disparidades de precios son prácticamente nulas, ello debido principalmente a dos factores: a) en los métodos de trabajo artesanal los cambios son menores y paulatinos en el largo plazo (décadas), por lo que la productividad es estable y su avance es más o menos homogéneo en todos los productos, de la misma manera las fluctuaciones en el acceso a los bienes (en la pesca, por ejemplo) se expresa de manera poco significativa en esta escala; y b) las escalas de producción y el número de ofertantes crecen lentamente y de manera homogénea en todos los productos, por otro lado, los hábitos de consumo, como parte de un horizonte cultural compartido, se mantienen estables, por lo que no se observan fluctuaciones significativas y/o desproporcionadas en la oferta y demanda de algunos bienes en particular.
- Las concurrentes no perciben la necesidad de dinero para operacionalizar estas transacciones en el mercado de cambio (trueque), posiblemente se debe a alto grado de correspondencia, tanto cuantitativa como cualitativa entre oferta y demanda, lo cual a su vez se podría explicar por la general adscripción de los participantes a un territorio y una cultura común, lo que se refleja tanto en las características productivas y de disposición de recursos (oferta) como a los hábitos de consumo (demanda).
- Al no existir transacciones monetarizadas, la separación entre valor y valor de uso es menos tajante, por lo que ambos aspectos se mantienen actuantes como factores de ponderación en el intercambio, pero además, la ausencia

de dinero anula cualquier pretensión de acumulación, ya que todas las transacciones implican la adquisición de bienes para el consumo directo.

Adicionalmente, la expansión y consolidación de un sistema más grande de economía popular, implicaría un incremento en su complejidad, ante lo cual se requeriría fortalecer la conciencia de sus participantes en torno a los criterios y valores del sistema, como la democracia, así como la generación de un marco institucional y reforzar la organización del sistema para una adecuada operación y para garantizar la vigilancia del cumplimiento de las reglas y normas, tanto entre sus integrantes como ante agentes externos, de lo contrario se corre riesgos que pueden poner en crisis el proyecto.

Tal como sucedió en el caso de Argentina, en donde la introducción de dinero, combinada con el crecimiento masivo del sistema, junto con debilidades institucionales y organizacionales permitieron el desarrollo de acciones de especulación crediticia, fraude, pérdida de confianza, valor y validéz de la moneda social, que propiciaron el enriquecimiento de unos cuantos por un breve tiempo y finalmente el colapso del sistema

Tras la experiencia Argentina se impone la importancia de sacar aprendizajes, en esta perspectiva Heloísa Primavera, identifica que actualmente existen en diversas partes del mundo diferentes formas de sistemas monetarios alternativos, que funcionan en paralelo con las monedas nacionales, la mayoría de estos sistemas funcionan de manera local y ya suman más de tres mil. Entre ellos se encuentran no solamente iniciativas de organizaciones sociales o de economía popular solidaria (como el *arbolito*, en Argentina o el *Tumin*, en México y muchos otros), sino también sistemas privados, como los vales o bonos de horas de viajero que ofrecen la aerolíneas privadas, o sistemas monetarios locales implementados por gobiernos como el de la ciudad de Curitiba, capital de Paraná, en el sur de Brasil. (Primavera, 2003:135)

El elemento común más consistente en todos estos sistemas monetarios es la ausencia de intereses, ello bajo la consideración de que la introducción de la figura de interés transforma el sistema monetario de un instrumento para facilitar la circulación de bienes y servicios con beneficio universal y simétrico, en una herramienta de usura y enriquecimiento, de unos cuantos que monopolizan el control del sistema monetario, en perjuicio de la mayoría de los usuarios.

Otro elemento a tener en cuenta es que, para el caso de la economía popular solidaria, un sistema monetario alternativo no debe tener carácter privado, sino social, así lo muestra la propia reflexión de los participantes de las redes de trueque de Argentina, quienes no detectaron a tiempo el carácter privado que adquirió el *arbolito*, lo que se convirtió en una de las principales causas de su deterioro. (Primavera, 2003: 136)

Algunos de los participantes en las experiencias de las redes de trueque en Argentina, destacan dos condiciones básicas para evitar que la moneda social pase de ser un simple medio de circulación a un medio de acumulación de riqueza, estas condiciones son: **a)** que los sistemas monetarios solo tengan alcance local, de modo que si existen varios nodos en diversas localidades, cada uno debería implementar su propio sistema monetario; **b)** la moneda social debe someterse a procesos controlados de periódica “oxidación” (pérdida parcial de valor). En el caso del nodo *Venado Tuerto*, por ejemplo, a los participantes se les otorgaba una dotación monetaria acorde a valor de su producción, con vigencia de máxima de cuatro meses y con una tasa de depreciación de 5%, ello además de evitar la acumulación, favorece la aceleración de la circulación. (Daniel Ilari, 2003: 151)

Coincidiendo con esta autora, probablemente la moneda social y las redes de trueque como construcciones políticas no sean suficientes, pero pueden constituir el punto de partida o “*palanca potenciadora*” para impulsar otras medidas tendientes a democratizar la economía, como la implementación de políticas de elaboración de presupuestos participativos y el impulso de programas de microcrédito social. (op cit.: 140)

2.7 Economía Popular Solidaria

Dentro de las perspectivas de construcción de un pensamiento propio, crítico y alternativo se encuentra el enfoque de la *Economía Popular Solidaria*, la cual tiene como sustrato un sector invisibilizado pero fundamental para la subsistencia de toda forma económica, incluida la capitalista, se trata de la *economía popular*.

En primer lugar, se concibe a la economía popular como la economía de los sectores populares, que opera bajo una racionalidad reproductiva de la vida y que tiene a la Unidad Doméstica Popular como principal locus operativo (Coraggio, 2011; Razeto, 1990; Sarria y Tiriba, 2003, etc.).

La economía popular es intrínseca al capitalismo, aunque constituye un componente funcional que opera de manera alterna y marginal. Se trata de un elemento constitutivo de la propia esencia del capital, que desde su interior opone resistencia al operar bajo una racionalidad reproductiva de la vida, opuesta y a la vez que complementaria a la racionalidad productivista y acumulativa del capital que se integra al sistema de una manera funcional pero contradictoria.

En términos teórico-conceptuales, por economía popular se entiende “la economía de los trabajadores, es decir de aquellos miembros de la sociedad cuyas unidades domésticas dependen de la realización de sus capacidades de trabajo para obtener su sustento, fundamentalmente combinando trabajo para la producción de satisfactores de consumo doméstico con trabajo para producir bienes o servicios para la venta en el mercado y con trabajo organizado por patrones que contratan a los trabajadores como fuerza de trabajo por un salario” (Coraggio, 2011: 296-297).

Estos sectores generalmente tienen como *locus* operativo un conjunto de unidades domésticas, constituidas por colectivos de personas que comparten vivienda, condiciones de vida y recursos, y mantienen una convivencia cotidiana. Generalmente se vinculan mediante relaciones de parentesco, comparten valores y costumbres, y se encuentran cohesionados por lazos afectivos y un proyecto de vida en común de largo plazo.

De acuerdo con Coraggio la unidad operativa básica de la economía popular no es el emprendimiento mercantil o unidad de trabajo mercantil, sino la *Unidad Doméstica*, entendida como “un grupo de individuos, vinculados de manera sostenida, que son --de hecho o de derecho-- solidaria y cotidianamente responsables de la obtención (mediante su trabajo presente o mediante transferencias o donaciones de bienes, servicios o dinero) y distribución de las condiciones materiales necesarias para la reproducción inmediata de todos sus miembros” (Coraggio, 1999: 6).

La unidad doméstica opera bajo una *racionalidad reproductiva de la vida* de cada uno de sus integrantes y del colectivo, quienes además de compartir recursos y condiciones de vida, comparten un proyecto de vida de largo plazo. En este sentido, la producción y el trabajo orientado a obtener medios de subsistencia se constituyen como un medio y complemento para realizar el objetivo superior de reproducir la subsistencia y de lograr la realización de un estilo de vivir y un proyecto de vida en común de largo plazo.

Desde la perspectiva capitalista la economía popular no sólo es funcional sino indispensable, ya que constituye el único ámbito de reproducción y abasto de la fuerza de trabajo, que es el insumo principal para la producción de plusvalía y, por tanto, para la reproducción del capital (Marx, 2007). En la racionalidad capitalista la relación entre medios y fines es inversa a la de la economía popular; en este caso la subsistencia vital de los trabajadores se constituye solamente como un medio, si bien indispensable e insustituible, pero a fin de cuentas sólo un medio para lograr el objetivo supremo de producir bienes-mercancías-plusvalor.

El criterio predominante en las relaciones entre los integrantes de la unidad doméstica es por principio solidario, ya que se trata de un vínculo colectivo motivado por la intención de compartir un proyecto de vida en común, en el que la satisfacción, el bienestar y la felicidad de unos depende mutuamente de la de los otros, por lo que destaca la *cooperación*, el *don* y la *reciprocidad* y no los intercambios mercantiles y la competencia destructiva.

En la perspectiva de la economía popular se destacan las condiciones objetivas y subjetivas que dan sustento a una relación solidaria entre los integrantes de las unidades domésticas populares, lo cual sin embargo debe ser matizado. Este es uno de los principales puntos en los que la economía feminista complementa la visión de la economía popular.

Ciertamente se debe reconocer que al interior de ambos tipos de unidades, las productivas y las reproductivas-domésticas, existen relaciones de poder. En el caso del hogar, el hecho de que sólo la venta de la fuerza de trabajo (considerada como actividad predominantemente masculina) recibe una remuneración, mientras que el trabajo doméstico (predominantemente femenino), al no recibir una remuneración directa, no es reconocido, genera una situación de asimetría en las relaciones, negociaciones, toma de decisiones y reparto de recursos al interior del hogar. Esta condición de asimetría se relaciona estrechamente con la estructura institucional de la economía mercantil capitalista y el sistema de trabajo asalariado, ya que garantiza al capital el suministro de fuerza de trabajo sin asumir el compromiso de remunerar todo el trabajo requerido para su reproducción, contribuyendo con ello a reafirmar y reproducir la desigual división de trabajo a partir de una condición de género.

Empírica o fenomenológicamente la economía popular se origina y se presenta de diversas formas, entre las cuales se destacan las siguientes.

- Como conjunto de estrategias y prácticas de unidades domésticas populares, para dotarse de las condiciones materiales de existencia. Estas UD funcionan a la vez como fuente de reproducción y provisión de fuerza de trabajo para el capital, a la vez que como consumidoras de las mercancías producidas en las unidades productivas capitalistas.
- Como conjunto de micro-emprendimientos mercantiles que surgen de forma emergente, alternativa y/o complementaria ante la precarización y/o exclusión propiciada por la dinámica de concentración económica producto de la competencia capitalista.
- Como formas socio-productivas pre-capitalistas reminiscentes ante la incompleta expansión del sistema capitalista.

Se presenta a continuación, en términos más amplios, la caracterización antes esbozada de las formas en las que se expresa la economía popular:

a) En primera instancia se concibe a la economía popular como aquella que opera en el seno de un numeroso conjunto de *unidades domésticas populares*, es decir aquellas unidades asociativo-reproductivas que no cuentan con capital o patrimonio económico que les permita sobrevivir por largas temporadas sin trabajar.

Los integrantes de estas unidades domésticas populares, tienen como único o principal recurso su propia fuerza de trabajo, por lo que para subsistir se ven en la condición de venderla al capitalista bajo el sistema de trabajo asalariado.

Todo sistema económico depende del metabolismo de la naturaleza que genera las materias y energías necesarias para cualquier proceso productivo. A partir de esta base, el sistema capitalista suele ser concebido como un circuito cerrado, ya que, mediante mecanismos de extracción y/o transformación, sus propias unidades producen todas las mercancías requeridas como medios de producción e insumos para el resto de la estructura productiva. Sin embargo, existe un insumo, que además de ser el más importante en la dinámica valorización del capital, es el único que las unidades productivas capitalistas no pueden producir (extraer o transformar), se trata justamente de la fuerza de trabajo.

No obstante, si bien la fuerza de trabajo se produce y reproduce socialmente en el ámbito de las unidades domésticas populares, esto no significa que este proceso se realice completamente al margen o separado de la dinámica económica del capital, ya que la reproducción de la fuerza de trabajo requiere de una serie de insumos, la mayoría de los cuales sólo se encuentran disponibles bajo la forma de mercancías producidas por las unidades productivas capitalistas.

De esta forma se establece un *vínculo funcional* entre la economía popular y la economía del capital, en la que una garantiza el abasto de fuerza de trabajo y

la otra ofrece a cambio un salario que servirá al trabajador para comprar las mercancías que las unidades capitalistas producen y necesitan vender para culminar sus procesos de valorización.

b) Otra forma de expresión de la economía popular es la que emerge como alternativa ante la dinámica excluyente y destructiva del capitalismo, que mediante la competencia productivista expulsa constantemente unidades productivas generando un creciente desempleo. Ante ello los sectores populares que no tienen acceso a un trabajo asalariado, implementan estrategias y prácticas como el impulso de establecimientos o *micro-emprendimientos mercantiles por cuenta propia*, talleres artesanales, tiendas de abarrotes, entre otras muchas otras variantes que se constituyen como alternativa de sobrevivencia (reproducción) de los sectores marginados y excluidos.

Esta otra forma de economía popular también se integra de manera funcional a la dinámica del capital, por ejemplo, las pequeñas tiendas misceláneas, distribuyen en pequeños nichos de mercado muchas de las mercancías de consumo básico que produce la industria, y cuya distribución a tan pequeña escala y alto grado de dispersión no le resulta suficientemente rentable al capital.

De manera similar los pequeños talleres artesanales de producción o reparación, pueden llegar incluso a encadenarse como fuente de suministro de algunos insumos para las unidades de producción capitalista. Adicionalmente, este conjunto de emprendimientos mercantiles de la economía popular, al ofrecer alternativas de sobrevivencia al creciente sector de excluidos por la economía del capital, contribuye a prevenir tensiones y conflictos sociales que pondrían en evidencia las contradicciones y carácter destructivo del sistema capitalista y dificultar su normal funcionamiento.

c) Finalmente, también podemos identificar a la economía popular como conjunto de formas productivas reminiscentes de sistemas anteriores al

capitalismo, como la economía campesina, o la economía comunitaria, que persisten en virtud de la heterogénea e incompleta expansión-colonización del capitalismo global. Esto es notorio particularmente en los países del llamado Tercer Mundo, propiciando la existencia de formaciones económicas heterogéneas en las que, si bien predomina la dinámica capitalista, sobreviven y se articulan a ella otras formas socio-productivas que se vinculan de manera subordinada y subalterna.

Es importante aclarar que estas diversas formas operativas o fenomenológicas de la economía popular no se presentan claramente separadas en la realidad. De hecho, la mayoría de las formas, prácticas y estrategias de la economía popular se expresan y recrean de manera unitaria y complementaria. En una misma familia, por ejemplo, puede haber algunos integrantes insertos en una relación de trabajo asalariado en una unidad productiva capitalista, a la vez que como familia emprenden el establecimiento de una unidad mercantil de tipo productiva o comercial, e incluso, en el ámbito rural, pueden tener una pequeña parcela de producción agrícola de autoconsumo.

Categorías como unidad doméstica, racionalidad reproductiva de la vida, micro-emprendimiento por cuenta propia, que se desprenden del enfoque teórico de la economía popular, resultan apropiadas y relevantes para el análisis de la racionalidad y dinámicas operativas del MCP.

2.8 Economía Feminista

La economía feminista (EF) pone énfasis crítico en la separación entre las actividades de producción y reproducción que hace la economía convencional (Atienza, 2017), así como en los supuestos de homogeneidad e igualdad imperante al interior de las unidades económicas tanto productivas-empresariales como reproductivas domésticas. "Se asume, por tanto, que las empresas y los hogares son unidades económicas homogéneas en su racionalidad y armónicas en su interior, es decir, se asume que en ellas no operan las relaciones de poder y que,

por tanto, las decisiones que se toman buscan en todo momento la optimización o maximización del bienestar de todas las personas que se ubican en su interior” (Agenjo y Santillán, 2012: 34).

Por el contrario, al interior de ambos tipos de unidades existen relaciones de poder y desigualdad. En el caso del trabajo mercantil esto se expresa en la relegación de las mujeres para acceder a puestos de mayor jerarquía y remuneración, así como en la asignación de menores pagos aún cuando desempeñen puestos similares y realicen las mismas funciones y tareas que los hombres. “En las empresas capitalistas existen asimetrías de poder y diferencias de intereses entre la clase empresarial y la clase trabajadora, pero también existen al interior de cada una de estas clases, entre trabajadoras y trabajadores, y entre empresarias y empresarios (además de otros ejes de jerarquización social que nos atraviesan como la edad, la etnia, la diversidad funcional y sexual, la clase, el estatus migratorio, etc.)” (Agenjo y Santillán, 2012: 36).

Al interior del hogar la desigualdad se finca en la propia estructura funcional de la familia nuclear convencional, según la cual al hombre le corresponde el rol de proveedor de recursos que obtiene mediante la asignación de una remuneración o salario que recibe a cambio de la venta y uso de su fuerza de trabajo, mientras que a la mujer se le asigna convencionalmente el rol de ama de casa, que implica una variedad de tareas a las cuales no se les asigna una remuneración directa y proporcional.

“Dentro de la unidad doméstica no hay reglas rígidas que distribuyan las ocupaciones por género. Aunque la división laboral es altamente flexible y adaptable a condiciones cambiantes, existe una tendencia general a distribuir tareas según el espacio en el que se llevan a cabo” (Dietz, 1990: 130, citado por Peña, 2017: 21). Así, por ejemplo, el campo es un recinto masculino y el mercado es un recinto femenino; al respecto cabe señalar que cuando es temporada de cosecha es el hombre quien cocina para la familia y en el mercado es la mujer la que trabaja (Peña, 2017: 21).

El Cuidado del maíz (tsiri), es una responsabilidad tradicionalmente asignada a los hombres y el tapanco, que es la sección específica del troje (K'umanchekua) en la que este producto se almacena y resguarda, es considerado un recinto masculino (García, 2014, citado por Peña, 2017: 21).

En contraste, la “Tírekwa úntskwa” (cocina) es un recinto femenino, asimismo, el mantenimiento y manejo del “kurhikwa” (fuego) se considera como una responsabilidad de las “tírekwa uri” (cocineras) (García, 2014, citado por Peña, 2017: 27).

Esta separación propicia, por un lado, que el trabajo reproductivo-doméstico no sea reconocido como trabajo productivo susceptible de recibir una remuneración directa y proporcional y, por otro lado, que al ser el hombre el receptor de los recursos monetarios, aparentemente obtenidos a cambio de su trabajo, esto lo coloca en una posición de ventaja respecto a la mujer en relación a la toma de decisiones sobre el manejo de estos recursos.

Se destaca la participación de las mujeres en la economía en general y en la economía reproductiva en particular. Señalando dos aspectos específicos: a) por un lado en el peso y la importancia que tiene el trabajo de las mujeres en la economía (datos) y; b) en las condiciones de marginalidad y desigualdad en la que es colocado el trabajo de las mujeres en la economía, ya que generalmente se les asignan los campos más marginales de la economía y frecuentemente reciben remuneraciones menores a las de los hombres, o de plano no reciben remuneración alguna.

Esta situación coloca a las mujeres en condiciones de desventaja en varios ámbitos:

- a) En lo económico, ya que no disponen de los mismos recursos que otros sectores para satisfacer sus necesidades vitales, y mucho menos para sostener un proceso de prosperidad personal;
- b) En lo político afectando sus posibilidades de participación en la toma de decisiones tanto a escala macro social como al interior de sus propios hogares, ya que frecuentemente son los hombres los que manejan el dinero familiar y tienen mayor peso en las decisiones sobre su uso y;

c) En lo cultural, ya que, entre otras cosas, en un mundo ampliamente mercantilizado y monetarizado, el dinero se transforma en un fetiche y símbolo de poder y estatus. Adicionalmente predomina la idea de que los hombres deben jugar el papel de proveedores, por lo que se privilegia su acceso a trabajos monetariamente remunerados, considerados productivamente más importantes, y las mujeres deben desempeñar el papel de reproductoras, cuidadoras y educadoras, generalmente sin acceso a una remuneración económica, lo que representa causa y afecto de un menosprecio a este tipo de trabajos.

Si bien la desigualdad y marginación de género trasciende el origen del capitalismo, su configuración actual se articula funcionalmente a la lógica operativa de este sistema socio-productivo, por lo que una de las vertientes del feminismo identificada como *estrategia de ruptura* plantea que la equidad de género pasa por la lucha contra el capitalismo y viceversa (Agenjo y Santillán, 2012: 37), es decir que la lucha anticapitalista debe contemplar la eliminación de la inequidad de género.

Se plantea una perspectiva de doble frente que hace énfasis en: a) transitar hacia un nuevo paradigma que sitúe a la vida, en sentido amplio, en el centro de su desarrollo y b) transformar la actual división sexual del trabajo que responsabiliza a las mujeres de los trabajos de cuidados y no las exime de ellos aun cuando participen en otras actividades (Ruis, 2017).

Desde esta perspectiva la EF plantea “dar el mismo valor al subsistema de la organización social de la reproducción humana que al de la producción asalariada, y situar como elemento central del análisis la interconexión y conciliación entre ambos espacios” revisando y replanteando el concepto de trabajo dotándolo de un sentido más amplio que incluya tanto las actividades mercantiles remuneradas como las no remuneradas, acompañado de profundas modificaciones en la división sexual del trabajo, los roles de género y las condiciones de acceso y disfrute económico, actualmente imperante (Agenjo y Santillán, 2012: 38).

Además de las críticas a la división sexual del trabajo imperante y la desvalorización del trabajo femenino, la EF pone énfasis en la importancia del trabajo reproductivo, predominantemente realizado por las mujeres, en términos de un replanteamiento

y valorización del concepto de *sostenibilidad de la vida*, el cual “representa un proceso histórico de reproducción social, un proceso complejo, dinámico y multidimensional de satisfacción de necesidades en continua adaptación de las identidades individuales y las relaciones sociales, un proceso que debe ser continuamente reconstruido, que requiere de recursos materiales pero también de contextos y relaciones de cuidado y afecto, proporcionados éstos en gran medida por el trabajo no remunerado realizado en los hogares [...] Un concepto que permite dar cuenta de la profunda relación entre lo económico y lo social, que sitúa a la economía desde una perspectiva diferente, que considera la estrecha interrelación entre las diversas dimensiones de la dependencia y, en definitiva, que plantea como prioridad las condiciones de vida de las personas, mujeres y hombres” (Carrasco 2009:183).

Esta conceptualización de la sostenibilidad de la vida implicaría, entre otras cosas:

- Desplazar a los mercados del núcleo del análisis y situar en él a las personas (no como individuos aislados sino en términos de aprovisionamiento social).
- Desplazar el interés por las necesidades que implican la producción de mercancías y de beneficios, y pasar a interesarnos por la satisfacción social de las necesidades humanas. Ello conlleva a su vez una comprensión amplia de las *necesidades*, entendiendo que no son un elemento biológicamente determinado, sino que se construyen y expresan socialmente y que se ven afectadas por relaciones de poder.
- Considerar como *trabajo* toda aquella actividad destinada *precisamente* a la satisfacción de tales necesidades, es decir, destinada a la gestión cotidiana de nuestra vida en las facetas material, afectiva y relacional.

La centralidad de la *sustentabilidad de la vida* conlleva, al fin y al cabo, develar el conflicto social existente entre la lógica de la acumulación del capital y la lógica de la reproducción de la vida de las personas. Frente a ello, la apuesta se sitúa en reclamar una lógica ecológica del cuidado que permita gestionar nuestra interdependencia en condiciones de equidad (Agenjo y Santillán, 2012).

En la perspectiva de transitar en este sentido la EF reconoce y resalta que “existen saberes creados y recreados desde muchos grupos pequeños, en muchos lugares pequeños, con ancestralidades diversas y desde economías que van más allá de las racionalidades del mercado hegemónico capitalista; muchas de ellas iniciadas, nutridas y sostenidas por mujeres. Registros pocos, memorias más orales que escritas, muchas no reconocidas e invisibilizadas” (Pérez, 2017: 29).

Desde estas perspectivas se aborda el análisis del Mercado de Cambio de Pátzcuaro, como entidad económica sostenida predominantemente por mujeres de extractos populares, es decir que no tienen acervos de capital o recursos que les permitan mantenerse de otra forma que no sea mediante la implementación cotidiana de su propio trabajo.

Mujeres provenientes de comunidades indígenas, herederas, portadoras y recreadoras de sistemas culturales ancestrales en los que se reivindican valores y criterios como la colectividad, la convivencia y el estrechamiento de lazos sociales, una cosmovisión y espiritualidad que rige las formas de entablar las relaciones entre personas y con la naturaleza, y que desde su condición ofrecen un aporte fundamental en las dinámicas de la vida comunitaria.

Mujeres de ascendencia rural fuertemente vinculadas y responsables de las dinámicas reproductivas de la vida de los integrantes de sus unidades domésticas, que al participar en el MCP, suman a sus cargas de trabajo reproductivo el trabajo extra-doméstico, tanto como productoras artesanales y/o agrícolas, como en el ámbito de la circulación-comercio de sus propios productos.

Mujeres que se relacionan mercantilmente con otras mujeres que al igual que ellas no cuentan con más recursos que su propio trabajo y algunos pocos medios de trabajo rudimentarios y que, sobre todo, comparten una condición de limitado acceso a recursos monetarios y que ante su situación compartida de interdependencia y como portadoras de cultura comunitaria, despliegan prácticas y valores de cooperación y solidaridad.

Mujeres que de manera natural y emergente han dotado al MCP de un carácter y ambiente comunitario, que se rige por normas no escritas de respeto, equidad, cooperación y solidaridad, desarrollando mecanismos de transmisión de valores, conocimientos y habilidades de manera transgeneracional, con lo que contribuyen no sólo a la continuidad del MCP como entidad mercantil, sino a mantener vivo todo un horizonte socio- cultural del que son parte fundamental.

2.9 Enfoque y perspectiva de análisis del Mercado de Cambio de Pátzcuaro

Esta tesis pretende inscribirse en una perspectiva crítica al sistema capitalista, a su estructura, a sus instituciones y efectos, así como contribuir a la búsqueda de elementos alternativos que propicien la visualización de otras formas de vida. Para ello se retoman algunos de los paradigmas nodales del pensamiento crítico en general, y del latinoamericano en particular.

La búsqueda de alternativas se despliega en diferentes direcciones y dimensiones, de entre las cuales se destacan las que se enfocan en volver la mirada a las formas de vida y pensamiento desarrolladas por las culturas mesoamericanas, prehispánicas y que denotan no sólo su permanencia y resistencia, sino su evolución y adaptación, desarrollando aún más su potencial alternativo. Es el caso de los conceptos de *sumak kawsay*, *suma qamaña* y *kaxumpekua*.

Estos conceptos contienen una riqueza y complejidad semántica, que refieren y reivindican formas de vida, de pensamiento y valores como el sentido de comunidad y colectividad, la cooperación, la solidaridad, una relación más profunda, integral, armónica, espiritual y respetuosa, con el entorno ecosistémico, que se denota en la noción de la tierra (naturaleza) como madre, creadora de vida y sustento. Nociones que resultan claramente divergentes con respecto a las emanadas del proceso histórico identificado como *modernidad*, caracterizado por instituciones como la explotación, la competencia, el desprecio a toda “otra” forma de vida y particularmente una relación utilitaria e irracional respecto a la naturaleza, reducida a la condición de recurso.

Junto con estas nociones propias de las culturas originarias, emergen nuevos enfoques, conceptos y fenómenos como la *economía popular solidaria* y la *economía feminista* que se complementan reivindicando la importancia de valores sustantivos como la reproducción de la vida, haciendo énfasis en la equidad social y de género que debe expresarse y reproducirse en la división del trabajo, en el reconocimiento y valoración de los aportes, y en la distribución de sus productos. La economía popular solidaria apuesta a la cooperación y a la solidaridad, articulando armónicamente el beneficio colectivo con el individual.

Particularmente en el ámbito de la circulación de los productos del trabajo social, es decir en el mercado, la economía popular solidaria busca reivindicar la dinámica mercantil como mecanismo complementario y de cooperación solidaria, estableciendo formas y parámetros equitativos y alternativos de intercambio. Asimismo, se replantea el uso del dinero, ya no como signo de poder e instrumento de control, dominación, especulación y concentración de la riqueza, sino como simple medio práctico que contribuya a facilitar el flujo de los intercambios.

El Mercado de Cambio de Pátzcuaro es visualizado en principio como una entidad económica particularmente centrada en la circulación de productos, pero que en su dinámica encierra y articula procesos y formas de trabajo en los que destaca claramente la participación de las mujeres. La destacada y relativamente autónoma acción femenina y un conjunto de prácticas de cooperación y solidaridad denotan potencial y latente aporte del MCP que favorecen la visualización y construcción de otra economía y a otras formas de vida, en las que se distribuya, se valore y se retribuya por igual el trabajo y el aporte de hombres y mujeres.

La operación de este mercado revela la existencia, adopción y observancia de un entramado institucional no formal generado y controlado por las propias participantes, otorgándoles un cierto margen de autonomía y autogestión que contribuye al flujo de la actividad sin necesidad de complejas estructuras organizacionales ni prolongadas negociaciones o medidas coercitivas.

El mercado constituye un eslabón nodal de un circuito local de economía popular que se articula con procesos y formas de trabajo que contrastan con la dinámica convencional de trabajo asociada a la economía capitalista, en la que el trabajo constituye un campo de enajenación y explotación. En la economía ligada al MCP la mayoría de las mujeres abordan el trabajo como una dimensión de la vida que va más allá de la producción de valores de uso. La producción de alimentos o de utensilios domésticos denota un notorio carácter artesanal, no sólo por los métodos rudimentarios con los que se elaboran, sino sobre todo porque contienen un alto componente creativo.

En los propios productos van plasmadas las personalidades, dimensiones creativas y subjetividades de sus productoras, elementos que son percibidos y valorados en el momento del intercambio y que se combinan con su valor de uso y su valor para determinar los términos de las transacciones.

El MCP además representa un espacio en el que se observan una serie de valores y tradiciones que reflejan, enriquecen y fortalecen las formas de vida comunitarias. Las prácticas de producción, de consumo y de relación social entre sus participantes muestran y propician relaciones de mayor armonía entre personas y con la naturaleza. Desde estos referentes y parámetros epistémicos y conceptuales se aborda el análisis del MCP, que se aborda de manera más específica en el capítulo 5.

Capítulo 3

Aspectos epistémicos y metodológicos

El tema central de la presente investigación son los mercados de la economía popular, es decir aquellos que se articulan como parte de un subsistema económico que opera bajo una racionalidad reproductiva de la vida de las participantes y sus familias y cuyo recurso predominante es el trabajo propio.

El referente empírico principal en torno al cual gira la investigación y el análisis es el Mercado de Cambio o Tianguis del Santuario (MCP), localizado en el municipio de Pátzcuaro, Michoacán y que opera bajo una dinámica predominante de trueque, es decir de cambio directo de valores de uso sin intermediación monetaria.

Se trata entonces de un estudio de caso que se aborda desde varias perspectivas teóricas y conceptuales como la economía política, la economía popular, la economía feminista y el enfoque neo-institucional, particularmente el propuesto por Elinor Ostrom.

En este capítulo se expone la forma en que se aborda la investigación, empezando por algunas referencias epistemológicas orientadas a describir y argumentar la forma en que se concibe la realidad que se estudia y de cómo se plantea el acercamiento a esta realidad, lo que implica un posicionamiento del investigador ante esta realidad.

Posteriormente, buscando la concordancia con la postura epistemológica establecida, se expone la estrategia metodológica que se ha utilizado para llevar a cabo la investigación, lo que incluye la identificación-selección-delimitación-problematización de esta realidad, así como las formas y medios a través de los cuales se obtuvo y se procesó la información que permitió dar una descripción y una preliminar caracterización de la realidad estudiada.

3.1 Perspectiva epistémica

En un primer momento se pone atención en los aspectos de tipo epistemológico, por considerarse éstos como principio y parte nodal de todo proceso de conocimiento y construcción metodológica. Lo epistemológico se asume en dos sentidos, en primer lugar, como una forma de concebir y acercarse a la realidad, vista no como algo ajeno o separado al sujeto cognoscente ni a la praxis social, sino como significativo justo en la medida en que se constituye como componente de la dinámica social de la que el investigador también forma parte. En segundo lugar, lo epistemológico es considerado como una pauta a partir de la cual se establece una toma de posición, de tipo político, ético y cognitivo, frente a dicha realidad.

Se parte del reconocimiento de que la realidad está en constante movimiento y que en su movimiento múltiples fenómenos y entidades se articulan, interaccionan y se influyen recíprocamente, es decir se percibe y se reconoce “el movimiento articulado de la realidad” (Zemelman, 1992: 214). Este *dinamismo articulador* inherente a la realidad constituye una de las bases del enfoque sistémico.

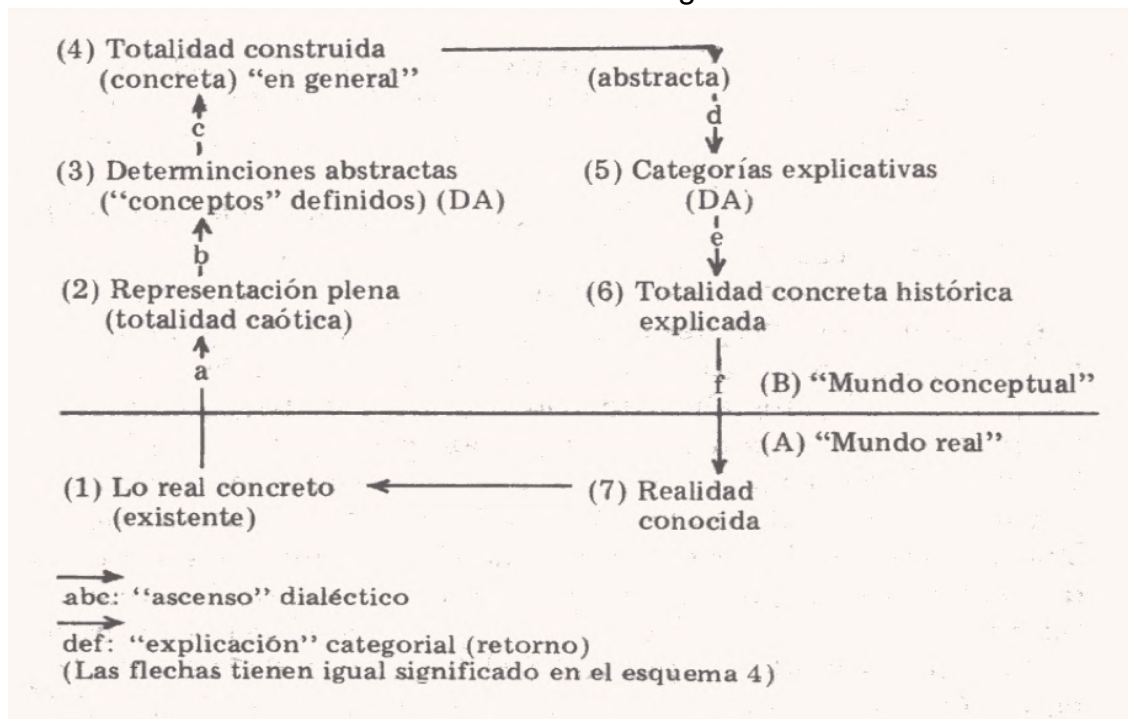
Se toma una realidad como punto de partida, en torno a cuya dinámica y configuración se establezcan los requerimientos e instrumentos teórico conceptuales, que permitan problematizar un segmento de esa realidad y sus articulaciones (Zemelman, 1987). Se trata de una postura un tanto heurística a la manera en que Ostrom (2013) construye su Marco de Análisis Institucional, tomando como base una serie de casos estudiados.

Se adopta un abordaje basado en el método abstracto-concreto, que inicia con una segmentación-aprehensión de la realidad, como ejercicio analítico, mental (Zemelman, 1987). Procedimiento que no implica para nada un acto de simplificación de la realidad, ni despojarla de su complejidad, sino que es parte de un proceso ya establecido por Marx (1975, 1979, 1987) en el que el pensamiento se mueve pendularmente de lo abstracto a lo concreto, segmentando y re-articulando partes y conjunto, para encontrar progresivamente nuevas articulaciones (De la Garza, 1983).

Se trata también de un proceso sucesivo de segmentación-rearticulación-organización-ordenamiento de la realidad, durante y mediante el cual se construyen conceptos ordenadores, que son distintos a las variables que son conceptos preestablecidos en un sistema de hipótesis. De esta forma se trata de poner distancia respecto a una epistemología positivista (Zemelman 1992).

Dussel presenta estos momentos metodológicos del pensamiento-cognoscente, de manera esquemática, como se puede observar en la figura 2.

Figura 2
Momentos metodológicos



Fuente: Enrique Dussel, 1991

Se reconoce que la realidad social como referente empírico del conocimiento constituye completamente un constructo previamente subjetivado por sus propios actores, es decir que la realidad social se asume por entero como un producto humano y en este sentido la investigación se torna de alguna manera como una dualidad de la especie humana que se estudia a sí misma. (De la Garza y Leyva, 2012).

De la Garza relaciona este análisis con la teoría de la estructuración de Anthony Giddens según la cual el ámbito de los objetos de estudio de las ciencias del espíritu (o ciencias sociales) se hallan pre-estructurados simbólicamente y discursivamente, por lo que el acceso al mismo tiene que estar mediado por una comprensión de sentido, pues “a diferencia de las ciencias naturales, las ciencias sociales investigan un mundo que ha sido producido por los seres humanos y al cual se accede siempre desde el horizonte de una pre-comprensión. Con ello se delinea lo que en la hermenéutica se define como el círculo hermenéutico” (De la Garza y Leyva, 2012: 28).

En este aspecto se marca también una distancia respecto al enfoque positivista, puesto que se asume que “el concepto de sociedad no puede captarse inmediatamente ni, a diferencia de las leyes científico-naturales, verificarse directamente. Ésta es la razón por la que las corrientes positivistas de la sociología querrían desterrarlo de la ciencia en tanto que reliquia filosófica” (Adorno, 2001: 10). Pero en contraste con la filosofía que propende a alejarse de la dimensión fenomenológica de la sociedad, la investigación social tiene en ésta su punto de partida. En ese sentido las ciencias sociales no son ciencias del espíritu. (De la Garza y Leyva, 2012) Se reitera la postura de tomar a la realidad como punto de partida y referente básico del proceso de construcción de conocimiento.

La perspectiva de una doble subjetividad propia de la investigación en el campo social, precisa de un ejercicio hermenéutico, y muestra la necesidad y pertinencia de la investigación cualitativa, particularmente en el campo de los estudios sociales, en los que la palabra, la percepción y la interpretación de los propios actores se constituye como componente a la vez que como estructurante del referente empírico, de ahí la pertinencia de instrumentos como el diálogo, la entrevista, los grupos de enfoque, etc.

No obstante, lo social también tiene una dimensión objetiva en tanto constructo histórico-sistémico. A esto refiere Adorno cuando afirma que, a esta otra realidad, la social, se aplica también la noción de movimiento, “la sociedad es esencialmente

un proceso” (Adorno, 2001: 9). El énfasis de Adorno tiene que ver con la temporalidad y el carácter histórico de las sociedades humanas. Las sociedades humanas deben ser estudiadas en su contexto histórico; si a ello le sumamos una perspectiva sistémica, estaríamos hablando de un *contexto histórico-sistémico*.

El contexto macro y meta histórico-sistémico específico que enmarca o contextualiza el caso particular que se estudia (el MCP), acusa dos rasgos preponderantes, el capitalismo y el colonialismo (De Sousa, 2009), como componentes de una dualidad constitutiva de nuestra realidad social contemporánea. Son rasgos que concatenan lo global con lo local que colocan al pensamiento científico y a las formas de conocer en general, ineludiblemente sujetas a tensiones socio-históricas y geoeconómicas.

De ahí la pertinencia y relevancia de la contundente afirmación de que “no habrá justicia social global, sin justicia cognitiva global” (De Sousa, 2009: 12), expresión que invita a recuperar el estudio de formas y prácticas sociales que se encuentran en condiciones de subalternidad y sometimiento socioeconómico, pero también ideológico y cultural, como los mercados populares y en particular los de trueque operados por mujeres indígenas, como el MCP. Esta triada como mercado popular, de trueque y principalmente femenino, lo coloca en una múltiple condición de marginalidad y subalternidad, derivada de lo que De Sousa refiere como profundo entrelazamiento capitalismo-colonialismo.

La selección de referentes sociales que se encuentran en condición de marginalidad en este contexto colonial-capitalista, que destaca De Sousa, implica además el reconocimiento no sólo del potencial alternativo de sus prácticas, sino también, y tal vez más importante, la reivindicación de otros saberes diferentes a los emanados del sistema dominante. Se trata de cuestionar la corriente predominante que coloca a la ciencia como la única y total forma de conocimiento verdadero y relevante, y proyecta un desprecio hacia otras formas de conocimiento y saberes, justo aquellos emanados y actuantes en el ámbito de los sectores y prácticas subalternos.

Toda vez que el modelo totalitario predominante de la racionalidad científica gestada desde el siglo XVI, que transita hacia las ciencias sociales desde el siglo XIX, niega el carácter racional de todas las otras formas de conocimiento que no se rigen por sus principios epistemológicos y por sus reglas metodológicas (De Sousa, 2009: 21), apremia la impronta de reivindicar las prácticas y saberes tradicionales subyacentes en fenómenos como el *trueque*. Ello implica un nuevo abordaje crítico y deconstructivo de conceptos como mercancía, dinero, precio, ganancia, acumulación, que no se corresponden con las prácticas, lógicas y valores de entidades como el Mercado de Cambio de Pátzcuaro, que en su contexto ha mostrado ser altamente funcional, tal vez no desde la lógica del capital y la acumulación, pero sí en términos de la preservación de prácticas y formas de vida tradicionales, fortaleciendo las capacidades de acción de sus actores y brindando una alternativa de acceso a bienes de consumo, que el mercado convencional y la economía monetaria les coarta.

Una reivindicación similar representa el trabajo del equipo liderado por Elinor Ostrom, quienes enfrentan la tesis predominante, expuesta por Garret Hardin, sobre la inevitable destrucción de cualquier sistema de recurso que no se encuentra regulado, ya sea por el Estado o por el mercado (propiedad privada). Ante ello, Ostrom (2012) recopila una vasta evidencia sustentada en miles de casos en todo el mundo, que muestran la capacidad de la acción colectiva y comunitaria para manejar y aprovechar diversos sistemas de recursos de manera sustentable, sostenida en algunos casos incluso por varios siglos.

Esta reivindicación incluye saberes, prácticas y valores que ponen en cuestión las nociones rígidas que sobre la condición humana ha construido la ciencia moderna, partiendo de una visión individualista de la especie humana según la cual la motivación primaria de toda acción individual es el egoísmo, la búsqueda de la maximización de la utilidad individual e inmediata, de la que deriva una supuestamente ineludible propensión a competir. Frente a ello Ostrom destaca la acción colectiva, la cooperación y la solidaridad, expresada en conductas regidas por reglas y normas compartidas, como elementos propios de las culturas

tradicionales las cuales con el devenir de la modernidad por lo general han quedado en condición de marginalidad y subalternidad.

Uno de los énfasis de Ostrom (2015) se refiere a la necesidad de no ver y analizar el comportamiento humano a partir de individuos aislados, sino de contextos estructurados, argumento similar al que Marx construyó en su crítica a la economía política. Si bien este último concentró su análisis en las principales clases sociales que integran el sistema capitalista visto en un nivel de abstracción, el análisis de Ostrom lo remite a entidades más concretas como las comunidades rurales tradicionales, cuya estructura de vida social propicia la acción colectiva y cooperativa.

Enfoque sistémico

Desde el enfoque sistémico (Bertalanffy, 1976; Capra, 1998; García, 2006; Luhmann, 2006; Urtega; 2010; Hernández, 2011; Ramos, 2012;), los fenómenos no se ven de manera aislada, sino siempre concatenados a otros fenómenos. Esta concatenación no es fortuita ni desordenada, sino que obedece a una lógica estructurante. Desde esta perspectiva, se identifica entonces al MCP como parte de un sistema, el cual aquí denominamos como *subsistema de economía popular*, en el cual el mercado se encuentra inserto por la racionalidad reproductiva con la que opera, pero también por los eslabones producción-circulación-consumo que vincula.

En términos marxistas se trataría de una *totalidad concreta*, en este caso el subsistema de economía popular, dentro del cual se encuentra el MCP como un componente articulado y articulador. La construcción de esta *totalidad concreta* emerge ya como un primer constructo del pensamiento, en la medida en que obedece a la articulación premeditada de prácticas y procesos que solo se encuentran de manera subyacente y no directamente visible al observar la operación del MCP.

Otro elemento importante de la teoría de sistemas (Bertalanffy, 1976; Capra, 1998; García, 2006; Luhmann, 2006; Urtega; 2010; Hernández, 2011; Ramos, 2012) es que, así como cada fenómeno forma parte de un sistema, cada sistema a su vez

forma parte de otro sistema, por lo que el sistema de economía popular, articulado en torno al MCP, también se encuentra articulado a un sistema mayor que es la Formación Económico Social (FES)¹³ mexicana, dentro de la cual el modo de producción capitalista, tiene un papel predominante. De ahí la denominación de *Subsistema* de Economía Popular.

Pero aún el sistema social puede verse como un subsistema inserto en un sistema más amplio, “Las sociedades humanas, cualesquiera sean sus condiciones o niveles de complejidad, no existen en un vacío ecológico, sino que afectan y son afectadas por las dinámicas, ciclos y pulsos de la naturaleza. (...) Ello supone el reconocimiento de que los seres humanos organizados en sociedad responden no solo a fenómenos o procesos de carácter exclusivamente sociales, sino que son también afectados por los fenómenos de la naturaleza” (Toledo, 2008: 3).

Bajo el reconocimiento de que una FES como la mexicana contiene diversas formas socio-productivas, se acepta también que existen variadas formas de interacción humana con el entorno eco-sistémico. En el caso de la dinámica netamente capitalista que se basa en la competencia productivista, en el consumo masivo y en la constante búsqueda de reducción y externalización de costos, todo ello para maximizar la ganancia, la evidencia histórica muestra un nivel nunca antes visto de afectación, devastación, contaminación ambiental y exterminio de la biodiversidad.

El ritmo del metabolismo socio-productivo capitalista entra en colisión directa con los biorritmos eco-sistémicos, con la dinámica de flujos, reposición y reproducción de los sistemas naturales. Pero en el propio seno de nuestra FES, coexisten también otras formas socio-económicas y productivas que durante siglos han

¹³ Aunque el concepto marxista de *Formación Económica Social* (FES) está sujeto a debate, incluso entre los propios marxistas, aquí se adopta en el sentido de una sociedad concreta específica, geoespacial y temporal o históricamente determinada. En contraste con el concepto más abstracto de *Modo de Producción*, como el capitalista, por ejemplo, que Marx estudió y cuya caracterización constituye un modelo teórico que no hace referencia a la realidad de ningún país o sociedad específica. Adicionalmente se admite que, en una FES como la mexicana, pueden convivir diversas formas socio-productivas, aunque predomina una como hegemónica (la capitalista en este caso) en torno a la cual se articulan de manera más o menos funcional y subordinada las demás.

mostrado una convivencia mucho más armónica con las dinámicas metabólicas de la naturaleza.

Por ejemplo, la producción agroalimentaria diversa y a pequeña escala, articulada a circuitos económicos locales, propia de la agricultura campesina, no solamente toma los nutrientes y energías de la tierra a un ritmo mejor sincronizado con los de sus flujos y reposición, sino que, mediante la combinación simultánea de diversos cultivos, contribuye a dicha reposición.

Este es el caso de los procesos productivos subyacentes en el MCP, ya que la gran mayoría de sus concurrentes no son intermediarios, es decir que no compran lo que ofrecen, sino que lo producen ellas mismas bajo este tipo de regímenes diversificados de baja escala, con bajo o nulo uso de energías fósiles, y articulados a un circuito local.

Las articulaciones entre las partes internas de un sistema, así como entre sistemas y subsistemas, sin embargo, no son uniformes, lineales ni simples. Pueden ser más o menos funcionales y más o menos contradictorias, por lo que en el análisis del MCP y de la economía popular en la que se inscribe, se habrá de destacar este doble carácter funcional y contradictorio en el que conviven, ello mediante el contraste de las dinámicas de los mercados convencionales y las de los mercados populares, particularmente el MCP.

Perspectiva crítica

La adopción del supuesto consistente en identificar al MCP como parte de un subsistema de economía popular, sugiere la pertinencia de realizar una conceptualización de lo que aquí se entiende por Economía Popular, y se considera que una de las mejores maneras de hacerlo es poniéndola en contraste con la economía del capital.

No se elude, y por el contrario se asume una postura de carácter crítico hacia el sistema capitalista, su racionalidad acumulativa y su dinámica competitiva-destructiva y excluyente, sustentada teóricamente en la obra de Carlos Marx, pero empíricamente también en la multiplicidad de efectos degradantes y destructivos

que, en lo económico, lo social, lo político, lo cultural y lo ambiental este sistema ha generado en el mundo contemporáneo.

De igual forma se adopta una postura crítica hacia la teoría económica convencional, que centra su análisis en el comportamiento individual, concibiendo al individuo de manera aislada y a lo social como simple suma de individuos que conviven y establecen relaciones de intercambio en igualdad de condiciones.

Por el contrario, se asume la visión de lo social como un sistema con estructuras que inducen pautas de comportamiento basadas en intereses que, en algunos casos, son contradictorios, como es el caso de la relación entre el trabajo asalariado y el capital, que se desarrolla en condiciones asimétricas de poder, que al estar basadas en la explotación implica intereses en contradicción. También se observa en las tensiones entre la predominante dinámica y racionalidad del capital y otras formas socioeconómicas como las campesinas, indígenas y comunitarias que, si bien no están del todo desligadas, mantienen formas socio-productivas y culturales propias.

En contrapartida se asume una postura reivindicativa de la economía popular, y en particular del MCP, cuya racionalidad reproductiva, guiada por la motivación fundamental de dotar de condiciones de vida adecuadas para sus participantes, a partir de prácticas de tipo complementarias, cooperativas y solidarias, puede aportar elementos para imaginar otra economía y otro mundo posibles.

3.2 Los métodos cualitativos

El reconocimiento de la creciente diversidad social y cultural mundial y la mayor complejidad de los fenómenos sociales, han contribuido a generar mayor apertura en el campo de las ciencias sociales hacia los métodos cualitativos de investigación, proceso que no debiera verse necesariamente como un desplazamiento y antagonismo con respecto a los métodos cuantitativos, sino como un complemento de ellos.

En cierta medida el origen y gestación del enfoque cualitativo se explica a partir del cuestionamiento de los paradigmas cuantitativos, en cuya base se encuentran tres postulados centrales: el *realismo* que sostiene que la realidad existe completamente separada e independiente de los seres humanos, y que así debe mantenerse durante el proceso de investigación; el *empirismo* que absolutiza el papel de la experiencia y el conocimiento sensorial; y el *positivismo*, según el cual solamente el conocimiento científico es válido y verdadero (Álvarez-Gayou, 2003: 16).

El enfoque cuantitativo ha encontrado límites y objeciones cada vez más estrechos en las ciencias físicas y naturales, pero en el campo de las ciencias humanas estas objeciones son aún más contundentes, ya que en ellas las leyes, los experimentos, las medidas y las variables no encuentran la misma aplicación que en las ciencias naturales, y más bien propician la exclusión de lo que podría ser lo más esencial de la humanidad: su *subjetividad* (Álvarez-Gayou, 2003:17).

Aun así, se considera que “la oposición entre análisis cuantitativo y análisis cualitativo no es absoluta (...) Para poder formular enunciados cuantitativos, antes es necesario hacer abstracción de las diferencias cualitativas de los elementos; y todo fenómeno social singular lleva consigo las determinaciones generales a las que se refieren las generalizaciones cuantitativas. Las mismas categorías de estas generalizaciones son siempre cualitativas” (Adorno, 2001: 27).

El enfoque cualitativo implica un doble propósito: por un lado, establece distancia respecto a la tendencia a la objetivación de los actores, propia del enfoque positivista-cuantitativo; por otro lado, incorpora la subjetividad de los propios actores, reconociendo la condición de subalternidad de sus saberes.

Nuestro caso de estudio se ubica en un contexto macro-socioeconómico en el que el capitalismo ha tenido una expansión y penetración heterogénea, generando un complejo relativamente diverso, en el que conviven varias formas económicas y productivas no capitalistas, las cuales se mantienen de manera más o menos funcional y subordinada a la lógica de valorización, pero que aun así conservan sus dinámicas operativas internas y condiciones y formas de trabajo propias.

En la estructura social, observamos la existencia no sólo de las dos clases sociales típicas del modo de producción capitalista, sino una gran cantidad de sectores ubicados en las posiciones más diversas de la dinámica económica, política y cultural.

En este caso, como ya se ha mencionado, la existencia de sectores y formas socio-económicas subalternas y subyugadas, la marginación y opresión también se expresa en el campo del conocimiento y de los saberes tradicionales y populares, que son despreciados por la epistemología científica positivista dominante.

Se considera entonces, que los métodos cualitativos constituyen una herramienta propicia para enfrentar críticamente a esa epistemología colonialista y opresora, ya que permiten dar voz a los actores y actrices de los sectores y las formas socioeconómicas populares, campesinas y subalternas en general.

La gestación de la tradición cualitativa es menos reciente de lo que podría pensarse y de hecho nace en el seno del paradigma positivista, desde los primeros estudios de etnografía colonial que van desde el siglo XVII al XIX, que surge con la predominante pretensión de entender lo otro, al otro, referido a los pueblos primitivos vistos en primer momento como diferentes, exótico, extraños y posteriormente como atrasados e inferiores (Álvarez-Gayou, 2003).

Desde entonces esta tradición metodológica se ha transformado, diversificado y enriquecido. En la actualidad cuenta con un sólido cuerpo de componentes entre los cuales Taylor y Bogdan destacan diez características de la investigación cualitativa:

- Es inductiva
- Es humanista
- Es un arte, no son estandarizados, son flexibles, siguen lineamientos, pero no reglas
- Ve al escenario y a las personas en una perspectiva holística, no son variables, sino cada una es un todo
- Es sensible a los efectos que el investigador causa sobre el objeto de estudio
- Se trata de entender a las personas dentro de sus propios marcos de referencia
- El investigador se aparta de las ideas preconcebidas

- Todas las perspectivas se consideran
- Se obtiene el conocimiento directo no filtrado por escalas clasificatorias, validez
- Todas las personas y escenarios son dignos de estudiarse (Taylor y Bogdan, 1994: 20-23)

De entre las principales características del enfoque cualitativo identificadas por Demman et al. (2000), y Sampieri et. al. (2010), para esta investigación tomamos las siguientes:

Paradigma:	Realidad construida socioculturalmente múltiple y holística Observador determinante/determinado
Epistemología:	Interdependencia entre sujeto y objeto Perspectiva internalista
Objeto de estudio:	Realidad intersubjetiva Relaciones y procesos Describir e interpretar
Objetivos:	Particularizar y profundizar Comprensión No se busca generalizar probabilísticamente los resultados. Pretende explorar, describir, comprender e interpretar, más que encontrar relaciones de causalidad y generación de teorías. Diseño flexible ("circular") y no necesariamente secuencial
Métodos:	Categorías por estudiar Muestreo teórico o estructural Hipótesis emergentes
Técnicas:	Observación participante Entrevistas, etc. La recolección de datos no es estandarizada ni completamente predeterminada. Las percepciones, conductas y otras expresiones se toman como datos.
Análisis:	Permanente Análisis inductivo Criterios especiales de confiabilidad
Perspectiva ética:	Consciente de compromiso, empático.

En esta investigación se han tomado estos elementos como guía para la aproximación, observación e interacción con los actores, a partir de una posición de empatía por parte del investigador que no implica necesariamente la pérdida de perspectiva, ya que se mantiene como guía el programa y objetivos de investigación diseñados y establecidos desde el inicio de la investigación, y se sustenta en un enfoque epistemológico que de manera sucinta ya ha sido expuesto.

Dada la empatía manifiesta del investigador con el caso de estudio, vale la referencia de lo que Edgar Morin (1999) denomina como intersubjetividad, que identifica más que como problema como un elemento que puede ofrecer ventajas para comprender al otro.

Desde esta perspectiva, el tipo de objetivos que aquí se persigue, tienen que ver con describir y analizar, particularizar y profundizar en términos de las relaciones entre los sujetos para aportar una determinada comprensión del fenómeno, tomando en cuenta la percepción de los propios actores.

La estrategia de investigación se sustenta en el establecimiento de una serie de categorías de análisis y supuestos que, a la vez que emanan de una primera aproximación, habrán de contrastarse con evidencias recogidas a partir de datos obtenidos mediante observaciones sucesivas, participación, entrevistas y grupos de enfoque con una cobertura determinada a partir de un muestreo de tipo teórico.

Estudio de caso

Esta investigación se aborda como un estudio de caso, es decir se considera al MCP como un caso particular, una unidad sincrónica, de lo que serían los mercados populares como entidades económicas por medio de las cuales los sectores populares organizan la circulación de bienes destinados a sustentar sus dinámicas reproductivas cotidianas.

El interés que para el conocimiento tiene el estudio del MCP radica en sus particularidades que como mercado popular se perciben a simple vista, como el trueque que predomina como mecanismo de intercambio en el que subyace una complejidad cuya identificación y comprensión más detallada y profunda requiere de una investigación más sistemática, al igual que la condición étnica y de género de las participantes. Otra particularidad del MCP consiste en que la gran mayoría de participantes son a la vez que ofertantes de bienes básicos, productoras de los mismos, para lo que se retoma el término de *prosumidoras*, comúnmente utilizado en los estudios de economía popular y/o solidaria.

Entre las principales características del estudio de caso señaladas por autores como Ostrom (2012), Díaz (et al., 2011), Arocena (2001), Morra y Friedlander (2001), tomamos las siguientes:

- Se concibe como un constructo inherentemente teórico y empírico
- Implica una investigación intensiva y profunda de un fenómeno delimitado, visto de manera longitudinal.
- Es consistente con una investigación intersubjetiva que tiene un funcionamiento singular, sin dejar de ser parte de un sistema integrado.
- Se sustenta en los principios epistemológicos de las categorías de *explicación/compreensión*, más que en la búsqueda de relaciones causa-efecto.

En nuestro caso se concibe al MCP como una unidad organizacional sincrónica instituida, que puede verse tanto como una *comunidad* aglutinada en torno a una dinámica estratégica económica colectiva de intercambio complementario de bienes de consumo primario. Pero también como una *unidad de recurso común* gestionada e instituida de manera colectiva, cuyo estudio es de tipo sincrónico longitudinal, ideográfico, descriptivo, con carácter intersubjetivo, empírico y a profundidad, que busca captar la propia visión de los actores vistos desde una dualidad objeto/sujeto, al igual que el investigador que en el proceso adopta posturas de observación participante.

Si bien la unidad básica de estudio es el propio mercado, este no puede ser visto ni comprendido en toda su complejidad sino en la medida en que se le observa inserto en un subsistema más amplio, identificado aquí como subsistema local de economía popular, integrado por el conjunto de actores y procesos cuya acción trasciende la circunscripción del mercado y se despliega en las comunidades y unidades domésticas de origen de las participantes en el MCP.

Respecto a la dimensión más técnica de la metodología, se adoptó una perspectiva etnográfica, acompañada de actividades de observación participante, entrevistas y grupos focales, tomando este enfoque a partir de las definiciones aportadas por autores como Murillo y Martínez (2010), Martínez (2005), Carozzi (2000), Rodríguez et al., (1996), Kawulich (2005), Bertoldi et al, (2006).

3.3 Estrategia metodológica

Tipo de investigación

Se trata de una investigación de tipo exploratorio-descriptiva, desde una perspectiva emic-ideográfica, es decir, que toma en cuenta la dinámica interna del objeto de estudio y no pretende sino comprenderlo y explicarlo sin hacer generalizaciones necesariamente aplicables a otros procesos partir de él, ya que el propósito es más bien de tipo ilustrativo.

La investigación se realiza desde un enfoque cualitativo bajo la modalidad de estudio de caso, implementado mediante métodos etnográficos, como la observación participante, la entrevista semiestructurada a profundidad y la implementación de grupos focales. Ello bajo la premisa de establecer una relación de tipo intersubjetiva entre el sujeto/objeto de estudio, para captar e incorporar el punto de vista de los propios actores.

Desde una perspectiva transversal se toma como unidad o caso de estudio a un *subsistema territorial de economía popular*, a partir del análisis del Mercado de Cambio de Pátzcuaro concebido como referente empírico y nodo articulador del subsistema.

Se asume una postura epistemológica intersubjetiva y crítica, contrastando la unidad de estudio con la racionalidad imperante en el sistema socio-económico capitalista predominante, que se constituye como contexto sistémico dentro del cual se encuentra inserto el subsistema de economía popular que se estudia.

Enfoques teóricos y categorías de análisis

Dadas las características socioeconómicas y culturales del caso de estudio se han seleccionado los enfoques teóricos y las categorías de análisis asociadas a ellos.

En primer lugar y con la pretensión de fijar una postura epistemológica crítica desde uno de los grandes paradigmas de la disciplina económica, se adopta el enfoque de la crítica de la economía política, desde la cual se establecen los parámetros básicos de la crítica al sistema capitalista como entorno dominante y omnipresente

en la actual realidad socioeconómica mundial. Desde esta perspectiva se revisan las categorías de mercado, mercancía y dinero.

En concordancia con las características socioeconómicas y culturales de las participantes en el mercado y la racionalidad económica con la que operan se enfoca el análisis del caso desde las perspectivas de la economía popular y de la economía feminista.

Se identifica al caso de estudio como un bien común y se destaca la dimensión institucional que rige la dinámica del mercado, reivindicado el postulado de que los sectores populares tienen la capacidad de realizar de manera colectiva y sustentable el aprovechamiento y manejo de bienes comunes, de frente a la tristemente célebre tesis de la tragedia de los comunes, de ahí la importancia de analizar este caso desde la perspectiva del Marco de Análisis Institucional desarrollado por Elinor Ostrom.

Explorando el potencial alternativo del Mercado de Cambio tomamos categorías como reciprocidad, solidaridad, sustentabilidad, autonomía e identidad.

Crítica de la economía política	Economía popular y economía feminista
• Mercado • Mercancía • Valor de uso • Valor de cambio • Dinero y precio	• Racionalidad reproductiva • División sexual del trabajo • Unidad doméstica • Prosumidoras • Trueque
Marco de análisis institucional	Otras categorías:
• Sistema de recursos • Bienes comunes • Formas de propiedad y derechos de uso • Atributos de la comunidad • Reglas y normas	• Economía solidaria • Sustentabilidad socio-ecosistémica • Identidad socio-cultural • Autonomía • Marginalidad y subalternidad

Desarrollo de la investigación

Observación participante

En el transcurso de esta investigación realizaron múltiples visitas al Mercado, participando en las actividades de cambio, durante los días de emplazamiento, que son los martes y viernes, durante alrededor de un año a partir de julio de 2017 y mediados de 2018 y se promovieron actividades complementarias como la realización de eventos de trueque en la Facultad de Economía Vasco de Quiroga de la Universidad Michoacana.

Mediante dichas visitas se obtuvieron las observaciones preliminares que permitieron establecer algunos supuestos de investigación sobre las particularidades operativas del MCP, aspectos de las características físicas del lugar y su entorno, así como sobre la cantidad de personas participantes y ciertos rasgos de perfil, como la amplia predominancia femenina y su origen indígena comunitario. También se establecieron los primeros contactos con las participantes, que permitieron programar y realizar una serie de entrevistas a profundidad.

Sondeos preliminares

Se realizaron una serie de sondeos para identificar el lugar de origen de las participantes y su identificación como prosumidoras y/o intermediarias, y algunas características de las participantes como edad y escolaridad.

Entrevistas

Para el diseño de los contenidos de las entrevistas se tomó como base la información preliminar obtenida en las numerosas observaciones en campo previamente realizadas.

Para poder profundizar más en el diálogo y la obtención de información, las entrevistas se llevaron a cabo en las comunidades de origen de las participantes. Para el diseño muestral se utilizaron dos criterios: el criterio de saturación teórica, según el cual se continúan las entrevistas hasta el punto en el que se identifica una reiteración que ya no aporta nueva información relevante; el segundo criterio

consistió en un muestreo por conglomerados, realizando una selección aleatoria de participantes provenientes de distintas comunidades.

Con base en esos criterios se realizaron 36 entrevistas distribuidas en las comunidades de Pátzcuaro, Santa Ana Chapitiro, Cuanajo, Ajuno, Santa Clara del Cobre, Opopeo, Ihuatzio, San Miguel Charahuen, San Miguel Nocutzepo, San Andrés Tziróndaro, Jarácuaro y Erongaríacuaro.

Por medio de las entrevistas se logró el establecimiento de diálogo abierto con algunas participantes en el mercado, lo que permitió acceder a información importante como el perfil personal de las entrevistadas, edad, lugar de origen, reivindicación de su ascendencia indígena y familiar, composición familiar y ocupación, roles y división del trabajo en el hogar, formas de producción y tipos de productos, aspectos relacionados con su participación en el MCP, como antigüedad, razones por las que participa y quién le acompaña, tipos y cantidad de productos que ofrece y que recibe, términos y criterios con los que se intercambia y reflexiones sobre el mercado como sus normas y condiciones de operación y su participación, los costos y beneficios, limitaciones perspectivas de continuidad y propuestas, entre otras cosas.

Grupos focales

Se realizaron cuatro ejercicios de grupos focales en 2018, en las comunidades de Cuanajo, Opopeo, Ihuatzio y Ajuno; en cada uno de los casos participaron entre 10 y 20 mujeres, la mayoría de las cuales se conocían entre ellas, pues además de coincidir en el mercado, son vecinas de la misma comunidad, lo que generaba un ambiente de menor inhibición y mayor confianza para participar. Las sesiones se programaron para durar dos horas, pero en todos los casos se prolongaron un poco más, 30 a 40 minutos, dado el interés y la disposición de las propias participantes.

Respecto a los criterios de selección de las participantes para los grupos de enfoque, se convocó exclusivamente a mujeres que participan en el MCP. Las sesiones se llevaron a cabo en el caso de la comunidad de Cuanajo y Ajuno, en la

casa de una de ellas, mientras que en los casos de Ihuatzio y Opopeo se realizaron en lugares públicos.

Las temáticas fueron guiadas por las preguntas preestablecidas por el investigador, relacionados con el mercado de cambio, sus condiciones de producción y reproducción como unidades domésticas, la división del trabajo y los roles tradicionales de género en el interior de sus hogares, así como su participación en las dinámicas de intercambio. También se tocaron otros temas de interés de las participantes, como la posibilidad de vincularse con la institución universitaria de procedencia del investigador y algunos temas relacionados con la dinámica y problemáticas de la comunidad, como la deforestación y la menguante participación de los habitantes en acciones colectivas.

Entre los aspectos relevantes en estas dinámicas destacan la doble dimensión con la que las personas asumen su participación en el MCP: una a partir de su necesidad, ya que al no contar con suficientes recursos monetarios para comprar todos los bienes que sus familias requieren para su producción, el MCP les permite acceder a bienes a cambio de los productos de su propio trabajo; la otra dimensión, que expresan de manera implícita con su estado anímico, es el carácter lúdico, cultural y social que implica dicha participación. La parte lúdica emana de la convivencia y el intercambio que conlleva su participación en las dinámicas de intercambio propias de este mercado. La parte cultural se deriva de esa misma dinámica y fortalece su identidad y cohesión, y la parte social porque las hace fortalecer su autovaloración como personas que aportan y contribuyen a la reproducción y bienestar de sus familias.

Capítulo 4

Contexto histórico y socio-ecosistémico. Michoacán y Pátzcuaro

4.1 Antecedentes históricos

Nuestro estudio se realiza en la cuenca del lago de Pátzcuaro que representa una de las regiones en las que se encuentra asentada la etnia purépecha, en el estado de Michoacán de Ocampo. Este grupo étnico comprende cerca de 120,000 hablantes de lengua indígena (INEGI, 2010), abarca alrededor de 6,000 Km² (alrededor del 10% del territorio total de la entidad), está ubicado en el centro-oeste del Estado de Michoacán y tradicionalmente se divide en cuatro regiones: Cañada de los Once Pueblos, Ciénega de Zacapu, Meseta y Lacustre, que comprenden 22 de los 113 municipios del estado.

En la región lacustre se concentraba el principal centro político y económico del señorío purépecha, uno de los más extensos e importantes al momento de la conquista española, por lo que posee una alta densidad y trascendencia histórica.

El grupo que gobernaba el señorío purépecha al momento de la conquista española, tiene sus antecedentes en una ola de grupos inmigrantes que llegaron a la región lacustre de Pátzcuaro a finales del siglo XII y principios del XIII, eran los uacúsechas (águilas). Al momento de su llegada el lugar ya estaba poblado por varios grupos pequeños, independientes pero que mantenían relaciones de intercambio entre sí. Al principio los uacúsechas ocuparon una posición de inferioridad respecto a los otros grupos previamente establecidos, pero paulatinamente, mediante una dinámica de alianzas y guerras, terminaron imponiéndose como el grupo dominante (Castro-Leal et al., 1989: 193).

De la unión de Pauácume, señor de uno de los cinco grupos uacúsecha, con una mujer de Xarácuaro, nació Tariácuri, considerado como uno de los principales personajes del señorío purépecha, ya que impulsó su expansión y consolidación. Durante el reinado de Tariácuri (cuyo nacimiento es estimado aproximadamente

entre los años 1376 a 1378), Pátzcuaro se convirtió en la primera capital de los uacúsecha (Macías, 1978).

Al llegar a la vejez, Tariácuri dividió el señorío en tres partes, dejando a cargo de cada uno a sus dos sobrinos, Hirepan en Ihuatzio, y Tangoanxan en Tzintzuntzan, y a su hijo Hiquíngare, en Pátzcuaro. Tzintzuntzan se fortaleció como principal centro político y finalmente se consolidó como cabecera del señorío tarasco, quedando Pátzcuaro como lugar ceremonial (Macías, 1978; Castro-Leal, et al., 1989).

Durante esta época, una de las principales actividades productivas en la cuenca del Lago de Pátzcuaro era la agricultura, con un sistema de cultivo de terrazas que permitían retener el suelo fértil y conservar un adecuado nivel de humedad, técnicas que además permitieron la ampliación de la superficie de cultivo (Espinosa, 2003).

El principal cultivo era el maíz, que se producía bajo el sistema de temporal (Beaumont, 1985). Desde esa época se verificaban periódicas fluctuaciones en los volúmenes de producción, causados por las variaciones del nivel de lago que a su vez provocaba una ampliación o reducción de las superficies de cultivo, propiciando periodos de escasez de alimentos, sobre todo de maíz, lo cual se veía compensado con el comercio regional (Pollard, 1995).

Tras la conquista española, el dominio político y la explotación económica sobre la población nativa fue ejercida de manera directa bajo el sistema de encomienda. En el caso de Tzintzuntzan y varios poblados ribereños al Lago de Pátzcuaro, el primer encomendero fue Hernán Cortés. Pero tras el nombramiento de la primera Audiencia de gobierno de la Nueva España, en 1528, Cortés perdió todos sus privilegios y encomiendas de la provincia de Michoacán, la mayoría de las cuales fueron otorgadas a Juan Infante (Martínez, 1989).

Bajo el gobierno de Nuño de Guzmán, en complicidad con el encomendero Juan Infante, la población nativa de Michoacán fue sometida a una extrema explotación y represión, que llegó hasta el grado de asesinar al Cazonci. Ante ello, muchos pobladores indígenas huyeron de sus comunidades y se refugiaron en la sierra o en

comunidades más lejanas. La explotación, la represión y algunas epidemias provocaron una baja sensible en la población de la región (Martínez, 1989).

Con nombramiento de Juan de Zumárraga como obispo de la Nueva España, en 1528, la abusiva explotación de la población por parte de las autoridades de la primera Audiencia y los encomenderos, enfrentó una importante oposición. En 1529 Zumárraga trajo a la Nueva España numerosos frailes misioneros que apoyaron su afán protector (Martínez, 1989).

Gracias a la intervención de Zumárraga, en 1531 fue destituida la primera Audiencia y nombrada la segunda, entre cuyos integrantes destaca Vasco de Quiroga, quien en 1532 fundó su primer pueblo-hospital Santa Fe en la ciudad de México. Al año siguiente viajó a Michoacán y pocos meses después emprendió la construcción del segundo pueblo-hospital de Santa Fe de la Laguna, Michoacán, en tierras de Guayameo, en la ribera del Lago de Pátzcuaro.

En 1536 el Papa Paulo III emitió las bulas de creación del obispado de Michoacán y el nombramiento de Quiroga como Obispo, asignándole como sede la antigua y rudimentaria iglesia de San Francisco, dedicada a Santa Ana, que había sido construida en 1526 por Fray Martín de Jesús en Tzintzuntzan, y que los frailes franciscanos ya habían abandonado.

Es hasta 1538 que el nombramiento llega a la Nueva España y Vasco de Quiroga puede tomar posesión del obispado, buscando inmediatamente otro lugar para trasladar su sede, la cual finalmente decide establecer en Pátzcuaro, que en ese momento estaba prácticamente abandonado. Buscando hacer confluir la sede del obispado con su pretensión de fundar una ciudad de españoles en Michoacán y de congregar en ella a los indios de los pueblos ribereños (Martínez, 1989: 101).

Inmediatamente Vasco de Quiroga impulsó una acelerada urbanización de Pátzcuaro, congregando ahí a comunidades enteras que estaban dispersas alrededor del lago y construyendo la catedral, el hospital de Santa Marta, un monasterio, un colegio, el hospital de los franciscanos. En 1540 fundó el Colegio de San Nicolás (Martínez, 1989: 103).

Ante las muchas tensiones que ocasionó el traslado de la sede obispal y poblacional de Tzintzuntzan a Pátzcuaro, el primer Virrey Antonio de Mendoza finalmente decidió fundar la ciudad de Valladolid el 18 de mayo de 1541, destinándola a ser el principal centro político y poblacional de la provincia de Michoacán (Martínez, 1989: 112).

Entre 1575 y 1580 la sede episcopal y el cabildo eclesiástico se trasladaron de Pátzcuaro a Valladolid, propiciando un acelerado declive de la región lacustre (Macías, 1978; Pastor y Romero, 1989: 125).

Conforme avanzaba la colonización española se introdujeron en la Nueva España y en la provincia de Michoacán nuevos cultivos como el trigo, cebada, habas, lentejas, garbanzos, col, lechuga, rábanos, zanahoria, chícharos, ajos, cebolla, manzana, pera, membrillo, aceituna, y ganado entre muchos otros. Los españoles dieron mayor impulso a las estancias ganaderas, cuyos productos se destinaban a los mercados remotos (Durston, 1976; Pastor y Romero, 1989).

Aunque el sistema productivo en Michoacán se diversificó durante la época colonial con la introducción de nuevos cultivos y una ganadería extensiva, la minería se colocó rápidamente como la actividad más importante. La necesidad de abastecer a los centros mineros propició un incremento en la producción de trigo, maíz, azúcar, carne, pescado, textiles, etc. En la región de la cuenca se observó un importante crecimiento en el cultivo de trigo (Pastor y Romero, 1989).

Los efectos de la conquista, la explotación y el dominio religioso, político y económico durante la primera fase de colonización, propiciaron la dispersión y casi extinción de la población indígena. Sin embargo, la formación de los pueblos hospitales, la promoción de congregaciones poblacionales, la institución de la república de indios a partir de las cédulas reales de 1549 y 1573, la formación de los sistemas de cofradías y mayordomías, entre otras acciones, ayudaron a conservar y restituir parte del sistema de vida y cultura indígenas (Vázquez León, 1986; Pastor y Romero, 1989).

La nueva forma de vida de los grupos indígenas bajo la modalidad de república de indios y comunidades agrarias coloniales les permitió cierta continuidad al constituirse como una colectividad con recursos comunes, derechos jurídicos reconocidos y relaciones comunitarias obligatorias para todos sus miembros (Vázquez León, 1986; Pastor y Romero, 1989).

Aunque las creencias y ritos de la religión cristiana fueron impuestos, en algunos casos incluso por medios violentos, las comunidades indígenas le imprimieron un sello propio, haciendo de las fiestas patronales un complejo constructo cultural y organizacional que propiciaba la acción colectiva, la cohesión social y el fortalecimiento de la identidad comunitaria.

Para el siglo XVII en la Nueva España y en la provincia de Michoacán se empieza a notar una recuperación poblacional. En esta entidad la población indígena llegaba ya a los 80 mil individuos en 1785, y para inicios del siglo XIX alcanzaba casi los 135 mil, diseminados en cerca de 260 poblados, muchos de ellos ubicados en la región de la cuenca del Lago de Pátzcuaro (Pastor y Romero, 1989: 204).

A finales del siglo XVIII, nuevamente las formas de vida comunitaria indígena tuvieron que enfrentarse a los fuertes embates de la corona española. La implementación de las llamadas reformas borbónicas, que cuestionaban la posesión comunal de importantes extensiones de tierras cultivables, bosques y otros recursos, e incrementaban drásticamente las cargas tributarias impuestas a las comunidades, y el saqueo de los fondos comunitarios generados bajo el sistema de cofradías, provocaron fuertes enfrentamientos y levantamientos indígenas, muchos de ellos apoyados por las ordenes eclesiásticas (Pastor y Romero, 1989: 204).

Las duras condiciones impuestas por las reformas borbónicas a todos los sectores de la población novohispana, la expulsión de los jesuitas en 1767, los crecientes impuestos, el sistema de vales reales, los préstamos y decomisos a capellanías, entre muchos otros, junto con la invasión napoleónica a España y la expulsión de Fernando VII en 1808, propiciaron un generalizado ambiente insurgente e independentista (Mendoza y Terán, 1989).

Después de lograr su independencia, la República Mexicana se convirtió en escenario de fuertes y prolongados enfrentamientos entre liberales y conservadores, postrando al país en un profundo estancamiento durante la mayor parte del siglo XIX. Pátzcuaro cayó en un abandono que agudizó el declive que había iniciado con el traslado de las sedes civiles y eclesiales a Valladolid. Esto empeoró con las políticas porfiristas orientadas a despojar de sus tierras a las comunidades indígenas, lo que constituyó otra de las múltiples causas que provocaron la revolución de 1910-1917 (Macías, 1978).

La revolución y el agrarismo en Michoacán

Al inicio de la revolución, Michoacán parecía un territorio casi al margen de la guerra (...) Sin embargo hay evidencias de que entre 1915 y 1918, la revolución se sintió con gran fuerza (Guerra, 1999: 134).

En 1911, Pátzcuaro fue sede del cuartel general del revolucionario maderista Salvador Escalante y escenario de las negociaciones de paz entre éste y el gobernador interino de Michoacán, Dr. Miguel Silva González, quien era simpatizante del maderismo. El optimismo que generó este acontecimiento duró poco, pues tras el asesinato de Madero y Pino Suárez en febrero de 1913, Michoacán, y más aún la zona lacustre, entraría en un ambiente de inestabilidad que se prolongaría incluso después de 1917, periodo en el que proliferó el bandolerismo, que tiene en Inés Chávez García su personaje más conocido, ello sumado a las pugnas de poder entre los caudillos militares emanados de la revolución, esta situación se prolongarían hasta finales de los años 1920 (Guerra, 1999: 134).

Al término de la revolución, inició en México un lento y complicado proceso de ordenamiento político, económico y social. En Michoacán se realizó una elección en la que Francisco J. Múgica obtuvo mayoría de votos, pero las fuerzas oficialistas y la burguesía estatal consiguieron que el congreso local declarara vencedor a Pascual Ortiz Rubio (Guzmán, 1986: 43).

La gestión de Ortiz Rubio no tuvo nada que ver con los postulados y expectativas de la reciente revolución, por lo que nuevamente en 1920 Múgica decidió postularse para la gubernatura, una vez más obtuvo votación mayoritaria sobre su contendiente oficialista Porfirio García de León, y de nuevo los caciques locales trataron de desconocer su triunfo; sin embargo, la movilización popular y campesina logró evitarlo, consiguiendo que el gobierno federal ratificara el triunfo de Múgica (Guzmán, 1986: 44).

Ante los fuertes obstáculos internos y enfrentamientos con los caciques locales y las crecientes tensiones con el gobierno federal, Múgica decidió separarse de su cargo y salir de Michoacán. Pero el agrarismo en Michoacán mantuvo su impulso en la persona de Primo Tapia, quien fundó la Liga de Comunidades y Sindicatos Agraristas del Estado de Michoacán, que luchaba por la propiedad colectiva de la tierra. Una serie de movilizaciones agraristas entre 1923 y 1925, lograron que se llevaran a cabo los primeros repartos de 47,364 hectáreas de tierra en posesión definitiva que beneficiaron a 28 comunidades de Michoacán (Guzmán, 1986: 46).

A la caída de Múgica, los dos siguientes gobernadores, Sidronio Sánchez (1922-1924) y Enrique Ramírez (1924-1928), se aliaron con los hacendados y combatieron al agrarismo en el Estado y poco después, en 1926, mediante una contraofensiva apoyada por el gobierno de Plutarco Elías Calles, Primo Tapia fue asesinado y la Liga de Comunidades Agraristas fue disuelta (Guzmán, 1986: 49; Guerra, 1999: 137).

Al ser electo como gobernador de Michoacán durante el periodo 1928 – 1932, Lázaro Cárdenas era un comprometido con el agrarismo, pero la experiencia pasada por su amigo y anterior gobernador Francisco J. Múgica quien desplegó un radical agrarismo y se confrontó con los caciques locales y con el gobierno central de Plutarco Elías Calles, llevó a Cárdenas a actuar con mayor moderación, cuidándose de mantener una buena relación con Calles, sin renunciar a su ideario agrarista (Guerra, 1999: 132).

Aún con su estrategia moderada, durante su periodo como gobernador Cárdenas logró dotar a 181 poblados con 141, 663 hectáreas de tierra en beneficio de alrededor de 15, 753 ejidatarios, superando con 10,000 hectáreas al total repartido desde 1917. En 1931 expidió un decreto que anulaba los contratos celebrados durante el porfiriato, entre 20 comunidades indígenas de la Meseta Tarasca y varias empresas extranjeras que explotaban los bosques de esa región. También promovió la formación de empresas cooperativas para los trabajadores agrícolas y forestales y se construyeron 112 presas, 135 canales de riego y se amplió la red de carreteras y caminos (Guerra, 1999: 138).

Aún en el contexto de la Reforma Agraria, autores como Glendhill (1990) CEPAL (19812) Linck (1996), Botey y Suárez (1996) Camín y Meyer (2000), Rubio (2001) y Bartra (2006), describen y analizan el proceso histórico de deterioro que la economía campesina ha experimentado en México, particularmente durante la segunda mitad del siglo XX.

Se observa que la repatriación de una buena cantidad de mexicanos a principios de los años 30, alentada por la crisis capitalista de 1929 y por los procesos de dotación de tierras impulsado en el marco de la reforma agraria cardenista, parecía dar un nuevo impulso a la economía campesina en México.

Sin embargo, la paulatina imposición de una estrategia agro-exportadora, alentada por durante los años 40 con motivo de la guerra y la posguerra, propició el progresivo despliegue de la agricultura capitalista de mayor escala provocando una gradual marginación de la economía campesina, que se replegaba hacia el ámbito local y el autoconsumo, con una considerable disminución en los apoyos gubernamentales, y una nueva oleada migratoria durante las últimas décadas del siglo XX.

En este contexto, entre 1999 y 2000 más de 370 mil michoacanos emigraron a EU, por lo que Michoacán es la entidad mexicana que tiene la proporción más alta de municipios clasificados como de alto y muy alto nivel de intensidad migratoria, pues

el 66% de los municipios en el Estado se encuentran dentro de estos rubros (Pedraza, et al., 2007: 63).

La inserción de Pátzcuaro y Michoacán como parte del Estado nacional y las estrategias de desarrollo implementadas desde este último, han redundado en un creciente deterioro para la agricultura campesina en la región lacustre, lo que a su vez ha tenido importantes efectos en materia de crecimiento de la pobreza, migración y seguridad alimentaria.

La estrategia neoliberal y los tratados de libre comercio han empeorado esta situación, presionando a los campesinos a abandonar los cultivos y métodos tradicionales, sustituyéndolos por sistemas de monocultivos a gran escala y en grandes extensiones de tierra que generalmente es rentada a empresas nacionales o transnacionales que los contratan como peones, explotan sus tierras y al cabo de algunos años las abandonan con un alto nivel de deterioro ecológico y productivo. El resultado final; campesinos empobrecidos y tierras deterioradas y contaminadas.

4.2 Contexto territorial y problemática socio-ambiental

La cuenca del Lago de Pátzcuaro comparte condiciones biofísicas y problemáticas ambientales, económicas y sociales propias del estado de Michoacán y de la región purépecha. Con la construcción de la carretera Panamericana que conectó a las ciudades de México, Morelia y Guadalajara, con sus ramales hacia Uruapan y Pátzcuaro en los años 40, se aceleró un proceso de transformaciones económicas, productivas y ambientales, entre las que se observa en las últimas décadas del siglo XX un declive del mercado regional campesino y una mayor integración al mercado industrial nacional y con ello la modificación de los usos del suelo y de los recursos naturales que se expresaron en tres grandes procesos: 1) especialización regional en la explotación forestal; 2) la expansión del monocultivo de aguacate, y 3) la quiebra del sistema agrícola-ganadero (Bocco et al. 2001; Garibay, et. al. 2011).

Entre los efectos de estas transformaciones destaca que, en un lapso de 18 años, de los 70 a los 90, Michoacán perdió 513 644 hectáreas de bosques templados y 308 292 de selvas, correspondientes a tasas de deforestación de 1.8 y 1% anual, respectivamente. Estos cambios indican que el estado atraviesa por una etapa sin precedentes en la degradación de su recurso forestal, que sin duda repercute en una degradación ambiental intensa (Bocco et al., 2001: 33).

La tala inmoderada, clandestina, no regulada y sin más criterio que la selección de los árboles más grandes y cercanos, ha causado en una debacle ecológica y ambiental, de la cual no se han beneficiado las comunidades propietarias de estos recursos, sino solamente algunos agentes privados y frecuentemente ajenos a las comunidades. La especialización en el monocultivo de aguacate inició en los años 60; para 2005 ya abarca 85,709.32 hectáreas, para 2010 llega a 94,045.28, y para 2017 alcanza las 120 mil, distribuidas en 22 municipios entre los que destacan los de Tancítaro, Uruapan y Peribán, sustituyendo a otros cultivos, principalmente al maíz (Bocco et al. 2001; Salazar, et al., 2005; Gutiérrez-Contreras et al., 2010 y SEDRU, 2017).

La expansión aguacatera ha generado un importante dinamismo económico, creciente oferta de empleos, y la proliferación de pequeñas empresas emparadoras; pero los grandes beneficiarios de estos efectos son unas cuantas familias residentes de los grandes centros urbanos como Uruapan. La gran mayoría de los habitantes de las comunidades indígenas sólo han tenido beneficios marginales de corto plazo, pero con grandes amenazas por los inminentes efectos socio-ambientales en el mediano plazo (Bocco et al., 2001; Amézcuca y Sánchez, 2015).

En buena medida la expansión del cultivo de aguacate y otros productos como el limón, el jitomate y la fresa, ha sido incentivada por la demanda del mercado externo. La mayor parte de la exportación se ha concentrado en algunos pocos municipios, unas pocas empresas de capital norteamericano acaparan el negocio de la exportación y los destinos se han reducido paulatinamente, por lo que

actualmente el principal mercado se encuentra en EEUU. Esta múltiple concentración, así como la disminución en la diversidad de cultivos y otros factores, generan un importante margen de vulnerabilidad de la economía regional que le apuesta cada vez más a un solo sector, a un solo cultivo y a un solo destino de exportación (De la Tejera et al., 2013).

En algunas comunidades agrarias la expansión del cultivo de aguacate ha provocado tensiones. Mientras algunos se inclinan por conservar la unidad e integridad de sus suelos, otros prefieren privatizar e introducir este cultivo a gran escala. También se han agudizado e incrementado los conflictos por límites e invasiones (Bocco et al., 2001; De la Tejera, et al., 2013; Amezcua y Sánchez, 2015).

La constante expansión de las superficies de cultivo de aguacate propicia un creciente círculo vicioso, ya que por un lado implica una constante deforestación, reduciendo los factores de captación y retención de agua, y por otro lado aumenta la demanda de agua al incorporar y aumentar un cultivo altamente demandante de este recurso. De manera similar sucede con la demanda creciente de empaques de madera en condiciones de decreciente disposición de bosques maderables. A ello se suma el uso de fertilizantes químicos que contaminan los mantos de agua de consumo humano, y la pérdida de biodiversidad (De la Tejera et al., 2013).

La quiebra del sistema agrícola-ganadero en parte es resultado de la expansión del aguacate; los cultivos de maíz y la ganadería se han reducido a niveles de autoconsumo. Junto a ello se observa un incremento en la migración, que ya no es de tipo estacional como antes, sino buscando un cambio permanente de residencia (Bocco et al., 2001).

La zona lacustre

Aunque el cultivo de aguacate no se encuentra tan extendido en la zona lacustre, los problemas de deforestación y pérdida de cultivos tradicionales también se verifican en esta zona. A ello se agrega la degradación del lago, por la contaminación de aguas negras a causa del crecimiento poblacional, la disminución

de fuentes de recarga, y el creciente azolve por la tala de los bosques, y la pérdida de diversidad por la pesca excesiva (Durstón, 2006).

La cuenca del lago de Pátzcuaro se encuentra entre la latitud norte 19°45' y 19°25' y longitud oeste 101°55' y 101°25', en una altitud de dos mil metros sobre nivel del mar, aproximadamente. Es una cuenca relativamente pequeña donde se encuentra uno de los embalses naturales más importantes del estado: el lago de Pátzcuaro. Contiene una importante concentración de población, ubicada alrededor del cuerpo lacustre en asentamientos ribereños principalmente. Presenta una alta diversidad ecológica: existen ocho tipos de vegetación, cinco clases de climas, 14 paisajes morfo-edafológicos y 18 diferentes tipos de suelo (Rodríguez, 2007: 43).

Se identifican seis tipos de zonas ambientales dentro de la región: el lago, que abarca el 14.6 % de la cuenca; los pantanos (1.3%); la ribera (12.2%); la sierra baja (31.9%); la sierra alta (36.1%); y la zona alpina (3.9%). La mayoría de los asentamientos se ubicaban en las regiones de la ribera y de la sierra baja, que determinan en gran medida la morfología del paisaje natural en el territorio de estudio (Pollard, 1993: 65-67).

La cuenca abarca parte de los municipios de Pátzcuaro, Tzintzuntzan, Erongarícuaro y Quiroga, y comprende 86 comunidades de las cuales 77 se consideran rurales y 9 urbanas (Durstón, 2006: 111) con una población aproximada a los 141,499 habitantes (INEGI, 2010).

En otra clasificación la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) denomina a la cuenca como bioárea lacustre, una de las cuatro que comprende la región purépecha, y que abarca a los municipios de Erongarícuaro, Pátzcuaro, Quiroga, Salvador Escalante y Tzintzuntzan. (Amezcuca y Sánchez, 2015). En total la población de estos municipios es de 186,716 habitantes (INEGI, 2010).

La biorregión *purépecha* y las cuatro bioáreas que la integran sufren una degradación preocupante en todos sus ecosistemas, lo que ha repercutido invariablemente en la calidad de vida de las comunidades y pueblos que han

dependido de estos recursos de manera histórica y tradicional como parte misma de su cultura (Amezcuca y Sánchez, 2015).

Por sus características fisiográficas, la cuenca combina diversos ambientes en los cuales se realizan diferentes actividades productivas, particularmente pesca, silvicultura y actividades agropecuarias. Durante los últimos veinticinco años, la deforestación, la urbanización, la expansión de la frontera agrícola, la pérdida de fertilidad de las tierras de cultivo, la erosión, el azolve del lago, la maleza acuática, la disminución de la pesquería y la contaminación del lago por descargas residuales, han originado la alteración e inestabilidad de la cuenca y, por ende, una baja de la calidad de vida de sus habitantes y un incremento del deterioro ambiental (Rodríguez, 20017).

Muchas especies de fauna y flora asociadas o dependientes de la sanidad de las biozonas lacustres se están perdiendo, un claro ejemplo es la potencial extinción del emblemático pez blanco de Pátzcuaro y Zirahuén (*Chirostoma estor* o *Menidia stor*) debido a que no se detienen los factores dañinos a su frágil ecosistema de reproducción (Amezcuca y Sánchez, 2015).

La gran mayoría de la población de la Cuenca se dedica al sector primario, principalmente en actividades agropecuarias, forestales y pesqueras; en segundo lugar, se encuentra el sector secundario, básicamente artesanal, con la alfarería, carpintería, textil y cestería. Prácticamente no hay actividad industrial y en el sector terciario destacan las actividades relacionadas con la educación y el turismo y el comercio, éste último principalmente en la cabecera del municipio de Pátzcuaro (Amezcuca y Sánchez, 2015).

4.3 Organizaciones y proyectos alternativos

La región purépecha, y de manera particular la cuenca del lago de Pátzcuaro, ha sido dotada de una fuerte presencia institucional de los tres niveles de gobierno. Destaca la implementación de una estación limnológica en 1936 que, junto con algunos estudios de la UNAM, del Proyecto Tarasco y del CREFAL, han generado

una considerable información sobre las condiciones ecológicas y sociales en la cuenca. Con esta base se han implementado una serie de acciones orientadas en tres sentidos básicos: fortalecimiento de la base productiva; recuperación y control de las condiciones ecológicas, y atención a las principales problemáticas sociales. Aunque se han logrado algunos resultados favorables, la mayoría de ellos son aislados por la falta de una adecuada coordinación y no han pasado de sus fases iniciales (Castilleja, 2003).

También han dejado huella organizaciones civiles y académicas como el Centro de Estudios Sociales y Ecológicos A. C. (CESE), creado a principios de la década de 1980 y que durante el naciente siglo ha orientado sus trabajos a la educación ambiental para la cuenca de Pátzcuaro.

En sentido similar, la Organización Ribereña contra la Contaminación del Lago de Pátzcuaro (ORCA), creada a principios de los años 1980, el Grupo Interdisciplinario de Tecnología Rural Apropiada (GIRA) y la Red Tsiri, surgen en 2009.

El proyecto-organización Red Tsiri amerita especial atención, ya que involucra una serie de aspectos fundamentales para la cultura y la economía popular rural mexicana y michoacana. Tiene su enfoque principal en la agricultura campesina y en el maíz y la tortilla como elementos fundamentales de la cultura alimentaria nacional. La operación de esta Red se sustenta principalmente en la participación de mujeres indígenas, agricultoras y productoras de tortilla y protagonistas fundamentales de las dinámicas de reproducción de la vida en las unidades domésticas familiares del ámbito rural (Carmen Patricio, entrevista, 2018).

En 1992 se publicó el Plan Pátzcuaro 2000, un trabajo de investigación colectiva y multidisciplinaria para el desarrollo sostenido, sin resultados importantes en términos de políticas, programas y acciones.

Otras iniciativas sociales han sido el centro de Servicios Alternativos para la Educación y el Desarrollo (SAED) y el Centro de Apoyo al Desarrollo de la Mujer Purhépecha (UARHI), El Centro de Atención y Desarrollo Cultural Colibrí.

En el año 2000 se creó el Comité Intermunicipal para la Cuenca del Lago de Pátzcuaro, con la participación de los presidentes municipales de Pátzcuaro, Tzintzuntzan, Quiroga y Erongarícuaro.

En 2003, a través de un convenio de colaboración con el Gobierno del Estado, se involucró la participación del Instituto Mexicano de Tecnología del Agua. No obstante, la proliferación de proyectos e iniciativas gubernamentales y sociales, la degradación y depredación ambiental persiste ante la mirada de los pobladores indígenas de la región, que en algunos casos ya empiezan a tomar la defensa de sus recursos y de sus formas de vida en sus propias manos.

Emergencia indígena y autonomía

En diferentes momentos desde la época colonial, los pueblos indígenas han mostrado diferentes tipos y grados de respuesta ante las estrategias, ya sea de exclusión o de integración por parte del Estado nacional. Particularmente desde los años 90 se vienen dando una serie de cambios importantes que ha contribuido a generar una nueva configuración de los pueblos indígenas y de los términos de relación de éstos con el Estado nacional. Entre estos fenómenos destacan:

- La firma del convenio 169 de la OIT en 1990, que establece los derechos al trabajo, a la tierra, al territorio, a la educación y a la salud;
- La reforma al artículo 4º constitucional en 1992, que reconoce el carácter pluricultural de la nación y a los pueblos indígenas que la habitan;
- El levantamiento del EZLN en 1994 que constituyó un parteaguas en la historia de los movimientos indígenas, dando forma a la reivindicación de los derechos y la autonomía indígenas;
- En 1996 se firman con el gobierno federal los acuerdos de San Andrés como resultado de la lucha indígena;
- En 1996 se crea el Congreso Nacional Indígena, que congrega a decenas de organizaciones y pueblos indígenas, a partir de la movilización generada por el levantamiento zapatista;
- En 2001 se celebra el Tercer Congreso Nacional Indígena en la comunidad de Nurío, Michoacán;
- En 2001 se reforma la constitución nacional incorporando parcialmente los acuerdos de San Andrés;
- En 2007 la ONU aprueba la Declaración sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas;
- En 2011 se levanta la comunidad indígena de Cherán en defensa de sus bosques. Ante la acelerada tala clandestina y tras un proceso de reflexión y construcción de acuerdos colectivos expulsan a los partidos políticos y logran el reconocimiento de

su derecho a nombrar autoridades municipales mediante el método de usos y costumbres;

- Paulatinamente, a partir de 2005 y hasta 2018 una serie de comunidades indígenas como Nurío, Pichátaro, Quinceo, Sevina, Nahuatzen y Comachuén logran la asignación directa de la parte proporcional del presupuesto municipal.

En síntesis, se observa un escenario contextual adverso tanto en el plano ambiental como en lo social, económico y cultural, dentro del cual opera el Mercado de Cambio de Pátzcuaro, y al menos dos iniciativas similares, orientadas a generar espacios y formas alternativas de comercialización de productos para los sectores populares e indígenas. Son los casos de la Feria Alternativa de Uranden y el Tianguis Purépecha.

Estas condiciones adversas por un lado imponen serias limitaciones a las perspectivas de desarrollo de la región; pero, por otro lado, muestran la importancia de generar y fortalecer alternativas que reivindiquen prácticas y valores contrarios a los que han generado esta devastación.

Si bien la condición étnica indígena y de género de las mujeres participantes en estas iniciativas representa por un lado una seria desventaja y adversidad en el contexto de la sociedad y el estado nacionales, en contraste, y quizá por ello mismo, implican un gran potencial, como las perspectivas de articulación con otros movimientos políticos y culturales que se vienen gestando en la región y particularmente en el ámbito de los pueblos indígenas.

Capítulo 5

El Mercado de Cambio de Pátzcuaro

El análisis del Mercado de cambio de Pátzcuaro se aborda desde una amplia gama de referencias teóricas y empíricas. En su dimensión abstracta se identifica al mercado como una entidad que regula los procesos de circulación de mercancías en las economías mercantilizadas. Particularmente en el contexto capitalista destaca la competencia tecnológica-productivista como regla suprema.

Se reconoce que los mercados desempeñan funciones nodales como parte del circuito económico del capital, entre las que destacan las siguientes:

- La posibilidad por parte del capitalista de adquirir bajo la forma de mercancías todos los insumos necesarios para la producción, incluida la fuerza de trabajo.
- La posibilidad de culminar cada ciclo de valorización mediante la venta de los productos, convirtiéndolos a su forma dineraria como expresión pura, autónoma de valor
- La posibilidad de apropiarse del plusvalor generado en otras unidades productivas a través de la competencia tecnológico-productiva.
- Generar una cultura de consumo mediante la cual se introyecta en la población la idea de que la felicidad depende de la cantidad de bienes que se puedan adquirir y consumir.

A partir de esta referencia se establece un contraste crítico, partiendo de una perspectiva teórica sustentada en la *economía popular solidaria* que, ante los patrones de explotación, competencia, acumulación y enajenación, propios del capital, reivindica valores como la racionalidad reproductiva de la vida como criterio económico sustantivo, la planificación, la complementariedad, la cooperación y la solidaridad.

Por otro lado, este análisis tiene como base una serie de referentes empíricos, que de alguna manera constituyen un contraste con respecto al mercado capitalista. Se trata de la gran variedad de mercados populares, tradicionales y alternativos que operan en nuestro país y que se muestran como entidades que van más allá de lo económico, reproduciendo, revitalizando y enriqueciendo formas de vida,

expresiones culturales y estableciendo de lazos de identidad, convivencia y solidaridad.

En el contexto de los estudios de mercados como entidades empíricas se detectan dos grandes vertientes. Por un lado, la antropológica, que pone el énfasis en la relación entre las dimensiones económicas y culturales de los mercados; y por otra parte la vertiente que se centra más en los mercados alternativos, destacando aspectos como el trueque y los valores solidarios, formas alternativas de producción orgánica y agroecológica así como criterios económico logísticos como la producción a baja escala y los circuitos cortos y locales, que resultan más acordes con una perspectiva de sustentabilidad.

En este abordaje del MCP se toma un poco de ambas vertientes, destacando el carácter tradicional del mercado en el que se reproducen formas de vida y su racionalidad económica reproductiva y solidaria. Adicionalmente se consideran otros dos enfoques, la economía feminista y la perspectiva neo-institucional de Elinor Ostrom.

De la economía feminista se retoma su crítica a la desigual e inequitativa división del trabajo, según la cual a las mujeres se les asigna mayores cargas y tareas que suelen ser social y económicamente poco valoradas y mal remuneradas. Particularmente se hace énfasis en la situación de las mujeres que viven en los ámbitos rurales e indígenas, cuyas actividades están en su mayoría directamente ligadas con las dinámicas de reproducción de la vida, que se reivindica como el aspecto más sustantivo de la economía social, en contraste con la economía del capital, para la cual el trabajo reproductivo-doméstico es sumamente marginado a pesar de ser la fuente de su principal insumo, la fuerza de trabajo.

En el análisis neo-institucional se destaca la caracterización del mercado como un bien común gestionado y aprovechado colectivamente con base en un entramado normativo no formalizado, pero claramente interiorizado y adoptado por sus participantes y en parte visible a cualquier espectador.

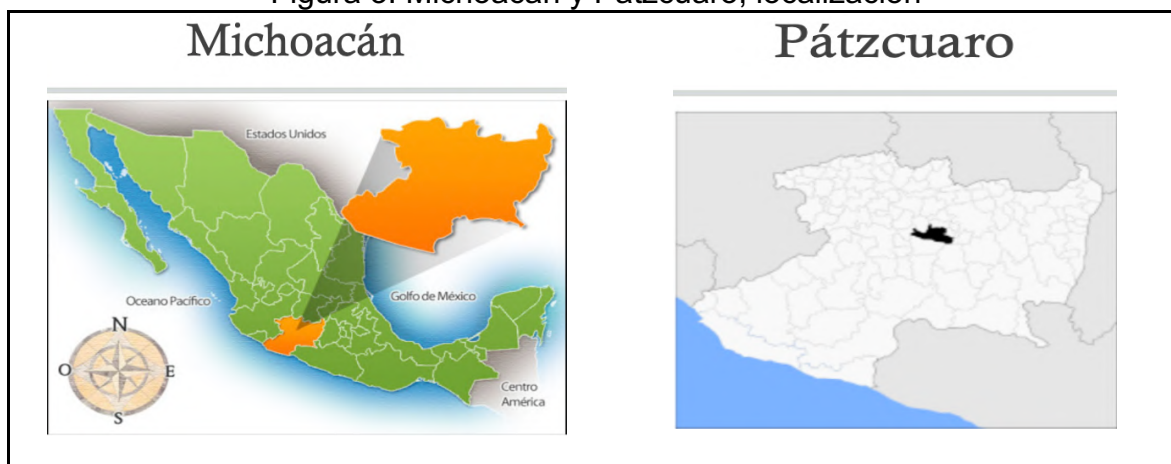
Dentro de este entramado institucional destaca el trueque como norma económica que se practica en el trato directo y a pequeña escala entre prosumidoras, en contraste con las formas convencionales de intercambio y con omnipresencia del dinero como medio casi único de acceso, adquisición y compra de mercancías o como expresión pura y abstracta de valor.

Como parte de un amplio circuito socioeconómico territorial regido por una racionalidad reproductiva de la vida, el análisis del MCP se aborda tomando en cuenta las condiciones y perspectivas de las mujeres del medio rural-indígena en el contexto de la sociedad capitalista patriarcal.

5.1 El Mercado de Cambio

El mercado de cambio se ubica y opera en la ciudad de Pátzcuaro, perteneciente al Estado de Michoacán de Ocampo, en el territorio de la República Mexicana.

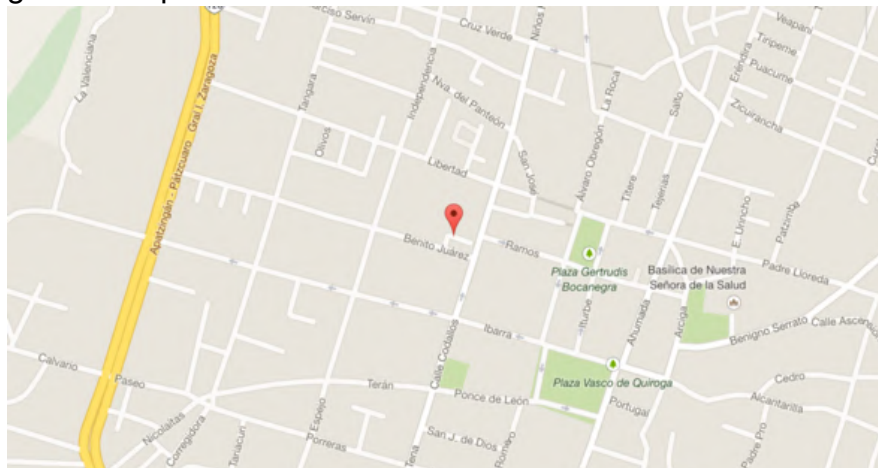
Figura 3. Michoacán y Pátzcuaro, localización



Fuentes: <https://mr.travelbymexico.com/701-estado-de-michoacan/> y https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Patzcuaron_en_Michoacan.svg

Se instala en la explanada adyacente a la Parroquia del Santuario de Guadalupe, que colinda por el lado sur con la calle Benito Juárez y la cerrada Portal F. J. Mina, en el Centro Histórico de Pátzcuaro, como puede observarse en la figura 5.

Figura 4. Mapa de localización Mercado de Cambio de Pátzcuaro



Fuente: Google maps.

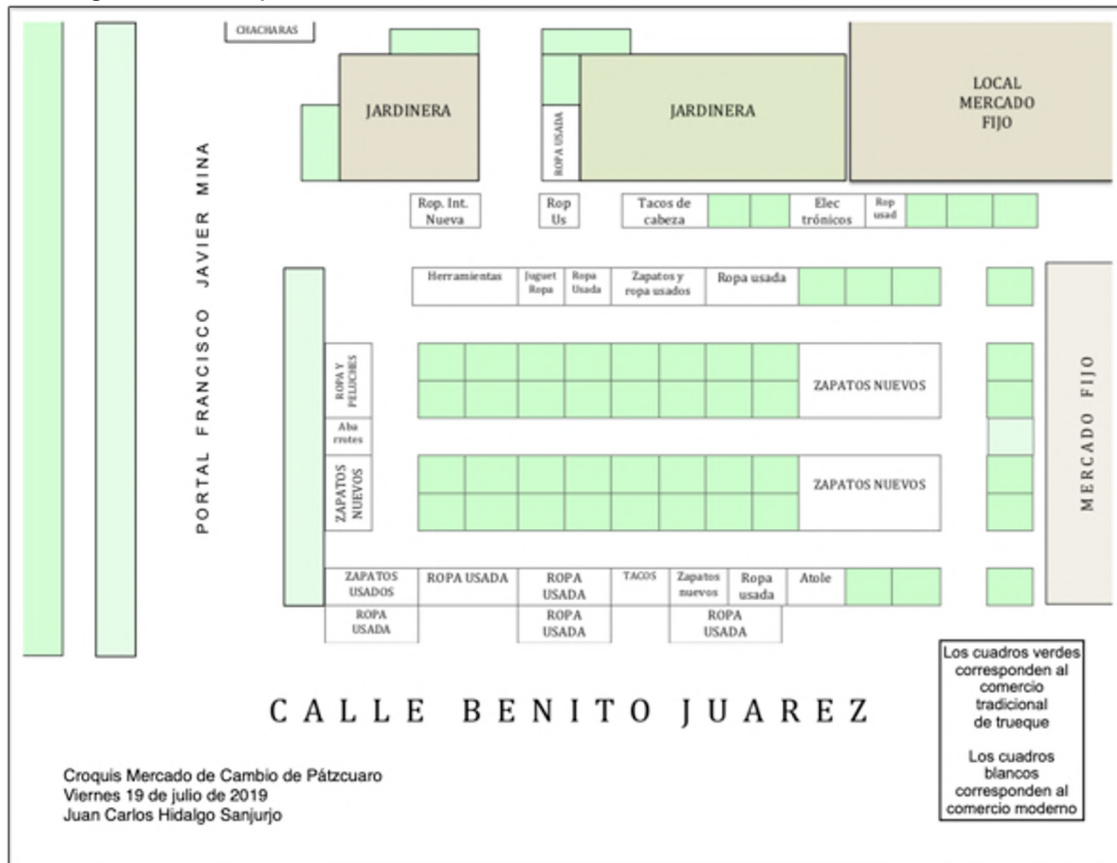
Funciona bajo una dinámica de tipo *tianguis*, en donde no hay puestos fijos y se instala solamente los días martes y viernes. Desde las seis de la mañana empiezan a llegar las primeras participantes, predominantemente mujeres, su presencia, que se prolonga aproximadamente cuatro horas, imprime al área una imagen y dinamismo particular, y alrededor de las diez de la mañana ya se han retirado. La infraestructura utilizada por las participantes es mínima y variada, va desde una manta que se extiende en el piso, a canastas de fibras vegetales, cubetas y botes de plástico o metal de diversos tamaños (algunos de ellos suelen usarse también como unidad de medida) y hasta bolsas de plástico. Algunas mujeres participan de manera ambulante, cargando con sus productos, recorriendo los diversos puestos para detectar los productos de su interés y proponer los cambios con sus pares. El método predominante de intercambio es el trueque.

La distribución y disposición en los espacios es variada, como puede verse en la figura 5, los cuadros de color verde muestran las áreas comúnmente ocupadas por las mujeres del mercado de cambio, mientras que las áreas de color blanco son ocupadas por el comercio convencional, predominantemente ropa y zapatos usados.



Fotos: Juan Carlos Hidalgo. Escenas de intercambio MCP. Marzo de 2019.

Figura 5. Croquis de distribución del Mercado de Cambio de Pátzcuaro



Fuente: elaboración propia.

En los puestos de comercio convencional (cuadros blancos, figura 4) es frecuente observar una mayor disposición de infraestructura, más típica de los tianguis urbanos; estructuras metálicas, tablonos de triplay y mantas de tela o plástico habilitadas como techo y en algunos casos dispuestas como paredes laterales. Este tipo de comerciantes no utilizan el trueque, sus intercambios son monetarios, bajo el sistema de compra-venta y generalmente utilizan áreas de mayor dimensión. Esta modalidad de comercio se extiende paulatinamente generando una creciente presión y desplazamiento sobre las participantes del tianguis de trueque.



Fotos: Juan Carlos Hidalgo. Escenas de intercambio MCP. Marzo de 2019.

Las participantes en el mercado de cambio llevan a intercambiar una importante diversidad de productos predominantemente agroalimentarios, como el maíz y derivados, pescado, plantas, frutas y verduras, y también utensilios de labranza, enseres domésticos, prendas de vestir, servilletas, y artesanías, que ellas mismas producen bajo sistemas de producción artesanal, campesino y doméstico a baja escala.



Fotos: Juan Carlos Hidalgo. Escenas de intercambio MCP. Marzo de 2019.



Fotos: Juan Carlos Hidalgo. Escenas de intercambio MCP. Marzo de 2019.

Mediante esta dinámica de intercambio se establece un circuito de flujo de bienes de consumo primario, entre los que se destacan los mencionados en la Tabla 4:

Tabla 4: Productos de mayor circulación en el Mercado de Cambio

Acelgas	charales	hongos	nopales	servilletas
Aguacate	chayotes	huevo	ocote	sopa de pasta
Ajos	chile	jabón	ollas y otros enseres de barro y de cobre	sopladores
Anís	chuspata (piezas)	geranio	pan	tamales
Avena	durazno	Jitomate	papa	tascales
Begonias	ejote	lechuga	papaya	tomate
Brócoli	escobillas	limón	pera	toqueras
Calabaza	espinacas	loza de barro	pepino	tortillas
Capulines	fajas de lana gruesa	maíz	pescado	tule (piezas. de)
Cazuelas	frijol	malva	petates	trastes
Cebolla	frutas varias	mango	plátano	trigo
Cerezas	gorditas de maíz	manzanas	platos de barro	uchepos
Cilantro	guayaba	melón	quelites	velas
Ciruelas	haba cruda	mezcal	rábano	verduras
Coliflor	haba precocida y pelada	artículos de madera	repollo	zanahoria
Corundas	higos	naranjas	semillas de calabaza	zarzas

Fuente: Elaboración propia con base en observación de campo y entrevistas a participantes realizadas en 2017 – 2018.



Fotos: Juan Carlos Hidalgo. Escenas de intercambio MCP. Marzo de 2019.

Aunque se puede reconocer cierta amplitud y variedad en los productos que se intercambian en el MCP, las propias participantes entrevistadas expresaron la necesidad de introducir otros productos, ya que al no poder conseguirlos mediante el intercambio se ven precisadas a comprarlos con dinero, al cual tienen un acceso limitado. Entre los productos más solicitados están el jabón, cloro, azúcar, arroz, manteca, aceite y la mayoría mencionó *productos de despensa*.



Fotos: Juan Carlos Hidalgo. Escenas de intercambio MCP. Marzo de 2019.

5.2 Mujeres prosumidoras, circulación simple y circuitos cortos

Las escalas de intercambio denotan las necesidades y dinámicas de consumo de las participantes, ya que en general su volumen cubre los requerimientos que durante una semana pueden tener de 3 a 5 personas, que generalmente integran una unidad familiar. Casi la totalidad de las participantes mantienen un doble rol como ofertantes y demandantes, como productoras y como consumidoras. Ello significa que hay muy bajo índice de intermediarismo, la gran mayoría producen lo

que ofrecen y consumen lo que adquieren, por lo que encajan en el término comúnmente utilizado para el caso como *prosumidoras*.

La participación en el MCP permite a estas *prosumidoras* vivir de su trabajo; el producto de su trabajo resulta útil para otras personas y mediante él pueden obtener otros bienes que le son de utilidad para los procesos reproductivos de sus propias unidades domésticas. Se presentan en la tabla 5 algunos ejemplos de la producción desarrollada por las participantes en el MCP.

Se puede observar que los intercambios están regidos por la lógica del valor de uso, expresado en el esquema M-D-M¹⁴, aunque en este caso no se utiliza el dinero, por lo que el esquema se simplifica aún más: M-M. El intercambio de valores de uso, junto con el hecho de que las participantes en la transacción sean las propias productoras permite visibilizar claramente que se trata de un intercambio de productos del trabajo de personas concretas, palpables y visibles, lo que inhibe la tendencia a la cosificación de las relaciones sociales, que predomina en la economía capitalista.

¹⁴ Marx (libro primero, sección segunda capítulo IV) utiliza el esquema M-D-M (circulación mercantil simple) para denotar el intercambio de una mercancía (M) por otra, en una lógica en la que el dinero (D) funciona solamente como medio, y lo contrasta con el esquema D-M-D' (fórmula general del capital), en la que el dinero funciona como capital, instrumento para el incremento del valor (acumulación), para la cual las mercancías (fuerza de trabajo y medios de producción) funcionan solamente como un medio.

Tabla 5: Producción de algunas de las participantes en el MCP

Participante	Produce
Doña Petra, 88 años Santa Ana Chapitiro	Maíz, calabaza, cilantro, acelgas, tomate, ajos, habas, coliflor, brócoli.
Doña Naty, 76 años Cuanajo	Elabora tortillas, cultiva duraznos y elabora textil artesanal con telar de cintura
Doña Gloria, 73 años Ajuno	Cultiva maíz y frutas de huerto de traspatio
Doña Cristina, 55 años Ajuno	Cultiva maíz, trigo y jaramargo, elabora gorditas de maíz y trigo para llevar al cambio
Doña Adelaida, 72 años Ajuno	Cultiva Maíz, trigo y frijol, elabora gorditas de maíz y trigo para llevar al cambio
Doña Paulina, 86 años Nocutzepo	Produce maíz, frijol, semillas de calabaza, tortillas y elabora servilletas bordadas con punto de cruz
Doña Berta, 74 años Cuanajo	Produce Tamales, tortillas, plantas, y muebles pequeños de madera (trasteros y banquitos)
Doña Magdalena, 75 años Cuanajo	Produce maíz, calabaza, chile, cultiva plantas y flores como geranio y malva, y elabora tamales también lleva huevo de gallina al cambio.
Doña Lupe, 36 años Cuanajo	Produce maíz, trigo, plantas y flores, fruta de traspatio
Doña Rosa, 53 años Cuanajo	Elabora tortillas, cultiva plantas, flores y frutas y también produce velas.
Doña Lucía, 75 años Cuanajo	Elabora tortillas y cazuelas de barro y cultiva capulines y chayotes.
Doña Esperanza, 78 años Santa Clara	Cultiva aguacate, maíz, cerezas, zarzas y elabora tortillas, uchepos, toqueras y tamales agrios, recolecta ocote.
Doña Juana, 41 años Isla Tecuena	Pesca y elabora gorditas y tamales.
Doña Elena, 71 años Opopeo	Elabora tortillas y cultiva chayotes, nopales y hongos.
Marisol 28 años Opopeo	Elabora tortillas y servilletas bordadas
Doña Carmen, 44 años Opopeo	Empalma sillas, cultiva maíz, elabora tortillas y recolecta ocote.
Doña Luisa, 54 años Ihuatzio	Elabora sopladores de palma
Doña Martha, 45 años Ihuatzio	Maíz, frijol, habas peladas, piezas de chuspata
Doña Lucía, 90 años Charahuen	Elabora tortillas, pan, tamales y gorditas
Doña Erme, 85 años Santa Ana Chapitiro	Produce repollo, coliflor, acelgas, lechuga, chiles.

Fuente: elaboración propia con base en trabajo de campo 2018.

Esta dinámica de intercambio propicia una relación diferente entre los atributos de valor de uso y valor de cambio de los productos, ya que la ponderación y contrastación cuantitativa es ineludible para realizar el cambio, pero los atributos físicos, y propiedades son considerados con base en los gustos y necesidades de las participantes que adquieren el producto para incorporarlo directamente al consumo propio y de sus familias y no para venderlo o cambiarlo por un volumen o magnitud de valor mayor.

Al no usar dinero también se inhibe la propensión a la cosificación de las relaciones, ya que este recurso es altamente impersonal. En el trueque, en cambio, tanto lo que se ofrece como lo que se recibe son bienes completamente impregnados de las condiciones y personalidad de las prosumidoras y de sus entornos socio-territoriales.

El dinero, además, puede inducir la propensión a la acumulación, ya que no entra directamente en el consumo de quienes lo adquieren, sino que funciona como garantía para una compra y consumo futuro.

La dinámica de intercambios que se observa en el MCP denota la predominancia de un *círculo corto* en un doble sentido, tanto en lo que se refiere a la lógica económica de circulación simple como a la dimensión espacial, ya que los bienes que se intercambian se producen en el mismo territorio en el que se intercambian y se consumen. Ambos sentidos del círculo corto son compatibles con una dinámica de sustentabilidad, ya que las relaciones económicas son más simétricas y se reducen drásticamente el intermediarismo y las distancias de traslado de los productos, lo que implica también una reducción de los costos económicos y energéticos.

Si bien el uso del dinero puede ser de gran utilidad en ámbitos de intercambio a mayor escala, suele implicar el riesgo de ser utilizado como medio de acumulación y especulación, propiciando procesos de enriquecimiento de unos a costa de otros, generando desigualdad y explotación, minando con ello la cohesión del sistema (Primavera, 2003). En el caso del MCP el uso de dinero es marginal, casi nulo. Por

lo regular se utiliza solamente para pagar el transporte, camión o combi, que traslada a las participantes y sus productos de sus comunidades de origen al centro de Pátzcuaro y de regreso y para realizar algunas pequeñas compras ya sea en el contexto del propio mercado o en otras unidades comerciales, aprovechando el viaje a este centro poblacional.

5.3 La dimensión institucional

En el enfoque de análisis neo-institucional de Ostrom (2015) ocupa un lugar destacado la identificación de los tipos de bienes en torno a los cuales se diseña y aplica un entramado de estrategias, reglas y normas. Esta autora pone particular interés en el caso de los bienes comunes y en la gestión colectiva. En este proceso establece como punto de partida una clasificación básica de cuatro tipos de bienes a partir de un par de indicadores, que se mencionan a continuación:

El grado de *exclusión* sobre un bien, que refiere a las condiciones que facilitan o dificultan la posibilidad de restringir el acceso a dicho bien. Un ejemplo extremo para comprender mejor este indicador sería la luz solar, cuyo acceso es casi imposible de restringir. Mientras que el acceso a un objeto personal, un cepillo dental, por ejemplo, puede ser totalmente restringido a otras personas excluyéndolas de su uso.

El otro indicador es la sustracción o *rivalidad*, que se refiere a que el uso de un bien por parte de una persona excluye a las demás de poder utilizarlo, como ejemplo de baja o nula rivalidad también se puede tomar la luz solar, ya que el acceso de una persona a este beneficio no limita a otras personas a acceder a ella simultáneamente. En el extremo opuesto estaría un boleto para entrar al cine o un espacio de estacionamiento para un auto, en ambos casos si una persona los utiliza, la posibilidad de que otra persona la utilice simultáneamente es nula.

A partir de la combinación de estos dos indicadores Ostrom identifica y clasifica cuatro tipos de bienes, como se muestra en la tabla 6.

Tabla 6: Tipos de bienes

Grado de exclusión	Rivalidad o sustracción	
	Baja	Alta
Difícil o baja	Bienes públicos puros	Bienes públicos impuros o bienes comunes
	Puesta de sol Conocimientos acumulados	Bibliotecas Sistemas de regadío
Fácil o alta	Bienes privados impuros, de club o de peaje	Bienes privados puros
	TV por cable Guarderías infantiles	Ordenadores personales Ropa y alimentación

Fuente: Elaboración propia con base en Ostrom 2015.

Tomando como base estos parámetros, encontramos que el MCP tiene las siguientes características:

- Un relativamente alto grado de *rivalidad o sustracción* en virtud de que se trata de un espacio físico con dimensiones fijas y limitadas, como puede verse en la tabla 6, sumando a ello la creciente presencia de otro tipo de comerciantes que reducen aún más la disponibilidad de espacios generando una tensión en aumento.
- Un bajo grado de *exclusión*, ya que si bien el mercado reproduce una serie de normas entre las que destaca el trueque, no se identifican reglas restrictivas y sujetas a sanciones que impidan que cualquier persona pueda instalarse y participar, prueba de ello es la creciente presencia de comerciantes convencionales que no corresponden al perfil y la racionalidad del mercado de cambio.

De ello se desprende que el mercado de cambio en tanto espacio físico-económico instituido constituye un bien común, con alto grado de rivalidad, pero bajo grado de exclusión, gestionado colectivamente con una perspectiva de bien común, que contribuye a su preservación y continuidad.

Aunque no existe en el MCP una estructura organizativa ni un conjunto de reglas formalmente establecidas, se pueden detectar una serie de normas que revelan un entramado institucional que rige la operación de este mercado, las cuales

analizamos a continuación. Para ello se adopta la noción de instituciones como “un entendimiento, compartido por los participantes, acerca de las prescripciones obligatorias que indican qué acciones (o resultados) se imponen, se prohíben o se permiten” (Ostrom, 2015: 56).

En este caso se trata particularmente de *normas*, las cuales, de acuerdo con la misma autora, se diferencian de las reglas en que no establecen sanciones, sino que se asumen como pautas emanadas y acordes con valores que guían y establecen la conducta apropiada y compartida reconocida por el colectivo.

Siguiendo con Ostrom (2015) encontramos una clasificación de sistema institucionales con base en lo que ella denomina sintaxis ADICO (Atributos, Deóntica, Objetivo, Condiciones y O de lo contrario), del que desprende un conjunto de siete tipos de reglas de acuerdo al componente objetivo de cada regla:

Tabla 7. Componente objetivo de cada tipo de regla

Tipo de reglas	Verbo básico del objetivo	Componente de la situación de acción que se ve regulado	
1. De posición	Ser	Posiciones	
2. De frontera	Estar o Salir	Participantes	
3. De elección	Hacer	Acciones	Obligatorias
			Permitidas
			Prohibidas
4. De agregación	Afectar conjuntamente	Control: Define quienes participan y controlan la acción	
5. De información	Enviar o recibir	Información	Canales
			Frecuencia y precisión
			Objeto ----- agenda
			Lenguaje
6. De pago	Pagar o cobrar	Costos/beneficios	
7. De alcance	Ocurrir	Resultados	

Fuente: Elaboración propia con base en Ostrom 2015, 2ª parte, capítulo VII, Clasificación de las reglas.

En este caso se asume que el entramado institucional que rige la operación del MCP está compuesto por un conjunto de normas, las cuales, de acuerdo con Ostrom (2015) se distinguen de las reglas porque mientras éstas contienen los cinco componentes de la sintaxis ADICO, las normas solamente contienen 4, a excepción

del componente “o de lo contrario”, lo que significa que no existe un sistema de sanciones, ni una entidad específica encargada de aplicarlas.

Por otro lado, se observa una composición notoriamente homogénea en el grupo de participantes ya que predomina la participación de mujeres rurales de ascendencia indígena y popular, a lo que se agrega el hecho de una estructura altamente horizontal en la que no existen jerarquías formales ni roles directivos o de autoridad.

Normas de posición (ser):

Se identifica en la óptica de las propias mujeres un perfil de las participantes en el MCP, en el que predominan caracteres como:

- La condición de género (predominantemente mujeres)
- Indígenas, la mayoría provienen de localidades reconocidas como comunidades adscritas a la etnia purépecha y se asumen explícitamente como indígenas.
- Predominantemente prosumidoras, es decir ellas mismas producen lo que ofrecen al intercambio y consumen domésticamente lo que obtienen de él.
- Populares, no capitalistas, ya que no cuentan con acervos productivos capitalistas, no contratan ni se apropian de trabajo ajeno bajo el sistema asalariado.

Dado que no existe una estructura formal y que la participación es aleatoria, no existe una escala de posiciones específica, básicamente todas desempeñan los mismos roles como agentes de intercambio. Una de las pocas distinciones que destacan es que mientras que algunas se establecen en un lugar fijo, otras deambulan por el área que abarca el mercado, con sus productos, buscando el intercambio.

Normas de frontera (entrar o salir):

Prácticamente no existen restricciones para participar en el intercambio, ni obstáculos o sanciones para dejar de asistir, cualquier persona puede presentarse con sus productos para intercambiar e incluso se puede participar con dinero. De hecho, la participación suele ser aleatoria, y mientras que algunas de las participantes asisten con mayor regularidad, algunas otras lo hacen de manera más esporádica.

Algunas de las mujeres contactadas, entrevistadas o participantes en los grupos de enfoque declararon que han dejado de asistir por periodos largos de meses o incluso años; pero en contraste, otras nuevas participantes se suman cotidianamente, mediante un predominante sistema de transferencia generacional.

Sin embargo, por largo tiempo y de manera consuetudinaria el MCP se ha distinguido como una entidad y un espacio propio de las mujeres indígenas prosumidoras de la región purépecha de Lago de Pátzcuaro.

Normas de elección (los márgenes de acción):

Probablemente no existen acciones que sean consideradas como obligatorias en la dinámica del MCP, sobre todo considerando que no existe un reglamento formalmente establecido ni, como ya se ha mencionado, un sistema de sanciones.

Aunque el trueque como modalidad de intercambio no es obligatorio, y el uso del dinero no está formal ni explícitamente prohibido -de hecho es permitido- sin embargo predominan una serie de acciones y conductas más bien impuestas por las condiciones de las participantes y cuya normatividad proviene del uso regular por largos periodos de tiempo, es decir que son de naturaleza consuetudinaria. Entre estas acciones y conductas destaca la modalidad de trueque, cuya práctica obedece en buena medida a las dificultades de acceso a este medio o recurso que enfrentan la mayoría de las participantes y a su consideración de la superioridad del sistema de cambio sobre las transacciones comerciales.

Aun cuando no haya sanciones, se consideran inadecuadas e inaceptables acciones como el acaparamiento de los espacios, el beneficio unilateral a costa del perjuicio de las contrapartes o el fraude ofreciendo mercancías de mala calidad y apariencia engañosa, sólo por mencionar algunas. Si bien no existen sanciones directas, las personas que incurren en estas prácticas suelen ser identificadas y rechazadas de manera espontánea y no colectivamente convenida.

La gran mayoría coinciden en identificar las prácticas y acciones deseables y las no adecuadas, como producto del aprendizaje empírico cotidiano y dado que su

incorporación generalmente es a través de alguna familiar con la que aprendió la dinámica y normatividad del MCP.

Normas de agregación (control sobre la participación y la acción en el conjunto):

Entre las participantes en el MCP no existe un concilio formal general, las decisiones prácticamente en su totalidad son de carácter individual y es el conjunto de las decisiones de cada participante lo que marca la dinámica del mercado, ello no implica que no existan normas y pautas asumidas e implementadas colectivamente, las cuales han sido introducidas de manera tácita a través de largo tiempo y transmitidas generacionalmente.

Dado que las posiciones de las participantes son altamente similares, no existen posiciones de poder o privilegio por lo que todas tienen el mismo margen y variantes de acción de acuerdo a las mismas opciones; estacionarse o itinerar, intercambiar o no, el límite del regateo, selección de personas y productos preferentes para intercambiar, condiciones del intercambio, etc.

Los acuerdos y desacuerdos giran predominantemente en torno a los actos de intercambio entre dos participantes y las negociaciones tienen un alto grado de simetría, que puede tener mínimos contrastes por la edad y las condiciones socioeconómicas y culturales entre las participantes.

Normas de información:

No existe una agenda específica ni única en las dinámicas de comunicación entre las participantes y el flujo comunicativo es bastante horizontal, no existe un espacio específico o ex profeso para esta actividad, sino que constituye un componente estrecha y frecuentemente vinculado a los procesos y espacios de intercambio.

Además de la información económico-productiva relacionada directamente con las transacciones de productos, en el contexto del mercado fluye información de las diversas comunidades, familias y temas domésticos.

No existe una entidad concentradora de información ni una directriz central y jerárquica que imponga una agenda específica. Muchas de las participantes se conocen y mantienen relaciones estrechas y comparten información sobre sus familias y comunidades, además de la información sobre las condiciones de la producción y los productos en intercambio. Generalmente la asistencia al mercado va acompañada del mantenimiento y fortalecimiento de relaciones entre las participantes, además que frecuentemente les permite establecer nuevas relaciones.

Normas de pago (costos y beneficios):

La gran mayoría de las participantes se trasladan desde su lugar de origen hacia el sitio del mercado en transporte público colectivo, principalmente en combis, pagando cuotas que fluctúan en torno a los \$30.00 por viaje redondo.

Además de ello, se debe contar como costo de participación el tiempo de trabajo invertido en la elaboración de los productos que se llevan al intercambio, así como el tiempo y trabajo requerido para transportarlos y disponerlos para su exhibición e intercambio. Se considera también como costo el trabajo propio de intercambio que implica implementación de conocimiento y diálogo de negociación con sus contrapartes, y finalmente el traslado de los bienes obtenidos hacia su lugar de origen.

Entre los beneficios perceptibles y declarados por las propias participantes se encuentran los siguientes:

- Una relativa y parcial autonomía operativa e institucional respecto a entidades económicas y políticas superiores.
- La posibilidad de mantener la viabilidad económica del trabajo propio, lo que implica que se puede conseguir una diversidad de productos a cambio del trabajo propio y sin disponer de dinero.
- La obtención de bienes complementarios para los procesos de reproducción de la vida de las participantes e integrantes de sus unidades domésticas familiares.
- El acceso a un espacio empático y simétrico para realizar el intercambio y ampliar sus márgenes de sociabilidad y aprendizaje más allá de los espacios domésticos y comunitarios.

Normas de Alcance (resultados):

Este tipo de normas refiere a la identificación y fomento de acciones orientadas a mejorar el alcance de los resultados obtenidos en el aprovechamiento y manejo del bien común. Al respecto las participantes entrevistadas expresan balances que muestran una clara percepción hacia el deterioro y disminución de los alcances del MCP.

Se identifican sobre todo causas externas como el traslado del espacio de intercambio hacia áreas cada vez más periféricas al centro de la ciudad, la falta de interés por parte del gobierno local y la continua amenaza de otro tipo de comerciantes que crecen en número y en acaparamiento del espacio físico-temporal del mercado.

A esto se puede agregar la falta de vínculos con otras organizaciones de economía solidaria, comercio justo, cooperativas, etc., y de tipo político que colaboren en la defensa y fortalecimiento del MCP.

En términos generales se pueden destacar algunas normas que operan principalmente en las dinámicas de intercambio en el MCP, las cuales se sustentan en un tipo específico de solidaridad la cual denominamos *solidaridad simétrica* ya que se practica entre personas que tienen una situación similar en términos socio-económicos, culturales y de recursos en general. Por lo tanto, no se trata de caridad, ni de altruismo sino de complementariedad e interdependencia, lo que significa que las personas o grupos que establecen relaciones solidarias saben que el bienestar propio está estrechamente vinculado al bienestar del otro.

En nuestro caso, las participantes reconocen explícitamente que el MCP les ofrece la posibilidad de que su trabajo y sus productos encuentren demanda y que a través de ello puedan obtener otros productos que complementan la dotación requerida para la reproducción de su propia familia. Es decir, dependen de la confluencia de otras personas en similar condición, y que a su vez demanden sus productos, y les proporcionen otros a cambio. De esta manera, la continuidad de este espacio

depende de la sostenida participación de todas. Esto revela un reconocimiento de que el beneficio individual pasa por el beneficio colectivo.



Fotos: Juan Carlos Hidalgo. Escenas de intercambio MCP. Marzo de 2019.

También se observan normas de *respeto* en el trato en general entre todas las participantes, pero también en casos especiales entre los que destaca el factor de la edad, que propicia una mayor consideración que suele reflejarse en los términos de los intercambios. En el ámbito económico destaca el *trueque*, como mecanismo de intercambio de productos del trabajo y valores de uso, es decir bienes destinados al consumo para la reproducción de personas y familias. Esta práctica deriva de una norma apropiada y reivindicada por cada una de las mujeres participantes, en la medida en que les permite acceder a otros bienes a cambio de los productos de su propio trabajo, aún sin contar con recursos monetarios.

Otra norma económica fundamental que rige la dinámica del mercado, tiene que ver con la condición de *prosumidoras* de todas o la gran mayoría de las participantes

en el MCP, que contribuye a mantener su racionalidad reproductiva y a inhibir el intermediarismo y la acumulación.

En términos prácticos, las mujeres participantes en el MCP siguen normas como el establecimiento de los días de operación (martes y viernes), los horarios (de 6:00 a 10:00), y la delimitación del espacio físico y del tiempo, la cual está relacionada con una pauta establecida por la Dirección de Mercados del Gobierno Municipal, que ha autorizado a comerciantes de otro tipo, ajenos al trueque, para instalarse en el lugar partir de las diez de la mañana, obligando a las participantes del mercado de cambio a retirarse.



Fotos: Juan Carlos Hidalgo. Escenas de intercambio MCP. Marzo de 2019.

No existe una restricción formal sobre los lugares en los que cada participante puede instalarse. Sin embargo, muchas de ellas se instalan regularmente en el mismo lugar, generando una especie de derecho consuetudinario que es generalmente reconocido y respetado. Como una norma de entendimiento y comunicación se observa que se puede recurrir a la interlocución en *lengua purépecha*, pero también en español.

Se identifica como una amenaza la creciente afluencia de puestos y comerciantes en la áreas y horarios que tradicionalmente ha utilizado el MCP. Estos otros comerciantes se instalan con mayor infraestructura y mercancías, presionando a las mujeres del trueque para que se retiren, incluso antes de su horario normal.

En la perspectiva de análisis del entramado institucional que rige al MCP, un lugar relevante corresponde al ejercicio del trueque, cuya complejidad práctica, económica y normativa lo coloca como una de las instituciones más relevantes de este mercado.



Fotos: Juan Carlos Hidalgo. Escenas de intercambio MCP. Marzo de 2019.

5.3.1 El trueque y los términos y criterios de intercambio como normas

Existe una variada gama de criterios y normas consuetudinarias que permiten fijar los términos del intercambio en el MCP. La diversa combinación de éstos puede propiciar que no haya medidas fijas y definitivas aplicables de manera uniforme a todos los casos, y que en un mismo momento un volumen determinado de producto se cambie por más o por menos cantidad de otro. Entre los criterios y normas observados y mencionados por las propias participantes encontramos los siguientes:

- Se suele tomar el precio monetario del producto como referencia nominal, pero no determinante ni única.
- Se captan y toman en cuenta las fluctuaciones y correlación entre oferta y demanda de cada producto en el contexto general del MCP.
- Se consideran aspectos como la cantidad y frecuencia de las transacciones a partir de las cuales se establece una selección de clientes preferenciales.
- La empatía, la amistad y otros lazos que se construyen en virtud del origen étnico cultural y socio-económico común, la condición de género y la confluencia e interacción frecuente y prolongada en el MCP. Estos elementos sustentan relaciones de honestidad, cooperación y solidaridad, lo que puede propiciar mayor flexibilidad y accesibilidad en los intercambios.
- Se consideran también condiciones visibles como la edad o precariedad de las participantes en cada transacción, a partir de las cuales se contemplan criterios más flexibles en los términos del intercambio.
- Es común también el regateo o negociación, que es percibido como una práctica amistosa y hasta lúdica, que revela la reiterada construcción de lazos que fortalecen la cohesión entre las participantes y favorecen la continuidad del mercado.
- La totalidad de las entrevistadas declararon tener conciencia de la mutua complementariedad y dependencia existente entre todas las participantes y la importancia de la equidad en los intercambios para garantizar la continuidad del MCP, por lo que tienen cuidado en obtener un beneficio y satisfacción mutuos en cada transacción.

Ninguno de estos criterios interviene de manera aislada, sino que actúan en conjunto de manera combinada, no siempre son considerados todos y en algunas ocasiones pueden predominar unos sobre otros. Ello revela un alto nivel de complejidad en los actos de intercambio, que generalmente no están preestablecidos de manera general, sino que se resuelven en cada caso y de manera emergente. Para tener una idea aproximada de los tipos de intercambio en

la Tabla 8 se mencionan algunos ejemplos proporcionados por las participantes entrevistadas.

Tabla 8: Ejemplos de tipos de intercambio

Cantidad de un producto	A cambio de
½ kg de maíz	Un manojo de cilantro, o de acelgas o tres calabacitas, ¼ de kg de zanahoria o ¼ de kg de coliflor o ¼ de kg de pescado o ¼ kg. de jitomate
1 kg. de maíz	Un kg. de papa, o 1 kg de frijol, o 5 a 6 cebollas, o cuatro mojaras
Una docena de tortillas	Dos coliflores o cinco cebollitas o 4 pescados o una bolsita de kg de zanahorias o un manojo grande de ocote u ocho jitomates o una bolsita de kg de tomates o seis a siete plátanos o un montoncito (aprox. ½ kg) de charales o una olla pequeña de barro
Cuatro a cinco tamales	Una medida de litro de frijol
Un ramo de novia con romelia y alcatraz	Tres a cinco pescados medianos
Tres peras	Una charolita de pescado
Un banquito de madera	Seis a siete pescados o de medio a un cuarterón de maíz
Seis tortillas	seis a siete chiles
Un recipiente de a litro de maíz	Siete piezas de chile perón o tres a cuatro cebollas
Un manojo pequeño de ocote	Dos a tres cebollas o tres jitomates o tres a seis pescados
Un soplador	Cuatro tamales de zarza o ½ lt. de maíz o 12 tortillas o tres a cuatro pescados o un puño de ocote
Una pieza de chuspata	Cuatro tortillas o 1 plato de barro o dos a tres cebollas
Una bolsa de papas peladas	Un plato o de ocho a diez tortillas

Fuente: Elaboración propia con base en observación de campo y entrevistas a participantes realizadas en 2017-2018.

A esta complejidad y variabilidad en los términos y criterios de intercambio en el MCP habrá que agregar que en muchos casos las medidas no son tan exactas, ya que en general no se utilizan instrumentos de medición mecánicos y menos electrónicos, como básculas y otros, por lo que las porciones se calculan por “puños”, o por cantidad de producto, cuyo tamaño puede ser variable, por lo que cada intercambio puede ser diferente.

“Si la veo más amolada que yo, le doy más a cambio, si la veo más nueva, le doy menos” (Doña Petra, Santa Ana Chapitiro, 2017).

Todas las participantes entrevistadas declararon que prefieren el intercambio (trueque) que la compra con medios monetarios, ya que consideran que les rinde más su producto participando en el intercambio que mediante el comercio monetario. Este diferencial percibido por las participantes en el MCP, respecto al comercio monetario, se podría explicar en parte por la disparidad en la productividad que puede existir entre unidades productivas con mayor o menor tecnología y capital en el contexto de la economía convencional, lo cual propicia la transferencia de valor desde unidades menos productivas hacia otras más productivas, diferencial en el que se sustenta la competencia inter-capitalista por la apropiación del excedente social, y que opera a través del uso de dinero y la fijación de los precios.

Con base en la información proporcionada por las entrevistadas y las observaciones propias, se plantean a continuación algunas tesis explicativas de porqué las participantes perciben obtener mayor beneficio con el trueque que con la compra-venta monetaria:

1. En el contexto de mercados pequeños y relativamente autónomos como el MCP, la correlación entre oferta y demanda es más estable, porque el número de participantes es pequeño y porque comparten un horizonte cultural común, lo que hace al grupo más homogéneo y más factible el conocimiento de aspectos como hábitos de consumo, y poder adquisitivo de las participantes.
2. No hay intermediarismo, lo que contribuye a reducir costos.
3. Los bienes que se adquieren entran directamente al consumo de las familias de las participantes, por lo que inhibe la propensión a la acumulación y especulación.
4. Se trata de producción local, lo que también permite ahorrar costos de transporte, almacenamiento, refrigeración, etc.
5. La ausencia de dinero excluye la afectación por fenómenos como la inflación o la devaluación.

Para finalizar esta perspectiva de análisis se presenta a continuación un balance esquemático basado en los ocho principios de diseño de instituciones robustas propuesto por Ostrom (2015).

Tabla 9: Análisis institucional MCP

Principio	Análisis
1. Fronteras claramente definidas.	Aunque existe claridad de quienes son y no son partícipes del intercambio mediante trueque de acuerdo al perfil del MCP, se observa una creciente invasión de actores comerciales convencionales que limitan progresivamente la operación de este mercado y amenazan con extinguirlo.
2. Equivalencia proporcional entre costos y beneficios.	Este balance es realizado de manera individual por cada participante, aunque se asume que quienes continúan de manera prolongada su participación mantienen un balance positivo entre costos y beneficios y así lo han expresado.
3. Acuerdos de elección colectiva.	No existen prácticas ni mecanismos formales de deliberación colectiva, aunque las normas que se identifican son asumidas de manera general y explícita por las participantes en el trueque, pero no así por los crecientes comerciantes convencionales.
4. Monitoreo	No existen prácticas ni instancias formales de monitoreo.
5. Sanciones graduales.	No existen sanciones ni entidades formales encargadas de aplicarlas.
6. Mecanismos para la resolución de conflictos.	No existen mecanismos ni instancias mediadoras para la resolución de conflictos.
7. Reconocimiento del derecho a organizarse.	Si bien el gobierno local ha permitido la continuidad del MCP sin intervenir demasiado en el establecimiento de reglas y normas de operación interna, esto parece obedecer más bien a una forma de indiferencia y desdén que a un respeto y reconocimiento de la importancia económica y cultural que este mercado tiene para los sectores populares.
8. Empresas anidadas.	Más allá de las dimensiones físicas (explanada de una cancha de basquetbol y calles adyacentes) en la que opera el MCP, como entidad económica este recurso podría tener más proyección mediante una mayor vinculación con otras unidades domésticas, comunidades, así como organizaciones económicas, políticas y gubernamentales, que actualmente no tiene.

Fuente: Elaboración propia.

Con base en este esquemático análisis se puede detectar cierto grado de debilidad institucional que podría estar afectando no sólo las perspectivas de fortalecimiento del MCP, sino que incluso podría contribuir a su lento pero constante debilitamiento.

5.4. El mercado como nodo articulador de un subsistema territorial de economía popular

En este apartado se establece en primer lugar lo que se entiende por economía popular, con base en sus condiciones operativas y su racionalidad económica, así

como la forma en que se integra la estructura y localización de las unidades operativas básicas que dan sustento y conforman un subsistema económico territorial al cual se encuentra articulado el MCP.

Posteriormente se realiza un análisis de las condiciones operativas de las unidades domésticas populares-rurales-indígenas que constituyen el subsistema, desde una perspectiva que busca articular los enfoques de la economía popular y de la economía feminista.

5.4.1 La economía popular

Se entiende la economía popular como un conjunto de actividades económicas implementadas por los sectores populares, que tienen como centro orgánico operativo básico a unidades domésticas, que se organizan para obtener los bienes necesarios para la satisfacción de sus necesidades materiales y no materiales y la reproducción de la vida de sus integrantes, tanto de manera cotidiana como en el largo plazo, para lo cual dependen fundamentalmente del ejercicio continuado de su propia fuerza de trabajo (Sarria y Tiriba, 2003; Coraggio, 2004; Gutiérrez, 2005).

Los principales actores de la economía popular son los sectores populares, asociados de manera prolongada en unidades domésticas a través de las cuales, de manera colectiva y solidaria, se organizan para resolver conjuntamente su dinámica de vida cotidiana, pero también construyen un proyecto de vida en común y a largo plazo.

Se entiende por sectores populares aquel segmento de la población que no cuenta con recursos económicos suficientes para sobrevivir de manera prolongada sin trabajar, y tampoco dispone de medios de producción de tal magnitud como para implementar unidades o emprendimientos productivos de gran escala, incluyendo contratación de fuerza de trabajo suficiente como para vivir exclusivamente de su explotación.

El MCP constituye un referente de contraste respecto al mercado capitalista ya que opera con valores y criterios opuestos a la competencia destructiva, la especulación y la acumulación de poder económico y político, pero también representa una

alternativa para el conjunto de mujeres que tienen un acceso limitado o nulo a un empleo formal y estable, a ingresos monetarios suficientes y regulares, y que como pequeños productores independientes no cuentan con los acervos de capital, tecnológicos y productivos para competir con las unidades productivas capitalistas modernas.

Los altos costos de los insumos agro-productivos junto con la mayor capacidad tecnológica productiva de las unidades capitalistas modernas, junto con el control y especulación del comercio ejercido por intermediarios, constituyen barreras de entrada para estas productoras.

El MCP les permite encontrarse y confluir en tanto comparten circunstancias socioeconómicas similares como marginadas de la economía formal y pequeñas productoras de baja productividad relativa. Entre ellas encuentran demanda a sus productos y pueden obtener otros a cambio, gracias a la sincronía y complementariedad entre la oferta y la demanda no sólo en términos cuantitativos y de escalas, sino también cualitativos, respecto a los hábitos de consumo y necesidades de productos básicos, predominantemente alimenticios.

Con ello los métodos de trabajo y sus instrumentos que resultan no aptos para el mercado convencional, recobran su viabilidad como medios para dar sustento a la vida de un importante número de familias, lo que no sería posible sin la existencia de este mercado.

Además del contraste en términos de las condiciones tecnológico productivas entre este segmento de la economía popular y la economía del capital, también se distingue un contraste significativo en términos de las unidades de producción, ya que tanto en sentido orgánico como en términos de su racionalidad se observan notables diferencias, ya que la economía popular tiene como núcleo básico a las *unidades domésticas* cuya racionalidad rectora es la reproducción de la vida mientras que las unidades productivas capitalistas están orientadas a la producción de bienes y ganancias en un sentido acumulativo.

La racionalidad operativa de las unidades domésticas populares contrasta significativamente con la lógica de la economía del capital, como se analiza en el siguiente apartado.

5.4.2 Dimensión territorial del subsistema

En este análisis se adopta una noción de territorio no sólo en su acepción más simple en tanto “recorte de la superficie terrestre” o como “soporte geográfico” que sugiere cierto nivel de homogeneidad, sino en su mayor complejidad como espacio organizado que denota la existencia de una comunidad que se reconoce y que tiene como referencia primaria el propio territorio y no sólo como una escala geográfica sino, sobre todo, como sustancia, como constructo social y como actor. Desde esta perspectiva lo que se destaca es la necesidad de considerar al territorio en su especificidad, en su complejidad y en su heterogeneidad, tanto para efectos de estudio y análisis, como de intervención estratégica (Boisier, 2001, Albuquerque, 1999, Vázquez Barquero, 2000).

A partir de esta noción de territorio y para efectos metodológicos, se aborda aquí el análisis territorial en dos escalas y dimensiones. Por un lado, se toma como referencia la región lacustre de Pátzcuaro que se caracteriza por un paisaje rural, con actividades económicas predominantemente comercial, agrícola, pesquera y turística.

Esta región se caracteriza por una importante presencia de la cultura indígena purépecha, que cuenta con una importante tradición histórica, sentido de pertenencia y elementos de identidad.

En la región también se pueden observar rezagos socio-económicos, y problemáticas como el desempleo, la emigración, la pobreza y el alcoholismo, a pesar de los cuales se preservan sólidos lazos de identidad cultural y estilos de vida comunitarios, que se fortalecen mediante la adopción de una historia común, y la acción emergente de organizaciones y movimientos reivindicatorios en defensa de la autonomía territorial y cultural, la preservación de sus recursos naturales y el replanteamiento en los términos de integración al Estado nacional.

Por otro lado, se toma como territorio al Mercado de Cambio, que se conforma como un recorte espacial claramente definido, en el cual se despliega un ambiente altamente dinámico y lúdico alentado por las más de 200 mujeres indígenas que en él participan y que construyen cotidianamente relaciones diversas y complejas que fortalecen su identidad y propician la cooperación y la solidaridad.

La gran mayoría de las más de 200 participantes en el MCP provienen de alrededor de 40 localidades indígenas aledañas al Lago de Pátzcuaro. En la Tabla 10 se detallan algunas de las localidades registradas.

Tabla 10. Municipios y localidades participantes en el MCP

Municipio	Localidades
Pátzcuaro	Pátzcuaro, Cuanajo, Santa Ana Chapitiro, Ajuno, Ihuatzio, San Miguel Charahuen, San Pedro Pareo, Uranden, Janitzio, Santa María Huiramangaro (San Juan Tumbio), Tzetzingaro, Tócuaro, Jarácuaro, Huecorio y Tócuaro.
Tzintzuntzan	Cucuchucho, Ichupio, Tarerio y Ucazanaztacua.
Tingambato	Tingambato y San Francisco Pichátaro.
Erongarícuaro	San Miguel Nocutzepo, Puácuaro, Arocutin y San Francisco Uricho.
Quiroga	Santa Fe de la Laguna, San Jerónimo Purenhécuaru y San Andrés Tziróndaro.
Salvador Escalante	Santa Clara del Cobre y Opopeo.
Nahuatzen	Nahuatzen y Sevina
Uruapan	Caltzontzin
Ziracuaretiro	Ziracuaretiro y San Ángel Zurumucapio

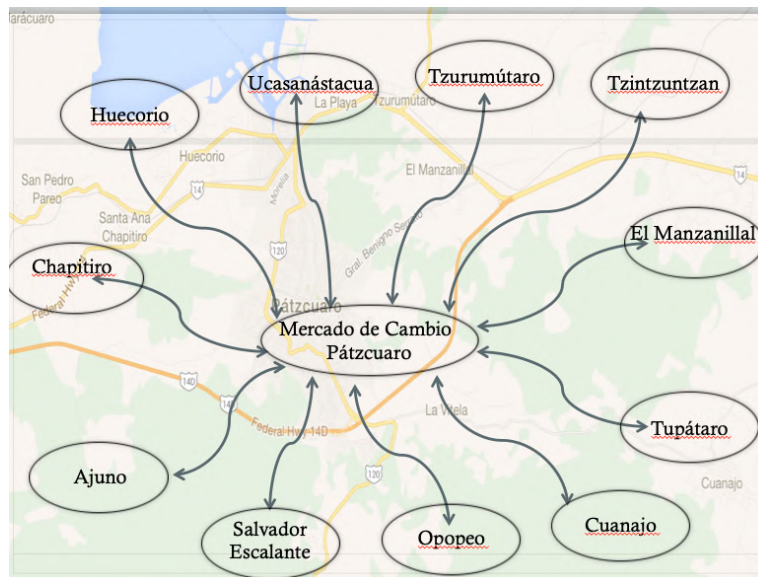
Fuente: Elaboración propia con base en información de campo 2018.

Además de su común identidad indígena, por la que comparten lengua, cultura, paisaje, recursos y tradiciones similares, las localidades de origen de las participantes en el MCP comparten características como su condición rural, baja presencia de actividad industrial y altos niveles de desempleo. La mayoría de la población se dedica al comercio y actividades agropecuarias a baja escala, en buena medida para el autoconsumo.



Fotos: Juan Carlos Hidalgo. Escenas de intercambio MCP. Marzo de 2019.

Figura 6. Dimensión territorial del subsistema



Fuente: Elaboración propia.

El limitado acceso a recursos monetarios, debido a los altos niveles de desempleo y bajos salarios, conjuntamente con las condiciones de producción no industrial, constituyen la base objetiva de su condición de acceso marginal a la economía y mercados convencionales. Lo anterior favorece la identificación del mercado como espacio de confluencia que da viabilidad a sus propias formas económicas y productivas, como medios para sustentar los procesos reproductivos de la vida cotidiana y de largo plazo de sus unidades domésticas.

El MCP es un mercado de tipo tianguis con orientación predominantemente agroalimentaria y de escala y circuito local. Sus dinámicas de tiempo y formas de producción, circulación y consumo están articuladas en torno a una racionalidad reproductiva de la vida de más de cien familias de origen popular-campesino-indígena.

La mayoritaria participación de mujeres es consistente con la inequitativa división social del trabajo basada en criterios de género, que asigna a las mujeres los trabajos social, cultural y económicamente menos valorados. En contraste con ello, para la economía popular y la economía feminista, las actividades económicas relacionadas con la reproducción de la vida, en las que las mujeres mantienen una contribución fundamental, adquieren una importancia sustantiva como propósito nodal de toda economía.

En el caso del MCP, se puede observar que la contribución económica de las mujeres es más relevante ya que se trata de familias que tienen bajo acceso a la economía formal y a ingresos monetarios, por lo que el trabajo de producción de bienes agroalimentarios y el intercambio mediante trueque es mucho más que un complemento secundario. Lo que favorece a una mayor valoración y autovaloración del aporte económico de estas mujeres.

El MCP está estrechamente articulado con las actividades productivas de las mujeres y familias que en él participan, lo que se puede observar en la directa correspondencia entre los bienes que las mujeres y sus familias producen y los que se intercambian en el mercado, y que además coinciden con tradiciones de consumo alimentario de la región, lo que contribuye a dar integralidad y consistencia al circuito económico territorial articulado en torno al MCP.

Este mercado ha contribuido a fortalecer la autovaloración de las mujeres y sus capacidades, ya que funciona con un considerable grado de autonomía, respecto a la autoridad formal (gobierno municipal) y masculina, pues son las mujeres las que deciden qué producen, cómo se establecen en el mercado, los términos y criterios de intercambio y qué productos reciben a cambio de los propios, entre otras cosas.

Este margen de autonomía también se expresa respecto a la posesión y manejo de los productos que reciben, ya que al no tomar forma monetaria dejan de verse como objeto de interés por parte de otros actores, por lo que su posesión, manejo y aprovechamiento es gestionado por las propias mujeres.

Dado que la economía capitalista funciona con base en la competencia tecnológica-productivista, muchas formas y medios de trabajo son inviabilizados, aun cuando mantengan una completa capacidad para producir bienes apropiados para dar sustento a la vida. Esta inviabilización se expresa mediante la expulsión de una gran cantidad de medios y formas productivas, que se verifica en el mercado mediante mecanismos como el establecimiento de precios.

La permanencia de formas y sistemas económicos relativamente autónomos de la economía capitalista, permite mantener la viabilidad no sólo de formas económicas y productivas, sino también de formas de vida. En este sentido, el MCP, además, favorece el despliegue y desarrollo de capacidades entre las mujeres y con ello su valoración y autovaloración, así como la recreación de valores económicos y sociales como la reproducción de la vida como criterio rector de la economía, la cooperación y la solidaridad social y de género.

La exclusión del dinero en la dinámica del MCP tiene múltiples implicaciones, entre ellas destacan el hecho de que un sector de la población, marginado de la economía formal, encuentre un espacio en el que las formas y los productos de su trabajo son aceptados y pueden obtener a cambio otros que contribuyen a su manutención. La exclusión de dinero también inhibe las tendencias a la acumulación y a la especulación, que suelen traducirse en la adquisición de poder y el despliegue de prácticas inequitativas.

En este ámbito también se observa la existencia de un gran número de casos de economía y comercio alternativos, ya sea con cooperativas, producción orgánica, agroecológica, con circuitos cortos, comercio justo, monedas locales, trueque en diferentes partes del mundo, de América Latina, de México y de Michoacán.

5.4.3 Unidad doméstica, economía popular y economía feminista

De acuerdo con Coraggio, la unidad operativa básica de la economía popular no es el emprendimiento mercantil o unidad de trabajo mercantil, sino la *unidad doméstica*, la cual es entendida como

un conjunto de individuos, vinculados de manera sostenida, que son --de hecho, o de derecho-- solidaria y cotidianamente responsables de la obtención (mediante su trabajo presente o mediante transferencias o donaciones de bienes, servicios o dinero) y distribución de las condiciones materiales necesarias para la reproducción inmediata de todos sus miembros (Coraggio, 2004: 126).

Es común que la división del trabajo en el ámbito doméstico se sustente en los roles tradicionales de género, que asumen como “natural” que las mujeres se dediquen al hogar mientras que los hombres salen al mercado de trabajo y obtienen un empleo remunerado, lo que redunda en una división sexual opresiva del trabajo que pretende justificarse desde las teorías neoclásica y sobre el capital humano, según las cuales las mujeres

han venido dedicando voluntariamente mucho tiempo y esfuerzo a la crianza de sus hijos, porque desean que las elevadas inversiones biológicas llevadas a cabo en capital de procreación de los hijos den su correspondiente fruto. Adicionalmente, una madre puede alimentar y cuidar más fácilmente a los hijos mayores mientras engendra otros hijos que mientras participa en otras actividades (Becker, 1987: 39).

El economista neoclásico Gary Becker es uno de los que más enfáticamente busca mostrar y justificar el carácter “natural” de la división sexual del trabajo, sus argumentos están enfocados en una supuesta condición natural de las mujeres para realizar el trabajo de procreación y reproducción de la vida, así como para los cuidados y el trabajo doméstico, mientras que los hombres según él, están más habilitados para el mercado laboral. Lo cierto es que estos argumentos han sido utilizados para intentar justificar y perpetuar una condición de inequidad basada en la diferencia de género.

Incluso la propia dinámica económica del capital ha propiciado la incorporación de las mujeres al mercado laboral, no con una intención liberadora y de equidad de

género, sino como efecto de una histórica, constante y progresiva sub-valoración de la fuerza de trabajo, que provoca que un solo salario sea insuficiente para garantizar el sustento de una familia. Con la consecuencia directa de que las mujeres, sin deslindarse de las cargas de trabajo reproductivo y doméstico, ahora adicionalmente asumen la carga de trabajo asalariado, la denominada doble jornada. Esto significa que, a la condición estructural de subordinación de las mujeres en los ámbitos social y doméstico, se suma un incremento en sus cargas de trabajo. Al respecto Alma Espino plantea que

La rígida división sexual del trabajo en los hogares y el mercado, conjuntamente con mecanismos institucionales, contribuyen a explicar que las mujeres concentradas en el ámbito de la reproducción entren en las negociaciones, en todos los campos de la sociedad, en posiciones subordinadas (Espino, 2010: 16).

En un análisis más profundo se observa que para la economía del capital las unidades domésticas populares constituyen la fuente productora de fuerza de trabajo, la cual constituye el insumo fundamental del proceso de valorización capitalista (Marx, 2007). La fuerza de trabajo que es comprada por el capitalista, es producida en la unidad doméstica y su valor está sustentado en buena medida en el trabajo de las mujeres, que juegan un papel preponderante en procesos como limpieza de la casa, de la ropa y de los utensilios, preparación de alimentos, cuidados, educación y un sin fin de tareas más.

Sin embargo en el sistema de contratación obrero-patronal, prevalece la falsa apariencia de que el salario que el trabajador recibe constituye el pago por el trabajo que éste realizó, y no por el valor de su fuerza de trabajo (Marx, 1978 y 2007:651), en cuya producción las mujeres realizan un aporte fundamental, bajo la forma de trabajo doméstico, razón por la cual este trabajo no se visibiliza como trabajo productivo o acreedor de pago, “se confunde el hecho de que no perciben un ingreso monetario con el hecho de que no lo devengan” (Espinoza, 1983: 139).

Esta situación propicia la falsa idea de que es el trabajador asalariado el que ha “ganado” el dinero y por tanto le pertenece, de lo cual deriva el supuesto derecho y facultad de poseerlo, administrarlo y distribuirlo, y pone en desventaja a las mujeres

para negociar y decidir sobre la división del trabajo (Gómez y Jiménez, 2015) y el manejo y distribución de los recursos obtenidos bajo la forma de salario, generando una doble condición de *explotación*, subordinación y *opresión*. Esto es, que no se reconoce ni se remunera el aporte de las mujeres en la reproducción de la fuerza de trabajo, y se les coloca en desventaja respecto al manejo y usufructo de los recursos generados con su propio trabajo.

El creciente acceso de las mujeres de los sectores populares al mercado laboral, pareciera contribuir a la superación de la marginación y explotación de la que son objeto por estar circunscritas exclusivamente al ámbito doméstico. Sin embargo, en este proceso de apertura se observan otros problemas; por un lado, que su participación en el mercado de trabajo no las exime de las tareas domésticas, por lo que se ven sometidas a dinámicas de doble jornada (Palomar, 1997; Alcañiz, 2015). A ello se suma la inequidad en la asignación de puestos y salarios, generalmente menores por el simple hecho de ser mujer (Ariza, 2006; Pedrero, 2009).

5.4.4 La Unidad Doméstica en el ámbito rural-indígena y el Mercado de Cambio

Las condiciones de las mujeres rurales-indígenas al interior de sus propias unidades domésticas familiares están marcadas por un contexto de inequidad estructural y cultural de género. En uno de los primeros trabajos realizados en este campo se señala que entre las causas de la inequidad se encuentra el patrón cultural de herencia patrilineal (Lombardo, 1944).

Aspectos como el maltrato físico y emocional, la imposición de un cónyuge, del número de hijos que habrán de tener, la sumisión y servicio al marido, la sobrecarga y ejecución de trabajos no remunerados, la subordinación de las necesidades, deseos y proyectos propios a favor de los del marido y los hijos, la marginación en el manejo y toma de decisiones sobre los recursos familiares y particularmente sobre el dinero, el impedimento a heredar y poseer tierras así como a participar en cargos públicos de elección y representación, entre otras muchas condiciones de género están vigentes y actuantes entre las familias de las mujeres participantes en

el MCP, ya que prácticamente la totalidad de ellas pertenecen al medio rural indígena.

De acuerdo con Huacuz y Rosas (2017) en un estudio realizado en 2008 en Michoacán, se encuentra que mientras que el 53.5 de las mujeres indígenas de 2 años en adelante participan en los quehaceres domésticos, solamente el 0.9% de hombres lo hace. En el caso de las mujeres participantes en el MCP que fueron entrevistadas y las participantes en los grupos de enfoque declararon que han trabajado desde niñas realizando tareas tradicionalmente asignadas a las mujeres como el aseo de la casa, lavado de ropa, preparación de alimentos, etc. Adicionalmente, alrededor del 40% también participaron en actividades tradicionalmente asignadas a hombres, como la siembra, y solamente tres de ellas poseen una pequeña parcela de tierra agrícola en propiedad, lo que resulta un caso excepcional.

En una consulta realizada *in situ* a 48 mujeres participantes en el MCP, de las cuales 33% son menores de 50 años y 67% mayores de 50, se constató que ninguna de ellas ha tenido acceso a la educación superior, solamente el 12% tienen estudios de nivel medio, el 80% cuentan sólo con educación básica y 8% no saben leer ni escribir. Esto representa un indicador más del grado de marginación que viven las mujeres del ámbito rural-indígena y particularmente en las dinámicas y patrones culturales de las propias familias, en las que aun predomina la idea de que las mujeres no necesitan ir a la escuela pues solamente deben ser educadas para ser esposas, madres y amas de casa.

“Mi mamá nos decía que para qué estudiábamos si de todos modos nos íbamos a casar y más bien teníamos que aprender a echar tortillas y atender al marido” (Doña Berta, 72 años, Grupo de enfoque, Cuanajo 2018).

Se puede observar que además de cumplir con los roles domésticos, estas mujeres se involucran en actividades de trabajo extra-domésticas, ya que la generalidad de los productos que circulan en el MCP son producidos, trasladados e intercambiados por ellas mismas.

La economía del medio rural generalmente está vinculada al sector agroalimentario, en este contexto se desenvuelven sistemas productivos de diferente índoles y escala. Se pueden ubicar tanto grandes empresas capitalistas como unidades productivas medianas, pequeñas y micro-productoras; es el caso de las mujeres del MCP, quienes generalmente tienen como base operativa no unidades productivas especializadas, sino sus propias unidades reproductivas domésticas.

Respecto a la composición de las unidades domésticas a las que pertenecen las 30 mujeres entrevistadas, se encontró que el promedio de edad de las participantes en el MCP es de 59 años, todas ellas son o han sido casadas, se casaron en promedio a los 18 años y la mayoría comparte su hogar con integrantes de su familia, cuyo número promedio es de 4.6 personas. Con ellos comparten la vivienda, mobiliario y enseres domésticos, así como los bienes de consumo cotidiano y las tareas del hogar. Es decir que se constituyen operativa y funcionalmente como unidades domésticas, entendidas como entidades asociativas-reproductivas, con las que comparten no solamente la operación cotidiana, sino vínculos duraderos y un proyecto de vida de largo plazo, lo que implica el establecimiento de compromisos solidarios.

De las 30 familias entrevistadas solamente tres cuentan con pequeñas parcelas de tierras propias, ya sea como pequeña propiedad, ejidal o comunal, siete trabajan en tierras prestadas, rentadas o como medieros, y solamente en 12 de estas familias al menos un integrante cuenta con un empleo asalariado. Todas las mujeres entrevistadas realizan actividades adicionales a las tareas del hogar, entre estas destacan la elaboración de tortillas, gorditas y tamales, así como el cultivo de frutas, hortalizas, maíz, calabazas, acelgas, coliflor, brócoli, crianza de animales de granja como cerdos y gallinas y productos artesanales como textiles, alfarería, productos tejidos con fibras vegetales y utensilios de madera.

En ningún caso se encontró la existencia de unidades especializadas en actividades productivas propias como talleres o fábricas, y tampoco casos en los que se contrate trabajo asalariado. Las características de los instrumentos y métodos de trabajo que

utilizan revelan que los procesos productivos son de tipo artesanal. En todos los casos el insumo principal es el trabajo y las escalas de producción son acordes al trabajo del número de integrantes de la unidad familiar. En los procesos agrícolas predomina la producción a baja escala, en parcelas pequeñas de cultivos diversificados y huertos de traspatio, sin el uso de agroquímicos como fertilizantes o pesticidas, lo que favorece una relación menos nociva y más armónica y duradera entre las productoras y la tierra.

Los conocimientos que las mujeres poseen sobre las necesidades de los procesos de reproducción de sus respectivas unidades familiares, les permiten determinar el tipo, variedad y cantidad de productos que deben recibir a cambio de los propios. La participación en el intercambio de bienes y en los procesos productivos de los productos que se intercambian, denota el rol que juegan las mujeres no sólo en la permanencia y dinámica del mercado de cambio de Pátzcuaro, sino en los procesos productivos que le anteceden y en los procesos reproductivos que le dan sentido como fin último de todo el ciclo. Esta participación se sustenta en una serie de condiciones que enumeramos a continuación:

- Dado el vínculo que tradicionalmente mantienen las mujeres cotidianamente con la dinámica interna de los hogares, tienden a participar en las actividades de educación y formación de las hijas y los hijos, mediante las cuales se transmiten valores, conductas, tradiciones, costumbres y hábitos.
- En el ámbito interno del hogar se suele asignar a las mujeres un rol importante en la dinámica reproductiva cotidiana, particularmente en la alimentación de los hijos y a la familia en su conjunto.
- La común insuficiencia de los recursos disponibles para cubrir la alimentación y otras necesidades, frecuentemente lleva a las mujeres a involucrarse en actividades extra-domésticas, buscando conseguir recursos complementarios, mediante múltiples estrategias.
- En este caso se trata de la generación de actividades productivas mediante las cuales se obtienen bienes susceptibles de ser intercambiados.
- La participación en dinámicas y entidades económicas más amplias, como es el caso del MCP, les implica una inversión adicional de tiempo, energía y desgaste

físico, a la vez que les permite implementar y fortalecer una serie de habilidades negociadoras y asociativas.

Con base en los datos obtenidos de las entrevistas, se observa que el aporte del trabajo productivo y de cambio vinculado al MCP que realizan las mujeres constituye entre 40% y 60% del gasto familiar. Este aporte está orientado en al menos 90% al consumo alimenticio, por lo que se puede afirmar que el principal aporte del trabajo de estas mujeres se encuentra en el ámbito económico reproductivo, específicamente en la alimentación de sus familias.

Esto es importante considerando que según la OIT (2008) las mujeres de zonas rurales producen más de la mitad de los alimentos del mundo a pesar de su menor productividad. Esto es fundamental, y más aún en los medios rurales e indígenas en los que se encuentran condiciones de pobreza superiores a los del medio urbano y se trata de un asunto particularmente delicado considerando las dificultades que esto implica para el acceso a una alimentación suficiente y adecuada, por lo que el trabajo de las mujeres se traduce en un importante aporte al sostenimiento y la reproducción de la vida de sus familias y comunidades (RedPAR, 2018).

Esto es consistente con el hecho de que las mujeres conforman el 43% de la fuerza laboral agrícola en los países en desarrollo y con la afirmación de que “Las mujeres rurales desempeñan una función fundamental en la agricultura ya que en diferentes partes del mundo participan tanto en la producción de subsistencia (a través de estrategias como los cultivos en huertas familiares, recolección y procesamiento de alimentos), como en el comercio agrícola al formar parte de las diferentes etapas de la producción de alimentos a gran escala” (Castilla, 2012: 225).

La información obtenida de las mujeres entrevistadas sobre sus cargas y horas de trabajo y uso del tiempo corresponde en buena medida con los datos más generales según los cuales “Las mujeres rurales emplean hasta 16 horas al día produciendo, elaborando, vendiendo, preparando alimentos, recogiendo materiales para combustible y acarreando agua para el hogar, además de otras faenas como el cuidado de los hijos, familia ampliada y animales de traspatio (Costa, 1996: 2).

Las horas de trabajo y valor de producto de estos trabajos no suelen ser considerados en los sistemas de cuentas nacionales de la mayoría de los países, y muchas veces tampoco en sus comunidades ni en sus hogares. Adicionalmente hay que tomar en cuenta que este aporte no sólo debe ser valorado en términos cuantitativos como horas y cargas de trabajo, pues además lleva implícito un importante acervo de conocimientos y habilidades en torno a las propiedades nutricionales de los alimentos y sus múltiples variantes de preparación para su consumo apropiado. Más aún, los trabajos de cuidados y atención afectiva propician la formación de personas estables que contribuyen de manera fundamental a la armonía social.

La participación de las mujeres en el MCP puede favorecer el fortalecimiento de nexos de identidad ya que comparten un referente institucional y social que refuerza las condiciones de reproducción de la vida de sus familias y su condición como *prosumidoras*.

La mayor parte de los recursos que reciben a cambio en el MCP no son de tipo monetario, no son fácilmente transferibles para usos diversos, sino sólo aptos para ser destinados directamente al consumo doméstico, lo que favorece que permanezcan bajo la posesión y manejo de las mujeres, datándolas de cierto margen de autonomía y poder de decisión sobre ellos.

Aunque, como ya se ha señalado antes, su participación en el MCP y las actividades productivas que conlleva, también implican un aumento en su carga de trabajo, pues no las exime de las tareas domésticas. Por otro lado, la posibilidad de desplegar estas capacidades y mostrar su importancia en los procesos reproductivos domésticos podría contribuir a revertir la desvalorización de su trabajo, la marginación en la distribución de recursos y derechos de decidir sobre ellos, así como las relaciones de dominio y opresión.

5.5. Perspectivas de autonomía

Existe un reconocimiento generalizado respecto a algunos avances y mejoras en la situación de las mujeres en el mundo, en la gran mayoría de países ya pueden votar

y ser electas para cargos de representación popular y participan en altos puestos de gobierno y consejos directivos de empresas, aunque no en la proporción que corresponde considerando que constituyen un poco más del 50% de la población total, pero aún esto era impensable hace menos de un siglo.

Sin embargo, en términos generales aún prevalece una notable desigualdad de género, que se agudiza cuando se combina con factores socioeconómicos y étnico-culturales, por lo que en el ámbito rural-indígena podemos observar que las condiciones en las que viven las mujeres son aún más adversas y desiguales, a ello aunada la violencia de género como fenómeno que si bien siempre ha existido en el ámbito propio de los hogares, en las últimas décadas ha adquirido una escala social de proporciones alarmantes.

En ámbito internacional las mujeres indígenas empiezan a hacerse presentes desde la Cuarta Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre la Mujer en Beijing y en sus sucesivas emisiones y dado forma a corrientes como el *feminismo comunitario* (Huacuz y Rosas, 2017).

Existen en el mundo una serie de expresiones y procesos que dan cuenta de la emergencia de movimientos de reivindicación popular, indígena y feminista en los ámbitos cultural, político y económico, pero de los cuales las mujeres del MCP no participan ni tienen conocimiento.

Entre estos movimientos emergentes se encuentran lo que algunas autoras identifican como “la constitución de las mujeres indígenas como actoras políticas desde que proponen dar a la lucha india por la autonomía y el respeto a los derechos humanos un rostro femenino” (Valladares, 2008: 48).

Se reconoce como un avance importante el emergente abordaje y las declaratorias que sobre las mujeres indígenas se realizaron en la IV Conferencia de Beijing (1995), también se identifican algunas limitaciones, ya que “a partir de una definición limitada y esencialista del concepto de cultura, denominada como costumbres y tradiciones, se ha pretendido culturizar conflictos y desigualdades en países del llamado Tercer Mundo, sin dar cuenta en términos históricos del origen de dichas

prácticas ni contextualizarlas en el marco de las relaciones de desigualdad económica y política que construyen y dan sentido a las exclusiones de género” (Ó Valladares, 2008: 49).

A partir de estos eventos se han generado algunos procesos organizativos que llevaron, entre otras cosas, a la creación del Enlace Continental de Mujeres Indígenas de las Américas (EICMA), que en 1996 realizó su primer taller y encuentro en Guatemala, y varios en México; en 1997 el segundo en Oaxaca, el VI en 2011 en Morelos y el octavo en febrero de 2020 en la ciudad de México (EICMA, 2020).

En años más recientes en México se han presentado dos grandes gestas indígenas en las que la participación de las mujeres ha sido destacada, lo que ha generado un doble efecto, por un lado, un mayor reconocimiento a sus capacidades y aportes, y por otro lado un avance importante en el establecimiento de una agenda propia.

El primero de ellos tuvo un mayor impacto y trascendencia internacional, fue la formación del Ejército Zapatista de Liberación Nacional que cobró relevancia en la escena pública y política nacional a partir del levantamiento de enero de 1994.

A partir de ahí se viene estableciendo paulatinamente una agenda a partir del primer decálogo promovido por las mujeres zapatistas en 1994 (SC Marcos, 2006) y la determinación de pasar “de la sumisión a la autonomía” de acuerdo con las expresiones de las comandantas Ramona, Dalía, Miriam, Rosalinda, compañeras Elisa, Mireya, Gabriela, Elena, Yobana, Amanda, Mónica y la “abuelita Albina” en el *III Encuentro de los Pueblos Zapatistas con los Pueblos del Mundo*, realizado en la comunidad de La Garrucha, municipio de Ocosingo, Chiapas en diciembre de 2007 (Velasco, 2017).

De manera progresiva se viene construyendo una agenda en la que se establecen los derechos de respeto, de igualdad, reproductivos, de participación en todos los niveles de la vida pública y privada, de protección y justicia ante la violencia, económicos, a divertirse, comprometerse y tener una vida plena con independencia y libertad, entre otras muchas cosas.

El segundo evento se refiere al protagonismo verificado por las mujeres de la comunidad indígena de Cherán en defensa de sus recursos, de su seguridad y de su territorio en 2011, a partir de lo cual adquirieron prestigio regional y nacional que repercutió en su posicionamiento.

Se pueden observar y reconocer avances importantes en el posicionamiento de una agenda de género en el ámbito internacional, y de las luchas locales en las que las mujeres indígenas han destacado. No obstante, aún predomina una adversa situación que enfrentan las mujeres en el mundo y particularmente las mujeres del medio rural-indígena.

En consonancia con este paulatino posicionamiento, proliferan diversas expresiones más o menos aisladas en diversos horizontes, la participación de las mujeres del ámbito rural-indígena en actividades y entidades como el MCP propicia el desarrollo y fortalecimiento de una potencial autonomía, autovaloración y valoración social-comunitaria. Esto se puede detectar en sus propias reflexiones expresadas durante las entrevistas y grupos de enfoque en los que se obtuvieron una serie de expresiones por parte de las participantes, como puede verse a continuación.

Si bien su participación en el MCP implica un aumento en sus cargas de trabajo, todas ellas manifestaron que, aunque participan por la necesidad de complementar el ingreso familiar y contribuir a mejorar las condiciones alimentarias de sus familias, también sienten la satisfacción de ser más productivas y, sobre todo, lo disfrutan por que les permite salir de la monotonía de su rutina diaria y convivir con mujeres de otras comunidades.

“A mí me llevaba mi mamá desde pequeña al cambio y después de casada yo seguí yendo por mi propia cuenta y ahora llevo a mis hijas y nietas... no pienso dejar de asistir ya que me distraigo, aprendo y conozco a muchas señoras de otros lugares con las que platicamos de cómo vivimos en nuestras propias comunidades, y luego hasta amigas salimos” (Doña Paulina, 86 años, Nocutzepo, 2018).

Explícitamente la mayoría de ellas identificaron esta actividad como una tradición y expresaron su deseo de contribuir a su continuidad, pues el mercado de cambio ya se llevaba a cabo desde que ellas eran niñas y algunas de ellas con más de 70 y 80 años de edad han participado desde entonces y han involucrado y transmitido esta práctica a hijas y nietas.

Frecuentemente se trasladan y participan en el MCP en pequeños grupos constituidos por vecinas de la misma comunidad y por integrantes de una misma familia, que conforman un equipo de trabajo que se dividen las tareas de empacar, cargar, disponer los productos para su venta y recorrer el mercado para detectar productos de interés.

El trabajo adicional para producir o recolectar bienes que llevar al intercambio, si bien implica mayor esfuerzo y gasto de energía generalmente es abordado por ellas con satisfacción. Un caso ilustrativo es el de Doña Naty de Cuanajo, artesana textil que ha participado en múltiples concursos artesanales organizados por el Gobierno de Michoacán y ha ganado varios premios;

“Además de llevar mis productos al cambio, elaboro algunos para los concursos de la Casa de las Artesanías, y he llegado a ganar premios, lo que demuestra que mi trabajo vale” (Doña Naty, 76 años, Cuanajo, entrevista 2018).

Otro caso es el de Doña Petra, quien pasa gran parte del día trabajando en su pequeña parcela agrícola, siembra una gran variedad de cultivos rotativos y a muy pequeña escala. Como su esposo se encuentra limitado para trabajar y sus hijos ya son casados y están aparte ella se levanta temprano, prepara la comida para el día, le da de desayunar y le deja la comida a su esposo y se va hacia su parcela cargando su *itacate*.

Dada su edad (88 años) y la pequeña escala de su producción, es claro que lo que menos le preocupa es generar una gran productividad o eficiencia productiva. Al observarla se percibe que se trata más bien de una especie de convivencia en la que ella otorga una atención casi individual a cada planta, toma largos descansos a la sombra de un árbol mientras observa el paisaje al lado de su parcela.

“Yo aquí vivo, aquí el tiempo se me va como agua, cuido mi siembra, platico con ella y ella me acompaña, para mí esto no es trabajo, aquí yo soy feliz, a mi casa solo voy a dormir y a atender a mi señor, él no puede trabajar por que ya es grande” (Doña Petra, Santa Ana Chapitiro, entrevista 2018).

Se pueden detectar entonces una serie de rasgos de capacidades y autonomía en las mujeres participantes en el MCP, pero también se debe reconocer que en ellas no existe una visión o propósito explícito, ni en lo individual ni colectivamente consensuado, de ser partícipes de un proyecto alternativo o de transformación respecto a algún referente como el capitalismo o el sistema patriarcal.

Si bien algunos movimientos sociales y particularmente los movimientos indígenas por la autonomía y derechos culturales han incorporado de manera consistente el tema de los derechos de las mujeres, y ellas mismas se han posicionado de manera activa en su defensa y reivindicación, aún predomina una situación de opresión y desigualdad y este ánimo feminista de organización y lucha no ha permeado a la gran mayoría de las mujeres de los sectores populares, especialmente en los ámbitos rurales e indígenas.

Se pueden observar ciertos avances y mejoras en las condiciones de las mujeres que participan en el MCP, sin embargo, sus perspectivas son limitadas mientras no se articulen programática y orgánicamente con la agenda, los procesos emancipatorios y las organizaciones que a distintas escalas se desarrollan en Michoacán, en México y en América Latina.

5.6. Elementos para una caracterización preliminar del MCP

A partir de los elementos vertidos a lo largo de esta tesis se puede esbozar una caracterización del Mercado de Cambio de Pátzcuaro, como un *mercado rural, indígena, agroalimentario, popular, tradicional y alternativo*, componentes de distintas dimensiones que se describen a continuación.

Aunque el asentamiento y operación de este mercado se realiza en una localidad con rasgos predominantemente urbanos (primer cuadro de la cabecera municipal de Pátzcuaro), la gran mayoría de las participantes provienen de localidades

pequeñas de tipo rural. La mayoría de estas localidades y de las mujeres que participan en el cambio tienen la agricultura como una de las actividades económico-productivas principales. Adicionalmente, los productos que circulan en este mercado también son en su mayoría de tipo alimentario y enseres domésticos. Por lo cual el MCP se distingue por ser un mercado de tipo *rural agroalimentario*.

Las localidades de donde provienen la mayoría de las participantes en el MCP se encuentran en una de las áreas de alta densidad de población indígena, específicamente purépecha, lo que le imprime una serie de rasgos propios del mundo indígena que se reproducen, marcan pautas y se fortalecen en el contexto y la dinámica de este mercado.

Dentro de estas pautas se encuentran los usos y costumbres relacionadas con la vida comunitaria y las prácticas de comunalidad, tales como la asamblea, los trabajos colectivos de beneficio común, las fiestas tradicionales y patronales, los sistemas de cargos, los rituales civiles y religiosos, las redes sociales, familiares y de compadrazgo, las creencias, así como los roles y posicionamiento que se les asigna a las mujeres indígenas tanto en la escena comunitaria como en la dinámica doméstica. La mayoría de las participantes en el MCP son mujeres adultas que provienen de estos ámbitos por lo que son portadoras y reproductoras de muchas de estas pautas y patrones culturales, que se observan en la vestimenta, el lenguaje, los conocimientos y habilidades que favorecen el funcionamiento y continuidad del mercado y su caracterización como un *mercado indígena*.

Otros aspectos como su racionalidad económica reproductiva de la vida, la no disposición de capital, la utilización del trabajo propio y familiar como principal insumo, la excepcional o nula contratación y explotación de trabajo ajeno, se puede identificar que se trata de una entidad inserta en un sistema de economía popular. Para dar mayor riqueza a este aspecto se puede analizar el mercado y el subsistema en el que se encuentra inserto desde una perspectiva empírica y de acuerdo con una clasificación propuesta por Luis Razeto (1990), expresada en términos de tres hipótesis: mínima, intermedia y máxima.

En la hipótesis **a) mínima** se observan organizaciones y entidades con un carácter reactivo y de subsistencia, emergentes y coyunturales); **b) intermedia** (es parte de un proceso de organización popular más amplio que le da sentido, expresa acciones de denuncia y reivindicación social, y se puede esperar de ellas algunos aportes como experiencias de organización y economía solidaria) y; **c) máxima** como portadora de un modo de organización, visión y proyecto de transformación, al menos de forma germinal o embrionaria.

Desde estos parámetros podríamos ubicar al MCP en un estrato interseco, transitorio o combinado entre las tres expresiones mínima, intermedia y máxima, ya que si bien tiene un carácter predominantemente de subsistencia, denota una continuidad que va mucho más allá de lo reactivo-coyuntural, tampoco representa o enarbola un proyecto de transformación pero sí mantiene y se rige por prácticas que pueden retomarse en un proyecto y visión alternativos, tanto en lo económico como en lo ambiental y lo socio-cultural.

Por sus caracteres rural-alimentario, indígena y por su origen y permanencia histórica conservando una serie de prácticas entre las que destaca el trueque, el MCP se puede caracterizar también como un *mercado tradicional*. El trueque además de constituirse como alternativa ante una situación común de bajo acceso a recursos monetarios, favorece la implementación de una serie de criterios y parámetros no exclusivamente ligados a los patrones monetarios. El trueque favorece un trato más directo y personalizado, un sistema más simétrico e integral de intercambio no sólo de bienes de consumo, sino de información y establecimiento de corresponsabilidades y compromisos de reciprocidad y de cambio justo.

Es evidente a simple vista la predominancia de mujeres en la dinámica del MCP, su participación, como ya se ha señalado, fortalece el posicionamiento de las mujeres al interior de sus hogares al constituirse como proveedoras complementarias a partir de un reconocimiento, valoración y viabilización económica de su trabajo, cuya retribución al ser en especie y en productos directamente ligados a las dinámicas alimentarias domésticas pierde interés como objeto de disputa al interior del núcleo

doméstico permitiendo a las mujeres mantener el control y el manejo de estos recursos.

Además del posicionamiento que las mujeres logran a partir del reconocimiento y viabilización económica de su trabajo y sus productos, la participación en el mercado les abre perspectivas de relacionamiento y conocimiento que les permite crear identidad colectiva con el conjunto de mujeres de las otras comunidades indígenas.

En el espacio del MCP se percibe un ambiente lúdico de disfrute del intercambio y el relacionamiento mediante la charla prolongada entre las participantes y también fortalece la posición de las mujeres como actoras económicas y culturales al reproducir con su propia acción cotidiana las prácticas tradicionales, pero también transmitir las generacionalmente cada una en su entorno familiar, con sus hijas, sobrinas, nietas, nueras y demás familiares.

Esta posibilidad de expresión y despliegue de capacidades para las mujeres constituye también un rasgo contrastante con la economía capitalista patriarcal y en esa medida se puede reconocer como un componente a retomar en una visión y proyecto alternativos.

El subsistema económico articulado en torno al MCP puede ser visto como una forma de complementar el ingreso doméstico y contribuir a articular una economía territorial de circulación simple y circuitos cortos en la región indígena ribereña del Lago de Pátzcuaro.

Este mercado contribuye a mejorar el acceso y la calidad alimenticia familiar, favorece el despliegue y fortalecimiento de capacidades por parte de las mujeres, en la medida en que encuentran un espacio en el que su trabajo y sus productos son útiles, demandados y valorados.

En el contexto de este espacio relacional, las participantes logran una confluencia de acción y crecimiento colectivo recíproco, que contribuye a preservar sus formas de producción orgánica y agroecológica, la producción a baja escala y los circuitos cortos y locales, la baja o nula utilización de insumos petroquímicos. Así como

mantener la viabilidad de los términos de intercambio justo y de corresponsabilidad entre productoras y consumidoras. En este sentido, el MCP denota una racionalidad mucho más acorde con una perspectiva de sustentabilidad tanto social como ambiental.

Capítulo 6

Discusión y análisis

6.1. Los mercados en la economía popular

Como hemos visto a lo largo de esta tesis, mucho antes de que el capitalismo existiera e impusiera su racionalidad como sistema mundial dominante ya existían los mercados. En sus inicios éstos funcionaban bajo una lógica complementaria y cooperativa, como constatan los testimonios de los colonizadores españoles y de los propios pobladores nativos, que afirman que en Mesoamérica desde principios del siglo XVI ya existían grandes mercados con alto grado de desarrollo económico e institucional, de modo que si bien la economía mercantil funcionó como el invernadero de donde emergió y se consolidó el sistema capitalista, ello no significa que exista una unidad intrínseca entre los mercados y la racionalidad del capital. Ello indica que se puede y se debe despojar a los mercados de la perversa dinámica de competencia destructiva propia de la dinámica capitalista y recuperar su sentido original, cuya factibilidad queda evidenciada en la multiplicidad de pequeños mercados locales populares, campesinos e indígenas como el MCP, que operan con una racionalidad diferente, cooperativa y solidaria.

La economía popular y en particular los mercados populares, si bien operan con una racionalidad propia y distinta, también se reconoce que son funcionales a la economía del capital. Constituyen la principal o única fuente reproductora de la fuerza de trabajo que abastece al sistema asalariado capitalista, conforman una economía alterna que contribuye a mantener un margen creciente de reserva de fuerza de trabajo, y también funcionan como válvula de escape para atenuar los efectos de las deficiencias que la economía dominante tiene para ofrecer condiciones mínimas de vida para el conjunto de la población.

Incluso en algunos aspectos la economía popular llega a ser subsidiaria del capital, complementando la insuficiencia de ingresos y precariedad salarial de una importante porción de población, produciendo bienes subsidiados con trabajo precario para abaratar los costos de reproducción de la fuerza de trabajo, o

recurriendo al sistema crediticio usurero del capital que por diferentes modalidades succiona sus recursos.

Si bien la economía popular es extensa, diversa, creativa y potente, como para complementar funcionalmente y hasta subsidiar al capital, también es evidente que actualmente opera en condiciones de marginalidad, subalternidad y precariedad, a las que ha sido sometida por el dominio de la racionalidad económica capitalista.

Dentro del amplio espectro que comprende la economía popular se puede observar que grandes capas de población se encuentran en un nivel de vida extremadamente precario que en algunos casos se convierte en caldo de cultivo propicio para la violencia social y la proliferación de diversas formas de delincuencia.

La economía campesina particularmente, como expresión particular de la economía popular, contribuye al funcionamiento del sistema social en su conjunto mediante la producción de productos agroalimentarios para autoconsumo, pero también para el abasto de los sectores populares del ámbito urbano.

El MCP, como parte de un subsistema territorial de economía popular que opera en un ámbito rural se mantiene como un circuito relativamente cerrado, ya que la mayor parte de los productos que en él circulan son producidos por y para el consumo propio de sus participantes, además que el sistema de trueque le permite operar sin depender de los recursos monetarios, lo que contribuye a reforzar su carácter endógeno y autónomo.

La economía y los mercados populares, se erigen como referente de contraste y alternativos respecto al capital poniendo en evidencia la exclusión y marginación que la economía convencional provoca y reivindicando a cambio valores de cooperación, reciprocidad y solidaridad. Desde esta condición los mercados como entidades alternativas pueden contribuir a la reconfiguración, dinamización y fortalecimiento de las economías locales, considerando y propiciando una diversidad institucional y operativa acorde con cada territorio.

El conocimiento de las racionalidades y formas operativas de los mercados alternativos es importante para dimensionar su importancia y potencial, particularmente de los múltiples mercados pequeños de carácter local.

En una perspectiva de consolidación y fortalecimiento de esta gran cantidad de pequeños mercados más que pensar en expandir sus dimensiones físicas y económicas a gran escala, se considerará más viable tratar de revertir su condición marginal y subalterna dotándolos de mejores condiciones en los diferentes fases del circuito económico popular, mejorando sus condiciones y calidad productiva, de comercialización y consumo, retomando el vasto y rico acervo de experiencias que muestran la multiplicidad y diversidad de posibilidades y modalidades en las que se pueden conformar los mercados para constituirse como nodos dinamizadores y articuladores de las economías populares locales.

6.2. El Mercado de Cambio de Pátzcuaro

Uno de los aspectos que destacan en un primer análisis del MCP es su antigüedad y permanencia a lo largo de varias décadas, que se constata con los testimonios de las participantes entrevistadas, quienes comentan que sus madres y abuelas ya asistían al MCP, algunas de ellas que ya rondan los 90 años de edad comentan que desde los ocho o diez años ya asistían con sus madres, quienes a su vez les contaban que también acudían a este mercado desde su infancia.

La permanencia del MCP muestra la pertinencia, la solidez y capacidad de continuidad de esta práctica, la cual está sustentada en condiciones objetivas, al constituir una alternativa económica funcional y complementaria para múltiples familias provenientes de las comunidades circunvecinas, que no alcanzan a obtener los bienes y servicios suficientes dentro de la economía convencional predominante.

La continuidad del MCP también indica la persistencia de las condiciones socio-económicas que lo propician, es decir, la existencia de mujeres y familias de comunidades indígenas con limitado acceso a recursos monetarios, pues la mayoría de ellas no cuentan con empleo formal y por lo tanto no reciben un ingreso regular

por concepto de salario, pero alternativamente disponen de algunos recursos como huertos de traspatio, pequeñas parcelas agrícolas y habilidades productivas y artesanales.

También se observa la presencia de otro tipo de factores que contribuyen a la continuidad del mercado, entre ellos destacan las pautas de transferencia generacional, ya que las participantes pertenecen a familias del ámbito rural e indígena que aún conservan en alto grado hábitos, formas de convivencia y mecanismos de transmisión generacional de costumbres y tradiciones. En este caso la mayoría de ellas mencionaron que acompañaban a sus madres al mercado y ellas a su vez llevan consigo a sus hijas.

Aunque el promedio de edad de 59 años de las participantes podría sugerir un débil relevo generacional, sin embargo, esto se matiza un poco tomando en cuenta que muchas de ellas acuden con uno a tres acompañantes, 19% de los cuales son hombres y 81% son mujeres, cuyo promedio de edad es de 33 años, lo que sugiere la existencia de prácticas de relevo generacional pero también muestra la continuidad de este mercado como actividad predominantemente femenina.

Este mercado representa una alternativa en tanto permite a un amplio sector de la población de estas latitudes complementar su dotación de bienes de consumo para los procesos reproductivos de sus familias, con relativa autonomía respecto de la economía formal. Pero ésta no es la única forma en la que puede verse el carácter y potencial alternativo del MCP, con su dinámica operativa y su entramado normativo también contribuye a evidenciar el carácter social y sustantivo de la economía como actividad que interactúa y se integra al conjunto de la dinámica socio-cultural, lo que significa que además de influir y ser influido por aspectos culturales y rituales, la economía debe ser vista como un fenómeno social susceptible de ser regulado y orientado hacia el beneficio común.

El análisis de la dinámica operativa y el entramado normativo del Mercado de Cambio de Pátzcuaro permite identificar la dimensión social de la economía. Lo que implica dejar de ver éste ámbito de la actividad humana como una entidad separada,

aislada, autónoma y autorregulada que se coloca por encima y hasta en contra de la voluntad y el bienestar humanos.

La economía como actividad social se imbrica y es permeada por muchos otros elementos de tipo socio-cultural, expresa y reproduce relaciones de poder, dominio y explotación, pero también de cooperación, reciprocidad y solidaridad, se mezcla y participa de rituales domésticos y comunitarios.

La economía, vista en una perspectiva más concreta y empírica se muestra no como un ámbito monolítico e uniforme, sino como un entramado de diversas formas, medios, racionalidades y actores que pueden operar con lógicas contrapuestas y aun así integrarse de manera funcional.

La economía popular como parte de ese entramado complejo y diverso que es el sistema económico, si bien tiene una serie de elementos comunes que la caracterizan como tal, tampoco es homogénea y monolítica, sino que es diversa y se muestra en una variada gama de formas.

El MCP como parte de un subsistema territorial de economía popular constituye una alternativa que sustenta y muestra la viabilidad de formas y medios económicos y productivos tradicionales para sustentar la vida, particularmente en el aspecto alimentario, para personas que han sido excluidas de la economía monetaria-mercantil-capitalista.

Trascendiendo las fronteras de lo económico el MCP tiene relevancia como componente y factor de un sistema de vida campesino-comunitario-indígena con relativa autonomía institucional y operativa con respecto al capital y al sistema de vida moderno. Permite y propicia el despliegue de capacidades socio-económicas y culturales, particularmente entre las mujeres, un margen relativo de autonomía normativa, operativa y alimentaria, contribuye a fortalecer la identidad colectiva y femenina, así como la autovaloración entre las mujeres que en él participan.

Dentro de su entramado operativo destaca la práctica del trueque que no se reduce a un simple mecanismo de intercambio directo, sino que representa un medio que permite mantener la viabilidad de las formas y medios de producción tradicional para

sustentar la vida, y se muestra como una modalidad que propicia el trato personal, humano, empático-corresponsable, equitativo, descosificado y desfetichizado.

Siendo el trueque uno de sus rasgos más sobresalientes, el MCP muestra una serie de características que definen su perfil y particularidad.

6.2.1. Características relevantes

El Mercado de Cambio de Pátzcuaro revela una serie de rasgos que permiten identificarlo como una expresión característica de la economía popular pero que, a su vez, presenta algunas particularidades entre las que destacan las siguientes.

Constituye una expresión particular de la *Economía Popular*, por su racionalidad reproductiva de la vida, porque forma parte de un circuito territorial compuesto por un conjunto de unidades domésticas familiares diseminadas en comunidades indígenas localizadas en la ribera del lago de Pátzcuaro, cuyo recurso principal es el trabajo propio y de los integrantes de sus unidades domésticas y operan con métodos tradicionales de trabajo y medios de bajo componente tecnológico y de valor y no disponen de capital, su producción es de baja escala que se integra a una circuito económico corto-local-comunitario.

Representa una forma de *economía femenina* dado que la gran mayoría de sus participantes son mujeres, y por su estrecho vínculo con las dinámicas reproductivas de las unidades domésticas articuladas en torno al MCP, ámbito en el que tradicional y convencionalmente las mujeres cumplen un rol determinante.

Su estrecho vínculo con una racionalidad y dinámica reproductivas de la vida de un conjunto de unidades domésticas populares explica algunos de sus rasgos característicos como mercado básicamente agroalimentario en el que predominan alimentos y bienes de uso doméstico, pero también contribuye a explicar la predominante participación de mujeres, lo que a su vez le imprime una serie de características operativas e institucionales.

Este vínculo con las dinámicas reproductivas domésticas explica en buena medida el carácter predominantemente *agroalimentario* del MCP, en el que además de

alimentos se pueden encontrar otros artículos y utensilios artesanales estrechamente relacionados con la operación de las dinámicas reproductivas domésticas.

Se trata de un mercado *tradicional*, lo que se sustenta en su larga trayectoria histórica y en sus antecedentes prehispánicos con los cuales muestra una clara línea de continuidad que se refleja, entre otras cosas, en las formas e instrumentos productivos de tipo campesino y no industrial, en la clase de productos que intercambian y en los métodos de intercambio.

A ello se suma su carácter *indígena* que se pone en evidencia con la ascendencia étnico-cultural de sus participantes, pero también con la presencia, preservación, recreación y enriquecimiento de una serie de prácticas y formas propias de las culturas indígenas, que se describen de manera más amplia más adelante, y entre las que destacan los procesos de transmisión generacional y el trueque.

El MCP forma parte de un circuito económico-territorial, lo que significa no sólo que tiene una delimitación geoespacial específica, sino que se integra como parte de una configuración socio-ambiental con características particulares, predominantemente rural y con formas de vida comunitarias de origen ancestral.

Como parte nodal de un *sistema territorial local* el MCP reproduce un esquema de *circuito corto* en el que la mayoría de sus participantes se constituyen como prosumidoras, es decir aquellas que producen los que ofrecen y consumen directamente lo que reciben a cambio, evitando el intermediarismo y la formación de un sector particular de comerciantes. Adicionalmente se destaca el hecho de que las localidades de las que provienen las participantes en este mercado se encuentran en un mismo contexto territorial, lo que evita los traslados a largas distancias y se integra a un mismo ecosistema agroalimentario.

Este mercado puede ser considerado como un *bien común* con aprovechamiento y manejo colectivo, que ha perdurado a través de los años y que no ha generado una estratificación social ni sectores dominantes que propicien intercambios inequitativos y condiciones de flujo y concentración de valor en unos cuantos.

Se aprecia un importante entramado institucional en la operación del MCP, que revela incluso un considerable grado de autonomía, pero en última instancia ha resultado limitado e insuficiente para fortalecer y dar mayor proyección a esta entidad como alternativa para las dinámicas reproductivas de la economía local y para potenciar sus perspectivas anti-sistémicas.

6.2.2 El carácter indígena comunitario

Identificar la ascendencia purépecha de las participantes en el MCP implica reconocer una larga trayectoria histórica de construcción de un horizonte cultural propio y profundamente arraigado en sus mentalidades y en sus prácticas cotidianas, individuales, familiares y comunitarias. La persistencia de estas culturas precolombinas ante los embates de la conquista y la expansión del avasallante y destructivo mundo moderno mercantil capitalista, habla de su fortaleza y su vitalidad.

La vida comunitaria y la ruralidad campesina constituyen dos componentes del sistema de vida de estas culturas, que como efecto de la modernidad capitalista han sido orilladas a una condición de marginalidad y subalternidad, a pesar de lo cual mantienen vigentes muchas de sus formas de vida, entre las cuales destaca el MCP que conserva muchos de estos elementos y entre ellos el más emblemático que es el trueque.

Con la conquista española se introdujeron una serie de cambios de gran calado en los sistemas de vida de las culturas mesoamericanas, las economías locales se vieron subsumidas a la dinámica e intereses de la economía mundo europea, nuevos diseños y conceptos de vida urbana junto con la imposición de nuevos sistemas de gobierno fueron propiciando el declive de los grandes centros político-territoriales y de población.

Con los vientos de independencia y revolución, con la reforma agraria y las políticas e instituciones de apoyo a la economía campesina y a los pueblos indígenas parecía abrirse una nueva época reivindicatoria que no llegó a consolidarse y que además no alcanzó a todos por igual.

Al paso del tiempo las comunidades ven cómo sus recursos comunes se degradan y depredan como efecto de la voracidad y la corrupción, mientras que los múltiples proyectos e iniciativas de preservación, protección no logran tener un efecto significativo.

Ante este contexto, desde los años 90 se observa una nueva emergencia de los pueblos indígenas determinados a tomar su causa en sus propias manos. Estos movimientos contemplan procesos de organización autónoma, reivindicación y recuperación de formas de vida que les permitan establecer una posición más equitativa con respecto al Estado y a la sociedad nacional.

Aunque no existe un vínculo orgánico formal del MCP con los emergentes movimientos por los derechos y la autonomía indígena y por la defensa de su territorio, algunas de las mujeres participantes en lo individual provienen de comunidades con un historial de lucha y organización como Cuanajo y Santa Fe de la Laguna, en la que de cierta forma han estado en contacto con sus acciones, su discurso, sus demandas y propuestas.

La preservación de espacios y actividades como el MCP aun cuando no estén abierta y directamente articulados con estos movimientos constituye un soporte y complemento potencial para la construcción de un proyecto alternativo, con elementos aplicables no solamente a las comunidades indígenas, sino que pueden servir como base para la concepción de un paradigma de vida diferente al representado por la modernidad capitalista.

6.2.3 El trueque

El trueque constituye una de los rasgos más característicos del MCP y puede verse como una institución ya que marca una pauta de comportamiento a las personas que participan en este mercado. Aunque se pueden dar algunos intercambios con intermediación monetaria, la mayor parte de las transacciones se realizan mediante el método de trueque, de modo que no se trata de una práctica aislada ni emergente, ya que se viene realizando desde hace varias décadas y es transmitido de manera generacional, lo que ha permitido su continuidad.

Como institución económica el trueque representa una alternativa a las personas que tienen limitado acceso a recursos monetarios pero que cuentan con otros recursos, principalmente su propio trabajo, en una perspectiva más amplia se puede afirmar que el trueque contribuye a dar viabilidad a recursos y formas económicas que han sido inviabilizadas y no tienen acceso a la economía capitalista.

En el caso del MCP el trueque se realiza entre prosumidoras, es decir mujeres que ofrecen lo que ellas mismas producen y lo que reciben a cambio entra directamente en el consumo propio y de sus familias, por lo que si bien las transacciones tienen un parámetro cuantitativo en términos del valor de los productos, el elemento determinante es el valor de uso, ligado a las características cualitativas y físico-químicas de los productos como su forma, su madurez, su capacidad nutrimental, su apego a las tradiciones alimenticias locales, entre otros.

El trueque propicia relaciones directas entre las participantes, inhibiendo la cosificación de las relaciones sociales y, por el contrario, favorece el establecimiento de relaciones interpersonales de confianza, corresponsabilidad y cooperación, el intercambio de conocimiento e información y la formación y fortalecimiento de lazos de identidad.

6.3. Limitaciones y amenazas

Si bien existe una relación funcional entre la economía popular y el capital, también es evidente que hay un claro contraste entre las racionalidades de ambos modos económicos, y particularmente entre los mercados populares y los del capital, esto es más notorio aun cuando en la economía y los mercados populares se observan rasgos propios de la economía solidaria, tales como la cooperación, la reciprocidad, la corresponsabilidad y la solidaridad.

En el extenso campo de la economía popular se encuentran operando una gran cantidad de pequeños mercados que adoptan y reproducen valores de la economía solidaria y que, por sus características operativas y normativas se perfilan con un carácter alternativo, sobre los cuales pesa una condición de marginalidad y

subalternidad respecto a la economía del capital que le impone limitaciones como alternativa viable y complementaria en el contexto de la economía popular local.

En este caso se encuentra el MCP que ha sido relegado a un espacio marginal y limitado como muchos otros mercados y en el cual además enfrenta una constante amenaza proveniente de comerciantes de tipo convencional que de manera progresiva se van infiltrando en el espacio del MCP.

La creciente invasión de comerciantes convencionales con el consecuente desplazamiento de la prosumidoras del MCP, constituye una forma más en la que se despliegan las disputas en torno al espacio urbano, en la cual el gobierno local de Pátzcuaro ha intervenido sistemáticamente trasladando al MCP a espacios cada vez más periféricos y reducidos.

Además de la disputa por el espacio físico que tiende a reducir las condiciones de operación del MCP, también se detecta como amenaza una paulatinamente distorsionar el carácter propio de este mercado, al introducir cantidades crecientes de dinero, incrementar las prácticas de compra-venta monetaria y ofrecer a las propias mujeres prosumidoras un mayor acceso a recursos monetarios, lo que podrían propiciar un paulatino abandono de las prácticas de trueque.

También es importante reconocer que aún persiste un alto grado de dependencia y sujeción a la economía capitalista por parte de las personas, unidades domésticas familiares y demás entidades de la economía popular que operan en las comunidades locales, pues el valor y el abasto alimentario generado en el ámbito de estos subsistemas, como es el caso del MCP y todo el subsistema articulado en torno a él, no cubre el total de las necesidades materiales y reproductivas de las familias que en él participan, por lo que se requeriría ampliar los alcances de este subsistema, articulándolo complementaria y recíprocamente con otras entidades socioeconómicas de carácter alternativo y solidario.

El vínculo y articulación entre las múltiples entidades de la economía popular solidaria y alternativa entre sí y con otras de tipo económico y político es sumamente limitado, como se puede ver en el caso del MCP que incluso adolece de una

articulación insuficiente con la economía local y aún con la de las propias comunidades de origen de sus participantes.

Una mayor articulación con otras entidades de economía alternativa, de producción agroecológica, de cambio justo, de carácter indígena y feminista permitirían potenciar sus alcances en términos de visión y acción orientadas a fortalecer un sistema económico alternativo mediante la multiplicación de formas y valores, con un sentido anti-sistémico no sólo en lo económico, sino también en lo cultural, reivindicando el colectivismo, el comunitarismo, la cooperación, la solidaridad y la equidad de género y el buen vivir.

En su alcance actual muchas de estas entidades, incluido el MCP y todo el subsistema articulado en torno a él, se ubica en una condición predominantemente de subsistencia, y aunque destaca por su capacidad de continuidad prolongada a largo plazo, no representa un proyecto estratégico de transformación social integral. Aun así, reproduce elementos que pueden ser componentes de una economía y sociabilidad alternativa, a pesar de lo cual se mantiene como una potencial opción de viabilidad económica e importante complemento para la reproducción de la vida de un sector social, que permite la continuidad de formas y medios económico productivos que han sido excluidos de la economía y el mercado convencionales.

Aunque la tendencia reciente pone de manifiesto la emergencia y multiplicación de expresiones de economía popular, en el caso del MCP se puede ver una muy paulatina pero consistente tendencia al debilitamiento en el largo plazo, como lo muestran los sucesivos traslados hacia áreas más periféricas y reducidas.

6.4. Otra economía es posible

Uno de los supuestos que se encuentra implícito en esta tesis es que otra economía y otro desarrollo son posibles. Este supuesto está en la línea de un pensamiento crítico en general y latinoamericano en particular, que se viene construyendo, complementando y acumulando históricamente, orientados a mostrar las lógicas y efectos negativos de dos referentes nodales como son la *modernidad* y el

capitalismo, considerados de algún modo como dos dimensiones de un mismo proceso histórico.

Frecuentemente la crítica es acompañada de alternativas y tanto la crítica como las alternativas se expresan en el plano teórico y en el práctico. En el ámbito teórico se han mencionado ya la crítica de la economía política y del mercado capitalista en particular, el sustantivismo, las teorías latinoamericanas de los términos desiguales del intercambio comercial internacional, la teoría de la dependencia, la de subdesarrollo, la de centro-periferia, las críticas al desarrollo, los conceptos andinos de buen vivir, vivir bien y el de comunidad. En el terreno de la práctica de manera más cercana tenemos los recientes movimientos por el reconocimiento de los derechos y la autonomía así como la defensa de los territorios de los pueblos indígenas, los movimientos feministas, ecologistas, sindicalistas y una gran cantidad de organizaciones y movimientos económico-productivos agroecológicos, orgánicos, de comercio justo, de trueque, de monedas alternativas, que operan con una racionalidad reproductiva de la vida y reivindican valores colectivistas de cooperación, corresponsabilidad, reciprocidad y sustentabilidad y solidaridad.

Existe una correspondencia no siempre explícita y casi siempre insuficiente entre las dimensiones teórica y práctica de la práctica social transformadora, lo que representa una tarea que debe ser y ha sido asumida por agentes específicos que procuran dar a los movimientos espontáneos y emergentes una visión alternativa, estratégica y anti-sistémica y a partir de este proceso empírico enriquecer los enfoques teóricos, en una dinámica de retroalimentación recíproca entre los campos de la teoría y la práctica.

El MCP corresponde al campo empírico y tanto su sentido crítico como su potencial alternativo se expresan de manera implícita, sus participantes no asumen explícitamente una visión o intención anti-sistémica ni un proyecto alternativo. No tienen ni mantienen una relación de coordinación intercambio y cooperación como entidad orgánica con otras organizaciones económicas solidarias o con

movimientos sociales y/o civiles, que pudieran dimensionar su potencial económico o ampliar su visión estratégica.

Las participantes en el MCP provienen de una dinámica de vida y cultura comunitaria, que en su condición de mujeres han vivido su vida en un ámbito rural indígena, lo cual las dota de una perspectiva sociocultural específica, una posición de frente al Estado nacional, a la predominante cultura patriarcal, a la economía mercantilista-dineraria-consumista, pero también con hábitos de acción colectiva, trabajo rural y doméstico, y con trayectoria de participación en actividades comunitarias relevantes.

Las participantes en el MCP no están exentas o al margen de la influencia de la vida moderna, del consumismo, el individualismo y la cultura de la explotación, la especulación y el lucro propios del sistema capitalista moderno, pero, por otro lado, su arraigo con la vida rural, comunitaria, indígena, constituye un contrapeso que les provee de una visión y conductas diferentes que se reflejan, se recrean y enriquecen en la dinámica cotidiana del MCP. Así como la tradición de la vida comunitaria, su contacto estrecho con la lengua purépecha las dota de un horizonte de pensamiento no originado por la modernidad capitalista. La noción del *Juchari*, por ejemplo, que establece los principios y relaciones desde una perspectiva colectiva de pertenencia y respeto hacia los otros y lo otro como la cultura y la naturaleza en tanto entidad con vida propia.

Particularmente respecto a la relación con el entorno vivo, animal y vegetal, que en la perspectiva utilitaria y antropocéntrica de la modernidad capitalista son vistos como simples recursos dispuestos para el servicio humano, queda claro en los casos observados de las mujeres que trabajan en el campo o en actividades artesanales y en la elaboración de alimentos y utensilios, la existencia de una relación más integral y simétrica con los materiales y el entorno ambiental, particularmente con la tierra.

Específicamente destaca en el contexto cultural comunitario de las participantes en el MCP la forma de concebir y vivir la economía, el trabajo el mercado y el dinero,

como dimensiones de la vida y no como imposiciones externas para obtener el sustento, sino como parte de una forma de vida, no desarticulada de otras dimensiones como el convivir, el compartir y el disfrutar.

La economía y el trabajo en la perspectiva de las mujeres indígenas, estrechamente ligadas y comprometidas con las dinámicas reproductivas y principalmente alimentarias, pero también de cuidados, educación y culturación de sus familias y comunidades y al trabajo agroalimentario y doméstico, que en el caso de las participantes en el MCP va más allá del ámbito doméstico y se extiende al trabajo mercantil, en donde además de conformar un circuito económico integral, se construye un ambiente y una dinámica de compenetración socio-cultural y de género, entre mujeres de distintas localidades que comparten trabajo y saberes en un entorno empático y solidario.

6.5. Potencial alternativo

A partir del análisis de sus dinámicas operativas y su entramado normativo se pueden identificar en el MCP una serie de rasgos que ponen en evidencia su vocación y potencial alternativo.

Lo primero que se pone de relieve es la racionalidad reproductiva que rige el subsistema del cual el MCP forma parte, lo cual se pone de manifiesto en las escalas y volúmenes de producción e intercambio, proporcionales a las necesidades reproductivas de las unidades familiares a las que pertenecen las mujeres que participan en el MCP.

La racionalidad reproductiva no se limita a las dinámicas cotidianas de consumo de las unidades familiares, implica también la existencia de vínculos y compromisos afectivos y el hecho de compartir una vivienda, los implementos y condiciones de subsistencia, como parte de un proyecto de vida en común y de largo plazo, que propicia relaciones de corresponsabilidad y compromiso sistémicos y simétricos.

La solidaridad simétrica puede extenderse de una familia a otra y a toda una comunidad en la medida en la que ésta comparte condiciones de vida similares y comunes. Tal es el caso de la comunidad integrada por el MCP, en el que confluyen personas con necesidades y condiciones similares, como el género, la ascendencia étnica cultural y, sobre todo la condición socio-económica. La solidaridad simétrica se expresa en criterios, conductas y actos que rigen las relaciones y particularmente, como ya lo hemos visto, se expresan en los términos del intercambio.

El MCP contribuye a preservar ciertas formas económicas e instrumentos de trabajo que, si bien ya no son viables en la dinámica competitiva del mercado convencional, en este espacio muestran su vigencia funcional para sustentar la vida de decenas de personas. Además, el MCP contribuye a la permanencia y continuidad de formas de vida, relaciones, cultura y tradiciones.

La forma en la que se observa la dinámica cotidiana del MCP y del conjunto de actividades que constituyen este circuito territorial de economía popular muestran un claro deslinde con el enfoque formalista, ya que las relaciones no se rigen solamente por un simple cálculo de medios y fines. Por el contrario, se percibe una clara consistencia con respecto al enfoque sustantivista de la economía, pues si bien en su dinámica predominan los aspectos relacionados con la reproducción material de las participantes y sus unidades domésticas familiares, también se pueden observar la construcción de una serie de vínculos y relaciones de intercambio personal y cultural que acompaña y complementa al MCP.

En la dinámica de este mercado se puede percibir una relativa autonomía operativa e institucional, sobre todo en lo que se refiere a su racionalidad y a los valores y normas que lo rigen. Sin duda el elemento más característico tiene que ver con la práctica del trueque como parte de su entramado institucional que favorece la viabilidad de formas de trabajo relegadas del mercado convencional en el que predomina la competencia productivista, la especulación y la continua expulsión de formas y medios productivos.

Además de favorecer términos más simétricos de intercambio, evitando procesos de acaparamiento y especulación, el trueque propicia el trato directo entre las actoras económicas inhibiendo con ello la cosificación de las relaciones, dando al intercambio una lógica más regida por el aprovechamiento de los valores de uso y el trabajo específico que lo produce por encima del valor que solamente constituye un referente cuantitativo para fijar los términos del intercambio y no como medio primordial para la acumulación de valor-riqueza.

En tanto bien o recurso de uso común el MCP destaca como objeto de una gestión colectiva que denota una consistente relación horizontal, ya que no existe una organización formal ni una estructura jerárquica, sino que todas las participantes actúan en igualdad de condiciones normativas y el establecimiento y mantenimiento de las normas se sustenta en la práctica y la conducta cotidiana de todas ellas, esta simetría se observa también en términos de los beneficios que cada una de ellas.

Hasta cierto punto el carácter femenino característico de la dinámica de este mercado es impuesto por los roles y espacios que el sistema patriarcal les asigna “normativamente” a las mujeres como actoras claves de los procesos reproductivos domésticos. Pero un potencial feminista se puede identificar en el entramado institucional y operativo que se desarrolla tanto en sus procesos productivos, pero de manera más visible en el contexto de la actividad del MCP, como entidad gestionada colectivamente en una perspectiva de bien común y que propicia la participación de las mujeres en actividades económicas en un espacio que trasciende el ámbito doméstico e incluso el comunitario.

En este sentido, destaca su potencial para ofrecer a las mujeres un espacio de despliegue de capacidades de acción colectiva coordinada, así como de proyectar su potencial aporte económico más allá de los ámbitos doméstico y comunitario, además de afirmar su identidad de género mediante la convivencia y la cooperación simétrica y solidaria con participantes de otras localidades.

Finalmente, cabe destacar el perfil sustentable de subsistema territorial de economía popular articulado en torno al MCP, expresado en los métodos y cultura

productiva de carácter agro-artesanal, sin uso de insumos químicos ni mecánicos que puedan resultar destructivos para la capa biológica de la tierra, el subsuelo y el medio ambiente, considerando además las bajas escalas de producción, acordes a la magnitud de las necesidades de consumo de sus propias participantes en entornos locales que no requieren de transporte en grandes cantidades y largas distancias.

Mientras que, en lo social, este subsistema económico se destaca por el carácter simétrico de sus relaciones sustentadas en criterios de cooperación, corresponsabilidad y solidaridad en torno a lo cual se propicia el beneficio común a largo plazo, sin propiciar la gestación de significativas desigualdades sociales ni la formación de élites de poder económico o político que pudieran ejercer relaciones destructivas de control y poder en detrimento de las demás participantes.

6.6. Perspectivas

6.6.1 Institucionalizar la economía y los mercados

Para imaginar que otra economía es posible, es imprescindible dejar de ver al mercado como una entidad abstracta, autómatas y autorregulada que se coloca por encima de la voluntad de las personas, que se impone a ellas y que las somete. Como en su momento lo mostraron Marx y Polanyi, entre muchos otros, el libre mercado, la competencia perfecta y la autorregulación son meros mitos del capitalismo, cuyo funcionamiento en realidad está fincado en el poder y dominio de un sector minoritario de la población, que ejerce el control sobre los medios de producción y la economía en su conjunto, siempre en su propio beneficio.

No se trata de negar ni satanizar al mercado y su papel en la economía y la sociedad, tampoco se trata de desaparecerlo o eliminarlo en pos de una planificación exhaustiva y totalitaria, sino de restablecer su integración como parte del conjunto social, cultural e institucional y de asumir que la regulación del mercado en realidad es un asunto de tipo político, ya que entraña relaciones de poder entre los diferentes sectores de la sociedad. Para que el mercado y la economía en su

conjunto estén regidas por una institucionalidad acorde a las necesidades de los sectores populares y los trabajadores, es necesario que éstos se constituyan como una fuerza política capaz de disputarle al capital (personificado en los grandes consorcios transnacionales y sus aliados políticos nacionales) el control sobre los medios de producción y la economía en su conjunto.

Se debe reconocer que el mercado es y debe ser una entidad generada por las relaciones entre personas y susceptible de ser gobernada por éstas, de modo que es posible poner bajo control la gestión de esta entidad económica. Se trata, en términos de Polanyi (2007), de subvertir el actual sometimiento de la sociedad al mercado. Con ello, siguiendo la línea argumentativa de este autor, se pretendería restablecer el nexo entre los ámbitos económico y político que el capitalismo quebrantó bajo los lemas del *laissez-faire* y el mercado autorregulado.

Una perspectiva de institucionalización implica pensar y reflexionar no solamente en el sentido procedimental de una organización, sino, sobre todo, en establecer sus fines, sus valores y principios a partir del entramado normativo y aspiracional de una sociedad, justo lo contrario a lo que pone en evidencia la institucionalidad neoliberal, que se centra en las reglas del juego sin reparar en las condiciones objetivas y normativas de sus participantes y mucho menos en los resultados.

Exactamente en contra de las predominantes tesis clásicas y neoclásicas que reivindican el dejar hacer y dejar pasar, como una forma simple de expresar su convicción de que el mercado funciona a la perfección como asignador de recursos y regulador económico siempre que se le permita actuar libremente sin la intervención de entidades extraeconómicas.

Mientras que Marx, Polanyi y Keynes entre muchos otros, han mostrado a diferentes niveles teóricos la inconsistencia de las tesis neoclásicas, la realidad histórica ha hecho lo propio a nivel empírico, mostrando los catastróficos efectos de la economía mercantil-capitalista: concentración de la riqueza y el poder económico-productivo conviviendo con expansión e intensificación de la pobreza, crisis de

acumulación y sobre-producción conviviendo con escasos y desempleo, entre otras cosas.

Institucionalizar la economía y al mercado implica descentralizar y desconcentrar, construir sistemas económicos y de gestión policéntricos localizados, desde los ambientes y territorios regionales y comunitarios.

Regular e institucionalizar todas las fases de la economía, la producción, la distribución, la circulación y el consumo. La sociedad, mediante un sistema policéntrico debe recuperar la capacidad de control de sus propias creaciones.

Recogiendo los aportes de los trabajos antropológicos de Thurnweald, Malisnowski, Godelier y Maus de principios del siglo XX Karl Polanyi en *La Gran Transformación* (2007) postula una de sus tesis principales, que *las relaciones económicas están insertas en otros procesos sociales e institucionales no económicos*, como parte de las dinámicas de vida simbólicas, rituales organizacionales comunitarias y reproductivas domésticas y resalta la importancia de reintegrar la economía como parte de integral del entramado socio-institucional en su conjunto. Particularmente en lo correspondiente a la circulación Polanyi destaca que junto con el intercambio mercantil (que se desarrolla dentro del mercado) deben considerarse otras formas como la redistribución que en la escala macro es gestionada por el estado y la reciprocidad que se desenvuelve preferentemente en el ámbito de las relaciones comunitarias, a lo que podría agregarse el *don*, cuyo dominio se encuentra en el campo de las relaciones familiares-domésticas.

Mientras que la inserción a la economía global implica sujetarse a un complejo sistema institucional sobre el cual es sumamente difícil incidir, en contraste en las economías locales los distintos actores participantes (gobierno, productores, comercializadores y consumidores) tienen mucha más posibilidad de establecer su propia institucionalidad.

Así lo muestra el caso del MCP en el que, de manera emergente y consuetudinaria, las participantes han establecido un entramado institucional, principalmente normas que revelan contrastes y una relativa autonomía respecto a la economía del capital.

Este margen de autonomía podría ampliarse en la medida en que este circuito económico se articulara con otros que operan de manera local, incrementando sus opciones de complementación, orientada a la conformación de un sistema más integral de economía local.

6.6.2 Articulación de redes de intercambio y cooperación solidaria

Sin embargo, este nivel de autonomía resulta limitado e insuficiente en la perspectiva de una transformación integral y global de la economía capitalista. Para ello es necesario fortalecer, multiplicar y articular en redes y luego en redes de redes a este gran conjunto de microsistemas económicos que sostienen los sectores populares. Esto en el sentido visualizado por Polanyi (2007) como un sistema económico deliberativo y descentralizado basado en un conjunto de organizaciones que permitan que cada miembro de la sociedad esté representado en su doble faceta de consumidor y productor, aspecto que se observa claramente en la condición de prosumidoras de mayoría de las participantes en el MCP.

Es importante fortalecer su carácter integrador de un subsistema económico tanto en el ámbito interno como en el externo, ampliando y diversificando sus vínculos con las personas, las actividades económicas y el conjunto de la vida socio-cultural de las comunidades de donde proceden las mujeres del MCP, así como las relaciones con organizaciones de economía solidaria, de producción agroecológica, con mercados orgánicos y de intercambio justo y en general, con un conjunto variado de organizaciones antisistémicas, feministas y alternativas.

En lo productivo brindarles conocimientos agro-tecnológicos y medios de producción que permitan mejorar su productividad y orientar su producción en un sentido orgánico, agroecológico y sustentable. También se pueden implementar talleres para el desarrollo de huertos de traspatio con la intención de mejorar sus condiciones de consumo alimenticio y complementariamente canalizar algunos excedentes hacia el mercado.

En lo comercial podría generarse un banco de datos de participantes, necesidades y patrones de consumo con la finalidad de coordinar con más precisión la

producción colectiva en cuanto cantidades y variedades, así como promover la coordinación con otras organizaciones económicas solidarias, de comercio justo, mercados orgánicos y alternativos y hasta organizaciones urbanas populares de consumo.

Respecto a la fase de consumo podrían implementarse talleres de nutrición y preparación de alimentos que contribuyeran a mejorar su calidad alimenticia y nutricional.

Adicionalmente se podría contribuir al fortalecimiento de la vocación estratégica-alternativa del MCP mediante su vinculación con diversas organizaciones de tipo económico.

6.6.3 Una perspectiva feminista

La exclusión que la perspectiva formalista de la economía realiza de actividades y relaciones como el trabajo reproductivo, los rituales comunitarios y los cuidados domésticos-familiares pareciera tener un destinatario específico; las mujeres y su aporte social y económico.

Si bien en el contexto del MCP y mediante el trueque las mujeres aprecian y le dan valor entre sí a su trabajo y a sus productos, sin embargo, el contexto de marginalidad en que este mercado y todo el subsistema de economía popular al que se encuentra articulado, con respecto al conjunto de la economía formal capitalista revela el desdén y sometimiento en que se coloca a la actividad económica ligada a los procesos reproductivos-domésticos, convencionalmente asignado a las mujeres.

No obstante, la predominante participación de mujeres en el MCP como unidad económica extra-doméstica y en su carácter de prosumidoras, es decir como personas que producen directamente lo que ofrecen a cambio, ellas trascienden los límites de la separación que la economía convencional establece entre la economía productiva y la reproductiva y, por el contrario, establecen un vínculo directo entre ambas dimensiones económicas.

Su incursión en las actividades productivas y en el comercio como ámbitos extra-domésticos no las exime de sus roles y cargas domésticas, sino que representa trabajo adicional, el cual si bien les es inducido por necesidades y limitaciones objetivas, principalmente económicas, ellas asumen no como una imposición sino como una tradición que adoptan con beneplácito y que disfrutan y aprovechan más allá de su dimensión económica, por las experiencias, aprendizajes, paisajes y relaciones que rompen con sus rutinas domésticas cotidianas.

La dinámica operativa del MCP muestra y contribuye a reestablecer o a reivindicar el vínculo directo y funcional que existe entre la economía productiva y reproductiva, mientras que su condición de prosumidoras y el mecanismo del trueque inhiben la cosificación de las relaciones sociales y propician el establecimiento y fortalecimiento de lazos personales, todo lo cual es consistente con los siguientes postulados de la economía feminista:

- Desplazar el interés por las necesidades que implican la producción de mercancías y de beneficios, y pasar a interesarnos por la satisfacción social de las necesidades humanas. Ello conlleva a su vez una comprensión amplia de las *necesidades*, entendiendo que no son un elemento biológicamente determinado, sino que se construyen y expresan socialmente y que se ven afectadas por relaciones de poder.
- Considerar como *trabajo* toda aquella actividad destinada *precisamente* a la satisfacción de tales necesidades, es decir, destinada a la gestión cotidiana de nuestra vida en las facetas material, afectiva y relacional.
- Dar la centralidad de la *sustentabilidad de la vida* y develar el conflicto social existente entre la lógica de la acumulación del capital y la lógica de la reproducción de la vida de las personas.

Se trataría, finalmente, de retomar, replicar y adaptar a diferentes contextos las prácticas culturales, colectivistas, comunitarias, feministas, de cooperación, de corresponsabilidad, de reciprocidad y solidaridad, así como el carácter social y sustantivo de la economía, para enfrentar a la economía patriarcal capitalista en un

proceso paulatino de fortalecimiento de la autonomía operativa e institucional de las múltiples expresiones de la economía popular en la perspectiva de construcción de un sistema económico sustentable orientado en los valores de la economía solidaria.

En una perspectiva más amplia y de largo plazo, los procesos de articulación y fortalecimiento a escala micro-local podrían estar marchando simultáneamente con transformaciones a nivel macro-nacional y hasta meta-internacional, reforzando en todos los niveles las perspectivas de un proyecto decolonial, a partir de la formación de estados multinacionales que tomen en cuenta la diversidad socio-cultural de cada nación, y la promoción de una alianza política y económica de los pueblos latinoamericanos para enfrentar al bloque hegemónico capitalista.

Conclusiones

En esta investigación nos propusimos describir y analizar la conformación y la racionalidad socio-económica del Mercado de Cambio de Pátzcuaro, percibido inicialmente como una entidad económica de intercambio mediante trueque, en la que predomina la participación de mujeres provenientes de comunidades indígenas que reproducen prácticas, valores y normas tradicionales afines y congruentes con la economía popular solidaria.

Para ello se tomaron una serie de enfoques teóricos articulados a partir del ejercicio de construcción del MCP como objeto-problema de investigación. El enfoque central ha sido el de la economía popular, que destaca la racionalidad reproductiva de la vida de las personas, como objetivo supremo en el que las formas y medios productivos son subordinados para lograr aquel objetivo. Ello en contraste con la racionalidad de la economía del capital para la cual la vida de las personas y la naturaleza son consideradas como simple medio para la producción, el consumo, la obtención de ganancias y la acumulación de riqueza y poder.

En torno a este enfoque y de manera complementaria se han incorporado la economía feminista y la economía solidaria, junto con cierta presencia de disciplinas como la sociología, la historia y la antropología, ello con la intención de alejarnos de una mirada economicista unidisciplinar, tratando de dar cuenta de mejor manera de la complejidad del fenómeno estudiado.

Estos enfoques combinados con los métodos de observación e interacción con las protagonistas del MCP permitieron identificar el entramado institucional y particularmente las normas, que prevalecen de manera subyacente y afloran a cada momento, en cada transacción, dotando de efectividad práctica a sus participantes. Estas normas contribuyen a la continuidad y sustentabilidad del mercado, en la medida en que reproducen y fortalecen la reciprocidad y solidaridad que constituyen un subproducto indispensable e inexcluíble para la cabal comprensión de esta entidad socio-económica.

Como resultado de esta investigación, el Mercado de Cambio de Pátzcuaro se distingue como un contendor de una diversa gama de fenómenos y elementos que lo dotan de una especificidad concreta que sólo puede ser comprendida en su complejidad en la medida en la que se implementen una serie de herramientas conceptuales y metodológicas igualmente diversas y adecuadas a sus características.

En el MCP confluyen un conjunto de mujeres provenientes de comunidades indígenas de carácter rural-campesino, la mayoría de las localidades involucradas y de las mujeres participantes en este mercado no cuentan con recursos económicos y productivos suficientes para integrarse sino de manera marginal a la economía capitalista globalmente predominante.

Si bien el MCP ha sido configurado como objeto de estudio, la actividad que probablemente sintetice de manera más integral toda esta complejidad es el intercambio bajo la modalidad de trueque.

El trueque no debe ser considerado como una actividad simple o primitiva ya que, como pudo verse en el transcurso de la descripción y el análisis realizada en esta investigación, revela una enorme complejidad. En cada intercambio se ponen en juego un diverso conjunto de diversas habilidades prácticas para medir cantidades y calidades desde las necesidades propias. Ello sin dejar de considerar las necesidades de la contraparte, lo que muestra la presencia de pautas de cooperación, reciprocidad y solidaridad.

No debe sorprender la preponderancia de la presencia y participación de las mujeres en el ámbito del MCP que, aunque aparentemente se ubica como externo a la dinámica doméstica, en la que suele encasillarse la actividad femenina, en realidad sus actividades en el mercado están estrechamente vinculadas a las dinámicas reproductivas operadas desde el seno de sus unidades domésticas familiares y sus comunidades, como corresponde a la racionalidad propia de la economía popular orientada a la reproducción de la vida.

Esta preponderante participación de las mujeres en diversos ámbitos económicos y sociales en general ha estado presente a lo largo de la historia humana, pero ha sido poco visibilizada, reconocida y valorada, por lo que resulta pertinente contribuir a mostrar todos los casos y ámbitos en los que el aporte femenino es fundamental.

No obstante, las unidades económicas en las que se maneja dinero son más valoradas socialmente y en ellas predomina la participación masculina, mientras que las unidades en las que no hay presencia de dinero son menos valoradas y son asignadas predominantemente a mujeres.

A la condición de género de la mayoría de las participantes se suma su estrato socio-económico popular, campesino e indígena, por lo que la marginalidad y exclusión bajo la que operan es múltiple y acumulativa.

La operación con medios mínimos, como petates y canastas y la ausencia de implementos como básculas y mostradores, conjuntamente con la ausencia casi total de dinero, son percibidas como expresión de la precariedad y marginalidad en la que se desenvuelve el MCP.

A pesar de ello, o tal vez gracias a ello, es que han desarrollado el perfil y potencial alternativo que permite reactivar y revitalizar formas de producción tradicional y recursos básicos, y también manteniéndose como opción complementaria para apoyar las condiciones de reproducción de la vida de sus familias mediante sus actividades productivas y de intercambio.

La combinación de sus condiciones de marginalidad con el hecho de ser portadoras de un universo cultural tradicional, indígena comunitario, propicia el establecimiento de relaciones de empatía, cooperación, corresponsabilidad y solidaridad.

De manera un tanto transversal e implícita se encuentra inmerso en esta investigación el paradigma multidisciplinario de la sustentabilidad. Se asume que un mayor potencial del paradigma de la sustentabilidad se puede obtener cuando se despliega de manera conjunta y compatible con enfoques alternativos como la economía solidaria y la economía feminista.

La sustentabilidad se expresa, reproduce y fortalece en las normas y prácticas de complementariedad, cooperación, reciprocidad y solidaridad observables en cada acto de intercambio, sino también en las prácticas productivas de baja escala y de rotación y diversificación de cultivos que, conjuntamente con la utilización de insumos orgánicos, permiten al suelo de cultivo la recuperación continua de sus nutrientes esenciales.

Las bajas escalas de las transacciones y el tipo de productos que se producen y se intercambian revelan el carácter doméstico-alimentario estrechamente ligado a las dinámicas reproductivas de las unidades domésticas familiares de las participantes en el MCP, lo cual es consistente con la racionalidad reproductiva de la vida propia de la economía popular.

La producción, intercambio y consumo propio y directo de las participantes, así como su origen local contribuyen a dotar al MCP de un carácter propio de los circuitos cortos que implican características como el traslado de los productos a corta distancia, la inexistencia de intermediarismo y el trato personalizado que inhibe la cosificación de las relaciones y propicia el establecimiento de lazos de confianza, corresponsabilidad, reciprocidad y solidaridad.

Además de los métodos productivos de baja escala, de cultivos diversificados y rotativos y bajo o nulo uso de insumos petroquímicos, los hábitos de trabajo muestran una relación más integral y armónica con su entorno, particularmente con la tierra y sus productos, que son valorados en su esencia misma como dadores de vida y apreciados ellos mismos como formas particulares de vida. De esta manera el trabajo agrícola se transforma en un intercambio respetuoso y recíproco, en una especie de convivencia entre dos formas de vida.

Aunque no de manera teórica ni explícita, pero las mujeres que participan del intercambio despliegan su crítica a la conceptualización convencional del trabajo, de la economía, del dinero y de los recursos naturales. Lo hacen de manera cotidiana a partir de sus propias prácticas, de sus métodos de trabajo y de los

términos en los que entablan sus relaciones económicas y de convivencia entre ellas y con su entorno natural.

Entre los aportes que se pueden identificar como resultado de la presente investigación se destacan los siguientes:

- La contribución a la visualización de los fenómenos y sectores convencionalmente marginados e invisibilizados.
- La particular combinación de enfoques teóricos conceptuales que permitieron destacar la unidad del conjunto, así como su dimensión crítica y alternativa al ponerla en contexto y en contraste con la economía convencional dominante.
- La inserción e integración del caso de estudio con la perspectiva de contexto histórico y territorial.
- La construcción teórica del MCP como totalidad concreta, a partir de la integración de sus múltiples partes y dimensiones en una unidad con un sentido lógico, un subsistema territorial de economía popular solidaria.
- El apoyo a los esfuerzos de reflexión crítica colectiva por parte de algunas de las participantes en el MCP.
- La visibilización e intercambio recíproco de esta modalidad económica y sus protagonistas con algunos sectores de la moderna sociedad urbana, particularmente entre la comunidad universitaria y escolar en general.

Se considera que la investigación realizada cumple con los objetivos planteados en la medida en que muestra, describe y analiza las características constitutivas y operativas de esta entidad económica, así como del perfil de sus participantes. Pero, sobre todo, porque abre una mayor perspectiva de posibilidades de investigación tanto en amplitud como en profundidad que puede ser abordada desde diferentes enfoques y disciplinas.

En términos de amplitud, por ejemplo, el estudio del Mercado de Cambio de Pátzcuaro y el subsistema económico articulado en torno a él podría ser estudiado

en la perspectiva del Desarrollo Local, buscando su articulación con otros sistemas económico-productivos, que se desarrollan en el mismo contexto socio-territorial. Así como en la perspectiva de la agroecología y del estudio de los mercados populares de productos orgánicos y de intercambio justo.

Desde la antropología jurídica y política, resultaría interesante observar las dinámicas socioeconómicas del mercado en su potencial vinculación con los emergentes movimientos y luchas por la autonomía y derechos indígenas, que pugnan por el control y protección de sus recursos naturales y de sus formas consuetudinarias de gobierno.

En términos de profundidad, resultaría sumamente interesante un análisis más detallado del perfil y cosmovisión socio-cultural de las participantes desde una perspectiva de estudios de género, apoyado en métodos etnográficos para destacar la condición de las mujeres de ascendencia indígena y su potencial aporte antisistémico.

Se considera fundamental fortalecer las prácticas de investigación acción que favorezcan la expresión más integral y contundente de los sujetos estudiados, sobre todo cuando se encuentran en condición de marginalidad. Desde este tipo de metodologías podría no sólo abrirse canales de comunicación y expresión más directa de los actores sociales, sino también generar estrategias y proyectos que permitan visualizar alternativas y capacidades autónomas y autogestivas.

Bibliografía

Abramovich, Ana Luz y Vázquez, Gonzalo (2003) La experiencia del trueque en La Argentina: otro mercado es posible. Ed. Instituto del Conurbano, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Acosta, Alberto (2010) El Buen Vivir en el camino del post-desarrollo. Una lectura desde la Constitución de Montecristi. Policy Paper 9. Ed. Fundación Friedrich Ebert, FES-ILDIS, Ecuador.

Adorno W, Theodor (2001) *Epistemología y ciencias sociales*. Ediciones Cátedra, Madrid, España.

A. Denman, Catalina y Haro, Jesús Armando (Compiladores. - Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social. Ed. El Colegio de Sonora, México 2000.

Aguilar Gil, Yásnaya Elena (2013) La diversidad lingüística y la comunalidad. En Cuadernos del Sur. Revista de Ciencias Sociales. Año 18, No. 34, enero-junio 2013. Ed INAH, UABJO, CIESAS. Oaxaca, México.

Agénjo Calderón, Astrid y Santillán Idoate, Cristina (2012) Los derechos económicos de las mujeres: una economía sobre la vida. El Salvador, Bolivia y el Estado Español. Ed. ACSUR, Madrid.

Agrawal, Arun y Gibson, Clark C. World Development Vol. 27, No. 4, pp. 629-649, 1999. Printed in Great Britain.

Aguilar Camín, Héctor y Meyer, Lorenzo (2000) A la sombra de la Revolución Mexicana. Ed. Cal y arena, México.

Alberti, Giorgio y Enrique Mayer (1974) "Reciprocidad andina: ayer y hoy". En Alberti, G. y E. Mayer (comp.) Reciprocidad e intercambio en los andes peruanos. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Alburquerque, Francisco (1999) Desarrollo Económico Local en Europa y América Latina. Ed. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, España.

Alcaniz Moscardó, Mercedes (2015). Género con clase: la conciliación desigual de la vida laboral y familiar. Repositori Universitat Jaume I, Federació Espanyola de Sociologia.

Alimonda, Héctor (2011). *La colonialidad de la naturaleza. Una aproximación a la Ecología Política Latinoamericana*. En Alimonda, Héctor (coordinador) *La Naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*. Ed. CICCUS – CLACSO, Buenos Aires.

Altieri, Miguel Ángel (1999) *Agroecología, bases científicas para una agricultura sustentable*, Montevideo, Nordan Comunidad, Montevideo.

Altieri, Miguel Ángel y Nicholls, Clara (2012) *Agroecología, única esperanza para la soberanía alimentaria y la resiliencia socioecológica*. *Revista Agroecología*, volumen 7, número 2, 2012, pp. 65-83. Universidad de Murcia, España.

Álvarez-Gayou Jurgenson, Juan Luis (2003) *Cómo hacer investigación cualitativa*. Ed. Paidós, Ecuador.

Amezcu Luna, Jarco y Sánchez Díaz, Gerardo (2015) *Pueblos indígenas de México en el Siglo XXI*. P'urépecha. Vol. 3. Ed. Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, (CDI), México.

Amin, Samir (1979) *La acumulación a escala mundial. Crítica de la teoría del subdesarrollo*. Siglo XXI Editores, S.A. México.

Anderlini, Luca y Sabourian, Hamid (1998) *Algunas notas sobre la economía del trueque, dinero y crédito*. En Humprey, Caroline y Hugh-Jones, Sthepen (editores), *Trueque, intercambio y valor. Aproximaciones antropológicas*. Ed. Abya-Yala, Quito, Ecuador. (Cap. 4, pp. 117-163)

Andrade Egas, Fabián (2008) *Comercio justo o economía solidaria*. *Revista de la Asociación de Funcionarios del Servicio Exterior Ecuatoriano (AFESE)*, Vol. 49, No. 49, Quito, Ecuador (pp. 103-118).

Appadurai, Arjun (1991) "Introducción: Las mercancías y la política del valor". En Appadurai, A. (ed.) *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Grijalbo.

Aquino Morechi, Alejandra (2013) *La comunialidad como epistemología del Sur. Aportes y retos*. En *Cuadernos del Sur. Revista de Ciencias Sociales*. Año 18, No. 34, enero-Junio 2013. Ed INAH, UABJO, CIESAS. Oaxaca, México.

Aquino Zacarías, Plutarco (2013) *Nuestra comunialidad: reflexiones desde Yalalag*. En *Cuadernos del Sur. Revista de Ciencias Sociales*. Año 18, No. 34, enero-Junio 2013. Ed INAH, UABJO, CIESAS. Oaxaca, México.

Araiza Díaz, Alejandra (200) Epistemología de género: las mujeres zapatistas de Roberto Barrios. Revista Política y Cultura, número 22, pp 125-145. Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco.

Arellanes Cancino, Yaayé y Casas Fernández, Alejandro (2011) *Los mercados tradicionales del Valle de Tehuacán-Cuicatlán: antecedentes y situación actual*. Revista Nueva Antropología. Vol. XXIV, No. 74, enero-junio 2011, pp. 93 - 123. Ed. UAM-INAH-CONACULTA.

Arellanes Cancino, Yaayé, Hidalgo Sanjurjo Juan Carlos y Ayala Ortiz, Dante Ariel (2014) *El tianguis de Pátzcuaro: retos para la continuidad de un patrimonio biocultural intangible*. Ponencia presentada en el 4º Congreso Nacional de Ciencias Sociales. México.

Arellanes Cancino, Yaayé y Dante Ariel Ayala Ortiz (2016). *Tradición y sobrevivencia del trueque como alternativa de abasto y subsistencia: una mirada al tianguis de cambio de Pátzcuaro, Michoacán*. En Corona M. Eduardo. (Editor) Revista Etnobiología, Volumen 14, número 2, México.

Arellanes Cancino, Yaayé, Arellanes Cancino Nimcy y Dante Ariel Ayala Ortiz (2017). *El tianguis de cambio de Pátzcuaro, Michoacán, a través del Metabolismo Social desde Mesoamérica hasta el siglo XXI*. En Estudios Sociales, Revista de Alimentación Contemporánea y Desarrollo Social. Número 50, volumen 27, julio-diciembre de 2017. Ed Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo. México.

Argueta Prado, Jorge Quetzal y Martín Cortez Noyola (2016). *Trueque, intercambio y reciprocidad: Economía solidaria en las comunidades purépecha de Michoacán*. Revista Etnobiología, Volumen 14, número 2, México 2016, pp. 79-89.

Argueta Villamar, Arturo (2016) *El estudio etnobiológico de los tianguis y mercados de México*. Revista etnobiología. Vol. 14, núm 2, agosto 2016, pp. 38-46. Ed. Asociación Etnobiológica Mexicana. A.C.

Arizpe, Lourdes y Alonso, Guionar (2001) Cultura, comercio y globalización. CLACSO, Buenos Aires, Argentina.

Arizpe, Lourdes. 2009. *El patrimonio inmaterial de México. Ritos y festividades*. México, Conaculta.

Ariza, Marina (2006). *Mercados de trabajo y desigualdad de género en México a principios del siglo XXI*. En La situación del trabajo en México, 2006. Ed. UAM Iztapalapa, México.

Arocena, José (2001) *El desarrollo local un desafío contemporáneo*. Ed. Santillana, Uruguay.

Arrighi, Giovanni (2014) *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Ed. Akal, Madrid, España.

Bambirra, Vania (1978) *Teoría de la dependencia: una anticrítica*. Serie Popular ERA. México.

Barkin, David (1998) *Riqueza, pobreza y desarrollo sostenible*. Editorial Jus y Centro de Ecología y Desarrollo

Barreto Ávila, Magali (2014) *Espacio y género en el tianguis campesino-indígena de la ciudad de Ocosingo, Chiapas*. Tesis para optar por el grado de doctora en antropología. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.

Bartra, Armando (2006) *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida*. Ed. UACM, ITACA, CEDRESA, México.

Beals, Ralph L. 1975. El estudio de mercados en Oaxaca: su origen, ámbito y hallazgos preliminares. En, *Mercados de Oaxaca*, eds. Martin Diskin y Scott Cook, pp. 54-73. México, INI-CNCA.

Beaumont, P. (1985). *Crónica de Michoacán* (tomo 2). Ed. Balsal, Morelia, México.

Becker, Gary. (1987). *“Tratado sobre la familia”*. Madrid, España: Alianza Editorial S.A.

Bellucci S. Anna Paola (2002) *La herbolaria en los mercados tradicionales*. Revista Centro de Investigación de la Universidad La Salle, No. 018-017, México.

Berdan Frances, F. Y Smith, Michael E. (2004) *El sistema mundial mesoamericano posclásico*. Revista *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol. XXV, No. 99, pp. 17 -77. Ed. El Colegio de Michoacán, México.

Berdan, Frances (2013) *Los medios de intercambio en la época prehispánica y la Colonia*. Revista *Arqueología Mexicana*, No. 122, julio-agosto de 2013. (pp. 62-67) Ed. INAH, México.

Bertalanffy, Ludwig (1976) *Teoría General de sistemas*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México.

Bertoldi, Sandra, Fiorito, María Elisa y Álvarez, Mabel (2006) *Grupo focal y desarrollo local: aportes para una articulación teórico-metodológica*. Revista de Ciencia, Docencia y Tecnología, No. 33, Año XVII, noviembre de 2006. Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER), Argentina.

Bocco, Gerardo, Mendoza, Manuel y R. Masera, Omar (2001) *La dinámica de cambio del uso del suelo en Michoacán. Una propuesta metodológica para el estudio de los procesos de deforestación*. Boletín del Instituto de Geografía, No. 44, 2001, pp. 18 – 38. Ed. UNAM, México.

Boff, Leonardo (2009). ¿Vivir mejor o «el buen vivir»? En América Latina en Movimiento, 03/03/2009. Quito, Ecuador.

Boff, Leonardo (2012) La madre tierra, sujeto de dignidad y derechos. América Latina en Movimiento.

http://www.democraciaycooperacion.net/IMG/pdf/La_Madre_Tierra_sujeto_de_dignidad_y_de_derechos.pdf

Boisier, Sergio (2001) Desarrollo Local, ¿de qué estamos hablando? En Madoery, Oscar y Vázquez Barquero, Antonio (editores) Transformaciones globales, Instituciones y Políticas de desarrollo local. Editorial Homo Sapiens, Rosario, Argentina.

Botey, Carlota y Suárez, Blanca (1996) Condiciones laborales de la mujer rural. Revista Estudios Agrarios, año 2, número 2, enero-marzo de 1996, pp. 104-111. Procuraduría Agraria, México.

Braudel, Fernand (1979). *El trueque dentro de las economías monetarias*. En Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII. (pp. 388-409). Alianza Editorial, Madrid.

Bretón Solo de Saldivar, Víctor (2013). Etnicidad, desarrollo y “Buen Vivir”. Reflexiones críticas en perspectiva histórica. European Review of Latin American and Caribbean Studies Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe No. 95 (2013) October, pp. 71-95

Briseño Roa, Julieta (2013) La formación de educadores comunales. En Cuadernos del Sur. Revista de Ciencias Sociales. Año 18, No. 34, enero-junio 2013. Ed INAH, UABJO, CIESAS. Oaxaca, México.

Busconi, Antonella (2018) Cuerpo y territorio, una aproximación al activismo ecofeminista en América Latina. Anuario de Relaciones Internacionales. Ed. Instituto de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario, Argentina.

Calle Collado, Ángel, Gallar, David y Candón, José (2013) Agroecología política: la transición social hacia sistemas agroalimentarios sustentables. *Revista de Economía Crítica*, número 16, segundo semestre de 2013, pp. 244-277. Universidad de la Rioja, España.

Calveiro, Pilar (2014) Repensar y ampliar la democracia. El caso del municipio autónomo de Cherán K'eri. *Revista Argumentos*, volumen 27, número 75, mayo-agosto de 2014, pp. 193-212. Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco.

Capra, Fritjof (1998) *La trama de la vida*. Ed. Anagrama, Barcelona, España.

Cardoso, Fernando Enrique y Faletto, Enzo (1969) *Dependencia y desarrollo en América latina*. Siglo XXI Editores, S.A. México.

Carozzi, María Julia (2000) *La observación participante en ciencias sociales: En busca de los significados del actor*. Boletín de Lecturas Sociales y Económicas. Universidad de Centro América (UCA), Año 3, No. 13.

CARRASCO, Cristina (2009): "Mujeres, sostenibilidad y deuda social", *Revista de educación*, número extraordinario 2009, Madrid: Ministerio de Educación, pp.169-191. Disponible en http://www.revistaeducacion.mec.es/re2009/re2009_08.pdf

Cassano, Daniel (2003) Condiciones para el desarrollo del trueque como componente de la economía social. Análisis e la legislación. En Intze, Susana (editora) *Trueque y economía solidaria*. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Castilla, Florencia (2012) Hacia el medio rural con perspectiva de género. *Revista de Investigaciones Agropecuarias RIA*, Vol. 38, No. 3, diciembre de 2012. Ed. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria. Buenos Aires, Argentina.

Castilleja, Aida (2003) *La cuenca del lago de Pátzcuaro como escenario y objeto de políticas públicas*. CDI. PNUD.

Castillo F. Víctor M. (1984) *Estructura económica de la sociedad Mexica*. Según fuentes documentales. Ed. UNAM, México.

Castro Leal, Marcia, Díaz, Clara y Ma. Teresa García (1989) *La economía de los Uacusechas*. En, Enrique Florescano (coordinador) *Historia General de Michoacán*, Vol. I. Ed. Instituto Michoacano de Cultura, Michoacán, México.

Cendejas, J.M. (2017) Más allá de la reproducción ampliada de la vida. Una interpretación feminista de la economía social solidaria. *Revista Tesis Psicológica* 12 (2), 116-177. Facultad de Filosofía. Los libertadores, Fundación Universitaria, Colombia.

CEPAL (1981) Economía campesina y agricultura empresarial: tipología de productores del agro mexicano. Ed. CEPAL, México.

Cochet, Hubert, Léonard Eric y Damien de Surgy, Jean (1988) *Paisajes agrarios de Michoacán*. Ed. El Colegio de Michoacán, México.

<https://books.google.com.mx/books?hl=es&lr=&id=VBsCnEuAcREC&oi=fnd&pg=PA11&dq=revolución+y+agrario+en+Michoacán&ots=QyH9cO1fmc&sig=IkXv54Ux1tBOpDBkoVOJFD1dyig#v=onepage&q=revolución%20y%20agrario%20en%20Michoacán&f=false>.

Colombo, Octavio (2009) Karl Polanyi y los problemas de los mercados. Revista Studia Histórica. Historia Antigua, Número 26, octubre de 2009 (pp. 221 – 236) Universidad de Salamanca, España.

Contreras Soto, Ricardo (Coordinador) (2007) Mercados itinerantes. Estudio exploratorio de los tianguis en Celaya, Guanajuato, México. La lógica de los tianguis. Facultad de Ciencias Administrativas, Universidad de Guanajuato, México.

Constanza, Robert (1997) La economía ecológica de la sostenibilidad. Invertir en capital natural, en R. Goodland *et al.*, 1997, Medio ambiente y desarrollo sostenible. Más allá del Informe Brundtland: 103-114, Madrid, Trotta.

Coraggio, José Luis. (1990). *El futuro de la economía urbana en América Latina* (Notas desde una perspectiva popular) Ponencia presentada en el Seminario sobre La ciudad latinoamericana del futuro", IIED-AL, Buenos Aires, octubre 1990.

Coraggio, J. L., *Desarrollo humano, economía popular y educación*, Buenos Aires, Instituto de Estudios y Acción Social, Aique Graupo, 1995.

Coraggio, J. L., (1997) “Alternativa para o desenvolvimento humano en un mundo globalizado”, en *Revista Proposta*, Rio de Janeiro, FASE, N° 72, 1997.

Coraggio, Jpsé Luis (1998) Economía Popular Urbana: una nueva perspectiva para el desarrollo local, Programa de Desarrollo Local, Cartilla No 1, Instituto del Conurbano-Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), San Miguel.

Coraggio, José Luis (1999) *Una perspectiva alternativa para la economía social: de la economía popular a la economía del trabajo*. Extraído de los capítulos II y IV de José L. Coraggio, Política social y economía del trabajo. Alternativas a la política neoliberal para la ciudad, UNGS/Miño y Dávila Editores, Buenos Aires, 1999.

Coraggio, José Luis (2003) *Las redes de trueque como institución de la economía popular*. En Intze, Susana (editora) Trueque y economía solidaria. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Coraggio, José Luis. (2004). *La gente o el capital: desarrollo local y economía del trabajo*. Quito, Ecuador: Centro de Investigaciones CIUDAD, ILDIS-FES.

Coraggio, José Luis (2011) *Economía social y solidaria. El trabajo antes que el capital*. Cap. VIII. Principios, instituciones y prácticas de la economía social y solidaria. III. La economía social y solidaria (ESS). Los significados de la Economía Social y Solidaria (pp. 380-399). Ed. Universidad Politécnica Salesiana – FLACSO, Ecuador. (423 pp.).

Cortés Maisonave, Almudena (2014) Antropología, desarrollo e interculturalidad: propuestas desde América Latina. *Revista de Antropología Social*, No. 23, 2014. Ed. Universidad Complutense, Madrid, España.

Cortesi, Javier (2003) Red de trueque solidario (RTS). En Hintze, Susana (editora) *Trueque y economía solidaria*. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Costa Leonardo, Núria (1996) La mujer rural en México. *Revista análisis*. Red Mexicana de Mujeres Rurales/Procuraduría Agraria, SEDATU, Gobierno de México.

De la Garza Toledo, Enrique (1983) *El método concreto-abstracto-concreto (ensayos de metodología marxista)*. Ed. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México.

De la Tejera Hernández, Beatriz, et al. (2013) *El oro verde en Michoacán: ¿un crecimiento sin fronteras? Acercamiento a la problemática y retos del sector aguacatero para el Estado y la sociedad*. *Revista economía y sociedad*, Vol. XVII, No. 29, julio-diciembre de 2013, pp. 15-40. Ed Universidad Michoacana de san Nicolás de Hidalgo, México.

De Sousa, Boaventura (2009), *Una epistemología del Sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*. Ed. CLACSO y Siglo XXI, México.

De Souza Santos, Boaventura (2014) O China o Sumak Kawsay. *Revista América Latina en Movimiento*, ALAI. No. 441: 1-20; febrero 2014, Quito, Ecuador.

Díaz del Castillo, (1968) Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Ed. Espasa Calpe, México.

Díaz De Salas, Sergio, et al. (2011) *Una guía para la elaboración de estudios de caso*. *Revista Razón y Palabra*, No. 75, febrero – abril de 2011. Ed. Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

Díaz Gómez, Floriberto (2004) *Comunidad y comunalidad*. Ed. Dirección General de Culturas Populares e Indígenas, México.

Dietz, Gunter (2010) Comunalidad e interculturalidad. Por un diálogo entre movimiento indígena e institución "intercultural". Ed. Universidad Veracruzana Intercultural, México.

Diskin, Martin y Scott Cook (1975) *Mercados de Oaxaca*. México, INI-CNCA.

Diskin, Martín (1979) La estructura de un mercado campesino en Oaxaca. *Revista Comercio y Desarrollo*, No. 10, México (pp. 35-45).

Dos Santos Theotonio (1980) Imperialismo y dependencia. *El hombre y su tiempo*, ERA. México.

Durston, John W. (1976). *Organización social de los mercados campesinos en el centro de Michoacán*. México, INI-CNCA.

Durston, John y Eduardo López (2006) *Capital social y gestión participativa en la cuenca de Pátzcuaro*. *Revista de la CEPAL*, No. 90, pp 105-119.

Dussel, Enrique (1991) La producción teórica de Marx. Un comentario a los *Grundrisse*. Ed S. XXI, México.

Enlace Continental de Mujeres Indígenas de las Américas
<https://www.iwgia.org/es/aliados/137-enlace-continental-de-mujeres-indigenas-ecmia>

Escalona Aguilar, Miguel Ángel (2009) Los tianguis y mercados locales de alimentos ecológicos en México: su papel en el consumo, la producción y la conservación de la biodiversidad y cultura. Tesis doctoral. Universidad de Córdoba, España.

Escobar, Arturo 2005 "Después de la Naturaleza – Pasos para una Ecología Política antiessencialista" en Parreira, Clélia y Alimonda, Héctor (orgs.) *Políticas Públicas Ambientales Latinoamericanas* (Brasilia: Abaré/FLACSO).

Espino, Alma. (2010). *Economía feminista: enfoques y propuestas*. Ed. Instituto de Economía, Universidad de la República, Uruguay.

Espinosa, f.l.f. (2003). *Crónica franciscana de Michoacán*. Morelia: UMSNH-Morevallado.

Espinoza Damián, Gisela (1983). *Notas sobre la explotación del trabajo doméstico*. *Revista de la Universidad Autónoma de Guerrero*, número triple 11, 12 y 13, abril-septiembre de 1983. Ed. UAG.

Esteva, Gustavo (2015) Para sentipensar la comunalidad. *Revista Bajo el Volcán*, año 15, No. 23, No. septiembre-febrero 2016. Ed. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

Esteve, Gustavo (2017) Desafíos de la interculturalidad. Ed. Instituto para los Derechos Ecológicos de las futuras generaciones – PRATEC, Lima, Perú.

Fabré Platas, Danú Alberto y Yeste Santamaría, Simón (2012) *Deconstruir la globalización desde la economía solidaria*. Ed. Revista Paz y Conflictos, No. 5, 2012, pp. 93-119. Universidad de Granada, España.

Fabré Platas, Danú Alberto y Egea Jiménez Carmen (2015). *Los espacios de intercambio. Los tianguis de Pátzcuaro (Michoacán, México), entre la tradición y las estrategias de supervivencia*. Revista Documents d'Anàlisi Geogràfica 2015, vol. 61/2 265-287. Ed. Universidad Autònoma de Barcelona.

Federici, Silvia. 2004. *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Ferguson, Niall (2009) El triunfo del dinero: Cómo las finanzas mueven el mundo. Ed. Debate, España.

Fernández Mayo, Manuela (2009) *El trueque solidario: una estrategia de supervivencia ante la crisis argentina de 2001*. Revista Pueblos y Fronteras, vol. 4, núm. 7, junio-noviembre, 2009, pp. 5 – 29. Ed. UNAM.

Ferraro, Emilia (2002) Reseña del libro “Trueque, intercambio y valor-Aproximaciones antropológicas Caroline Humprey y Stephen Hugh-Jones (Compiladores. Ed. Abya Ayala, Quito, 1997. Publicada en Revista Iconos, número 14, agosto de 2002. FLACSO, Ecuador. (pp. 150-152)

Foladori, Guillermo y Pierri Estados, Naína (Coordinadores) (2005) *¿Sustentabilidad? Desacuerdos sobre el desarrollo sustentable*. UAZ-Porrúa, México.

Furtado, Celso (1971) El poder económico: Estados Unidos y América Latina. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, Argentina.

García, Rolando (2006) *Sistemas complejos. Conceptos, métodos y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*. Ed. Gedisa, Barcelona, España.

García Ruiz, José Luis (1992) *Ptón oro, banca y crisis (1875-1936)*. Una revisión desde la historia económica. Revista. Cuadrenos de Estudios Empresariales. No. 2, pp. 57-85, Universidad Complutense, Madrid, España.

Garibay Orozco, Claudio y Bocco Verdinelli, Gerardo (2011) *Cambios de uso del suelo en la meseta purépecha*. (1976 – 2005). Ed. SEMARNET, INE, UNAM-CIGA.

Gasparello, Giovanna (2018) Conflicto, respuestas comunitarias a la violencia y formación de paz en Cherán, Michoacán. Revista de Cultura de Paz, volumen 2, pp. 191-214. Ed. Cátedra UNESCO, Universidad Técnica Particular, Ecuador.

Gastón Caligaris y Guido Starosta (2017) Determinación actual e historia en la génesis del dinero Una aproximación metodológica a la controversia sobre el carácter mercantil de la forma dineraria. En R. Escorcía Romo & M. L. Robles Báez (Eds.), Dinero y capital. Hacia una reconstrucción de la teoría del dinero de Marx (pp. 123–157). México: ITACA / UAM.

Gatti, Claudia (2009) El fenómeno del trueque: una mirada sociológica. Revista pueblos y fronteras. Vol. 5, núm. 8, diciembre-mayo de 2009, pp. 264-286. Ed. UNAM, México.

Giraldo, Omar Felipe (2012) El discurso moderno frente al “pachamamismo”: La metáfora de la naturaleza como recurso y el de la Tierra como madre. Polis Revista Latinoamericana, número 33.

Gledhill, John (1990) ¿El fin de la comunidad campesina? Reproducción campesina, migración y desarrollo capitalista en el occidente de Michoacán. Revista Relaciones del Colegio de Michoacán. pp. 107-156.

Gliessman, et al., (2007) Agroecología: promoviendo una transición hacia la sostenibilidad. Revista científica y técnica de ecología y medio ambiente, volumen 16, número 1, pp. 13-23. Asociación Española de Ecología Terrestre.

Gómez Urrutia, Verónica y Jiménez Figueroa Andrés (2015). *Corresponsabilidad familiar y el equilibrio trabajo-familia: medios para mejorar la equidad de género*. Polis, Revista Latinoamericana, No. 40, Universidad de Los Lagos, Chile.

González Bombal, Inés (2003) Solidaridad en clases medias en descenso: experiencias en el trueque. En Hintze, Susana (editora) Trueque y economía solidaria. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

González de Molina Navarro, Manuel (1992) Agroecología: Bases Teóricas para una Historia Agraria Alternativa. Revista Agroecología y Desarrollo No. 4. Dic. 1992. Universidad de Granada, España.

González Obregón, Luis (1947) *Las Calles de México*. Ediciones Botas, México.

Gorz, André (1993) La ecología política, entre la experiencia y la autolimitación. Viento Sur, Madrid.

González, Natividad M. y Berguesio, Liliana (2016) Trueque e intercambio no monetario en la Puna jujeña.
<http://www.pastoresandinos.org/images/allegati/Estudio%20del%20Trueque%20%20Argentina.pdf>

Guerra Manzo, Enrique (1999) *La gubernatura de Lázaro Cárdenas en Michoacán (1928-1932): una vía agrarista moderada*. Secuencia, revista de historia y ciencias sociales. Nueva época, No. 45, septiembre a diciembre de 1999, pp. 131-166. Ed. Instituto Mora, México.

Guerrero Osorio, Arturo (2013) La comunalidad como herramienta. Una metáfora espiral. En Cuadernos del Sur. Revista de Ciencias Sociales. Año 18, No. 34, enero-junio 2013. Ed INAH, UABJO, CIESAS. Oaxaca, México.

Gudynas, Eduardo (2011) Buen vivir: Germinando alternativas al desarrollo. Revista América Latina en Movimiento, ALAI. No. 462: 1-20; febrero 2011, Quito, Ecuador.

Guillén Romo, Arturo (2006) Raúl Prebisch, crítico temprano del modelo neoliberal. Economía-UNAM, Vol. 4, Núm. 10 (pp. 123-130), México.

Guillén Romo, Arturo (2010) Estrategias alternativas de desarrollo. Ed Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.

Gunder Frank, André (1967) El desarrollo del subdesarrollo (pp. 159 – 173). Pensamiento crítico No. 7, La Habana, Cuba.

Gutiérrez Aguilar, Raquel. 2015. *Horizonte comunitario-popular. Antagonismo y producción de lo común en América Latina*. Puebla: BUAP.

Gutiérrez-Contreras, Maribel, et al. (2010) *Agroecología de la franja aguacatera en Michoacán, México*. Revista Interciencia, Vol. 35, No. 9, septiembre 2010, pp. 647-653. Caracas, Venezuela.

Gutiérrez de Jesús, Sandra Jazmín y Gutiérrez de Jesús, María Guadalupe (2016) Comunalidad y resistencia ante el genocidio neoliberal. Una perspectiva desde la comunidad de Huecorio. <https://www.purepecha.mx/content/696-Comunalidad-y-resistencia-ante-el-genocidio-neoliberal-Una-perspectiva-desde-la-comunidad-de-Huecorio>.

Gutiérrez Lozano, José Luis (2005). *Ante una crisis de civilización, una nueva economía social y solidaria*. En Cadena Barquín, Félix. - *De la Economía Popular a la Economía de Solidaridad*. Ed. El Colegio de Tlaxcala, Fomix, ECOSOL, SEPUEDE, Tlaxcala, México.

Guzmán Ávila, José Napoleón (1986) *“Agrarismo y contrarrevolución en Michoacán”*. Tzintzun, Revista de estudios históricos. No. 7, pp. 42-57. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México.

Guzmán, Casado G. I. y Mielgo, Alonso (2007) La investigación participativa en agroecología: una herramienta para el desarrollo sustentable. Revista científica y técnica de ecología y medio ambiente, volumen 16, número 1, pp. 24-36. Asociación Española de Ecología Terrestre.

Hassig, Ross (1990) Comercio, tributo y transportes. La economía política en el Valle de México en el siglo XVI. Ed. Alianza Editorial, México.

Hassig, Ross (2013) “El comercio a larga distancia en Mesoamérica y los pochtecas”. Revista Arqueología Mexicana, No. 122, julio-agosto de 2013. (pp. 36-41) Ed. INAH, México.

Hernández Arteaga, Laura (2011) La teoría de sistemas sociales de Niklas Luhmann en México. Una aproximación.

Hernández Sampieri, Roberto, et al., (2010) Metodología de la investigación. Quinta edición. Ed Mc Graw Hill, México (656 pp.).

Herrejón Peredo, Carlos (1991) *Los orígenes de Guayangareo-Valladolid*. Ed. El Colegio de Michoacán/ Gobierno del Estado de Michoacán.

Hinkelamert, Franz y Mora Jiménez, Henry (2013) *Hacia una economía para la vida*. Ed. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y Universidad Nacional de Costa Rica.

Hintze, Susana, et al. (2003) *Trueque y economía solidaria*. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Hirth, Kennet G. (2013) Los mercados prehispánicos. La economía y el comercio. Revista Arqueología Mexicana, No. 122, julio-agosto de 2013. (pp. 30-35) Ed. INAH, México.

Huacuz Elías, María Guadalupe y Rosas Vargas, Rocío (20017) Mujeres indígenas en Michoacán y relaciones de género. Ed. Programa de Estudios de la Diversidad Cultural y la Interculturalidad-UNAM y Secretaría de Pueblos Indígenas de Michoacán.

Humboldt, Baron Alexander Von (1966) Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España. Ed. Porrúa, México.

Humphrey, Caroline y Hugh-Jones, Stephen, Trueque, intercambio y valor. Aproximaciones antropológicas. Ed. Abya-Yala, Quito, Ecuador.

Ilari, Daniel (2003) Comentarios a los aspectos relativos a la moneda de las redes de trueque. En Hintze, Susana (editora) Trueque y economía solidaria. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática) (2010): *Censo general de población y vivienda 2010*, México.

INEGI. (2015), *México en cifras, población de Pátzcuaro*. México
<https://www.inegi.org.mx/app/areasgeograficas/?ag=16#>
<http://cuentame.inegi.org.mx/monografias/informacion/mich/poblacion/>

Jiménez, Jhony (2017). La Economía Social y Solidaria y Masculinidades. Universidad Central del Ecuador y Movimiento Economía Social y Solidaria del Ecuador MESSE. Dossieres Economistas sin Fronteras, No. 25, primavera de 2017, Madrid.

Johansson K., Patrick, (1999) "Los pochteca en la obra de Sahagún", *Arqueología Mexicana* núm. 36, pp. 46-51.

Kaplan, David (1965) The Mexican Marketplace Then and Now. En proceedings of the 1965 Annual Spring Meeting of the American Ethnological Association: 80-94.

Kawulich, Bárbara B. (2005) *La observación participante como método de recolección de datos*. Qualitative Social Research. Vol. 6, No. 2.

Krause, Martín (2006) Las limitaciones del trueque. En Hintze, Susana (editora) Trueque y economía solidaria. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Laporte, Luis Nicolás (2003) La red global de trueque (RGT). En Hintze, Susana (editora) Trueque y economía solidaria. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Larrea, A.M. (2010) La disputa de sentidos por el buen vivir como proceso contrahegemónico, pp 15 27, En: "Los nuevos retos de América Latina. Socialismo y sumak kawsay". SENPLADES, Quito.

La Serna, Carlos (2003) Comentarios a los aspectos relativos a la moneda de las redes de trueque. En Hintze, Susana (editora) Trueque y economía solidaria. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Leff, Enrique (1986) *Ecología y Capital*. Ed. Siglo XXI, México.

Leff, Enrique (1994) Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable. Siglo XXI, México.

León Portilla, Miguel (2005) El tomalamatl de los pochtecas. *Arqueología Mexicana* No. 18, edición especial.

Licona Valencia, Ernesto (2014) *Un sistema de intercambio híbrido: el mercado/tianguis la purísima, Tehuacán-Puebla, México*. Ed. Revista Antípoda, No. 18, enero-abril 2014. Pp. 137-163) Ed. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes, Colombia.

Linck, Thierry (1996) El campesino desposeído. Revista Estudios Agrarios, año 2, número 2, enero-marzo de 1996, pp. 168-173. Procuraduría Agraria, México.

Lombardo Otero, Rosa Ma. (1944) La mujer tzeltal. Ed. México s.e.

Long Towel, Janet y Attollini Lecón, Amalia (Coordinadores) (2009) Caminos y mercados de México. Ed. UNAM, México.

Luhmann, Niklas (1998) La sociedad de la sociedad. Ed. Universidad Iberoamericana, México.

Macías, Pablo G. (1978) *Pátzcuaro*. Monografías municipales. Ed. Gobierno del Estado de Michoacán.

Machín Sosa, Braulio et al., (2010) Revolución Agroecológica. El movimiento de campesino a campesino de la ANAP en Cuba. Ed. Asociación Nacional de Agricultores pequeños, La Habana, Cuba.

Maldonado Alvarado, Benjamín (2013) Comunalidad y responsabilidad autogestiva. En Cuadernos del Sur. Revista de Ciencias Sociales. Año 18, No. 34, enero-junio 2013. Ed INAH, UABJO, CIESAS. Oaxaca, México.

Malinowski, Bronislaw y De la Fuente, Julio (1957) *La economía de un sistema de mercados en México*. Ed. ENAH, México.

Mance, Euclides (2003) Comentarios sobre la Jornada Nacional de Trueque y Economía Solidaria. En Hintze, Susana (editora) Trueque y economía solidaria. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Marino, Alberto (2003) En Hintze, Susana (editora) Trueque y economía solidaria. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Marroquín, Alejandro (1957) La ciudad mercado (Tlaxiaco). UNAM, México.

Martínez Alier, Joan (1992) De la economía ecológica al ecologismo popular. Ed. Ikaria, Barcelona, España.

Martínez Alier, Joan (2004) Los conflictos ecologico-distributivos y los indicadores de sustentabilidad revista de la Red Iberoamericana de Economía Ecológica, V. 1 (2004) p. 21-30, ISSN 2385-4650

Martínez Luna, Jaime (2013) Origen y ejercicio de la comunalidad. En Cuadernos del Sur. Revista de Ciencias Sociales. Año 18, No. 34, enero-junio 2013. Ed INAH, UABJO, CIESAS. Oaxaca, México.

Martínez Luna, Jaime. 2015. "Conocimiento y comunalidad". *Bajo el Volcán* 15 (23): 99-112.

Martínez Luna, Jaime (2017) Comunalidad...camino que se hace... al andar. Ed, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.

Martínez Luna, Jaime (2018) Comunalidad y capital. Ed, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.

Martínez, Miguel (2005) *El método etnográfico de investigación*. Ed. Universidad Simón Bolívar, Caracas.

Martínez, Rodrigo (1989) *La colonia*. Capítulo III. *Reorientaciones*. En Enrique (coordinador) Historia General de Michoacán, Vol. II. Ed. Gobierno del Estado de Michoacán.

Marx, Carlos (1973) *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política*. En Obras Escogidas T. I. (pp. 516-520). Ed. Progreso, Moscú.

Marx, Karl (1975), *El Capital. Crítica de la economía política*. FCE, México.

Marx, Carlos. (1978). *Salario, precio y ganancia*. Ed. Progreso, Moscú.

Marx, Karl (1979) *Contribución a la crítica de la economía política*. Ediciones de Cultura Popular, México.

Marx, Karl, (1987) *Introducción general a la crítica de la economía política/1857.*, Cuadernos de Pasado y Presente, México.

Marx, Carlos. (2007) *El Capital*. Libro primero, sección segunda, capítulo IV,3. Compra y venta de la fuerza de trabajo y Sección sexta, capítulo XVII. Transformación del valor (o, en su caso, del precio) de la fuerza de trabajo en salario. Ed. Siglo XXI, México.

Max-Neef, Manfred, Elizalde, Antonio y Hopenhayn, Martín (2010) Desarrollo a escala humana. Opciones para el futuro. Ed. Biblioteca CF+S, Madrid.

Mayer, Enrique (1982) *Un carnero por un saco de papas: Aspectos del truque en la zona de Cahupiwara, Pasco*. Revista Nueva Antropología, año VI, núm. 19. Ed. UNAM, México.

Mauro Marini, Ruy (1991) Dialéctica de la dependencia. Ed. ERA, México.

Mellor, Mary (2000) Feminismo y ecología. Siglo XXI editores, México.

Mendoza Briones, María Ofelia y Terán Martha (1989) *El levantamiento popular*. En Enrique (coordinador) Historia General de Michoacán, Vol. II. Ed. Gobierno del Estado de Michoacán. (pp. 251-277).

Millán, Mátara (2006) Las zapatistas del fin del milenio. Hacia políticas de autorrepresentación de las mujeres indígenas. En Marisa Belausteguiogitia y Martha Leñero (coordinadoras) Fronteras y Cruces: Cartografía de Escenarios Culturales Latinoamericanos. Ed. UNAM. (pp. 85-100).

Mintz Sydney W. (1982) Sistemas de mercado interno como mecanismos de articulación social. Revista Nueva Antropología, Año VI, No. 19, México. (pp. 13 – 28).

Miranda Zambrano, Gloria Amparo y Santana Páucar, Raúl Pedro (2014). Mirada altermundista del paradigma del Buen Vivir y pensamiento ecosociocéntrico en un pueblo indígena en México. Revista. Hospitalidades, Vol. XI, No. 2, diciembre 2014. Ed. Universidade Anhembi Morumbi, Sao Paulo, Brasil.

Morín, Edgar (1999). Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. Ed. UNESCO.

Morra, Linda G. y Friedlander, Amy. C. (2001) *Evaluaciones mediante estudios de caso*. Ed Banco Mundial, Washington, D.C.

Muñoz Ramírez, Gloria (20 de abril de 2019). Los de abajo. Ataques contra el trueque en Tianguistenco. *La jornada virtual*.
<https://www.jornada.com.mx/2019/04/20/opinion/009o1pol#>

Muriilo, Javier y Martínez Chyntia (2010) *Investigación etnográfica*. Ed. Universidad Autónoma de Madrid.

Nalda, Enrique (2007) *Epiclásico (650-900 d.C.) Caída de Teotihuacan y nuevas formas de organización*. Arqueología Mexicana No. 86, julio-agosto de 2007. Pp. 50-53. Ed. INAH.

Nava Morales, Elena (2013) Comunalidad: semilla teórica en crecimiento. En Cuadernos del Sur. Revista de Ciencias Sociales. Año 18, No. 34, enero-junio 2013. Ed INAH, UABJO, CIESAS. Oaxaca, México.

O'Connor, James (2001) Causas naturales: ensayos de marxismo ecológico. Siglo XXI, México.

Organización Internacional del Trabajo, OIT. La promoción del empleo rural para reducir la pobreza, Informe IV, Conferencia Internacional del Trabajo, 97ª reunión, Ginebra, 2008.

Ostrom, Elinor (2009) *Más allá de los mercados y los Estados: gobernanza policéntrica de sistemas económicos complejos*. Conferencia de recepción del Premio Nobel de Economía, 8 de diciembre de 2009. Revista Mexicana de Sociología, No. 76, septiembre de 2014, pp. 15 – 70. Ed. IIS-UNAM.

Ostrom, Elinor (2012). *El gobierno de los bienes comunes*. La evolución de las instituciones de acción colectiva. Ed. FCE-UNAM (403 pp.).

Ostrom, Elinor (2015). *Comprender la diversidad institucional*. Ed. FCE- UNAM.

Padilla García, Alma (2018) Mujeres y feminismo en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Universidad Complutense, Madrid, España.

Palomar Lever, J. (1997). El funcionamiento familiar y la doble jornada de trabajo [Family functioning and dual careers]. Revista de Psicología Social y Personalidad, 13(2), 123-146.

Paré, Luisa (1975) Tianguis y economía capitalista. Revista Nueva Antropología, vol. I, núm. 2, octubre de 1975, pp. 85-93. Ed. UNAM.

Pastor, Rodolfo y Romero Frizzi, María de los Ángeles (1989) *Integración del sistema colonial*. En Florescano, Enrique (coordinador) Historia General de Michoacán, Vol. II. Ed. Gobierno del Estado de Michoacán.

Pedraza Rendón, Oscar Hugo, Lenin Navarro, José César y Armas Arévalo, Enrique. (2007) *Historia de la Migración en Michoacán*. CIMEXUS, Revista Nicolaita de Políticas Públicas. Vol. 2, No. 1. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México.

Pedrero-Nieto, Mercedes (2009). *Las condiciones de trabajo a principios del siglo XXI. Presencia de las mujeres en el sector informal*. Revista Papeles de Población, Vol. 15, No. 59, enero-marzo 2009. Ed. CIEAP - UAEM, México.

Peña Martínez, Ivonne (2017) *Kaxumpekwa: Saber vivir en comunidad. Caracterización de la pedagogía purépecha*. Tesis de maestría en Desarrollo Educativo. Universidad pedagógica Nacional, México.

Pérez Acevedo Martín (1995) *Las Plazas. En Morelia Patrimonio Cultural de la Humanidad*. Ed UMSNH.

Pérez Alva, Ela (2017) Una experiencia de diálogo de saberes en clave de economía solidaria y género. Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Observatorio ESS. *Dossieres Economistas sin Fronteras*, No. 25, primavera de 2017, Madrid.

Pérez Flores, Edith (2016) *El trueque en el nororiente del estado de Morelos, México*. Revista etnobiología. Vol. 14, núm 2, agosto 2016, pp. 47-55. Ed. Asociación Etnobiológica Mexicana. A.C.

Pérez Flores, Edith (2018) *Trueque y reciprocidades. pochtecayotl en el nororiente de Morelos*. ED. CRIM-UNAM, México.

Pérez Lora, Carlos W. (2003) *Región Mar y Sierras*. En Hintze, Susana (editora) *Trueque y economía solidaria*. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Pérez Vázquez, Arturo; Lang, Ovalle; Fritz Paul; Peralta Garay, Francisco Jair (2012) Percepción del consumidor y productor de orgánicos: el mercado ocelotl de Xalapa, Veracruz, México. *Revista Mexicana de Agronegocios*, No. 31, México (pp. 20 – 29).

Piketty, Thomas (2014) *El capital en el siglo XXI*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México.

Pollard, H. (1995). “Estudio del surgimiento del estado tarasco: investigaciones recientes” en Williams, E. y Weigand, P. (ed.). *Arqueología del occidente y norte de México*. Zamora: El Colegio de Michoacán.

Polanyi, Karl (1957) M. Arensberg Conrad y W. Pearson, Harry (1957) *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Ed. Labor, Barcelona, España.

Polanyi, K. (2007) *La gran transformación*. Ed. Quipu, Madrid.

Polanyi-Levitt, Kari (2014) Los conceptos más importantes en el trabajo de Karl Polanyi y su relevancia contemporánea. *Revista Economía y Desarrollo*, número 1, volumen 151, La Haban, enero-junio 2004 (pp. 198-211).

Powel, P. W. (1952) *Soldiers, Indians and Silver: The Northward Advance of New Spain, 1550-1600*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.

Prebisch, R. 1996 (1948) "El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas" en *El Trimestre Económico* (México DF: FCE) Vol. LXIII, N° 249, enero-marzo.

Primavera, Heloísa (2001) *La cara oculta del Trueque*. www.redlases.org.ar.

Primavera, Heloísa (2002) Redes de trueque en América latina: ¿quo vadis? EL CATOBEPLAS, revista crítica del presente, número 7, septiembre de 2002, página 4. (<http://www.nodulo.org/ec/2002/n007p04.htm>)

Primavera, Heloísa (2003) *Riqueza, dinero y poder: el efímero "milagro argentino de las redes de trueque"*. En Hintze, Susana (editora) Trueque y economía solidaria. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Primavera, Heloísa (2003b) *Campininha, capital social y moneda comunitaria: lo pequeño es hermoso*.
https://redlases.files.wordpress.com/2008/02/pt2003_campininha_moeda_local_br_asileira_hp.pdf

Primavera, Heloísa (2007) *Proyecto banco común de conocimientos* (entrevista a E, Primavera).
https://redlases.files.wordpress.com/2008/04/es2007_platoniqbancocomunconoci_mientos_hp.pdf

Quiroga Díaz, Natalia (2009) *Economías feminista, social y solidaria. Respuestas heterodoxas a la crisis de reproducción en América Latina*. Iconos. Revista de Ciencias Sociales. Núm. 33, Quito, enero 2009, pp. 77-89. Ed. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Sede Académica de Ecuador.

Quiroz, Enriqueta (2013) *Los mercados en la colonia*. Revista Arqueología Mexicana, No. 122, julio-agosto de 2013. (pp. 68-73) Ed. INAH, México.

Rabey, Mario A., Merlino, Rodolfo J. y Gonzáles, Daniel R. (1986) Trueque, articulación económica y racionalidad campesina en el sur de los Andes Centrales. En Artículos, notas y documentos, Revista Andina, año 4, número 1, julio de 1986.

Ramis Olivos, Álvaro (2013) *El concepto de bienes comunes en la obra de Elinor Ostrom*. Revista Ecología Política, No. 45, julio de 2013. Ed. Universidad de Barcelona.

Ramos Calderón, José Antonio (2012) Inclusión/exclusión: una unidad de la diferencia constitutiva de los sistemas sociales. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana, vo., VII, núm. 14, México.

Razeto Migliaro, Luis (1990) *Economía popular de solidaridad. Identidad y proyecto en una visión integradora*. Ed. Area Pastoral Social de la Conferencia Episcopal de Chile, Programa de Economía del Trabajo (PET), Santiago, 1990.

Razeto Migliaro, Luis (1993). *De la Economía Popular a la Economía de Solidaridad. En un proyecto de desarrollo alternativo*. Ed. Ed. Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana. Santiago de Chile.

Razeto Migliaro, Luis (2000) *El trueque y los dineros alternativos*. Ponencia presentada en el Seminario sobre Trueque y Monedas Alternativas, IEP, Santiago de Chile, 2000.

Red Nacional de Promotoras y Asesoras Rurales (RedPAR) (2018). *Mujeres rurales en México. Estrategias para el sostenimiento de sus medios de vida*. Ed. Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir, México.

Reese, Eduardo (2003) *Comentarios sobre la Jornada Nacional de Trueque y Economía Solidaria*. En Hintze, Susana (editora) *Trueque y economía solidaria*. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Ricardo, David (1959) *Principios de economía política y tributación*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México.

Robayo, Ángela María, López, Juan Carlos y Pachón, Fabio Alberto (2014) *Comercialización de Alimentos en la Región Central de Colombia: Cuatro estudios de caso*. Memorias Congreso ALASRU 2014.

Rodríguez Espinosa, Claudia (2007) *Paisaje cultural y redes comerciales. El caso de la Cuenca Lacustre de Pátzcuaro, Michoacán, en el Siglo XVI*. Revista Palapa, año/vol. 2, número 002, julio-diciembre de 2007. Ed. Universidad Autónoma del Estado de México.

Rodríguez Gómez, G.; Gil Flores, J. y García Jiménez, e. (1996). *Metodología de la Investigación Cualitativa*. Ed. Aljibe, Granada, España.

Roldán Rueda, Héctor Nicolás; García Sain, María Amalia; Santana Echegaray, María Eugenia; Horbarth Corredor, Jorge Enrique (2016) *Los mercados orgánicos como escenarios de construcción social de alternativas*. Polis, revista latinoamericana, Vol. 15, No. 43., Santiago, Chile. (pp. 581-605).

Romero Flores, Jesús (1946) *Historia de Michoacán (2 Vols.)* Ed. Secretaría de Industria y Comercio, México.

Romero Ríos, Laura, et al., (2019) en Espacios seguros para mujeres y jóvenes en América Latina y el Caribe, Pablo Emilio Angarita Cañas y Carolina Sánchez Henao (editores) Ed. CLACSO y Universidad de Antioquia, (pp. 271-301).

Rovira Morgado, Rossend (2009) Comercio y mercado en Mesoamérica: apuntes metodológicos para su análisis arqueológico. Boletín Americanista, Año LIX, No. 59, pp. 223 – 237, Barcelona.

Rovira Morgado, Rossend (2010) Elites locales y economía política en la Mesoamérica posclásica: el caso de Molango (señoría de Metztlán). Revista de Indias, vol. LXX, No. 249, pp. 525 – 550. Ed. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, España.

Rubio, Blanca (2001) Explotados y excluidos. Los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal. Ed. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.

Ruis, Alicia (2017) La Red de Economía Feminista de Madrid como experiencia, concreta y situada, del fortalecimiento de las demandas feministas dentro de la economía social y solidaria. Dossieres Economistas sin Fronteras, No. 25, primavera de 2017, Madrid.

Sahagún, Fray Bernardino (1985) *Historia General de las cosas de la Nueva España*. Ed. Porrúa, México.

Salazar García Samuel, et al. (2005) *Actualización sobre la industria del aguacate en Michoacán, México*. Ed. California Avocado Society.

Sampayo, Fernando (2003) Club de Trueque Zona Oeste. En Hintze, Susana (editora) Trueque y economía solidaria. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Sánchez Morales, Primeo y Castro Pérez, Francisco (2011) Prácticas campesinas agroecológicas para una agricultura sostenible. Ed. El Colegio de Tlaxcala, A.C.

Sánchez, Verénise (2012) Mercados mexicanos, síntesis y germen de cultura. <http://www.inah.gob.mx/especiales/34-mercados-mexicanos-sintesis-y-germen-de-cultura>

Santana E., Ma. Eugenia (2011) Los mercados alternativos y la economía solidaria. Revista Electrónica de Ciencias Sociales, No. 16, marzo de 2011 (pp. 136-146).

Santiago Ibáñez, Daniela Patricia (2017) *Análisis del mercado de la leña de Zaachila, Oaxaca, bajo el enfoque de la teoría sustantivista*. Revista del Observatorio de la economía latinoamericana, México.

Sarandón, Santiago Javier y Flores, Claudia Cecilia (2014) Agroecología: bases teóricas para el diseño y manejo de Agroecosistemas sustentables. Ed. Universidad de la Plata, Buenos Aires, Argentina.

Sarria Icaza, Ana Mercedes y Tiriba, Lia. (2003). *Economía popular: conceptuando antiguas y nuevas prácticas sociales*. Ponencia presentada en el simposio “Los Caminos Recorridos por la Economía Popular Solidaria”, Montevideo.

Schlager, Edella. y Ostrom, Elinor. (1992). “Regímenes de derechos de propiedad y recursos naturales: un análisis conceptual”. 68 Economía de la tierra, 249-262. [en línea]. <[http://econ.ucsb.edu/~tedb/Courses / Ec100C / Readings / OstromSchlager.pdf](http://econ.ucsb.edu/~tedb/Courses/Ec100C/Readings/OstromSchlager.pdf)>. [consulta: 15 de enero. 2012].

Schwentenius de Ridemann, Rita (2010) Producción orgánica y mercados locales en México. Revista Vinculando.

http://vinculando.org/organicos/produccion_organica_y_mercados_locales_en_mexico.html?utm_source=rss&utm_medium=rss&utm_campaign=produccion_organica_y_mercados_locales_en_mexico&format=pdf#vcite

Schwentenius de Ridemann, Rita (2015) La red mexicana de tianguis y mercados orgánicos. Renovando sistemas de abasto de bienes de primera necesidad para pequeños productores y muchos consumidores. Revista Ciencias de la salud, Universidad de Chapingo.

Secretaría de Desarrollo Rural y Agroalimentario de Michoacán, SAGARPA (2017) Programa de trabajo de la campaña contra plagas reglamentadas del aguacatero. Del incentivo de prevención de plagas fitosanitarias reglamentadas del programa de sanidad e inocuidad agroalimentaria 2017 del estado de Michoacán de Ocampo. México.

Semo, Enrique (1991) *Historia del Capitalismo en México, Los orígenes*. Ed. ERA, México.

Sevilla Guzmán, E., y Soler Montiel, M.M. (2010). Agroecología y soberanía alimentaria: alternativas a la globalización agroalimentaria. En Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico (Ed.), Patrimonio cultural en la nueva ruralidad andaluza (pp. 191-217). Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Cultura.

Sigales, Alberto C. (2003) La naturaleza de la riqueza. Teoría económica complementaria. INDEV-Adinet, Montevideo, Uruguay.
<http://www.eumed.net/libros-gratis/2005/acs/acs-riqueza.pdf>

Silva, Juan (2003) Comentarios sobre la Jornada Nacional de Trueque y Economía Solidaria. En Hintze, Susana (editora) Trueque y economía solidaria. Ed. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Simmel, G. (1976) Filosofía del dinero. Madrid, Instituto de Estudios Políticos.

Singer, Paul (1976) Dinámica de la población y desarrollo. Siglo XXI Editores, S.A. México.

Smith, Adam (1958) Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones. Ed. Fondo de Cultura Económica, México.

Smith, Carol A. (1982) El estudio económico de los sistemas de mercadeo: modelos de la geografía económica. Revista Nueva Antropología, año VI, núm. 19, junio de 1982, pp. 29 – 80. Ed. UNAM, México.

Stahler-Sholk, Richard y Baronnet, Bruno (2015) Interculturalidad y autonomías. Panel sobre “Interculturalidad and Indigenous Autonomy”, 4th ERIP Conference on Ethnicity, Race, and Indigenous Peoples in Latin America and the Caribbean (Richmond, Virginia, USA, 15-17 oct. 2015).

Sthepen Huhg-Jones (1988) Lujos de ayer, necesidades de mañana; comercio y trueque en la amazonia noroccidental. Publicado en: Boletín Museo de oro, número 21 (1988). Banco de la República de Colombia. Biblioteca Virtual (<https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/bmo/article/view/7154>)

Sub-Comandante Insurgente Marcos (2006) Los textos zapatistas precisan la aportación de las mujeres zapatistas, al lado de sus compañeros de lucha, a la visión y a la práctica de las luchas de género. En Velasco Yañez, David (2017) Mujeres zapatistas y las luchas de género. Ed. ITESO, Universidad de Guadalajara, México.

Tapia González, Georgina Aimé (2013) Mujeres indígenas y medio ambiente. Una mirada desde la filosofía de la cultura. Universidad de Valladolid, España.

Taylor, Steve y Bogdan, Robert (1994) *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Ed. Paidós, España.

Tocancipa Falla, Jairo (2002) El trueque: tradición, resistencia y fortalecimiento de la economía indígena en el Cauca. Revista de Estudios Sociales No. 31, diciembre de 2002 (pp. 141-161), Ed. Facultad de Ciencias Sociales Universidad de los Andes, Bogotá.

Toledo M. Víctor y Barrera-Bassols, Narciso (2008) La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales. Ed. Icaria, Barcelona, España.

Toledo Mansur, Víctor (2015) ¿De qué hablamos cuando hablamos de sustentabilidad? Una propuesta ecológico política. Revista INTERdisciplina, Vol. 3 No. 7, septiembre-diciembre 2015, pp. 35-55. UNAM, México.

Torres, B. (1985). *Las plantas útiles en el México antiguo según las fuentes del siglo XVI*, en Rojas, T., y Sanders, W. (eds.) *Historia de la agricultura, época prehispánica- siglo XVI*. México: INAH.

Tortosa, José María; (2009) “Sumak Kawsay, Suma Qamaña”, Buen Vivir, Fundación Carolina, Madrid.

Urteaga, Eguzki (2010) La teoría de sistemas de Niklas Luhmann. Revista internacional de filosofía, vol. XV pp. 301-317, Málaga, España.

Valladares de la Cruz, Laura Raquel (2008) Los derechos humanos de las mujeres indígenas. De la aldea local a los foros internacionales. Revista Alteridades, No. 35, UAM-Iztapalapa, México.

Vázquez Barquero, Antonio (2000) Desarrollo Económico Local y Descentralización: aproximación a un marco conceptual. Ed. Comisión Económica para América Latina y El Caribe (CEPAL), Santiago de Chile.

Vázquez León, Luis (1986) *Antropología política de la comunidad indígena de Michoacán*. Ed. Secretaría de educación en el Estado de Michoacán.

Vásquez Vásquez, Juana (2013) La participación de las mujeres en la construcción de la comunidad. En Cuadernos del Sur. Revista de Ciencias Sociales. Año 18, No. 34, enero - junio 2013. Ed INAH, UABJO, CIESAS. Oaxaca, México.

Vela, Enrique, (1998) Arqueología Mexicana, No. 34 Culturas prehispánicas de México (pp. 6 – 81). Edición especial, INAH.

Velasco Yañez, David (2017) Mujeres zapatistas y las luchas de género. Ed. ITESO, Universidad de Guadalajara, México.

Velázquez Rodríguez. Elisa Bertha, et al., (2019) Arquetipos de mujeres originarias en defensa de la naturaleza y la Madre Tierra. Ed. Universidad Autónoma del Estado de México.

Vera García, Rodolfo (2018) *Intercambiar mundos para cambiar el mundo. Tianguis, ferias y mercados alternativos en la cuenca de Pátzcuaro. (1967-2017)*. Tesis doctoral. Colegio de Michoacán.

Ventura Patiño, María del Carmen (2012) Proceso de autonomía en Cherán. Movilizar el derecho. Revista *Espiral* de Estudios sobre Estado y Sociedad, volumen XIX, número 55, septiembre-diciembre de 2012, pp. 157-176.

Vilar, Pierre (1974) Oro y moneda en la historia (1450-1920) Ed. Ariel, Barcelona, España.

Villela F., Samuel (2013) *Mercados indígenas en México*. Revista Arqueología Mexicana, No. 122, julio-agosto de 2013. (pp. 74-79) Ed. INAH, México.

Weatherford, Kack (1997) La historia del dinero. De la piedra arenisa al ciberespacio. Ed. Andrés Bello, Barcelona, Buenos Aires, México, Chile.
https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=92UqeXervXMC&oi=fnd&pg=PA13&dq=historia+del+dinero&ots=bcNsDQ_vAv&sig=DNWQCGupQdbT-Pvkn1Goq6vyjyo#v=onepage&q=historia%20del%20dinero&f=false

Weber, Max (1942) Historia Económica General. Ed. Fondo de Cultura Económica, México.

Wolf, Eric (1955) The Mexican Bajío in the Eighteenth Century. Middle American Research Institute Publication 17: 177-200. New Orleans: Tulane University Presscs.

Zemelman, Hugo (1987) *Conocimiento y sujetos sociales. Contribución al estudio del presente*. Ed. El Colegio de México, México.

Zemelman, Hugo (1992) *Los horizontes de la razón. I Dialéctica y apropiación del presente*. Ed. Anthropos, Barcelona, España.

Anexo único

Mostrario de Mercados Alternativos Algunos criterios descriptivos para su clasificación

Nombre y ubicación	Promotor /participantes	Antigüedad y periodicidad	Moderno/tradicional	Uso de dinero	Particularidades
1. Mercado de trueque de Azcapotzalco, Jardín Hidalgo, CDMX	Dirección General de Desarrollo EconómicoGobierno de Azcapotzalco Juan Manuel Ramírez Cunes	Desde 2012 Cada tercer sábado de mes	Moderno, productos propios, manufacturados usados y servicios	No Existe un módulo de venta de productos básicos por dinero, para quien quiera realizar el trueque.	Promover la autonomía económica y la economía solidaria. Promoción de la lectura, cambio y préstamo. Pretenden promover mercados de trueque en cada colonia de la alcaldía. Incluye cambio de productos por servicios. Útiles escolares
2. Mercado de Trueque de la CDMX Fuente Nezahualcóyotl, 1ª sección del Bosque de Chapultepec. Itinerante Chapultepec, Aragón y Coyoacán, Monumento a la revolución,	Secretaría del Medio Ambiente CDMX, Rosa Gómez, Directora General de Bosques Urbanos y Educación ambiental. Población en general y productores agrícolas de Xochimilco, Tlahuac y Milpalta	2012 a la fecha 2º domingo de cada mes	Moderno, un módulo de gobierno recibe residuo reciclables y a cambio entrega billetes para cambiar, productos	Billetes (puntos verdes) de diversas denominaciones, no atesorables ni acumulables, se usan solo por día	Promover separación y reciclaje de residuos. No hay intermediarios Se requiere formarse en una fila por alrededor de 2 horas para entregar los residuos.

Bosque de Tlalpan					
3. Tianguis de trueque Plaza de la Concordia, de San Pedro Cholula	Social	Anual	Moderno Productos agroalimentarios, alimentos preparados y utensilios domésticos		
4. Tianguis de trueque de Santiago Tianguistenco, Estado de México.	Social, alrededor de 400 participantes San Nicolás Coatepec Tlacomulco Ocotenco San Nicolás Tlaminca Las Manzanitas La Pila San Bartolo La Lagunilla Tlacuitlapa Santa Martha Coyoltepec	Antecedentes prehispánicos Cada martes	Tradicional, participantes tlahuacas, otomíes y nahuas	No La leña es el producto más común y puede servir ocasionalmente como moneda	Ha sido reubicado en varias ocasiones Sufren acoso de policía del estado con el pretexto de que usan madera ilegal. Así como la invasión de comerciantes de fayuca y otros productos manufacturados. ¹⁵ Se han organizado como Consejo Indígena del Tianguis de Santiago Tianguistenco. El pasado 25 de marzo de 2019 fue asesinada Eulodia Lilia Díaz Ortiz, integrante del Consejo. Cada año siembran más de 170 mil árboles y

¹⁵ Margarita Warnholtz Loch. Animal político.

<https://www.animalpolitico.com/codices-geek/atacan-tianguis-de-trueque-en-santiago-tianguistenco/>

					hacen faenas de cuidados del bosque ¹⁶
5. Tianguis de Trueque de Tlaxcala Itinerante	Social	Moderno Desde 2014 El último domingo de cada 2 meses	Moderno		Talleres de dibujo y asesoría legal Reivindican el trato personal y la equidad
6 Festival de Trueque, Chocamán, Veracruz	Social		Moderno		
7. Mercado de Trueque en Zacualpan de Amilpas, Morelos	Indígenas Nahuatl de Hueyapan	Ancestral Todos los domingos	Tradicional, intercambian sobre todo productos agroalimentarios Predominan mujeres prosumidoras	No	Ha generado atracción turística. Adptan el término de cambio o cambiada (no trueque) Dos tipos de participantes: Marchantes y pochtécatl ¹⁷
8. Tianguis de trueque en la Plaza del Carmen, Puebla	Social	2014 Anual	Moderno		
9. Tianguis de trueque de Economía Solidaria, Casa del Obrero Queretano, Querétaro	Profesores de la UAQ y comerciantes del centro histórico	2013 a la fecha Primer domingo de cada mes	Moderno	Mixto, trueque y dinero	Productores directos y servicios. Se cobra una cuota de recuperación de 200 pesos
10. Tianguis de trueque	Social	Reciente Mensual	Moderno		

¹⁶ <http://www.la-critica.org/eulodia-las-mujeres-y-el-tianguis-del-trueque/>

¹⁷ Edith Pérez Flores

<https://masdemorelos.masdemx.com/2017/12/morelos-mercado-trueque-zacualpan-amilpas-tradiciones/>

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5633193>

en Santa María la Ribera, CDMX					
11. Tianguis del buen trueque Sedes en 14 estados	Social Aguascalientes, Baja California, Chihuahua, Guadalajara, Monterrey, CDMX, Oaxaca, Puebla, Querétaro, Cancún, Mazatlán, Tlaxcala, Veracruz, Yucatán	Inició en 2012 anual	Moderno		Busca contrastar al “buen fin” Crítica al capitalismo.
12. Tianguis de trueque, Parque El Refugio, Guadalajara, Jalisco		Reciente Último domingo de mes	Moderno	Sólo trueque	Reciclar objetos usados Doble modalidad: por facebook y presencial.
13. Tianguis de trueque en Chiautempán, Tlaxcala Itinerante, han visitado 20 comunidades	Social, colectivo tianguis del trueque Desde 15 hasta 60 participantes	Desde 2014 Cada dos meses	Moderno Bienes y servicios, productos agroalimentarios y artículos usados	Sólo trueque	También se ofrecen talleres de huertos de traspatio y reciclado. Promotora Jessica Vázquez Reyna
14. Festival Tianguis de Trueque, explanada de la Veracruz, Taxco, Guerrero.		2011	Moderno	Sólo trueque	
15. Mercado de trueque,		Cada lunes	Tradicional Predominan productos		

Cosomatepec de Bravo. Orizaba, Veracruz			agroalimentarios, animales vivos Y artículos usados		
16. Mercado Regional de Trueque. Xico, Veracruz	Es un pequeño mercado itinerante que se constituye de familias campesinas y productoras de alimentos regionales y otros productores artesanales. Se ofertan frutas, verduras frescas y hortalizas de temporada. Huevo de rancho, quesos frescos, trucha, conejo y gallinas. Plantas, semillas, pan, ropa, alfarería, jabón artesanal, chocolate, tortillas, frijoles, atoles y comida para degustar ahí mismo. Se combina el trueque con intercambio monetario				
17. Tianguis La Gotita, Jardines de la Mintzita, Morelia		2016 Mensual	Moderno Productos agroalimentarios, libros, artesanías		Comercio justo
18. Tianguis de trueque de la comunidad indígena Emperador Cuauhtémoc, Chilpancingo. Guerrero.	Antorcha campesina	2017			
19. Tianguis de trueque de Metepec, Edomex		2017			
20. Tianguis de trueque de Tepeaca, Puebla		2014 Semanal	Moderno Predominan el maíz y el frijol, chile, calabaza, limones, tomates, chayotes, nopales, cilantro, cebolla, verdolagas, lechuga, quintoniles, guajolotes, gallinas, alimentos preparados, ropa usada		
21. Mercadito de trueque	Presidenta municipal	2017 último domingo de mes	Moderno, artículos usados, ropa, libros, etc.	Trueque	Promover la economía solidaria local

en Zaachila, Oaxaca					
22. Mercado de la leña de Zaachila, Oaxaca.	Comunitario		Tradicional, predomina la leña como objeto de intercambio	Mixto pero predomina el trueque, participan también regatones (intermedia rios)	Estrategia de sobrevivencia
23. Mercado de trueque en Santa Cruz Xoxocotlán , Oaxaca.	Dirección de Ecología y Servicios Municipales del Ayuntamien to	Reciente Segundo zábado de mes	Moderno, artículos usados, ropa, libros, etc.	Trueque	
24. Mercado de trueque en Tlacolula, Oaxaca	Mercado municipal edificio	Prehispánico, permanente	Mixto, productos agroalimentarios locales y productos industriales	Mixto, trueque y compra- venta	Es un mercado fijo
25. Tianguis alternativo de trueque en Tlaxiaco, Oaxaca	Sociedad civil	2015	Moderno Agroalimentarios y arte	Trueque	Incluye cursos y presentacion es artísticas
26. Tianguis truequero, Plaza del carmen Alto, Oaxaca		Reciente Primer sábado de mes	Mixto, agroalimentarios, plantas, ropa y objetos usados, artesanía urbana, cosméticos		Incluye talleres de manualidades . Promueven valores económicos alternativos
27. Mercado de trueque en Mazatlán, Sinaloa	Sociedad civil, estudiantes y profesores de la UAS	2013 mensual	Moderno, se intercambian bienes usados	Trueque	Inició en modalidad virtual por facebook Se reivindica como una práctica de economía solidaria y la importancia de la convivencia.

28. MCP	Social	Origen prehispánico, con lapsos de interrupción o transición. Se instala dos veces por semana. Tradicional.	Predomina el Trueque	Predomina la participación de mujeres provenientes de comunidades indígenas locales.
29. Feria Alternativa de Uranden	Promotores de origen Social, Inicia el año 2010, y se instala de manera mensual. Se practica el trueque, pero predomina el uso de dinero	Se considera un tianguis moderno. Se observa una participación mixta, pero predomina la población no indígena y los productos que se comercializan son predominantemente de elaboración artesanal con características naturales y orgánicas. La mayoría de los ofertantes son productores y la mayoría de los visitantes son sólo compradores		
30. Tianguis purépecha	Promotores de origen indígena	Aunque el Tianguis Purépecha inició en 1994, retoma una serie de prácticas y valores de la cultura tradicional de las comunidades indígenas de la región purépecha lacustre. Se instala semanalmente de manera itinerante en cada una de las aproximadamente 20 comunidades participantes. Predomina el trueque y la participación de mujeres.		
31. Mercado DaVinci (Morelia)	Social, urbano	De reciente creación, este mercado opera en la modalidad de Tianguis mensual, ofertando productos predominantemente alimenticios de carácter orgánico y preparación artesanal. El intercambio se realiza exclusivamente con dinero.		
32. Feria del Agua y Tianguis La Gotita	Social, urbano	De reciente creación, este mercado opera en la modalidad de Tianguis mensual, ofertando productos predominantemente alimenticios de carácter orgánico y preparación artesanal. Se imparten talleres de orientación ecológica.		

Fuente: Elaboración propia con base en diversas fuentes.